

Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucesos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV.

Escriviele D. Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario y oficial de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y le dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, Doña María Ana de Austria

Present. y edic. de Fernando Fernández Lanza

fernando.fernandez@uah.es

Colección: Archivos Mediterráneo, África, Eurasia,
Fecha de Publicación: 06/06/2026 y 31/08/2026
Número de páginas: 204
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Presentamos los dos primeros volúmenes -los dos primeros *Floros históricos*-, que contienen los sucesos y acontecimientos desde 1683 (sitio de Viena) hasta el final de campaña del mismo año (*Floro Primero*) y las campañas completas de los años 1684 y 1685 (*Floro Segundo*). Y con estos dos tomos y el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda* (1686), queremos cerrar un periodo muy interesante, victorioso y laureado para los Habsburgo y muy desafortunado para el Gran Turco.

Palabras Clave

Buda, Hungría, turcos, Austria, Habsburgos, Otomanos,

Personajes

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** fuente impresa
- **Procedencia:**
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:**
- **Época y zona geográfica:** Mediterráneo, siglo XVII
- **Localización y fecha:** 1686
- **Autor de la Fuente:** Francisco Fabro Bremundan

Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero, emperador de Romanos... el año MDCLXXXIII. Traducido de italiano en castellano y añadido de los sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte, que la dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid. En la imprenta de Bernardo de Villadiego, Impressor de Su Magestad. Año MDCLXXXIV. A costa de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa en la Puerta del Sol.



Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucessos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV. Escriviolo D. Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario y oficial de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y le dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, Doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román. Año de MDCLXXXVI. A expensas de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol.

Fernando Fernández Lanza
Fundación Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales
Universidad de Alcalá

“Ferdinando Quarto será hecho Rey de Romanos y poco después morirá. Leopoldo, su hermano, será hecho Emperador de Romanos. Sin embargo, por los muchos enemigos que tendrá, será imposible creer el que obtenga la Corona Romana contra toda esperanza y con el solo auxilio divino será ciertamente hecho Emperador. En su mozedad padecerá muchas enfermedades y passará peligros mortales, pero con la ayuda de Dios siempre convalecerá. Tendrá muchas adversidades y muchos enemigos. El turco de lejos se acercará con tal sucesso, que poca esperanza quedará a la Casa de Austria. Pero Dios assistirá después y el César reportará la victoria y el turco quedará confundido, con admiración de todos. Grandes disensiones, tendrá, a causa de su esposa, la qual habrá de tomar de España; mucho se dilatará y parecerá como imposible que la consiga. Mas con trabajo, ciertamente la conseguirá. Al principio tendrá grandes adversidades por la parte de Francia. Descubriranse algunas infidelidades y trayciones, como si todo se huviesse de perder porque el enemigo, al principio, alcanzará grandes victorias y todos creerán y no pensarán, sino que el enemigo lo ganará todo. Y después, Dios ayudará a la Casa de Austria, superará todos sus enemigos y los pondrá a sus pies, de suerte que todos se admirarán y reconocerán el auxilio divino que siempre assiste a la Casa de Austria. Entonces se levantará el Águila muy alta, se apoderará de todos sus enemigos y reynará dichosamente. Ganará más provincias que sus antepassados. La Casa de Austria, por este César Leopoldo, bolverá a multiplicar y se hará feliz y más feliz que otro alguno de su Casa jamás lo fue. Tendrá más

de una muger. Su Magestad el emperador Leopoldo, dichoso señor, con el auxilio divino se hará poderoso de todos sus enemigos. Amén”¹.

PRESENTACIÓN.

Siempre tuvimos el deseo de incluir en la selección de Grandes Fuentes del Archivo de la Frontera el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría*². Disfrutamos y aprendimos mucho durante los dos cursos académicos que vivimos en Budapest, trabajando como Lector en el Departamento de Español de la Universidad Karl Marx de Ciencias Económicas (actual Universidad Corvinus de Budapest). Ridícula nostalgia, tal vez. Pero de allá viene nuestra primera relación con los turcos y lo turco. Y el *Diario del asedio y expugnación de Buda* ha aguardado paciente una larga lista de espera hasta que, el pasado mes de abril, fue presentado en la plataforma.

La toma de Buda en 1686 constituyó, sin duda, un acontecimiento de enorme relevancia política en toda Europa, provocando -como ya se dijo- numerosas *Relaciones de sucesos y obras literarias* que describieron los hechos, exaltaron a los protagonistas cristianos, a la Iglesia y a la Religión, y cantaron las hazañas de los héroes. No obstante, tras el análisis del *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda*, ejemplo -como también advertimos- de ese nuevo y breve formato de contar al público los acontecimientos y los sucesos incorporando otra perspectiva informativa -eso sí, sañudamente desdeñada desde hacía años por los cronistas e historiadores oficiales-; decíamos tras el análisis del *Diario...*, del estudio del contexto y de sus actores, responsables y protagonistas, tanto del propio relato, eminentemente militar, como de la edición de la obra, es decir su autor, editor e impresor, todo nos condujo a unas publicaciones previas, suerte de *Anales* o *Anuarios* que iniciaron su narración con el sitio fracasado de Viena que los turcos intentaron en la primavera de 1683, y continuaron ininterrumpidamente hasta 1688³, y a un

¹ Traducción de la “Profecía del venerable Padre Martín Strigonio, de la Compañía de Jesús”, cuyo traslado se pone aquí tal como la puso el primer autor de este *Floro histórico*, en la edición de Venecia. Con ella finaliza, precisamente, la Primera parte del *Floro histórico* dedicado a 1683 que presentamos, rematada con las siguientes palabras: “Murió el Padre Strigonio en la ciudad de Bruna el año de 1649, el segundo año de su segundo provincialato, y en opinión de Santidad por toda Alemania”. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo I, Emperador de Romanos...*, el año 1683. Pág. 77. La cita, muy a propósito, permite comprobar desde la primera página hasta la última el Providencialismo y el servicio a la Casa de Austria que impera en ambos Floros.

² *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría. Dedicado al excelentísimo señor don Juan de Silva Mendoza Sandoval y Haro, Conde de Saldaña, Marqués de Algecilla, primogénito de los excelentísimos señores Duques del Infantado y Pastrana, Príncipes de Melito y Évoli, etc.* Con Licencia. En Sevilla, por Thomás López de Haro, impressor y mercader de Libros. Y se vende en su casa, en las Siete Rebueltas, junto a la Imagen, año de 1686. No obstante, la primera edición se imprimió en las prensas del taller matritense de Antonio Román, también en 1686.

³ Se trata, como ya señalamos en el estudio de presentación del *Diario del asedio y expugnación de Buda*, de los cinco Floros históricos que se relacionan a continuación. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII; traducido de italiano en castellano, y añadido de los*

singular grupo de trabajo, de negocio diríamos hoy, común a todas ellas. Equipo de recompensa oficial y religiosamente institucional, conformado por Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Majestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte (autor-compilador de los cinco Floros históricos, de 1683 a 1688); Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de Su Majestad y curial de Roma (autor y editor del *Diario del asedio y expugnación de Buda* y editor de los cinco Floros históricos) y, finalmente, los tipógrafos Bernardo de Villadiego, impresor de Su Majestad (impresor del primer Floro histórico) y Antonio Román (impresor de los cuatro Floros históricos restantes y de la primera edición del *Diario del asedio...*). Qué podía salir mal. Un gran escaparate público de información y comunicación en la década de los ochenta del siglo XVII, en una España en profunda crisis económica y palaciega en tránsito a una guerra de sucesión y un cambio dinástico.

Pues bien, en este texto de presentación trataremos los dos primeros volúmenes -los dos primeros Floros históricos-, que contienen los sucesos y acontecimientos desde 1683 (sitio de Viena) hasta el final de campaña del mismo año (*Floro Primero*) y las campañas completas de los años 1684 y 1685 (*Floro Segundo*). Y con estos dos tomos y el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda* (1686), queremos evidenciar y cerrar un periodo muy interesante, eso sí, alejado de la época en la que nos movemos con mayor comodidad, victorioso y laureado para los Habsburgo y muy desafortunado para el Gran Turco. Eludimos, de este modo, la presentación de los restantes *Floros históricos* -semejantes en su estructura, en su contenido y en su objetivo-, confiando su análisis a aquellos estudiosos e interesados específicamente en estos nuevos tiempos informativos.

Francisco Fabro Bremundan es el autor de los cinco Floros históricos, con una particularidad significativa. El primer *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero... el año 1683*, traduce una obra anónima editada en italiano en la ciudad de Venecia, a la que añade, de su propia mano, los sucesos posteriores a la liberación de Viena hasta el final de esa campaña y el regreso a los cuarteles de invierno.

sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan. Madrid, por Bernardo de Villadiego, a costa de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1684. 4º. 67 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucessos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan...* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1686. 4º. 231 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Tercera parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVI; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol. 1687. 4º. 252 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Cuarta parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. 1688. 4º. 223 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Quinta parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVIII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, véndese en su casa. 1690. 4º. 240 pp.

Se dirige Francisco Fabro al Lector discreto (pág. 6, *Floro Primero*): “Si mi juizio puede valer algo para la calificación de esta obra, direte me prendió tanto desde que la vi en su primer idioma italiano que, haviéndola hallado sin nombre de padre, resolví adoptarla por medio de la Traducción. Y, aun para hazerla más mía, añadirla de mi mano los sucessos en que se terminaron las magnánimas fatigas de la Liga Sagrada el año passado. Llamola su primer Autor *Ragguaglio*, pareciéndole con esto distinguirla con alguna ventaja de las *Relaciones* y *Diarios* diversos del mismo assumpto que corrían por la Europa... No te digo nada de lo añadido a la edición estrangera por dejártelo dezir todo y doblarme, desde luego, con esta resignación, a tu censura, no desconfiando el que me anime a servirte con Obras propias y de más bulto. Assí vivas contento y dichoso”.

Se dirige, del mismo modo, al discreto Lector encomiando su honestidad y la veracidad de sus fuentes (pág. 9, *Floro Segundo*): “La favorable acogida que hiciste al primero de los *Floros Históricos de la Guerra Sagrada contra turcos*, me dejó tan obligado, que no he podido negarme a proseguir el mismo trabajo con los principales sucessos de los dos Años últimos de M.DC.LXXXIV y LXXXV, aun con ánimo de passar adelante si la vida, la salud y otras ocupaciones más precisas de mi ministerio dieren lugar al intento. Los que me conocen bien, sé que me hazen merced y justicia de abonar el cuydado con que en todos mis escritos procuro apurar la verdad antes de publicarlos. Y por lo que toca al presente Volumen, te aseguro que me he valido de tales y tan justificados instrumentos que, sin vanidad, puedo dudar que otro alguno los aya logrado más ciertos y auténticos para el propio assumpto, ni manejados con más escrupulosa legalidad. Sin embargo, como sea casi impossible a nuestra débil naturaleza no tropezar, tal vez, aun en lo más llano de nuestras operaciones, después de protestadote que si me huviere sucedido havrá sido involuntariamente, ofrezco la enmienda donde el error me venga bien probado. Esto es lo que solamente he juzgado deberte advertir porque, en quanto a lo demás del método o estilo que sigo, sé que yo perdería tiempo en querer defender a uno, ni otro, con la variedad de los Ingenios, a cuya censura me espongo”.

Francisco Fabro dedica el *Primer Floro histórico* a la Reina Madre doña María de Austria (págs. 1 y 2): “A las augustas aras de V. Magestad ofrezco postrado el sacrificio de los innumerables bárbaros que, en el assedio de Viena y en los campos de Ungría, pagaron el año passado, mil seiscientos y ochenta y tres, con la vida el impío y perjuro atrevimiento de su tirano dueño. Venciéronlos, extermináronlos las invencibles armas del gran Leopoldo, haviéndose juntado para tan grande hazaña las águilas del Imperio y de Polonia, diversas en los colores y (por singular disposición divina) unas en el christiano empeño... Quién pudiera explicar los desvelos y afanes y (quizá

mejor) los milagros con que, V. Magestad, cuydó de sus Coronas durante los diez años de la más difícil y más penosa Regencia que han visto los mortales”.

Y repite su dedicatoria en el *Segundo Floro histórico* (págs. 1 y 2): “Segunda vez parece a los Reales pies de V. Magestad el Floro histórico, en que me he atrevido a continuar la Relación *de los sucessos del segundo y tercer año de la Guerra Sagrada contra turcos...* También pudiera yo preguntar dónde se hallan oy los Tito Livios, los Plutarcos o los Curcios, capaces de registrar perfectamente los trofeos que, en solo tres años, han reportado las armas del mayor de los Augustos en su Reyno de Ungría. V. Magestad, que nació entre laureles, sabe escogió la discreta Antigüedad a esta planta, la más estéril de todas, para corona de los Héroes. Elección misteriosa con que, sin duda, nos enseñó bastava a las grandes hazañas su mesma desnuda verdad, sin necessitar ellas del adorno de expresiones y mendigadas del Arte”.

El texto de Aprobación del *Floro Primero* a cargo del padre fray Andrés de Fuenmayor, ex ministro Provincial de la provincia de Burgos, confesor de las señoras Descalzas Reales, etc. (pág. 3, *Floro Primero*) es un continuo elogio a Fabro y una alabanza a la Divina Providencia, poderosa protectora de la militante Iglesia: “Y habiendo el Autor merecido hasta aora la grande estimación, que es notoria por sus muchas letras y, especialmente, por los muchos escritos históricos que ha dado a la luz, y los que tiene para publicar, en que entiendo comprehende gran parte de lo más memorable del reynado de nuestro gran monarca Felipe Quarto, que de Dios goza en la vida y hechos de don Luis de Benavides, Marqués de Caracena, observados y trabajados en más de quarenta años que sirve a Su Magestad con la aprobación que se cifra en sus empleos, siendo el presente libro por la materia, el estilo y el cuidado de la verdad, digníssimo de que le vean todos. No solo me parece no tiene inconveniente el publicarle, pero le hallaría en que se dilatasse un solo día el satisfacer a la curiosidad universal, ansiosa de lograr el consuelo de las más estimables y plausibles noticias con que la divina providencia manifestó jamás su poderosa protección a la militante iglesia. Deviéndose especialmente al secretario don Francisco Fabro el haverle pulido, continuado y amplificado desde la marcha de los exércitos de la Liga Sagrada la buelta de Barkan, (en que le dexó su primer autor Anónimo) hasta la toma de Zerchim, y total conclusión de tan heroyca campaña en los quarteles de invierno, valiéndose para ello de los materiales seguros y legales que le ha subministrado su ministerio y de la singular habilidad que Dios le ha dado para mayores obras”.

El texto de Aprobación del *Floro Segundo*, a cargo del padre Francisco Xavier de Fresneda, de la Compañía de Jesús, Predicador de Su Majestad y calificador del Santo y Supremo Tribunal de la Inquisición (págs. 7 y 8, *Floro Segundo*), hace hincapié sobre todo en la grandeza del asunto de la narración: una Guerra Sagrada de Religión y de justicia contra el Tirano del Imperio más poblado y unido que tiene el universo. También ensalza las cualidades del

autor y añade algún dato biográfico novedoso: “Los sucessos han sido los más admirables en la prosperidad y en su perseverancia que se leen en los Anales. Y la Pluma que los describe, digna de bolar en las Alas de la Fama, porque con estilo claro, militar y varonil, alaba las hazañas sin lisonja y dize sin ofensión la verdad. Esta es la parte más essencial de la Historia, y de la que observa el Autor en su narración puedo yo ser testigo, porque me consta bebe en buenas fuentes los avisos y casi siempre los he hallado muy conformes a los que he leydo en Cartas de la Corte y Campo Imperial... Y assí dezía yo que, quando D. Francisco Fabro (Floro de nuestro siglo) no tuviera para parecer muy español el ser natural del Condado de Borgoña (Provincia inmortal e invencible en la fidelidad a la Corona Católica), le bastava el argumento de sus escritos en que dexó impressos con elegante y valeroso espíritu los conceptos e ideas de su amor y lealtad a las dos Augustíssimas Casas Española Austriaca y Austriaca Española. En esta conformidad oí hablar muchas vezes de Don Francisco al Héctor de nuestros tiempos, el Marqués de Carazena”.

Por su parte, el texto de Aprobación del *Floro Primero* del padre Juan Cortés Ossorio, de la Compañía de Jesús, calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, revisor de las librerías de Madrid y catedrático de Teología en los Estudios Reales del Colegio Imperial y teólogo de Su Majestad (págs. 4 y 5, *Floro Primero*), es más breve y se centra en los aciertos y la erudición del traductor y autor: “Mándame V. A. examinar este libro intitulado *Floro histórico*, que de lengua italiana traduce en nuestro idioma don Francisco Fabro Bremundan, secretario del Rey nuestro señor, etc. Mas, por ser el assumpto de la obra tan piadoso y tan heroyco, confieso que la curiosidad facilitó de tal modo la obediencia, que casi le quitó el merecimiento, porque atendiendo al crédito que, de los curiosos, ha grangeado el Traductor por su mucha erudición, buenas noticias y cuydoso estilo, no solo induce a que se vea esta obra, más por estudio que por censura, sino que parece forçoso concurrir al abono de sus aciertos sin desdezir del universal aplauso. Lo cierto es que, siendo tantas las prendas de que necessita una perfecta Traducción, no solo ha conseguido el Autor el manifestarlas, sino que con nuevos realces añade primores al mismo original de quien translada”.

Es el propio padre Juan Cortés Ossorio, en la Aprobación del *Segundo Floro histórico* (págs. 4-6, *Floro Segundo*), quien celebra de nuevo las excepcionales aptitudes de su autor, la diversidad de recursos a su disposición y, en este caso, reitera sistemáticamente la intervención Divina, y el celo de la Fe Católica y la Iglesia, en el éxito de todas las empresas: “Las prendas de Don Francisco Fabro y el ingenio natural de que el Cielo le ilustró se han realçado tanto con el estudio y, especialmente, con la curiosa aplicación a los sucessos modernos de Europa que, en la estimación de los noticiosos, sobresale como sugeto muy singular y Ciudadano muy esclarecido de la República Literaria. La noticia de tan varias lenguas, la experiencia de tan varios Reynos y tan diferentes Naciones con el continuo manejo de los papeles, le habilitan de

suerte que no es encarecimiento dezir que le proporcionan con la grandeza de tan heroyco assumpto... En quanto al último requisito que pide tan gran Maestro, de que se deben buscar, para hazer provechosa y verídica la narración, todos los instrumentos y noticias que pueden ilustrar para perfecta comprehensión de la materia, no se dude que si alguno puede gloriarse de averle cumplido enteramente es el Autor de esta obra; porque por su genio, por su empleo, y por la noticia de las varias lenguas de Europa, ha podido ver quanto en ellas se ha escrito y ponderado por los varios ingenios de las Naciones. Y assí, ha tenido para esta fábrica quantos materiales puede suministrar la curiosidad del estudio”.

Nos resulta de gran singularidad, y de posible ayuda para entender cómo transitaban bien diversas ideas por su cabeza -por ello hacemos mención explícita-, la Carta con que acompaña Francisco Fabro al Tomo de su obra, que remite al Excelentísimo señor Duque de la Palata, del Consejo de Estado, Virrey y Capitán General del Perú, etc. (pág. 3, *Floro Segundo*): “Excmo. Señor. Señor, tal semejança tiene la materia que trato en esse volumen de la Guerra Sagrada contra turcos, con la que V. Exc. lleva contra los Cosarios que se han atrevido a inquietar los Mares cometidos a su cargo, que mi atención a las grandes honras, que debo a V. Exc., no ha podido dilatar el representárselo en estos breves renglones. Qué otra cosa fueron los turcos en sus fatales principios que Piratas de Mar y Tierra, a cuyas medras faltando la oposición de otras Cadenas, como las del escudo de Navarra (que oy tan felizmente defienden al Imperio del Perú), levantaron su Tiranía sobre las ruinas de casi todo el Oriente, y de tanta parte de Europa, hasta el formidable estado que la conocimos y la tembló el Imperio Germánico, tres años ha. La liberación de Viena, y los demás acontecimientos vitoriosos del Año MDCLXXXIII, ya serán notorios a V. Exc., pero la parte de los sucessos últimos de Ungría, en que más me interessa mi comparación, es lo que el año passado de LXXXV debió el servicio de nuestro Augusto Monarca a la zelante y acertada Providencia de V.E. en exterminar la pestilencial piratería de los mares y tierras del Sur, assegurando al Tesoro de los Galeones su camino de Lima a Panamá y restaurando al interrumpido comercio entre aquellas plazas. Peleose con Infieles, venciéronse Infieles y Rebeldes en Ungría. Y quién más Infiel y Rebelde a Dios, y a todo el género humano, que los crueles y desalmados Cosarios de que V.E. libró a tan noble y tan estendida región, como la de su Virreynato, persiguiéndolos todavía con el Consejo donde no se dejan alcançar de las Armas. Entre tantos motivos de regocijo confieso, sin embargo, que yo llorara más amargamente la muerte de nuestro grande Historiador y Poeta D. Antonio de Solís, en quien perdimos un Coronista de las Indias tan digno de celebrar las hazañas de V.E., si yo no viera suplida cumplidamente aquella falta sensible con el grande Amigo y Defensor de la verdad Histórica el canónigo D. Pedro del Pulgar. Assí, me resta solo pedir a la suma benignidad de V.E. sufra que yo me aya anticipado a festejar, en estas

breves líneas, lo que a otro más capaz tocará individualmente escribir y, ojalá, sea guardando Dios a V.E. y dejándole bolver a esta Corte con muy perfecta salud para muy largos y prósperos años. Madrid, a 4 de junio 1686”.

Todas estas afirmaciones y loas recogidas en los textos que preceden a los Floros nos ayudan a conformar una imagen más precisa de nuestro perspicaz autor. No se trata de una personalidad histórica o literaria de gran brillantez, sin duda, pero tampoco de un simple gacetero que publicó numerosos papeles allá donde estuvo, como recogía la historiografía previa a los años 60 del pasado siglo, cuando se revisó su trayectoria. Nos hallamos ante un escritor interesante de amplísima cultura⁴.



Francisco Fabro Bremundan nació en Besançon (Borgoña) en 1621. Sus padres fueron Pedros Faivre y Huberta Regnaude. Estuvo casado con la italiana Maria Carrara y, en segundas nupcias, con María Montiel de Noguerol. De ambos matrimonios tuvo varios hijos. Murió miserable en Madrid en 1698⁵. Desconocemos datos de su infancia y su primera juventud. Cuando Diego Saavedra Fajardo visitó la Borgoña en 1638 por motivos políticos, acogió al joven Fabro bajo protección, que inició así su carrera de secretario bajo la maestría y la selecta cultura del diplomático, al que acompañó en todas las misiones y embajadas por Europa. Saavedra Fajardo regresó a Madrid en 1645 y Francisco Fabro, separándose de su patrón, ingresó sucesivamente en las secretarías —diplomáticas y militares— de Luis de Benavides, Marqués de Caracena; de Alonso Pérez de Vivero, Conde de Fuensaldaña, consejero de Estado y embajador en Francia; y del Marqués de la Fuente.

En 1647 viajó a Italia y al año siguiente publicó su primer libro: *Il Tullio Moderno* (Venecia, 1648). En 1651, también en Venecia, editó *L'eroe trionfante. Istoria delle gloriose azioni di Mocenigo II, Procuratore di San Marco e Capitano Generale del Mare* (Relación de la toma de Candia a los turcos). A continuación, se trasladó a Milán, donde residió casi una década y estableció relaciones personales con el selecto círculo literario de la ciudad, que le facilitó el ingreso en la “Academia dei Faticosi”. En esta ciudad, en 1661, vio la luz su *Delle Lettere di Francesco Bremodani. Scrite in varie lingue et diversi argomenti...* (última obra de la que tenemos noticia en Italia, siendo probable que parte de su trabajo de entonces se haya perdido).

Algunos meses antes, ya en España, entró al servicio del infante Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV y de la actriz María Calderón, la *Calderona*) en calidad de secretario. Los primeros contactos entre ellos fueron

⁴ Lamarque, Pilar. “Cartas de Francisco Fabro Bremundans al Dr. Diego J. Dormer”, en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 23-24. Zaragoza, Institución Fernando el católico, 1971. Págs. 191-201.

⁵ Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968. Véase también, del mismo autor: “Francisco Fabro Bremundans, Gacetero del Reino”, en *diario ABC*. Madrid, 21 de mayo de 1961. He incluido este artículo, porque en él se da noticia de su testamento, codicilo y acta de enterramiento.

poco satisfactorios⁶, tanto que Francisco Fabro pensó regresar a Italia o ir a Alemania. Sin embargo, el infante le requirió que escribiese su vida y sus hazañas, encargo que decidió a Francisco Fabro a quedarse en las *Casas del Infante* (Madrid-Consuegra) y ligar su vida y talento al de Austria hasta su muerte en 1679. Muy pronto comenzaron los frutos. Precisamente en enero de 1661, se publicó el primer número de la *Gazeta de Madrid*, nacida bajo el título *Relación o gazeta de algunos casos particulares, assí Políticos como Militares, sucedidos en la mayor parte del Mundo, hasta fin de diciembre de 1660*, y después más habitualmente *Gazeta Nueva de los sucesos*, de periodicidad mensual, por iniciativa de Juan José de Austria y su secretario Francisco Fabro⁷. En febrero del mismo año, Felipe IV nombró a su hijo ilegítimo Capitán General para la conquista del Reino de Portugal, empresa que publicitó Francisco Fabro y fracasó estrepitosamente debido a la desastrosa situación económica de la hacienda española y la falta de un ejército experimentado. Este fracaso redirigió su carrera hacia la política cortesana en Madrid, convirtiéndose en una figura clave en las intrigas del reinado de su hermanastro, Carlos II.

Para Francisco Fabro la *Gaceta* tenía una misión esencial: informar y convencer al pueblo de las razones que movían a Juan José de Austria y, presentarle así, como competidor al heredero legítimo. La *Gazeta de Madrid* sería, de esta suerte, un vehículo de propaganda. El formato, cuatro hojas en cuarto, se imprimió con licencia por Julián de Paredes. Además, Fabro publicó *Relaciones* solo de los sucesos de Portugal, donde combatía el infante, sin periodicidad. Su formato, dos hojas en folio, que imprimó Francisco Nieto. La primera serie de la *Gazeta* se interrumpió en 1662. Su éxito, sin embargo, fue inmediato, pues se reimprimó en Sevilla, Valencia, Zaragoza, Málaga y México.

A la muerte de Felipe IV en 1665, la madre del nuevo rey, Carlos II - entonces un niño-, Mariana de Austria, envió a Juan José de Austria a Zaragoza, a quien acompañó su secretario. En 1669 el infante fue nombrado Virrey y Vicario General del Reino de Aragón. Francisco Fabro, entonces, reunió a su familia y puso casa en la capital aragonesa. Pronto se le abrió la sociedad culta zaragozana, creando intensas amistades. Allí concluyó y publicó la primera parte de *Historia de los hechos de Juan José de Austria*⁸. Aprovechando las circunstancias favorables, en 1676, fundó los *Avisos ordinarios de las cosas del Norte*.

En 1677 Juan José de Austria regresó a la Corte de Madrid y Francisco Fabro con él. Aquí montó casa y estudio, se asoció con el librero Gabriel de

⁶ Pérez de Guzmán y Gallo, Juan. *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid*. Madrid, 1902, pág. 47.

⁷ La *Gaceta de Madrid* ha pervivido hasta nuestros días con el título de *Boletín Oficial del Estado*.

⁸ *Historia de los hechos del Serenísimo Señor Don Juan José de Austria en el Principado de Cataluña. Parte I. Escribióla Don Francisco Fabro Bremundan, criado de Su Magestad, y Oficial mayor de Lenguas de las Secretarías de Estado y Guerra de Su Alteza. La ofrece y dedica al Rey nuestro Señor Don Carlos II*. Imprimióse en Çaragoça, con Licencia y Privilegio, en la Imprenta de Diego Dormer. Impressor de la Ciudad y del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. Año M.DC. LXXIII.

León, continuó la historia del infante, y recibió el encargo de redactar las jornadas del viaje de Carlos II a Zaragoza⁹. A partir de julio del mismo año, lanzó la *Gazeta Ordinaria de Madrid*. El infante creó para él el cargo de “Gacetero oficial del Reino”, lo que excluía a cualquier otra persona del negocio de la edición de gacetas. Juan José de Austria falleció en 1679 y, en 1680, Carlos II prohibió la publicación de papeles informativos y noticiosos.

Por lo tanto, Francisco Fabro planeó publicar un periódico puramente literario: *Mercurio Literario Español*. Publicación seria, en su opinión, según el modelo europeo, pero no obtuvo autorización. En 1683, el Consejo de Castilla accedió de nuevo a la publicación de gacetas y papeles noticiosos en España. Audaz de nuevo, a finales de este año editó las *Noticias Generales de Europa*. Una Europa aterrorizada por el avance otomano hacia el centro de la cristiandad. Su sentido periodístico, aprovechó aquella ansiedad informativa para transformar la gaceta en, prácticamente, un monográfico de esta guerra: *Nuevas singulares concernientes a la sola Guerra Sagrada contra los Turcos, separada de propósito de las Generales de Europa*.

Entonces, Francisco Fabro se asoció con el librero oficial del Rey, Sebastián de Armendáriz, para editar las *Nuevas Ordinarias del Norte*, en otras ocasiones *Nuevas Singulares del Norte*. Y es, precisamente, a partir de su asociación con Sebastián de Armendáriz cuando compiló, redactó y publicó los *Cinco Flores históricas* (impresos en 1684, 1686, 1687, 1688 y 1690, sucesivamente). Tradujo incansablemente papeles, documentos, libros, y redactó otras obras cuyos manuscritos hoy son desconocidos¹⁰. Años de trabajo sin descanso hasta su muerte en Madrid en 1698.

En 1689, Francisco Fabro cedió la gestión de la *gaceta* a Juan de las Hebas, quien a su muerte obtuvo el cargo de “Gacetero oficial del Reino” y continuó gestionando la publicación, ahora con el título de *Noticias Ordinarias de las cosas del Norte*, aunque por Orden Real los beneficios debían ir a parar al Hospital General. En 1696, el Rey concedió al empresario de origen navarro Juan de Goyeneche, de forma vitalicia y hereditaria, la gestión del periódico, que pasó entonces a denominarse de forma definitiva *Gaceta de Madrid*.



⁹ *Viaje del Rey nuestro señor Don Carlos Segundo al Reyno de Aragón. Entrada de Su Magestad en Zaragoza. Juramento solemne de los Fueros y Principios de las Cortes Generales del mismo Reyno, el año M.DC. LXXVII. En relación diaria. Escrita por Don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario, Intérprete de la Lengua Latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y dedicada a Su Magestad por mano del Señor Marqués de Canales, Cavallero de la Orden de Calatrava, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de Estado de España y el Norte. En Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa. Diego, Impressor de Su Magestad. Año M.DC. LXXVII.*

¹⁰ Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968. Pág. 20. Entre sus traducciones, destaca la realizada al padre F. Miguel Fabro de Novi, *Gobierno de los turcos: máximas y artes violentas con que se mantiene y se destruye y en las quales el Padre [...], misionero apostólico, durante los años inmediatos a la guerra presente, fundó la imposibilidad probable de la duración de aquel bárbaro Imperio*. Tradujo D. Francisco Fabro Bremundan de italiano en castellano y le añadió la reflexión del acierto con que el Autor pronosticó el actual abatimiento del orgullo Otomano. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, 1693. Entre otros escritos, y asociado a Sebastián de Armendáriz, cabe señalar: *Primera continuación de los obsequios y festejos que se hizieron a ... Doña Maria Ana, en su real jornada desde el puerto de El Ferrol a esta católica Corte ...* Madrid, a 9 de mayo de 1690.

Dirigiendo ahora el interés hacia Sebastián de Armendáriz, tan activo y prolífico durante una década en el mundo del libro, apenas conocemos datos de su biografía más allá de su procedencia navarra, declarada por él mismo en algunos trabajos como paisano de San Francisco Javier. Respecto a los datos profesionales¹¹, sus trabajos más notables se desarrollaron entre 1683 y 1691, precisamente asociado con Francisco Fabro y, aunque su actividad fundamental fue la de librero y editor instalado en la Puerta del Sol de Madrid, existen diversas obras breves, en general triviales, que pueden considerarse impresiones suyas y, como tales, sin gozar de la seguridad necesaria, figuran recogidas en diversos repertorios¹².

Finalmente, a estas ocupaciones hay que añadir su dimensión de escritor, principalmente de textos cortos: avisos, relaciones de sucesos, noticias principales y universales, diarios noticiosos..., formas incipientes de difusión de noticias, proto-periodismo podríamos decir, que informaban sobre eventos específicos (guerras, festejos, América...), no tenían periodicidad fija en principio y, con frecuencia, buscaban sensacionalismo.

Desde sus primeras obras localizadas, Sebastián de Armendáriz acompañó a su firma el cargo de librero de Cámara de Su Majestad y, más adelante, el beneficio de curial de Roma, que le permitió activar el despacho de negocios, actuar como intermediario profesional, en Roma. El cargo indicaba una relación directa y un servicio a la Corte. Evoca al proveedor de libros para la realeza y la Corte, al gestor de alguna biblioteca nobiliaria o real. Tal vez, quizá acompañado de buenos socios y señalado de la fortuna, algún pingüe negocio o, señalado del infortunio, un emprendimiento necesario de supervivencia.

Participó en la edición de las primeras gacetas en español, como *Nuevas ordinarias de los sucesos del Norte*, que con diferentes títulos se publicó entre 1683 y 1697. Para ello contó primero con el impresor Bernardo de Villadiego y, después, en una relación más prolongada, con Antonio Román. Buena parte de las noticias fueron escritas por Francisco Fabro Bremundan. Su actividad coincidió, efectivamente, con el inicio de las *gacetas oficiales* y la creciente necesidad de información durante la guerra contra los turcos en ese periodo.



Bernardo de Villadiego empieza a imprimir en 1665 y se mantiene activo hasta final de siglo, lo que le convierte en uno de los impresores madrileños de más larga actividad profesional. Casado con Paula del Val, estuvo instalado desde 1673 en la calle de Embajadores -frente a San Cayetano-, de donde pasó a la calle de la Magdalena, donde se encontraba ya en 1691. Impresor de Su Majestad, tiene una interesante y extensa producción que no cabe reproducir

¹¹ Véase en el texto de presentación del *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría...* Op. Cit. www.archivodelafrontera.com Anexo I: Sebastián de Armendáriz, librero, editor, autor de obras breves y, dudosamente, impresor. Repertorio. Págs. 8-19.

¹² Delgado Casado, Juan. *Diccionario de impresores españoles. Siglos XVI-XVII*. Madrid, Arco Libros, 1996. 2 vols. I vol. Págs. 43 y 44.

en esta breve presentación. Imprimió trabajos costeados por Armendáriz durante los años 1683 y 1684, iniciando su colaboración con *Nuevas ordinarias de los sucesos del Norte* y finalizándola con el *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII*. Sin duda, una de sus mejores impresiones es el *Viaje del Rey D. Carlos II al Reino de Aragón* (1680), de Francisco Fabro. Bernardo de Villadiego fue también fundidor de letras, aunque desde 1687 utilizó tipos de Pedro Disses. Dictó testamento en 1698 dejando todos sus bienes a su hijo Francisco Antonio, que imprimió su primera obra en 1700¹³.

Antonio Román desarrolló su actividad como impresor en Madrid entre 1683 y 1699. En 1683 compró a Eugenio Rodríguez material de imprenta que había pertenecido a José Fernández de Buendía y se instaló en la calle Duque de Alba, precisamente en el antiguo taller de Buendía. Aquí dio comienzo de manera efectiva su actividad como tipógrafo independiente. Es posible que el material adquirido no fuera de buena calidad, o no fuera suficiente para el buen funcionamiento de la imprenta, ya que dos años más tarde utilizó tipos preparados por Pedro Disses. Sus impresiones fueron muy abundantes, aunque no excesivamente interesantes¹⁴.

Desde estos primeros comienzos, Antonio Román imprimió para Sebastián de Armendáriz y su colaboración se alargó al menos hasta 1696. Antonio Román falleció en 1699, año en el que coinciden su última impresión y las primeras de su sucesora, su esposa Serafina de Ezpeleta, que utilizará el nombre de “Herederos de Antonio Román” para firmar sus impresos. La actividad de la viuda fue muy breve pues, en 1702, después de casarse con su empleado Jerónimo de Estrada, dejó el negocio.



Para finalizar esta sucinta presentación, nos gustaría adelantar algunos fragmentos singulares de los *Floros Históricas*, quizá como un estimulante de la sucesión de acontecimientos, esencialmente militares y belicistas, que se relatan en cada uno de los anales. A través de ellos se percibe, intencionadamente, el imaginario colectivo de la “cristiandad” en las últimas décadas del siglo XVII en un estado de exaltación sin precedentes. Los fragmentos evidencian distintos valores, mitos, símbolos o creencias compartidas, fomentados por la Liga Sagrada y comunes a la sociedad cristiana. Ahí van.

“A veinte y uno de agosto, para más atemorizarlos, exercitó el enemigo con particular aplicación sus acostumbradas crueldades, haziendo inhumanamente assar los niños christianos quitados del pecho de sus madres en las últimas correrías, y mostrándolos en las puntas de sus lanzas (horrible espectáculo) a los defensores. Amenazándoles la misma muerte, si proseguían en contrastarles lo que presto serían obligados ceder a la fuerza. Mas todas

¹³ *Ibidem*. II vol. Págs. 709 y 710.

¹⁴ *Ibidem*. II vol. Págs. 606 y 607.

aquellas crueldades servían a alentar, antes que a desanimar los generosos defensores”. (*Floro Primero*. Pág. 37).

“A veinte y siete de agosto, atacó el enemigo por tres diferentes partes a un mismo tiempo para divertir las fuerzas de aquel valuarte, pensando con esta estratagema apoderarse de él. Mas hallando oposición mayor de lo que había presupuesto y, viendo disparar la artillería con cartuchos llenos de fragmentos de hierro, balas y piedras menudas, dio atrás con muy notable daño y pidió treguas para retirar los muertos, pero con cautela valiéndose de ellas para un fin muy diferente. Y fue que, figurándose estarían los defensores menos cuidadosos a la sombra de la actual suspensión, avanzó con nueva gente y repitió el assalto más recio que al principio. Pero recibido, como siempre, con la artillería y mosquetería, perdió sin encarecimiento más de tres mil hombres”. (*Floro Primero*. Pág. 38).

“Doze de septiembre. Otra cosa no se oía en la ciudad que temblores de las minas que convertían las casas en sepulturas de sus mismos dueños; o lamentos y voces por la muerte improvisa de los hijos y parientes a lluvias de piedras, a caídas de bombas y otros fuegos artificiales que, a todas horas, tomaban por blanco las personas, o los tejados, de suerte que no quedava hora ni parte segura donde abrigarse o descansar. Y todo era poco, respeto a la pena del temor concebido de lo que sucedería si se perdiese la plaza por assalto, y aun por concierto. Pues según lo que diariamente referían los prisioneros, tenían los infieles, deliberado executar en los naturales el mayor y más cruel estrago que, en ninguna era, inventó la más infernal inhumanidad”. (*Floro Primero*. Pág. 42).

“Últimos días de septiembre. Mas bolviendo a los nuestros, primero que verlos mover de la cercanía de Neuheusel, dígase que la fama de la victoria de Viena y de las inmensas riquezas adquiridas de los victoriosos, había traydo ya grandes refuerzos al ejército christiano y, sobre todo, al de Polonia, cuyo primer número se había casi duplicado, sin alargarnos empero, a los cien mil hombres, a que le sube la *Relación* impressa en Venecia. La qual además de traducirla, vamos supliendo y aun enmendando, en lo que sabemos poderlo hazer, con incontrastable legalidad”. (*Floro Primero*. Pág. 60).

“Nueve de octubre. Entonces dio el general degüello más priessa a los infieles para arrojarse al río, cuyas aguas no eximieron, ni aun a los que sabían nadar, del fuego de ocho cañones que, plantados en sitios oportunos, disparavan cartuchos en ellos, mientras los dragones y mosqueteros escogían desde las orillas en quién emplear sus balas y, con tal efecto que, en buen espacio, corrieron las ondas teñidas de sangre. Duró cerca de hora y media este exercicio, juntamente horroroso y divertido, interpolado de otra notable curiosidad, y fue que los cavallos muertos y los cadáveres humanos encontrando con los palos y cuerdas del puente desbaratado, hizieron otra especie de puente por donde se apressuraron algunos a passar y lo lograron, aunque pocos. De todos aquellos géneros de muertes, sobre la tierra y el río,

perecieron más de diez y seis mil hombres, lo mejor de las fuerzas otomanas, pues casi todos eran de sus milicias de Europa en que consiste su más sólido poder. Hallose entre los muertos en el campo el cuerpo del nuevo Visir de Buda, a quien, por la fama de su valor, no siendo más que Bajá de Diarkebir (o Mesopotamia), había levantado Kara Mustafá a aquella dignidad muy superior a la antecedente, y después encargadole el mando principal de aquella facción. No se hizieron más de mil prisioneros, pagando los infieles la pena de la crueldad con que habían introducido no dar quartel a nadie y el orgullo (que más irritó a los polacos) con que levantaron en unas hastas, sobre los parapetos de Barkan, las cabezas de los que prendieron el día siete en el primer rencuentro”. (*Floro Primero*. Pág. 66).

“Pero como las últimas tretas de este Rebelde, alentado a un tiempo de turcos y malos christianos, hayan dado muestras de que todavía levante la cabeza con aver entrado sus tropas en Cassovia y Eperies, materia de que, sin embargo, no se puede hablar aún con entera claridad, la guardaremos para el *Floro* de este año. En que (mediante Dios) no florecerán ni darán a la Christiandad menos frutos de bendición, que el passado, las gloriosas armas de la Liga Sagrada azia el total cumplimiento de la profecía del venerable Padre Martín Strigonio, de la Compañía de Jesús, cuyo traslado se pone aquí como le puso el primer autor de esta obra, en la edición de Venecia, para consuelo de los leales vassallos y devotos de la augustíssima Casa”. (*Floro Primero*. Pág. 71. Final y despedida).



“Es opinión de muchos que, a este año, en quanto a los sucessos que vamos a referir, no le pueda venir símbolo más adecuado que el de la Sirena de Horacio, hermosa por arriba y fea en los remates. Mostró (dizen ellos) el semblante risueño con los arreboles que, del año antecedente, le habían franqueado las vitorias de Viena, y Barkan [[Parkany](#), actual [Štúrovo–Eslovaquia](#)], y la memorable restauración de Strigonia [[Esztergom–Hungria](#)]. Añaden que durante el mismo invierno fue enseñando la garganta igualmente bella, según los cosacos proseguían en lograr sus expediciones contra tártaros y turcos y que, sucessivamente, le abultaron más los pechos al passo que se consolidava la unión de las tres potencias: imperial, polaca y veneciana, en la Liga Sagrada. Pero que no obstante haver aquellos faustos anuncios tomado más cuerpo en dos batallas favorables, no por eso había dejado la sirena de malparir al pie de las murallas de Buda, resucitando en los bárbaros su prístino orgullo y apagando, en los ánimos de los fieles, gran parte de las esperanças concebidas de los acontecimientos anteriores. Mas, sin desmentir en todo, aquellos discursos melancólicos o negar el que no solo en Ungría, pero en Polonia, rematasse la campaña al revés de las apariencias primeras. No sin torpe ingratitud, podrá olvidarse lo que al Dueño soberano de las vitorias se le debió a veinte y siete de junio en las eminencias de Vaccia [[Vác–Hungria](#)], y a veinte y dos de julio en los campos de Hansbech, cuyo fruto, si no se percibió

tan prontamente en la intentada empresa de la capital de Ungría, no dejó de conducir bien eficazmente a madurar los intentos del año después, manteniendo el crédito campal de las armas christianas y disminuyendo casi hasta su último exterminio las tropas veteranas del Imperio Otomano. Además de que la expugnación de Virovitiza [[Virovitica-Croacia](#)] y las relevantes conquistas de venecianos, el propio año, no fueron leve consuelo al justo sentimiento que ocasionó la retirada del asedio de Buda. Vamos aora contando, por su orden y serie de los tiempos, lo obrado por los tres ínclitos coligados y auxiliares que concurrieron en su heroyco propósito”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Pág. 10).

“Durante sus mayores afanes, llegó a aumentarle el desconsuelo la nueva de la muerte de su protector Kara Mustafá que, publicada muchos días antes de suceder por los que la leían como infalible en las máximas de la Política Otomana y, después del suceso, alterada la noticia algún tiempo de la Fama, según suele con todo lo que trae de lexos, finalmente se supo con circunstancias fijas haverse, de orden del Sultán Mehemet IV, quitado la vida a aquel monstruo de crueldad a 25 de diziembre, día dedicado a celebrar el nacimiento del hijo de Dios que, no sin misterio, parece escogió su justicia para el castigo de quien, aun a sangre fría, sacrificó tantos millares de christianos inocentes a su furor. Llegó por la posta a Belgrado (donde se hallava), a la una de la tarde, el Capigi Bassi (gentilhombre o doméstico íntimo del Sultán) con un despacho dirigido al Aga (o coronel) de los genízaros que, luego leída la comission (y muy ufano con ella por los testimonios, bien o mal fundados, levantados por el mismo Visir contra su milicia), fue a palacio seguido de trecientos hombres y el propio Capigi Bassi. Entravan juntos en su quarto quando, turbado de la novedad, preguntó *cómo iban a importunarle a hora tan impropia*. Mas reconociendo al lado del Aga, al Capigi Bassi, se sossegó algo diziendo *quizá traerá este, alguna orden del Gran Señor*. Entonces, acercándose el Aga con el decreto del Sultán en la mano, como a enseñárselo, le previnieron por disposición suya quatro hombres robustos que, atropellando con él, le ahogaron sin darle lugar a la menor réplica y, cortándole después la cabeça, le quitaron la piel que, llena de algodón oloroso, fue llevada con la cabeça embalsamada al Sultán. El propio día que partió de Andrinópolis el Capigi Bassi, passó Suleyman Aga, Cavallerizo mayor del Sultán, con otra orden a Constantinopla a embargar los palacios y casas y poner en cobro los tesoros y ricas alhajas de Kara Mustafá, y a otras diligencias consecutivas a la resolución de su muerte. Entre otras, la de suspender los puestos a algunas hechuras suyas, y aun quitárselos. Pensión terrible del desfavor de los Príncipes, cuya epidemia passa a matar las más vezes inocentemente o inficionar con peligro a los que, aprobándolo el mismo dueño, participaron de los reflejos del Valimiento mientras subsistió. Y ojalá se quedara este injusto achaque entre infieles y no se experimentara, igualmente cruel, en algunas Cortes de la christinadad”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Págs. 23 y 24).

“Mas, aunque no es intento nuestro alargar a todo lo individual y diario la relación de un assedio, cuyo melancólico remate correspondió tan mal a la expectación de toda la christiandad, pide lo regular de la Historia para este lugar siquiera un compendioso bosquejo de la situación de Buda, que sirva a la más fácil comprehensión de lo que se contare, y no sin esperanças de haverlo anticipado más útilmente para el presente año de 1686, después de las premissas prodigiosas que el passado de 1685 dio la misericordia divina en tantas vitorias y conquistas, de querer enmendar lo que el de 1684 no se acertó en la misma empresa. Yaze pues, la ciudad de Buda, en la orilla izquierda del Danubio, según viene bajando del Norte a Mediodía, hasta parage bastantemente apto (según las distancias del mismo punto a la circunferencia) a constituir la digna y cómoda capital de ambas Ungrías. Estiéndese la población, proporcionada a la grandeza de sus Reyes, a formar un óvalo (si bien imperfecto) para gozar más cómodamente de los beneficios del río, como quiera que, a los principios, eligieron los fundadores su principal assiento en la parte más elevada y aventajada, según parece por el segundo más antiguo y más sólido recinto que comprehende en su extremidad meridional el Palacio Real, que llaman castillo, y lo mejor y más suntuoso de sus edificios. Fuera de esta misma frente meridional tiene una montaña con el nombre de San Gerardo, cuyas rayzes llegan a formar un vallezuelo entre la misma eminencia y la contraescarpa de la ciudad, ocupando la cima del propio monte un fuerte de momento desygal a la importancia del puesto y como obra de la impericia de sus dueños. Al cuerpo más considerable de esta poderosa ciudad añadieron, después, los otros dos de los lados oriental y occidental; al primero de los cuales llaman con los quatro nombres de Ciudad inferior, del Agua, de los Judíos, o de los Razianos y, al otro, dan el de Arrabal anterior. Los cuales, como no impropriamente puedan llamarse alas de la población, podría dezirse es su cola otro Arrabal, que llaman superior y prosigue en costear el Danubio, si no pecara la comparación en que no sale del medio, sino del ángulo izquierdo de aquella extremidad. En la otra orilla del Danubio (como ya queda dicho), el otro cuerpo de la ciudad llamada Pest, voz alemana que en lugar de significar lo que, en otras lenguas, quiere dezir lo mejor. Sin duda, por la diferencia del sitio menos irregular y más llano que el de Buda y, passándose de una a otra por un puente de barcas en tiempos que lo sufran, es evidente ser ambas de igual importancia a quien posee el Reyno de Ungría para darse recíprocamente la mano la Superior y la Inferior”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Pág. 51 y 52).

“Un grande año, un año más memorable que muchos siglos, es el que vamos a registrar en los fastos de nuestra edad. Año por tantos títulos acreedor de las mejores plumas de la christiandad, que todas juntas no bastarán a celebrar dignamente las hazañas eroycas que le han ilustrado. El orgullo otomano, en tantas ocasiones escarmentado. Sus huestes, rotas y postradas en qualesquiera rencuentros. Tantas Plazas capitales suyas, y de sus

devotos, expugnadas, aun algunas vilmente cedidas y abandonadas. Sus Lunas en continuo movimiento retrógado de fugas, adonde encubrir sus afrentas y dissimular sus frecuentes Eclipses. Sus temores de una total ruina cifrados, bien claramente, en las cansadas instancias de Pazes hechas de su parte. Vengar su Gobierno, por motivos incomprensibles a todo discurso humano, las injurias del César en la cabeza de la Rebelión de Ungría. Desmoronarse y caer, como de golpe, toda la máquina del partido inobediente establecida en tantos años, como la vimos resistir con armas iguales y, tal vez, superiores a las que solicitaban su reducción. Esto es lo que, mediante Dios, pensamos referir, pero con circunstancias tan raras y maravillosas que no será poco halle su verdad el crédito de Historia, en los tiempos más apartados de los mismos sucesos. Bien diferentes los esperaba la Puerta Otomana después de recobrada del desmayo, que tres meses le había durado, del peligro de Buda. Pues con este mismo impulso se aplicó a tales prevenciones que, si las lograra, pudieran bastar no solo a restaurar sus pérdidas de Ungría, pero también a resucitar el crédito que se le quedó sepultado en los ataques de Viena. Materia, con todo, en que no nos detendremos mucho, ni tampoco en los apercibimientos de las tres Potencias christianas confederadas, para darnos más priessa azia las operaciones, de cuyas noticias es, con razón, más deseosa la curiosidad de los fieles”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 87).

“Ocho días después de terminada la empresa, concurrieron de la Corte Imperial gran número de curiosos de todos estados a gozar de más cerca de tan afamado triunfo y, entre otros, el General de la Orden referida de San Francisco, que trajo consigo algunos religiosos para el servicio de la misma iglesia que, expurgada y consagrada de nuevo por el propio Prelado, supliesse la falta de la parroquial hasta su restauración, de que ofreció cuidar el Arçobispo de Strigonia, Primado del Reyno de Ungría, como assí mesmo contribuir para la reparación de las fortificaciones, juntamente con el Cardenal Nuncio apostólico, de orden de Su Santidad. Tampoco se olvidaron desde entonces los arbitrios para bolver a poblar aquella ciudad, habiendo los naturales que permanecieron en ella, después de sujuzgada, perecido casi todos debajo de la opresión infiel, o passadose a la mahometana superstición y, los que salieron con el presidio christiano, disipadose en veinte y tres años de destierro. Mas como en esta materia política necessitasse de algún tiempo para resolverse y executarse, la dejaremos seguir el curso en que la huvieren puesto sus directores, para acudir a otra más propia de nuestro assumpto”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Págs. 129 y 130).

“Y aunque esta carta fue encaminada algunos días después de retirado el ejército infiel a la otra parte del Danubio, no dejaremos de ponerla aquí, y aun correr la pluma, resumiendo otras diligencias, que antes y después de esta, entablaron los otomanos (todas igualmente infrutuosas en esta dependencia), por no interromper de nuevo con ella el hilo principal de acontecimientos

militares, más plausibles y propios de nuestro argumento. Dezía pues, la carta, así... (*Flor Segundo*. Año 1685. Pág. 134).

“Mas, antes de franquear a las tropas el saqueo, fue preciso assegurar la conquista en el estrago y prisión de los vecinos y poner fuertes guardias en las avenidas del castillo, lo qual cumplido por la mañana, se empleó toda la tarde en esa otra diligencia, que no pudo ser sin mezcla de nuevas muertes y prisiones de muchos infieles escondidos, pudiéndose acortar la pintura de los varios espectáculos de aquel día (horrorosos, aun executados en enemigos de Dios), con dezir experimentaron mucha parte del mayor rigor que permite y manda la Ley de la más justa Guerra”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 140).

“Otras muchas plazas, y puestos ganados en la Ungría superior, nos podrían detener en su descripción, pero como acerca de ellos falta mucho que averiguar en tanta distancia, las suspendemos hasta otra ocasión, como assí mesmo lo que toca a la pertinacia de la Princesa Ragotzi, al asedio de Mongatz, a la liberación de Tekeli, de cuyas materias, tocando ya tanta parte al año corriente de M.DC.LXXXVI, pediremos a Dios nos dé vida y salud para poderlas insertar legalmente, según el fin que tuvieren, en el FLORO de este mesmo año, en que por tantas señas nos promete la Divina misericordia nuevas y más capitales vitorias de que alabar su Santísimo nombre, y consagrar (en quanto diere de sí nuestro limitado talento) sus gloriosas memorias a la eternidad”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 171).

Y hasta aquí, esta breve presentación de los dos primeros *Floros Históricos* de Francisco Fabro Bremundan que, por buena ventura, entregamos a vuestra atención. Ojalá los disfruten. VALE.



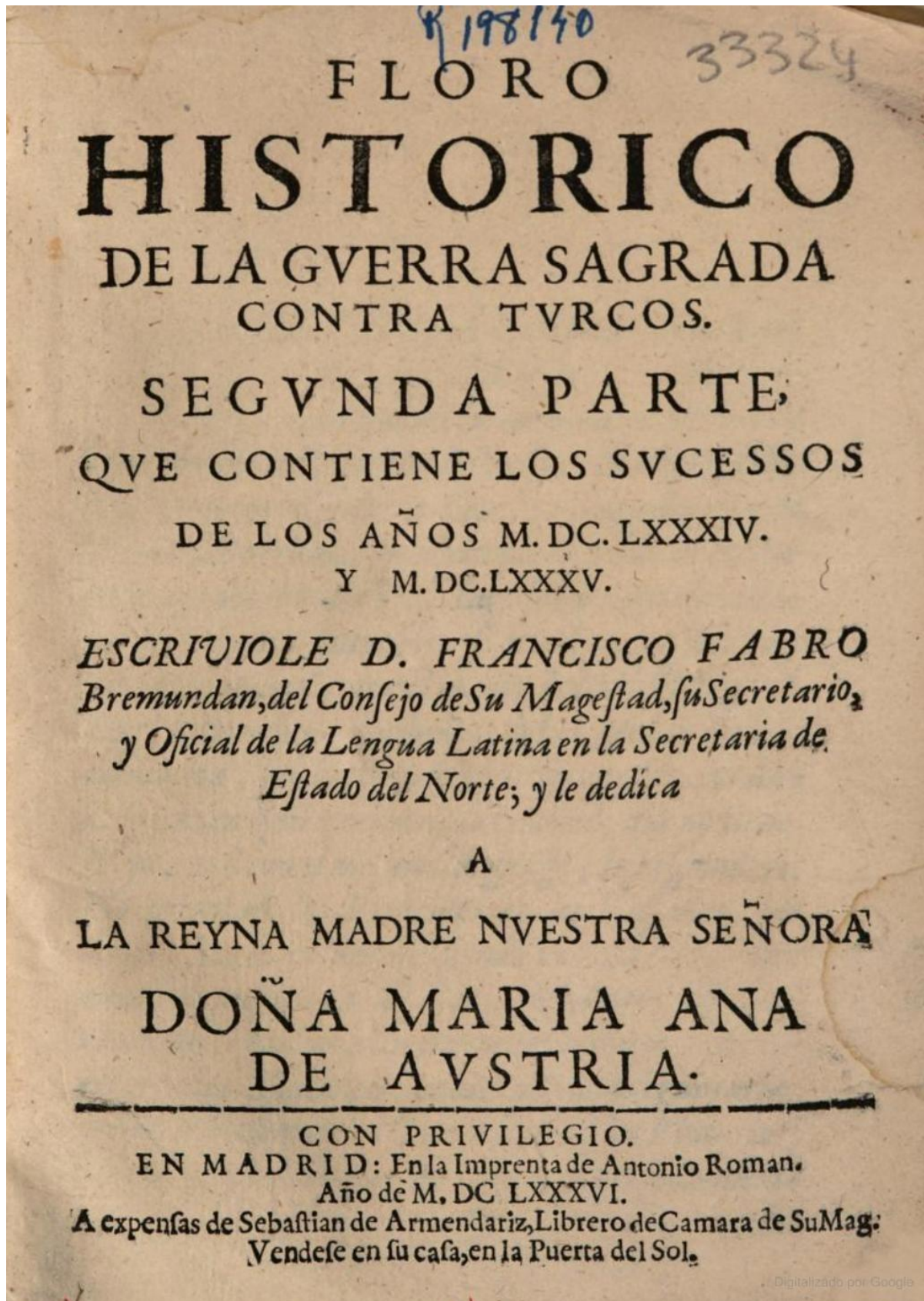
BIBLIOGRAFÍA.

- Cátedra García, Pedro Manuel (dir.) y Díaz Tena, María Eugenia (ed. lit.). *Géneros editoriales y relaciones de sucesos en la Edad Moderna*. Universidad de Salamanca. Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas. Actas, 7. 2013.
- Delgado Casado, Juan. *Diccionario de impresores españoles. Siglos XVI-XVII*. Madrid, Arco Libros, 1996. 2 vols.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Historia de los hechos del serenísimo señor don Juan de Austria en el Principado de Cataluña. Escriviola... Criado de Su Magestad y Oficial Mayor de Lenguas de las Secretarías de Estado y Guerra de Su Alteza*. Çaragoça, en la imprenta de Diego Dormer. Año MDCLXXIII.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Viage del Rey nuestro señor D. Carlos II al Reyno de Aragón. Entrada de Su Magestad en Zaragoza, Juramento solemne de los Fueros y principio de las Cortes Generales del mismo Reyno el año MDCLXXVII. En relación diaria y dedicada a Su Magestad*. En Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego, impressor de Su Magestad. Año MDCLXXX.

- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII; traducido de italiano en castellano, y añadido de los sucesos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan*. Madrid, por Bernardo de Villadiego, a costa de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1684. 4º. 67 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucesos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan...* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1686. 4º. 231 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Tercera parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVI*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol. 1687. 4º. 252 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Cuarta parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. 1688. 4º. 223 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Quinta parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVIII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, véndese en su casa. 1690. 4º. 240 pp.
- Lamarque, Pilar. “Algunas noticias sobre Francisco Fabro Bremundans”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, 1. Madrid, 1966. Págs. 237-244.
- Lamarque, Pilar. “Cartas de Francisco Fabro Bremundans al Dr. Diego J. Dormer”, en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 23-24. Zaragoza, Institución Fernando el católico, 1971. Págs. 191-201.
- Pérez de Guzmán y Gallo, Juan. *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid*. Madrid, 1902
- Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968.
- Valera Hervías, Eulogio. “Francisco Fabro Bremundans, Gacetero del Reino”, en *diario ABC*. Madrid, 21 de mayo de 1961.
- Valera Hervías, Eulogio. *Gazeta Nueva, 1661-1663. Notas sobre la historia del periodismo español en la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid y Murcia, Nogués, 1960.



Digitalizado por Google



Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucessos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV. Escriviolet D. Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario y oficial de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y le dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, Doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román. Año de MDCLXXXVI. A expensas de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol.

SEÑORA.

Segunda vez parece a los Reales pies de V. Magestad el Floro Histórico, en que me he atrevido a continuar la *Relación de los sucessos* del segundo y tercer año de la Guerra Sagrada contra turcos. ¿Podré yo, sin temeridad, publicar el augusto agrado con que V. Magestad se ha dignado alentar mi conato? Antes bien, fuera el no dezirlo delito tanto mayor, que el mayor de los delitos es callar los Beneficios recibidos. Mas, quizá dirá la emulación, son los Beneficios voluntarios, ni dan al sujeto en quien recaen la calidad que no tiene. E yo, casi con el mesmo language, la responderé: No premian los Príncipes en los Vassallos las obras, sino la voluntad. Siendo rara vez que aquellas, puestas en la balança de la más justa estimación, igualan a las mercedes con que se les corresponde. También pudiera yo preguntarla dónde se hallan oy los Tito Livios, los Plutarcos o los Curcios, capaces de registrar perfectamente los trofeos que, en solo tres años, han reportado las armas del mayor de los Augustos en su Reyno de Ungría. V. Magestad, que nació entre laureles, sabe escogió la discreta Antigüedad a esta planta, la más estéril de todas, para corona de los Héroes. Elección misteriosa con que, sin duda, nos enseñó bastava a las grandes hazañas su mesma desnuda verdad, sin necessitar ellas del adorno de expresiones y mendigadas del Arte. Jamás produjo el Valor, en tan breve tiempo tantas, tan admirables e importantes Vitorias como las que, particularmente, ilustraron al año passado MDCLXXXV y le merecieron el Blasón de VITORIOSO en toda la Christiandad. Quiera Dios se le compitan en el que hemos entrado, y otros muy dilatados, que V. Magestad goze con perfeta salud, como la Christiandad ha menester. Madrid, a 4 de junio 1686.

D. Francisco Fabro Bremundan.

*CARTA CON QUE ACOMPAÑA EL AVTOR
al Tomo de su Obra, que remite al Excelentissimo Señor Du-
que de la Palata, del Consejo de Estado, Virrey, y Capitán
General del Perú, &c.*

Exc.^{mo} Señor.

Señor.

T Al semejança tiene la materia que trato en esse volumen de la Guerra Sagrada contra Turcos, con la que V. Exc. lleva contra los Cosarios, que se han atrevido à inquietar los Mares cometidos à su cargo, que mi atencion à las grandes honras, que debo à V. Exc. no ha podido dilatar el representarselo en estos breves renglones. Que otra cosa fueron los Turcos en sus fatales principios, que Piratas de Mar, y Tierra, à cuyas medras faltando la oposicion de otras Cadenas, como las del Escudo de Navarra (que oy tan felizmente defienden al Imperio del Perú) levantaró su Tirania sobre las ruinas de casi todo el Oriente, y de tanta parte de la Europa, asta el formidable estado, que la conocimos, y la temblò el Imperio Germanico, tres años hà.

La liberacion de Viena, y los demás acontecimientos vitoriosos del Año M.DC.LXXXIII. yà seràn notorios à V. Exc. Pero la parte de los suceßos vltimos de Vngria, en que mas interessa mi comparacion, es lo que el Año passado de LXXXV. debió el servicio de nuestro Augusto Monarca à la zelante, y acertada Providencia de V. E. en exterminar la pestilencial Pi-

rateria de los Mares, y Tierras del Sur, assegurando al Tesoro de los Galeones, su camino de Lima à Panamá, y restaurando al interrumpido comercio, entre aquellas Plazas. Peleòse con Infieles: vencieròse Infieles, y Rebeldes, en Vngria: y quien mas Infiel, y mas Rebelde à Dios. y à todo el genero humano, que los crueles, y defalmados Cofarios, de que V. E. librò à tan noble, y tan estendida Region, como la de su Virreynato, persiguiendolos todavia, con el consejo, donde no se dejan alcançar de las Armas. Entre tantos motivos de regocijo, confieso sin embargo, que yo lloràra mas amargamente, la muerte de nuestro grande Historiador, y Poeta D. Antonio de Solis; en quien perdimos vn Coronista de las Indias, tan digno de celebrar las Hazañas de V. E. si yo no viera supli- da cumplidamente aquella falta sensible, con el grà- de Amigo, y Defensor de la verdad Historica el Ca- nonigo D. Pedro del Pulgar. Así me resta solo pedir à la suma benignidad de V. E. sufra que yo me aya anticipado à festejar en estas breves lineas, lo que à otro mas capaz, tocarà individualmente escribir: y ojalà sea guardando Dios à V. E. y dejandole bolver à esta Corte con muy perfecta salud, para muy lar- gos, y prosperos años. Madrid à 4. de Junio 1686.

Exc.^{no} Señor.

B. L. P. de V. Exc. su mas rendido,
y reconocido servidor

D. Francisco Fabro Bremundan.

APRO-

CARTA CON QUE ACOMPAÑA EL AUTOR al Tomo de su Obra, que remite al Excelentísimo señor Duque de la Palata, del Consejo de Estado, Virrey y Capitán General del Perú, etc.

Excmo. Señor.

Señor, tal semejança tiene la materia que trato en esse volumen de la *Guerra Sagrada contra turcos*, con la que V. Exc. lleva contra los Cosarios que se han atrevido a inquietar los Mares cometidos a su cargo, que mi atención a las grandes honras, que debo a V. Exc., no ha podido dilatar el representárselo en estos breves renglones. Qué otra cosa fueron los turcos en sus fatales principios que Piratas de Mar y Tierra, a cuyas medras faltando la oposición de otras Cadenas, como las del escudo de Navarra (que oy tan felizmente defienden al Imperio del Perú), levantaron su Tiranía sobre las ruinas de casi todo el Oriente, y de tanta parte de Europa, hasta el formidable estado que la conocimos y la tembló el Imperio Germánico, tres años ha.

La liberación de Viena, y los demás acontecimientos vitoriosos del Año MDCLXXXIII, ya serán notorios a V. Exc., pero la parte de los sucessos últimos de Ungría, en que más me interessa mi comparación, es lo que el año passado de LXXXV debió el servicio de nuestro Augusto Monarca a la zelante y acertada Providencia de V.E. en exterminar la pestilencial piratería de los mares y tierras del Sur, assegurando al Tesoro de los Galeones su camino de Lima a Panamá y restaurando al interrumpido comercio entre aquellas plazas. Peleose con Infieles, vencieron Infieles y Rebeldes en Ungría. Y quién más Infiel y Rebelde a Dios, y a todo el género humano, que los crueles y desalmados Cosarios de que V.E. libró a tan noble y tan estendida región, como la de su Virreynato, persiguiéndolos todavía con el Consejo donde no se dejan alcançar de las Armas. Entre tantos motivos de regocijo confieso, sin embargo, que yo llorara más amargamente la muerte de nuestro grande Historiador y Poeta D. Antonio de Solís, en quien perdimos un Coronista de las Indias tan digno de celebrar las hazañas de V.E., si yo no viera suplida cumplidamente aquella falta sensible con el grande Amigo y Defensor de la verdad Histórica el canónigo D. Pedro del Pulgar. Assí, me resta solo pedir a la suma benignidad de V.E. sufra que yo me aya anticipado a festejar, en estas breves líneas, lo que a otro más capaz tocará individualmente escribir y, ojalá, sea guardando Dios a V.E. y dejándole bolver a esta Corte con muy perfecta salud para muy largos y prósperos años. Madrid, a 4 de junio 1686.

Excmo. Señor.

B.L.P. de V. Exc. su más rendido y reconocido servidor
D. Francisco Fabro Bremundan.

APROBACIÓN DEL R.P.M. JUAN CORTÉS OSSORIO, de la Compañía de Jesús, Calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, Revisor de las Librerías de Madrid, y Catedrático de Teología en los Estudios Reales del Colegio Imperial, y Teólogo de Su Magestad.

Por Comission del señor Doct. D. Pedro Gregorio y Antillón, vicario de esta Villa de Madrid, etc. he visto este Libro intitulado *Floro Histórico de la*

Liga Sagrada contra turcos, en continuación de otro que salió con el mismo título refiriendo los admirables sucessos del año 1683, compuesto uno y otro por D. Francisco Fabro Bremundan, secretario del Rey, nuestro señor. Y, aunque por el crédito del Autor y por la calidad de la materia, ni necessita ni de más censura ni de más aprobación que ponerle en la luz pública, para que el aplauso universal de la Fama diesse la sentencia y, juntamente, abonasse esta confiança. No obstante, se reconocen en este trabajo del Autor algunas prerrogativas que no merecen passar sin advertencia. Las prendas de Don Francisco Fabro y el ingenio natural de que el Cielo le ilustró se han realçado tanto con el estudio y, especialmente, con la curiosa aplicación a los sucessos modernos de Europa que, en la estimación de los noticiosos, sobresale como sugeto muy singular y Ciudadano muy esclarecido de la República Literaria. La noticia de tan varias lenguas, la experiencia de tan varios Reynos y tan diferentes Naciones con el continuo manejo de los papeles, le habilitan de suerte que no es encarecimiento dezir que le proporcionan con la grandeza de tan heroyco assumpto. Alexandro Magno celebrava, con razón, la fortuna de Achilles por averle cabido en suerte un Coronista tan elegante y heroyco como el Poeta Homero. Mas también pudo hazer ponderación de la dicha que tuvo aquella pluma, en averle cabido por assumpto tal espada. Tengo por dichoso este siglo, en que aya sido Theatro de tan gloriosas hazañas y de tan ilustres sucessos, como al presente celebra todo el christianismo. Y admiro la divina Providencia que, para perpetuar la memoria de tales prodigios, ha prevenido ingenios que los celebren y los describan, de modo que no solamente sirvan a la contemplación de los presentes, sino a la eterna memoria de los futuros. Justamente podremos darle el parabién al Autor de este Libro, porque el esplendor del assumpto le arrebató la admiración y, en cierto modo, le necessitó al acierto de emprehenderle; con que no tuvo dificultad en lograr los preceptos que Dionisio Halicarnaseo da a los Históricos, por estas palabras [*Dionis. Halicar. Proemio*]: *Historicis eligenda sunt argumenta praeclara, et magnifica, quae magnam utilitatem lectotibus afferant, deinde cum magna diligentia, et industria idónea subsidia ad argumentum scribendum paranda*. Porque la Historia de estos dos últimos años, que es la que emprehende escribir el Autor, ha sido el deseo y el ansia de los hijos de la Iglesia desde que se empezó a desenfrenar la tiranía Otomana. O quanto suspiravan nuestros mayores por alcançar días tan felices para el Pueblo christiano. Excitava este afecto el oír varias profecías confirmadas con la experiencia de la piedad de Dios para con los suyos, pero se mirava su cumplimiento tan distante, que más parecían presumpciones que anuncios, y más propiamente gustosas ideas de la fantasía que alentados esfuerzos de la esperanza. Bendito sea el Cielo, que nos echó de ver por la experiencia lo que apenas cabía en la expectación. Conviene propiamente el nombre de Floro, no solo por la imitación del más discreto y más concisso Historiador Romano, sino porque parece que lo más florido y ameno del estilo, y de los casos, se juntó para hazer un ramillete de apacible Historia que

empleasse la admiración del entendimiento y, juntamente, lisongearse a la inclinación de la voluntad. Mas como entre la mayor cultura de las flores suele también hermosear el horror de las espinas, assí en la Relación destos dos años se ve la prosperidad interrumpida o templada con algunos sucessos adversos que lastiman la memoria, dispuestos sin duda de la mano poderosa de Dios para que ni el valor ni los merecimientos pretendan tener derecho de possession en la fortuna. Sirven estos contratiempos de sombras en la Pintura, y assí hazen más sensible y estimable la felicidad. Este dictamen es el que tanto celebra Séneca, como gran discreción de su amigo Demetrio: *Nihil, inquit, mihi videtur infaelicus eo, cui nihil Vriquam evenit adversi. Non licuit enim illi se experiri, ut exvoto illi fluxerunt Omnia, imo etc. ut ante voyum: male tamen de illo D. jiu licaverunt. Indignus visus est, a quo vinceretur aliquando fortuna.*

Los Héroe que Dios escogió en nuestros días para reprimir los Monstruos de la infidelidad, fueran de alguna manera infelices si, a imitación de las aguas en el continuado curso de sus Vitorias, no encontrassen escollos que, siendo tropiezos de su valor, encrespasen las olas haziendo vistoso alarde de su hermosura; sentencia que asegura la dicha en el primer documento que halicarnaseo para la Historia. El segundo no se verifica menos, porque nada puede ser de mayor utilidad para los altos Espíritus, que con el amor de la Patria unen el zelo de la Fe Católica, que los exemplos que enseñan a no perder la esperanza de los favores Divinos, a exponerse a los riesgos por la causa de Dios, a rendirle debidas gracias por las Vitorias, a no desvanecerse con la prosperidad y a confirmarse en los dictámenes y afectos de verdaderos hijos de la Iglesia.

En quanto al último requisito que pide tan gran Maestro de que se deben buscar, para hazer provechosa y verídica la narración, todos los instrumentos y noticias que pueden ilustrar para perfecta comprehensión de la materia, no se dude que si alguno puede gloriarse de averle cumplido enteramente es el Autor de esta obra; porque por su genio, por su empleo, y por la noticia de las varias lenguas de Europa, ha podido ver quanto en ellas se ha escrito y ponderado por los varios ingenios de las Naciones. Y assí, ha tenido para esta fábrica quantos materiales puede subministrar la curiosidad del estudio. Siendo esto assí, no solamente esta obra es digna de aprobación, como la que no contiene cosa contra nuestra Santa Fe, ni contra las buenas costumbres, sino que el Autor es digno de mucha alabança por averse aplicado a este desvelo tan conveniente para los que viven, y tan útil y apacible para la posteridad. Esto parece: Salvo meliore. En el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid, a 24 de mayo de 1686.

Juan Cortés Ossorio.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos, el Doctor D. Pedro Gregorio y Antillón, canónigo de la Santa Iglesia metropolitana de la ciudad de Zaragoza, y vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, por la presente y por lo que a Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima un Libro, intitulado *Floro Histórico de la Liga Sagrada contra turcos*, compuesto por Don Francisco Fabro Bremundan, secretario de Su Magestad y su intérprete de Lenguas. Atento de nuestra orden y comisión, está visto y reconocido y no contiene cosas contra nuestra Santa Fe Católica y buenas costumbres. Dada en Madrid, a 28 de mayo de 1686.

D. Pedro Gregorio y Antillón

Por su mandado.
Domingo de Goitia. Not.

APROBACIÓN DEL RMO. P. FRANCISCO XAVIER DE FRESNEDA, de la Compañía de Jesús, Predicador de Su Magestad y Calificador del Santo y Supremo Tribunal de la Inquisición.

Debo agradecer a V.A. el orden que dio de visitar, como revisor, al *Floro Histórico*, porque en el gusto y divertimento de su lectura he hallado un Tesoro inestimable de noticias que enriquezará la memoria de los que le leyeren, con que no dudo tendrá tantas aprobaciones como Lectores. A todas las cosas distribuyó Dios su Fortuna y a los escritos, creo yo, se la dio en lo Heroico del assumpto, en la Grandeza de los sucessos y en la Elegancia de la pluma. Todas estas circunstancias autorizan y adornan al Nuevo Floro, pues su assumpto es una Guerra Sagrada de Religión y de justicia contra el Tirano del Imperio más poblado y unido que tiene el Universo.

Los sucessos han sido los más admirables en la prosperidad y en su perseverancia que se leen en los Anales. Y la Pluma que los describe, digna de bolar en las Alas de la Fama, porque con estilo claro, militar y varonil, alaba las hazañas sin lisonja y dize sin ofensión la verdad. Esta es la parte más esencial de la Historia y de la que observa el Autor en su narración, puedo yo ser testigo, porque me consta bebe en buenas fuentes los avisos y casi siempre los he hallado muy conformes a los que he leydo en Cartas de la Corte y Campo Imperial.

Justo Lipsio tiene por muy verisímil que Lucio Anneo Floro fue de origen español, y de la famosa familia de los Sénecas, y para esto alega la

congetura de varios autores. Entre ellas, la principal, dicen algunos que es el afecto y estimación con que habla este ameníssimo Historiador del esfuerço y valentía de los españoles¹⁵.

Y assí dezía yo que, quando D. Francisco Fabro (Floro de nuestro siglo) no tuviera para parecer muy español el ser natural del Condado de Borgoña (Provincia inmortal e invencible en la Fidelidad a la Corona Católica), le bastava el argumento de sus escritos en que dexó impressos con elegante y valeroso espíritu los conceptos e ideas de su amor y lealtad a las dos Augustíssimas Casas Española Austriaca y Austriaca Española. En esta conformidad oí hablar muchas vezes de Don Francisco al Héctor de nuestros tiempos, el Marqués de Carazena. Y por todos estos títulos, juzgo merece el Floro Histórico no solo la licencia, sino el precepto de salir a la luz pública, para dársele al valor christiano para obscurecer la cobardía, para esforçar la virtud de las buenas costumbres, de cuyas líneas no se apartan un punto sus escritos. Y por sentirlo assí, lo firmé en este Colegio Imperial, oy miércoles, 23 de mayo de 1686.

Francisco Xavier de Fresneda.

COMPENDIO DEL PRIVILEGIO.

Tiene Privilegio de Su Magestad Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara del Rey nuestro señor, por tiempo de diez años, para imprimir y vender este Libro, intitulado *Floro Histórico, o sucessos de la Liga Sagrada contra turcos, de los años 1684 y 85*. Y no otra persona, so las penas en dicho Privilegio expressadas. Y que nadie, sin su permiso, pueda introducirlos de otros Reynos en estos, como más por extenso consta del original despachado en el Oficio de Don Diego Guerra de Noriega, Escrivano de Cámara de Su Magestad y de los que residen en su Consejo. Dado en el Buen Retiro, a 24 de mayo de 1686.

FEE DE ERRATAS.

Pág. 21, lín. 9: se use, lee, se usa. Pág. 20, lín. 13: estorvasse, lee, estorvassen. Pág. 32, lín. 3: derogara, lee, derogara. Pág. 47, lín. 10: primas, lee, primeras. Pág. 112, lín. 18: Christianos, lee, Christianas. Pág. 127, lín. 20: mesquete, lee, mosquete. Pág. 151, lín. 5: da Lodron, lee, de Lodron. Pág. 159,

¹⁵ *Lib. 2. Elec. C. 5. Lucius Annaeus Florus: Ita enim indigitave cum priscis libris malim, quam iulium: quoniam Hispana origine fuisse colligo, et nisi fallor ex ipsa senecartum gente. Et Iosephus Isaac. Potanus in oratione Ifagogica Florum. Unde colligendum doctiores voluerunt ex Hispania oriundum fuisse; et fortasse ex ipsa Annaerum id est Senecarum gente.*

lín. 27 y 28: finguir, lee, fingir. Pág. 172, lín. 34: a los Impenal, lee, a los Imperiales.

Este Libro, intitulado *Floro Histórico, o sucessos de la Liga Sagrada contra turcos de los años de 1684 y 85*, advirtiendo estas erratas, concuerda con su original. Madrid, a 4 de junio de 1686.

D. Martín de Ascarça.

Corrector General por Su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

Don Diego Guerra de Noriega, secretario de Cámara del Rey nuestro señor y de los que residen en su Consejo, certifico que por los Señores de él se ha visto un Libro, intitulado *Floro Histórico, o sucessos de la Liga Sagrada contra turcos de los años de 1684 y 85*, compuesto por D. Francisco Fabro Bremundan, secretario de Su Magestad, que con privilegio de dichos Señores lo ha impresso. Y tassaron cada pliego de él a ocho maravedís, el qual parece tiene treinta y dos, sin principios ni tablas, que al dicho respeto montan ducientos y cinquenta y seis maravedís y, al dicho precio y no más, mandaron se venda. Y que esta certificación se ponga al principio de cada libro, para que se sepa el precio a que se ha de vender. Y para que conste, doy esta certificación en Madrid, a 5 de junio de 1686.

Diego Guerra de Noriega.

AL DISCRETO LECTOR.

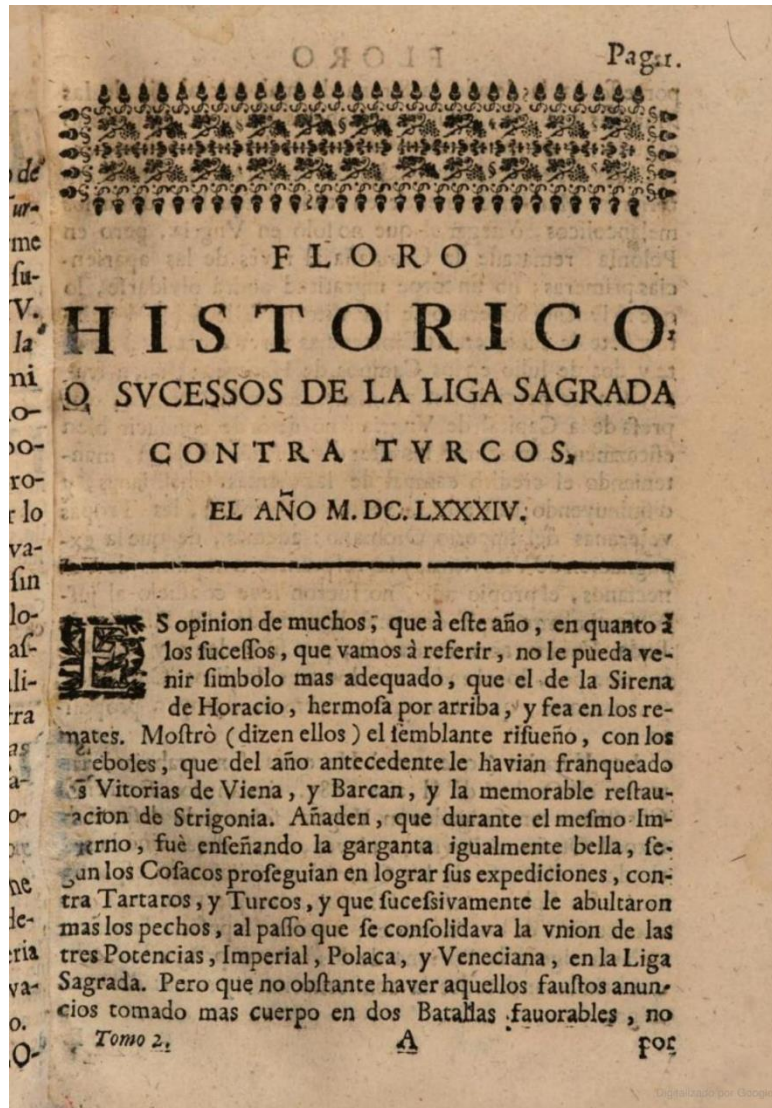
LA favorable acogida que hiziste al primero de los *Floros Históricos de la Guerra Sagrada contra Turcos*, me dejó tan obligado, que no he podido negarme a proseguir el mismo trabajo con los principales sucesos de los dos Años últimos de M.DC.LXXXIV. y LXXXV. aun con animo de passar adelante, si la vida, la salud, y otras ocupaciones mas precisas de mi ministerio dieren lugar al intento. Los que me conocen bien, sé que me hazen merced, y justicia de abonar el cuydado, con que en todos mis escritos procuro apurar la verdad, antes de publicarlos: y por lo que toca al presente Volumen, te asseguro me he valido de tales, y tan justificados Instrumentos, que sin vanidad puedo dudar, que otro alguno los aya logrado mas ciertos, y autenticos, para el propio assumpto, ni manejádolos con mas escrupulosa legalidad. Sin embargo, como sea casi imposible a nuestra debil Naturaleza no tropezar tal vez, aun en lo mas llano de nuestras operaciones; despues de protestadote, que si me huviere sucedido, havrà sido involuntariamente, ofrezco la enmienda, donde el error me venga bien probado. Esto es lo que solamente he juzgado deberte advertir: porque en quanto a lo demás del metodo, o estylo, que figo, sé que yo perderia tiempo, en querer defender a vno, ni otro, con la variedad de los Ingenios, a cuya censura me espongo.

FLO-

AL DISCRETO LECTOR.

La favorable acogida que hiciste al primero de los *Floros Históricos de la Guerra Sagrada contra turcos*, me dejó tan obligado, que no he podido negarme a proseguir el mismo trabajo con los principales sucessos de los dos Años últimos de M.DC.LXXXIV y LXXXV, aun con ánimo de passar adelante si la vida, la salud y otras ocupaciones más precisas de mi ministerio dieren lugar al intento. Los que me conocen bien, sé que me hazen merced y justicia de abonar el cuydado con que en todos mis escritos procuro apurar la verdad antes de publicarlos. Y por lo que toca al presente Volumen, te asseguro que me he valido de tales y tan justificados instrumentos que, sin vanidad, puedo dudar que otro alguno los aya logrado más ciertos y auténticos para el propio assumpto, ni manejádolos con más escrupulosa

legalidad. Sin embargo, como sea casi imposible a nuestra débil naturaleza no tropezar, tal vez, aun en lo más llano de nuestras operaciones, después de protestadote que si me huviere sucedido habrá sido involuntariamente, ofrezco la enmienda donde el error me venga bien probado. Esto es lo que solamente he juzgado deberte advertir porque, en quanto a lo demás del método o estilo que sigo, sé que yo perdería tiempo en querer defender a uno, ni otro, con la variedad de los Ingenios, a cuya censura me espongo.



***FLORO HISTÓRICO,
O SUCESSOS DE LA LIGA SAGRADA CONTRA TURCOS.
EL AÑO M.DC.LXXXIV***

Es opinión de muchos que, a este año, en quanto a los sucessos que vamos a referir, no le pueda venir símbolo más adecuado que el de la Sirena de Horacio, hermosa por arriba y fea en los remates. Mostró (dizen ellos) el semblante risueño con los arreboles que del año antecedente le havían franqueado las vitorias de Viena, y Barkan [Parkany, actual Štúrovo–Eslovaquia], y la memorable restauración de Strigonia [Esztergom– Hungría]. Añaden que durante el mismo invierno fue enseñando la garganta igualmente bella, según los cosacos proseguían en lograr sus expediciones contra tártaros y turcos y que, sucessivamente, le abultaron más los pechos al passo que se consolidava la unión de las tres potencias: imperial, polaca y veneciana, en la Liga Sagrada. Pero que no obstante haver aquellos faustos anuncios tomado más cuerpo en dos batallas favorables, no por esso havía dejado la sirena de malparir al pie de las murallas de Buda, resucitando en los bárbaros su prístino orgullo y apagando, en los ánimos de los fieles, gran parte de las esperanças concebidas de los acontecimientos anteriores. Mas, sin desmentir en todo, aquellos discursos melancólicos o negar el que no solo en Ungría, pero en Polonia, rematasse la campaña al revés de las apariencias primeras. No sin torpe ingratitud, podrá olvidarse lo que al Dueño soberano de las vitorias se le debió **a veinte y siete de junio** en las eminencias de Vaccia [Vác–Hungría], y **a veinte y dos de julio** en los campos de Hansbech, cuyo fruto, si no se percibió tan prontamente en la intentada empresa de la capital de Ungría, no dejó de conducir bien eficazmente a madurar los intentos del año después, manteniendo el crédito campal de las armas christianas y disminuyendo casi hasta su último exterminio las tropas veteranas del Imperio Otomano. Además de que la expugnación de Virovitiza [Virovitica–Croacia] y las relevantes conquistas de venecianos, **el propio año**, no fueron leve consuelo al justo sentimiento que ocasionó la retirada del asedio de Buda. Vamos aora contando, por su orden y serie de los tiempos, lo obrado por los tres ínclitos coligados y auxiliares que concurrieron en su heroyco propósito.

Las vitorias (que aún a Hércules son trabajos), entrado el **octubre del año 1683**, tenían los exércitos christianos tan fatigados en Ungría, sobre todo después de roto el otoño en lluvias y nieves, que se determinó la retirada al descanso de los cuarteles, solicitando especialmente los polacos esta resolución, aunque temprana en el concepto de los alemanes, a quien no pesaría sacrificar todavía algo a la Fortuna de los nuevos progressos con que brindavan a todos la consternación y ruinas del enemigo.

En el *Floro primero* quedó dicho algo de los mismos cuarteles, aunque no todo lo que se pudiera dezir, por no alargar la *Relación* a las quejas y desabrimientos poco aceptos al oído que, en su repartición y ocupación, ocasionó la mal observada justicia distributiva (según dezían los úngaros), o los desórdenes cometidos de los huéspedes, o la mala voluntad de los naturales, quando no todas tres causas juntas, de suerte que fue precisa alguna nueva disposición para satisfacer a unos y otros.

Expugnada la ciudad, y rendido el castillo de Zetchin, continuaron el Rey y ejército de Polonia sus marchas venciendo con forçosa constancia las dificultades del mal tiempo, de la despoblación casi general del país y de la antipatía de los naturales, donde los había. Tomó cada cuerpo de las tropas el camino azia la parte que iba a descansar y, el Rey, la buelta de Cracovia, donde llegó **a veinte y tres de diziembre** recibido con honores triunfales, aunque inferiores a sus méritos por haverlos reglado su mesma christiana modestia. Mas tomó por su cuenta el Cielo suplirlos, haziendo llegassen la propia tarde, como adrede, las noticias aplaudidas de lo que en aumento de sus blasones iba sucediendo en la Ukrania, Valaquia y Tartaria de Bialogord o Budziac, para cuya perfecta inteligencia, como cosa essencial en nuestro argumento, convendrá resumirla desde sus principios. Pues en la mesma Corte de Polonia, si bien más inmediata a aquellas operaciones, pareció hazerlo a quien entonces la publicó en elegante estilo, latín.

Instados el Rey y la República de Polonia el año 1683 por el Embajador cesáreo, se doblaron a los impulsos de la gloria y de la necesidad en quanto a romper con los otomanos quando invadieron los Estados del Emperador, honestada abundantemente la resolución con la lesión continuada de los últimos ajustes por parte de los infieles, haziendo la Puerta tan poco caso de aquel Tratado que, a los reysterados lamentos del internuncio de la Corona en Constantinopla, no dudó responder siempre: *Quedava libre a los polacos mantener, o no, una Paz que no estava corroborada con el juramento de las partes*. Circunstancia obmitida, y aun resistida de los turcos con supuestos de fingida confiança tan frívolos y artificiosos que, a su vista huvieran los polacos, retrocedido de lo concertado si tuvieran tan prontos los medios, como la razón y la voluntad. Mas entonces no lo permitió el estado exhausto de la República y, no bien bueltos a assentar los humores de la nobleza, después de tantos años de turbación interior y acometimientos de afuera que se siguieron a la muerte del Rey Wladislao IV, invadida (además de la rebelión de cosacos) la Lituania de moscovitas y, después, la mayor parte del Reyno ocupado de suedeses hasta expeler de sus límites al Rey Casimiro; combidado el Transilvano a participar de los despojos y sirviendo después la abdicación voluntaria del mesmo Rey, dé motivo a otras peligrosas novedades en ocasión de havérsele de elegir un sucesor. Finalmente, llamado de su ambición el Turco (enemigo el más formidable de todos) a gozar del trabajo tomado de tantos a desangrar al desastrado Reyno, lo qual sería lo más cierto a no haver la República tan bien logrado el bastón de su generalato en manos de Juan Sobieski y, después de la temprana muerte del Rey Miguel Wiesnovieski, su mesmo cetro. Debajo de tal Rey, reunidos los ánimos, convalecida la República y hecha más sensible a las heridas passadas, y a los peligros recientes, dando oídos a las persuasiones y ofrecimientos de la Aliança del César, acordó no sufrir en adelante so capa de una paz imaginaria, y peor que la guerra, que los tártaros talassen siempre sus provincias y se llevassen impunemente a millares sus vassallos en esclavitud,

después de usurpadas de los otomanos, aun ya concluidos los Tratados, las mejores Plazas de sus confines. En conclusión, abriendo los ojos al riesgo de un potentado cuya ruyna sería agüero infalible de la propia, armó no solo con presteza inaudita sus principales fuerças, pero el Rey, teniendo presente la magnánima idea de algunos de sus antepassados en orden a estender la autoridad de la República a la Valaquia y Moldavia, y aun hasta el mar Negro, escarmentando en sus propias tierras los tártaros, determinó sondar los ánimos de los cosacos zaporovienses, instrumentos los más aptos y oportunos al avío de tan gran disignio, como lo quisiessen ser. Hallávase entonces en la Corte accidentalmente (si se puede llamar accidental lo que dispone la divina Providencia), un coronel del apellido noble de Kunicki, polaco de origen, pero nacido en la Ukrayna; hombre que por sagaz y acreditado en la misma provincia, pareció capaz de persuadir a los naturales: *Quán ageno fuesse de su antiguo honor la opressión iniqua en que vivían. Lo que les importaría imitar la generosa resolución de los polacos y lituanos contra sus tiranos, de cuya rota sobre Viena se esperaba en la misericordia de Dios darles muy en breve la alegre noticia. Que todo se encaminava a facilitar la restauración de su libertad, siendo evidente lo que ayudarían a ello los esfuerzos de la Corona juntos con el poder de Alemania, comovida generalmente a repeler la bárbara invasión. Considerassen el mérito que se les seguiría de haverse declarado por la cruz de Christo, en ocasión que sus enemigos la hollavan en una parte tan noble de la Europa. Que nada que emprendiessen por tan justa causa les sería impossible como ardiessse, todavía en sus pechos, la menor centella de sus prístinos bríos, apoyados de la protección Real. Consultassen pues, entre ellos, y propusiessen la forma de reunirse a la Corona antes por hermanos que, por súbditos, y a participar de sus glorias y felicidades igualmente con las demás provincias de su cuerpo. No deseando de ellos el Rey, ni el Senado, sino lo que fuesse de su mayor conveniencia, assiéndoles no solo para recobrar su patria, pero el uso libre que en otros tiempos del mar Negro, ocupando tales puestos en sus costas y sobre los ríos, más cómodos a mantener su possession que todo el poder infiel jamás se la pudiesse quitar.* Propuesta la comission al coronel Kunicki, la arrostró con grandes alientos, y más con el título y las ventajas del Generalato de los cosacos, si lograva la diligencia que se le encargava. Partió a ella a tiempo que el Rey a Alemania, socorrido liberalmente no solo del propio Rey, sino del Nuncio apostólico, con dineros, armas y galas. Además de una buena cantidad que se le fio para facilitar sus negociados, y aun apercibir lo necessario a mover prontamente las fuerças que iba a convocar. Proveído también de Patente, Instrucciones y Poderes para quanto condujessse al acierto del intento. A todo correspondió su buen zelo con tal legalidad y cordura que, bien poco después de llegado, avisó haverle respondido la Generalidad de la Nación: *Estar todos prontos para obedecer al Rey, y a la República, en servicio de Dios, aumento de la Corona y beneficio de toda la Christinadad, no dudando el que Su Magestad los honrasse con su amparo y las franquezas, a que por su antiguo punto, debían aspirar y que, por muestra de las veras con que estavan resueltos aplicarse a merecerlas, querían anticipar los efectos de sus conatos a qualquier tratado de interés.*

Fue esta declaración tan acepta al Senado de Polonia, por todas sus circunstancias, que movió la gana de solicitar otra igual de los cosacos habitantes de la otra orilla del Borístenes, lo qual no siendo fácil comprender sin luz bastante del Estado de Ukrayna, parece indispensable darla en el episodio siguiente.

Divide el río *Borístenes* (llamado assí de la antigüedad y, *Niéper*, de los modernos) al país de la Ukrayna en dos partes, tocándole con propiedad en ambas el nombre que, interpretado, es *región confinante con campos desiertos*. En el Tratado de Buczac hecho entre el Rey Miguel y los turcos, y confirmado después en Constantinopla (aunque, según apuntamos, sin las solemnidades suficientes para su firmeza), se franqueó por cierto tiempo a los moscovitas la possession de la Verayna de allende el Niéper, señalándose en términos formales a cosacos la de esta otra parte, en que se entendían las ciudades de Niemirovia y Braclavia, situadas sobre el río, conocido de los latinos y griegos por el nombre de *Hipan* y, oy, por el de *Bog*, sin otras más villas a que se habían añadido diferentes lugares en las riberas del *Tyras* (vulgarmente *Niéster*) confinantes con la Moldavia. De todo lo qual, no obstante, lo pactado, se apropió después la Puerta Otomana el alto dominio, poniendo por regente, con título de Príncipe de la Russia (como suele en la Moldavia y Valaquia, por desdicha o descuydo de los reyes de Ungría) un apóstata cismático, hijo de Bogdan o Deodato Kmielniski, ya primer caudillo de los cosacos rebeldes el último año de la vida del Rey Wladislao de Polonia, pensando con esta elección suavizar a sus nacionales el yugo de la servidumbre. Mas poco duró en aquel gobierno, obligando su proceder violento a privarle de la Dignidad y retirarle, por mucha gracia, a vivir como persona particular en Constantinopla, encargando el cuydado de la Provincia, no ya a cosaco alguno, sino al Príncipe de Moldavia, como si la unieran a sus Estados con facultad de administrarla por sí o por un lugartiniente. Agravio nuevo, y de tanto dolor, a aquellos pueblos que solo aguardavan la ocasión de arrojar a la vengança. Assí, tuvo Kunicki, poco trabajo en dar forma a una materia tan prevenida con los arbitrios y medios que había llevado de Varsavia, de suerte que apenas hubo tiempo entre la propuesta y la execución, consiguiendo el ardor de los sublevados no solo echar de Niemirovia a la otra parte del Danubio al Kaymacán o lugartiniente del Moldavo, su muger y familia, y los demás ministros inferiores de la Regencia, pero apoderarse de los castillos que el Príncipe había levantado en las orillas del Niéster para asegurarse el nuevo dominio y la administración de ambos Estados. Hazañas cuya celeridad, esfuerço y consecuencias probables, recibidas de los mismos moldavos y valacos por señas de haver llegado el tiempo que el Cielo quería eximirlos de la pesada dependencia otomana, mediante el amparo de polacos y la dirección del General de los cosacos, se les juntó brevemente en confederación jurada lo mejor de esas otras dos Naciones, animándolos con enseñarles el camino más corto a la Tartaria bialogrodense que alinda con la Moldavia.

Hallábase a la sazón el General Kunicki con veinte mil hombres de infantería y cavallería, sin los moldavos y valacos que se le venían agregando y, sucessivamente, los christianos que vivían entre los tártaros y los cosacos transboristenenses que, a pesar de los gobernadores moscovitas, acudían cotidianamente a engrossar sus huestes obrando una loable emulación en aquellos pueblos, al passo que se dilatava la fama de la plausible novedad, hasta el río Tanais, en la parte dominada de los moscovitas también habitada de cosacos. Passado pues el exército christiano el río Niéster, dio primeramente sobre Tekin, o Tehinia, ciudad tártara grande, antigua y bien nombrada, cuya mejor gente, como la demás de la región, hallándose con su Príncipe, en el exército otomano, apenas opuso la plaza una ligera defensa al primer abançe con que fue ganada, saqueada y quemada, passados a cuchillo todos los viejos, impedidos y enfermos que no pudieron seguir a los demás en la esclavitud; y puesto en libertad gran número de christianos de todas Naciones, haviéndose allí mesmo comenzado a montar la gente de a pie en los cavallos, de que abunda la tierra. Sin embargo, quedó imperfecta la Vitoria por falta de artillería con que batir al castillo presidado de mil genízaros, aunque, tratándose por entonces, de aprovechar la ausencia de los tártaros, passaron los christianos adelante inundando el país con velocidad increíble, consumiéndole en incendios y, tiñendo **a fines de octubre**, sus nieves en sangre infiel, acostumbrados ellos y sus cavallos a llevar los mayores rigores del imbierno.

Essos fueron los primeros avisos que de aquella expedición llegaron a la Corte de Polonia desde el lago Ovidiano, que tomó su nombre del poeta Ovidio, desterrado allí de Roma por el Emperador Octaviano Augusto. Asseguran conservarse aun en la misma parte residuos suntuosos de sus baños, delicia que indica no mereció toda la compassión que solicitava en sus *elegías* intituladas *de Ponto*. Padre de aquel lago es el Niéster que, dilatándole con sus casuales inundaciones a un espacio de algunas leguas, parece aspira (permítasenos dezirlo poéticamente, acabando de hablar de un poeta tan insigne) a dejar de sí aquel monumento perenne, primero que perderse en el Ponto Euxino para disposición capaz de más amenidad que merecen sus actuales dueños, y merecían los bárbaros que le gozavan en tiempo de aquel Cisne Romano. De suerte que assí, por esto, como por no podernos detener en describir y ponderar más sus prerrogativas, haviendo de seguir el curso rápido de nuestros cosacos, bolvemos a ellos diziendo: Era el ánimo de General anticiparse con la mayor presteza a las puertas de Bialogrod, ciudad y castillo que los latinos llaman Arx Alba, traducción de su mismo nombre nacional y emporio principal del mar Negro, inmediato al parage donde en él se descarga el Niéster, a cuyo asilo, atropellando fugitiva la gente del país con sus haziendas, esperaba Kunicki enriquezarse a sí y a los suyos de aquellos despojos. Después, tenía ideado passar con el mismo intento a Esmil Kilia y otras poblaciones situadas sobre los canales en que, a imitación del Nilo, se

divide el Danubio para entrar en la mar. Teniendo empero, previstas las dificultades que se le podían atravesar en el camino y que, para abrírsele a aquellas ventajas, quizá le sería preciso medir los alfanges con el nuevo Príncipe del país, suponiéndole mucho menos distante de lo que había quedado después de separarse del ejército turco de Ungría, a cuyo propósito será forzoso retroceder un rato al suceso de Barkan.

Con la autoridad soberana del Sultán de que usava el Gran Visir Kara Mustafá, privó de la corona y del mando al Kan de los Tártaros que, con la flor de sus vasallos, había pasado a la empresa de Viena por haverle (según decía) abandonado, huyendo en la retirada de aquel asedio. Y confirió la misma dignidad a otro Príncipe de la sangre real tártara, juzgando le tendría este beneficio, a él y a sus tropas, más prontas para lo que en adelante ocurriese. Con este supuesto, le ordenó fuese a juntarse con la otra cavallería que había ido a hazer cara a los imperiales y polacos fuera de Barkan. Mas en lugar de obedecer, fue tan ingrato que no se movió de junto a Pest, donde se hallava, hasta que, sabida la rota sangrienta de los otomanos, cobró tal horror a la orilla del Danubio donde había sucedido, que luego le pasó por el puente de Buda con toda su gente para bolver por el otro lado a su tierra. Siendo así que, por el de Pest, pudiera haver abreviado mucho el camino. Pero Kunicki, ignorando lo que ocurría, discurría de él lo más probable y honesto quando, a la verdad, no habían pasado aun sus marchas de Diurdzino, o Georgiopoli, ciudad turca que yaze en la ribera del Danubio, opuesta a la Moldavia donde, en un involuntario descanso por falta de puente, aguardava que se la previniessen los yelos del invierno, como quiera que no tenga siempre fuerza bastante para ello en aquel temple más oriental. Pero lo mesmo que recelava el General Kunicki de los tártaros ausentes, se lo armó el esfuerzo de otros tártaros en la misma región asistidos de turcos auxiliares, de suerte que **a cinco de diziembre** (engrossado ya su ejército a treinta mil hombres, de más Naciones que se había pensado), hubo de probar la mano con otro no menos numeroso, cerca de un lugar llamado Tilgrod. Pero fue tal el brío de los christianos, que no pudiendo el enemigo llevar el primer choque, se dio brevemente a una vergonzosa fuga, y tan confusa, como lo mostró el haver los derrotados dividirse por quatro diferentes veredas a buscar el escape, en que muchos perdieron la vida o la libertad, arbitrio último que se franqueó a pocos en el furor que, siempre igual, duró el conflicto. Según el General, dos días después lo escribió al Rey y al Potocki, Castellano de Cracovia que governava las armas de la Corona en el bloqueo de Kameniez. No puede empero, la sinceridad histórica dejar de notar en su relación unas hipérboles excesivas que, a vezes, usurpa la retórica militar diziendo, especialmente en esta ocasión, que los vitoriosos en el alcance dado a los fugitivos por los quatro caminos referidos, los habían llenado en quatro leguas de sus cadáveres. Lo que constava, era haver muerto en el combate tres Generales del partido contrario y eran el Bey de Tekín; Alí Bey, General de la cavallería turca (a quien mataron

algunos cosacos, por no poderse conformar en el repartimiento de cien mil pesos que ofrecía de recate) y el Kaymacán de Bialogrod, que mandava a los tártaros y se ahogó en la nieve hollado de los cavallos, además de diez murzas o coroneles y muchos capitanes de cavallos de su Nación. Assí donde la verdad tenía lugar, concluía bien calificando la vitoria por una de las mayores que, en largos años, se havía obtenido de los infieles. Y alabando particularmente los valacos, les atribuía el blasón de haver peleado con aliento y tenido mucha parte en el buen principio del suceso, como después de concluido en el botín; singularidad indiscreta que, por no acompañada siquiera de algún elogio equivalente a los cosacos, comenzó probablemente a enagenárselos hasta madurarse la apostema en el raro modo con que después se deshizieron de él. Lo más increíble (a no atribuirlo a milagro) era dezir Kunicki no haverle costado un hombre tan solo la vitoria, y confirmarlo el coronel, de quien se valió para mayor lustre de la comisión con que participó la nueva al Rey, acompañando al embiado con algunos principales tártaros y turcos prisioneros, *por no haver* (como dezía discretamente en su carta) *testigos más abonados de las vitorias que los mismos vencidos*. Mas lo que no se le passó en la Corte de Polonia, y se enmendó en las nuevas con que se divulgó el acontecimiento en toda Europa, fue encarecer a trecientas mil personas muertas de fuego, o de cuchillo, en la Besarabia desde principios de la invasión, reduciendo la probabilidad aquel número a la tercera parte.

Lo que, en vista de las cartas, se discurrió acerca de que alargasse algo la mano a expressar sus hazañas, fue atribuirlo a querer facilitar el buen despacho de algunas súplicas que hazía al Rey, y a la República, después de representado lo que nuevamente havía engrossado al ejército el recíproco juramento que, precedido de grandes actos de devoción, se havían hecho los cosacos, moldavos y valacos: *De pelear a todo trance contra los Infieles, por la Gloria de la Cruz y la Dignidad del Rey y de la República*. Finalmente, se reducían sus instancias a pedir algún socorro pronto de dinero y vestidos, un tren de artillería y, para los cosacos, algunos de los privilegios que, haviendóseles negado en otros tiempos, fueron causa o pretexto de los fatales y sangrientos alborotos, por donde empezaron las crueles desdichas que la Polonia ha padecido a nuestros tiempos y, aora con el mérito de su fácil reducción y de sus conatos en favor de la causa común, se juzgó serían ya de más conveniencia que estorvo.

Todo esto considerado por el Rey y el Senado, y lo que importava acostumbrar en quanto fuesse possible aquel ejército colecticio, y todavía poco instruido en las artes de una loable, modesta y segura sociedad, a un pie y disciplina conducible a lograrla, embió primeramente el Rey a Kunicki un refuerzo de ocho compañías de cavallos polacos, le ofreció (y después lo cumplió) artillería con todos sus adherentes luego que el yelo hiziesse practicables los caminos. A esto determinava añadir, quanto antes, cierto número de Oficiales mayores y menores para nervio a aquel cuerpo

(digámoslo assí) recién nacido, y aun endeble para las operaciones más principales de su vocación. Y algunas pagas con que, la santa liberalidad Pontificia, proseguía en cevar aquel incendio en las entrañas del país infiel, aun retirando de sus errores por medio de Misionarios doctos y zelosos que, con esta oportunidad, se hizieron lugar entre aquellas gentes coligadas, muchos inficionados del Cisma de los griegos, y aun de las heregías del Setrentión, reducidos a militar todos acordes debajo de banderas y estandartes en que, por una parte, campeavan las insignias de Su Santidad y, en la otra, las armas de Polonia. Tan cierto es que nada resiste a la duplicada facundia de la mano y de la lengua.

Mas lo que, con singular aprobación, se ponderava en las cartas del General de los cosacos, y en los discursos de su embiado, era la utilidad inestimable que prometían (si se continuaran) las ruinas de la patria de los enemigos más feroces e inhumanos de la christiandad, pudiéndose reputar la cavallería tártara por braço derecho de la Potencia Otomana. Pues bien diversa del melindre de la turca, suele anticiparse quinze y veinte leguas a sus exércitos sin que valgan a detener su buelo ni montes, ni bosques, ni aun ríos caudalosos, que los más de sus cavallos saben passar a nado, causando sus correrías e incendios la carestía en las provincias y plazas christianas; sin que tampoco tengan nuestros exércitos hora segura de sus acometimientos y sorpresas, ni en campo fortificado ni en marchas, inquietados incessantemente por todos lados de aquella nación endurecida en los trabajos más insufribles del exercicio militar, con sustentarse las personas y los cavallos de qualquiera cosa.

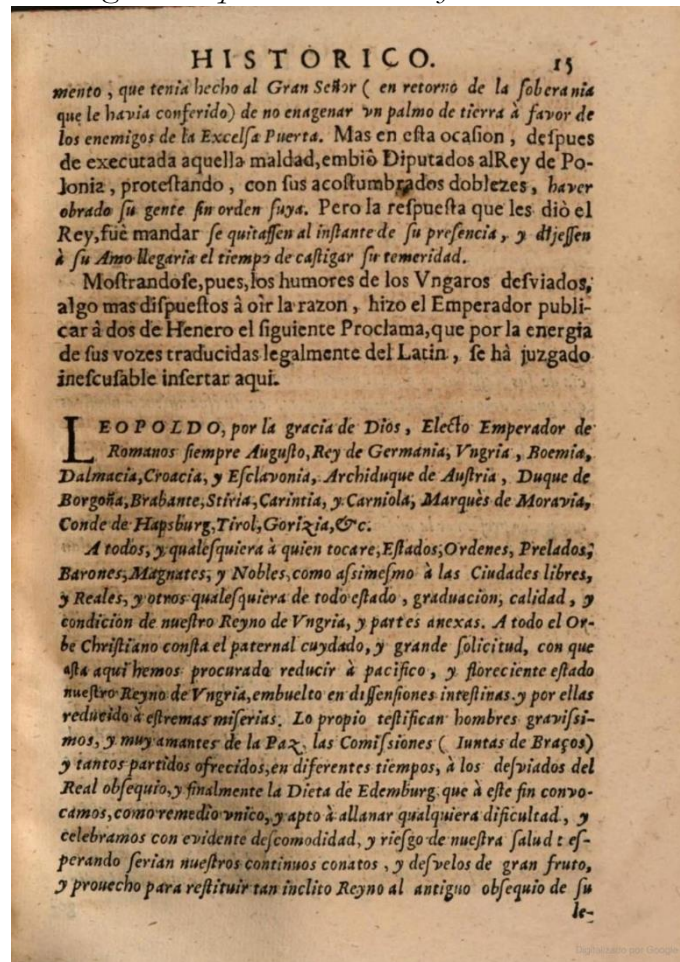
Pero, después de vista la felicidad con que los polacos alcançaron reunir a su Corona unos pueblos tan considerables, que la inobediencia havía separado de ella, tiempo es que digamos también algo de lo que la clemencia del César, y sus ministros, trabajava a la propia sazón para acabar de vencer la terquedad de los rebeldes de Ungría, después de los escarmientos que havían començado a desengañarla el año antes, a costa de su mesma sangre, infamemente mezclada con la turca y la tártara a la otra parte del Danubio, mientras la constancia de los defensores de Viena daba tiempo a la llegada del socorro que hizo retirar al enemigo. Sucesso que, seguido del de Barkan y de otros rencuentros poco favorables al mismo partido contumaz, forçado a abandonar las ciudades que llaman de las Montañas y retirarse a la otra parte del Tibisco, se reconoció que se iba madurando el arrepentimiento, quando menos en el género de inobedientes que eran capaces de cura y, havía pervertido, antes el temor que la voluntad, a la vista del formidable armamento de los otomanos. A insinuaciones particulares de parientes y afectos de su mesma Nación, procuravan ya algunos secretamente componer sus cosas y restituirse a su deber, aun de los que más gravemente havían pecado. Entre otros, un gran Señor, cuya enmienda causó

tal dolor a Tekeli (sobre todo quando supo que, por muestra fina de su proceder sincero y, juntamente, por el resguardo de sus Estados, havía conseguido fuesse a ellos un regimiento de polacos), que dispuso se armasse una emboscada a aquellas tropas, en que parte de ellas pereció, no obstante, haver muchas vezes ofrecido el rebelde un respeto inalterable al Rey de Polonia, *menos en materia de ceder Plaza alguna que estuviessse a su devoción, por no faltar* (dezía algunas vezes) *a la confianza que los pueblos havían hecho de su cuydado en regir y protegerlos.* Y otras vezes, alegava *el juramento que tenía hecho al Gran Señor (en retorno de la soberanía que le havia conferido) de no enagenar un palmo de tierra a favor de los enemigos de la excelsa Puerta.* Mas, en esta ocasión, después de executada aquella maldad, embió diputados al Rey de Polonia protestando con sus acostumbrados doblezes *haver obrado su gente sin orden suya.* Pero, la respuesta que les dio el Rey fue mandar *se quitassen al instante de su presencia y dijessen a su amo llegaría el tiempo de castigar su temeridad.*

Mostrándose pues los humores de los úngaros desviados, algo más dispuestos a oír la razón, hizo el Emperador publicar **a dos de henero** la siguiente Proclama que, por la energía de sus voces traducidas legalmente del latín, se ha juzgado inescusable insertar aquí.

LEOPOLDO, por la gracia de Dios, electo Emperador de Romanos siempre Augusto, Rey de Germania, Ungria, Boemia, Dalmacia, Croacia y Esclavonia; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, Bramante, Stiria, Carintia y Carniola; Marqués de Moravia, Conde de Hapsburg, Tirol, Gorizia, etc.

A todos, y qualesquiera a quien tocara, Estados, Órdenes, Prelados, Barones, Magnates y Nobles, como assimesmo a las ciudades Libres y Reales, y otros qualesquiera de todo estado, graduación, calidad y condición de nuestro Reyno de Ungria y partes anexas. A todo el Orbe Christiano consta el paternal cuydado y grande solicitud con que hasta aquí hemos procurado reducir a pacífico y floreciente estado nuestro Reyno de Ungria, embuelto en dissensiones intestinas y, por ellas, reducido a extremas miserias. Lo propio testifican hombres gravísimos y muy amantes de la Paz, las Comisiones (Juntas de Braços) y tantos partidos ofrecidos en diferentes tiempos a los desviados del Real obsequio y, finalmente la Dieta de Edemburg, que a este fin convocamos como remedio único y apto a allanar qualquiera dificultad y, celebramos con evidente descomodidad y riesgo de nuestra salud, esperando serían nuestros continuos conatos



y desvelos de gran fruto y provecho para restituir tan ínclito Reyno al antiguo obsequio de su legítimo Rey, y a la restauración de su quietud. Mas prevaleció la malignidad de los pérfidos y, la perniciosa ambición de pocos, dissipó con astuta malicia lo que los buenos hacían con sincera y trabajosa aplicación. Pues ha llegado hasta aora a tal extremo el indecible atrevimiento de los rebeldes que, trayendo a su parcialidad otros muchos naturales del Reyno con supuestos falsos, prometieron sujetar al yugo turco con público Tratado a este apostólico Reyno. Se unieron al cruelísimo hereditario enemigo de la christiandad y, juntamente con su misma patria, destruyeron las demás fieles Provincias nuestras con yerro y fuego hasta que, ayudando Dios a la justicia de nuestra causa, destruimos con repetida vitoria a los turcos y rebeldes juntos. Y cuál Rey o Príncipe pudiera llevar en paciencia semejante contumacia de sus vassallos y verlos armados contra sí. Sin embargo, aunque pudiéramos muy justamente emplear en su escarmiento nuestras armas vitoriosas, nos dejamos con todo llevar de nuestra natural benignidad y del singular amor que tenemos a este Reyno, antiquísimo propugnáculo de la christiandad. De suerte, que anteponemos la blandura a las justas penas del castigo y buscamos la forma y medios con que poder preservar la misma Nación de los lazos de una perpetua infelicidad, no menos que del yugo infiel, a que alevosamente anelan los caudillos de la rebelión, sujetarla. Deseando pues, con paternal voluntad, ablandar los intentos de los perversos disignios, que sabemos se procuran persuadir a los incautos, después de tantos y tan varios medios que probamos inútilmente para reducir los desviados, con esta postrera admonición que nace de nuestro paternal pecho abrazamos benignamente y exortamos a todos, y cada uno sin excepción de nadie de los que han sido cómplices de la última rebelión, a quien asista un verdadero y cordial ánimo de enmienda que, si por todo el último día de febrero, compareciendo delante nuestros Comissarios (que proveídos de bastante facultad nuestra, empezarán su función en la ciudad de Posonia, a la mitad del mismo mes), renunciaren a la infame rebelión, y a la impía compañía de los turcos y obstinados rebeldes, y juraren de nuevo la fidelidad debida a su Rey y, en adelante, procedieren como leales vassallos, todos y cada uno de ellos gozarán de la Amnistía general. Y, además de esto, de la restitución de la prístina Nobleza, de la Fama y Honra, y de sus bienes, así estables como movibles que estén todavía en ser, en cuya possessión serán restituidos por los dichos Comissarios nuestros diputados para esto. Que si alguno de los que bolvieren, huviere por lo passado ocupado alguna dignidad, puesto u oficio en el Reyno, podrá particularmente hablar con los dichos Comissarios, que tratarán con él del modo y forma que huviere de restablecerle en semejantes empleos; y esperará de nuestro Trono la resolución, sobre lo que acerca de ello se nos huviere representado. Y porque a los soldados ordinarios úngaros y, especialmente, a sus oficiales que estuvieron apartados de nuestro servicio no les falte el sustento necessario, procuraremos que los dichos nuestros Comissarios les provean quanto antes de actual empleo en los presidios del Reyno, por la Generalidad, o los acomoden en la Milicia úngara de campaña. También será libre a los comitatos y ciudades nuestras comparecer por sus Diputados, proveídos de bastante poder delante de los dichos Comissarios nuestros y celebrar (como queda prevenido) el acto de Reconciliación. A los quales, como a otros qualesquiera que quisieren acudir a la Comisión, tendrán nuestros Generales facultad de dar, y darán efectivamente gratis, passaportes y salvoconductos para ir y bolver con toda seguridad. Además, habiendo entre otras cosas mandado tantas vezes a

nuestros Comissarios que, a qualquiera que fundado en los Decretos de la última Dieta de Edemburg (los quales queremos se observen cumplidamente), se quejasse de no haver obtenido la restitución de lo que le tocava, assí de bienes como de honores, y también de lo que faltasse por cumplir de los artículos vigesimoquinto y vigesimosexto del dicho Tratado, concerniente al libre exercicio de la religión, o entrega de templos y escuelas, le diessen pronta satisfacción. Conforme a lo resuelto, podrán los tales pretendientes solicitar el auxilio de nuestros dichos Comissarios, con certeza de obtener inmediatamente lo que probaren les pertenece.

Y porque el Diploma (u Ordenanza) se publicó el año 1655, al tiempo de nuestra coronación, dizen todos y es opinión común, hay tales ambigüedades y obscuridad que se puede interpretar en diferentes sentidos y, según la inteligencia que algunos le dan, no solo padece la basa y fundamento de la dignidad Real y del Gobierno, pero (según la experiencia lo ha mostrado) nacen de allí mesmo dissensiones y odios entre los Estados y naturales del Reyno. Por esto mesmo, hemos mandado a nuestros Comissarios que confieran diligentemente con Barones peritos de las cosas de Ungría, y cuidadosos de la concordia, consultándolos sobre el modo de entender el verdadero sentido de dicha Ordenanza y reducirla a interpretación cierta y fija, para que (lo que más importa en todos los Reynos) se sepa lo que toca al Rey y a los vassallos y quede assentado sobre sólidos fundamentos el estado público de las cosas, assí tocante a lo sagrado como a lo profano y, juntamente con esto, la administración igual de la Justicia, a grandes y pequeños, estableciéndose en nuestra Real Cámara. Y en lo que toca a lo militar, una orden y forma durable mediante una norma que se prevenga y concierte como preliminar de la Dieta, que mandaremos convocar muy en breve y luego que, con el favor divino, cessen los actuales disturbios para que ventilen y discurran en ella más de propósito los Estados y dignidades del Reyno y, con su consentimiento, según estilo de la Patria, se reduzca dicha Ordenanza a tenor tan cierto y perpetuamente valedero que, el ínclito Reyno y la Nación, se restituyan a su gloria y esplendor antiguo y, en perfecta unión de ánimos y fuerças, obren a porfía el Rey y los naturales para vengar sus personas, altares, mugeres e hijos del cruel yugo del tirano Turco. Y para que todos los Estados y órdenes del Reyno abracen y reciban con bien esta nuestra piadosa y paternal intención de pacificar al ínclito Reyno, y cuiden de sí mesmos y de la posteridad y, que los ambiciosos que solo procuran mejorar sus cosas por medio de las turbulencias no retarden este beneficio con sus acostumbradas falsedades. Antes bien, se recojan y se reduzcan todos mediante el debido obsequio al begniníssimo gremio de su legítimo Rey, cooperando en restituir a la patria la dulzura de una durable quietud, les exortamos clementíssimamente y, a este fin, les ofrecemos con toda benignidad nuestra pronta Real y Paternal mansedumbre. Pero a los que, dentro de dicho término, se mostraren contumaces y reusaren esta Gracia y ofrecimiento de reconciliación, y acudir a la referida Comisión, y con su terquedad perseveraren en conjurarse contra el Reyno, la patria y toda la christiandad, les cominamos y amenazamos con nuestra Real indignación y toda la severidad de las Leyes, como a convencidos y reos de perpetua nota de infidelidad y como a condenados y desterrados.

Assí protestamos delante de Dios, la posteridad y todo el orbe christiano, que no tendremos la más mínima culpa de las desdichas, ruínas y calamidades que de ello resultaren a nuestro Reyno, a las provincias comarcanas y a toda la christiandad. Siendo constante que

*no hemos dejado cosa por hazer para evitar y obviarlas, y que solo se havrán de atribuir a los que, con desenfrenada y privada ambición, o deseo de robar, pospuesta la República y la Patria, huvieren con loca pertinacia despreciado nuestra Real y Paternal admonición y el reysterado ofrecimiento de reconciliación. Dada en nuestro castillo de Lintz, **a dos días del mes de henero. Año del Señor mil seiscientos y ochenta y quatro** de nuestros Reynados Romano; el año XXVI de Ungría y, de los demás de su Corona, el año XXIX. Y de Boemia el XXVIII. Firmada LEOPOLDO. Juan Gubasoczi, Obispo de Nitria y Juan Maholany, con el gran sello que se usa en los despachos públicos del Reyno de Ungría.*

Este fue el language, y las benignas condiciones, con que el piíssimo Emperador se declaró pronto a perdonar y olvidar las culpas de los que, tan indignamente, se habían apartado de su gracia, mientras el Palatino (o Virrey) Conde Pablo Esterhasi trabajava, por su orden, a convocar en Posonia la Junta que los úngaros llaman Comisión con que, en algunos casos de aprieto, se suple la Junta de Cortes Generales, casi como en Aragón con los Brazos. Mas apenas llegaron entrambas diligencias a la noticia de Emerico Tekeli, que ciego como otras veces a la clemente cláusula de que el ofrecimiento de la amnistía se hacía a todos los contumaces, absoluto y sin excepción, armó su terquedad todos los medios que la habían quedado, assí contra la Proclama como contra la Comisión, oponiendo a la primera, otra, en que usando de los Títulos usurpados el año antecedente por concesión, sin autoridad del Sultán de los turcos y encareciendo, como siempre, el zelo que professava de la Libertad y Creencia de sus sequazes, vomitava las mismas calumnias y blasfemias con que, desde principios de la rebelión, los tenía engañados sin otras nuevas que su pestilencial retórica le subministrava para inflamar las más santas intenciones de su legítimo Rey, y persuadirles por única y más firme ancla a la seguridad de sus Privilegios y Fueros el amparo infiel de la Puerta Otomana. Assimesmo, despachó mandatos y cartas circulares dirigidas a toda la nobleza y Condados no sujetos al Turco, exortándolos y aun intimándoles so gravíssimas penas, acudiessen personalmente o, por Diputados, donde los empleos militares no se lo estorvasse, a una Comisión en Cassovia a *conferir y resolver el modo de mantenerse* (como impiamente dezía) *contra los esfuerzos de la Tiranía Papística y Alemana, debajo de la sombra excelsa e incontrastable del Gran Señor, y aun de algunos Potentados christianos, compadecidos de los trabajos que habían passado estando sujetos al Austriaco Dominio.*

Y como a pesar de todos sus conatos y artificios alevés, prevaleciesse la causa más justa entre muchos de los desviados y fuesse la razón haziéndose lugar, aun en algunos Estados y Pueblos importantes que meditavan o empezavan a sacudir el yugo de su paliada tiranía, hechó mano de las más horrorosas crueldades que le dictó su saña vertiendo, donde pudo, la sangre más ilustre que se apartava del asqueroso raudal en que tenía ideado ahogar el resto del honor de su patria, hasta valerse de Milicias infieles en las Plazas de

mayor consecuencia, para obviar a las novedades que temía, y escarmentarlas donde en algo habían comenzado a traslucirse.

Lo que empero califica más de imponderable su obstinación, es que todo esto aconteciesse en tiempo que no podía ignorar estava titubeando la autoridad, y ser muy contingente el fin breve y violento de la vida de su principal valedor, el Gran Visir Kara Mustafá, sin saber qué acogida hallaría en el sucesor que se le diesse, siendo raras vezes conformes el genio y las máximas de un nuevo Privado con las del antecesor, sobre todo si acabó su valimiento en desgracia del amo. Añádase, por mayor maravilla del proceder de su natural protervo, el que también se hiziesse sordo a las repetidas amonestaciones del Rey de Polonia de no malograr la ocasión más oportuna de ajustar sus cosas, ofreciéndosele por Mediador de lo que honestamente pudiesse pretender. Y assegurárselo con la garantía más válida y durable que se use entre Potentados amigos y confederados. En fin, dado que de esta vez no consiguió el César acabar con la serpiente de la rebelión, quedando viva la cabeça, se passaron a su servicio por resulta de la Comisión de Polonia, y de la maña autorizada con que el Duque de Lorena presidió en ella, muchos cavalleros y algunos millares de úngaros militares, aceptando con el indulto la restitución de sus haziendas, y quedando assentada la forma de juntar un buen cuerpo de la misma Nación a la orden del Palatino que (como sucedió y se dirá a su tiempo), guerreasse útilmente donde fuesse menester.

Mientras se manejaba aquella relevante dependencia y, después de reducida al paradero que acabamos de contar, assí como de parte del Emperador y de sus Generales, se atendió juntamente a otras de no menos monta; tampoco se descuydavan los enemigos en los intentos de la guerra ofensiva y defensiva que permitía el imbierno, y en los apercebimientos para la del verano. Mas junto con estos cuydados principales, fatigava a Emerico Tekeli el otro no menos grave de restaurar con los turcos su crédito, no poco disminuido del suceso reciente de la Comisión de Posonia y de la pérdida de Leutsch, ciudad que a imitación de Cassovia y Eperies, haviendo buuelto a admitir presidio suyo, la atacó el General Dunevald y obligó setecientos mosqueteros y trecientos hússares úngaros, que la guarnecían, a passar saliendo desarmados entre la vocería y silvos de seiscientos hombres que los habían rendido. Desgracia que, sin embargo, les fue favorable pues irritados de que Tekeli, contra la palabra que les tenía dada de acudir a socorrerlos inmediatamente en caso de necesidad, los huviesse abandonado, tomaron los más (y entre ellos mucha gente noble) partido en el ejército imperial.

A la vista de estos contratiempos, anduvo muchos días peregrinando por los Condados que todavía le obedecían procurando a fuerça de dádivas, muertes y embustes, mantenerlos en su devoción. Y consecutivamente, por prenda de su fe a los infieles, passó a assistir algunas semanas en Debrezen y Varadin (plaza turca), ofreciendo (si fue verdadera la voz que entonces lo divulgó) entregar a los Bajás de aquella frontera su misma muger por rehén de

su lealtad. Mas, no hubo duda, en que propuso la traza de formar un cuerpo de otomanos y úngaros que se empleasse en romper algunos de los quarteles imperiales e introducir, siquiera, socorros furtivos en Neuheusel. Y si no salió con lo primero, a lo menos consiguió tan frecuente la segunda de aquellas operaciones que, casi a él solo, debieron los turcos la conservación de aquella plaza.

Durante sus mayores afanes, llegó a aumentarle el desconsuelo la nueva de la muerte de su protector Kara Mustafá que, publicada muchos días antes de suceder por los que la leían como infalible en las máximas de la Política Otomana y, después del suceso, alterada la noticia algún tiempo de la Fama, según suele con todo lo que trae de lexos, finalmente se supo con circunstancias fijas haverse, de orden del Sultán Mehemet IV, quitado la vida a aquel monstruo de crueldad **a 25 de diziembre**, día dedicado a celebrar el nacimiento del hijo de Dios que, no sin misterio, parece escogió su justicia para el castigo de quien, aun a sangre fría, sacrificó tantos millares de christianos inocentes a su furor. Llegó por la posta a Belgrado (donde se hallava), a la una de la tarde, el Capigi Bassi (gentilhombre o doméstico íntimo del Sultán) con un despacho dirigido al Aga (o coronel) de los genízaros que, luego leída la comission (y muy ufano con ella por los testimonios, bien o mal fundados, levantados por el mismo Visir contra su milicia), fue a palacio seguido de trecientos hombres y el propio Capigi Bassi. Entraban juntos en su quarto quando, turbado de la novedad, preguntó *Cómo iban a importunarle a hora tan impropia*. Mas reconociendo al lado del Aga, al Capigi Bassi, se sossegó algo diziendo *Quizá traerá este, alguna orden del Gran Señor*. Entonces, acercándose el Aga con el decreto del Sultán en la mano, como a enseñárselo, le previnieron por disposición suya quatro hombres robustos que, atropellando con él, le ahogaron sin darle lugar a la menor réplica y, cortándole después la cabeça, le quitaron la piel que, llena de algodón oloroso, fue llevada con la cabeça embalsamada al Sultán.

El propio día que partió de Andrinópolis el Capigi Bassi, pasó Suleyman Aga, Cavallerizo mayor del Sultán, con otra orden a Constantinopla a embargar los palacios y casas y poner en cobro los tesoros y ricas alhajas de Kara Mustafá, y a otras diligencias consecutivas a la resolución de su muerte. Entre otras, la de suspender los puestos a algunas hechuras suyas, y aun quitárselos. Pensión terrible del desfavor de los Príncipes, cuya epidemia passa a matar las más veces inocentemente o inficionar con peligro a los que, aprobándolo el mismo dueño, participaron de los reflejos del Valimiento mientras subsistió. Y ojalá se quedara este injusto achaque entre infieles y no se experimentara, igualmente cruel, en algunas Cortes de la christinadad. Del número de los infelices, contra quien fueron decretadas prisiones y exámenes rigurosos, fueron el Gran Canciller del Imperio Otomano, el Reif Efendi o Primer Secretario de Estado y el Dragomán Bachi o Primer Intérprete, griego de Nación y christiano llamado Alexandro Mauro Cordato, de quien ya queda

hecha mención en el *Floro del año 1683* y que, además de ser muy versado en la lengua latina y otras de Europa, había hecho estudio particular de la Medicina, exerciéndola juntamente con la otra principal ocupación en la asistencia de Kara Mustafá durante su expedición militar. A esse pues, le embió preso el Capigi Bassi por la posta de Belgrado a Andrinópolis como confidente del difunto Visir y, más noticioso que otro alguno de sus intereses, a dar su declaración sobre las cantidades que le había dado Tekeli en trueque de su amparo, y también algunos Príncipes christianos, empeñados con bien escandalosa Política en fomentar la Rebelión de los úngaros. Y no hallándose en sus respuestas toda la satisfacción que se solicitava, ni aun a fuerza de tormentos, huvo de redimir su vida con todo el caudal de su fortuna passada, dudándose el que le aya bastado a assegurarla del todo.

El cargo vacante de Gran Canciller fue conferido por el Sultán a un Mustafá Efendi, a quien el ser renegado (según aseguraron) no había quitado el afecto a los católicos, quizá por haver nacido en parte donde más florece y más se defiende la verdadera religión. Por nuevo Gran Visir entró Kara Ibrahim Bajá, que de mayordomo de Kara Mustafá había pasado a la dignidad de Kamaycán, o lugartiniente del Sultán, cerca de su persona en Andrinópolis donde, con rara dicha, borró su buen proceder la memoria de su primer empleo.

Lo que, en la opinión de todos, aceleró la muerte a Kara Mustafá fue una comoción originada casi a un mismo tiempo en Constantinopla y Andrinópolis, del mal concepto en que le había puesto en aquellos pueblos la pérdida casi entera del ejército más formidable en que jamás se lució la Otomana Potencia, atribuyéndola (según los afligidos, más que otros, suelen mirar las cosas por el lado de la religión) al rompimiento de las treguas con el César antes del término jurado en el Tratado de San Gotardo entre ambos imperios. E irritándolos esta consideración, junta con la vista lamentable de los muchos impedidos que bolvían de aquella infausta guerra, sin los desertores que en tropas se le alejaban abominando de ella y culpando (como siempre en semejantes ocasiones) la impericia, la cobardía u otras faltas del General, començavan a torcer las expresiones del sentimiento contra el mismo Sultán, como que no solo tardasse en castigar, pero amparasse torpemente a quien había borrado tanta parte de la gloria de sus armas. En efecto, avisaron de Andrinópolis había tomado allí tal pie el mal humor que, ya no con reserva (como tampoco en Constantinopla) se hablava en deshazerse de Mehemet y sustituirle Solimán, su hermano, lo qual representado al primero por el Kislár Aga, Cabo de los eunucos, y otros criados suyos más inmediatos a su persona y parciales de los genízaros (a quien tenía Kara Mustafá muy desabridos), vino en disponer de este según acabamos de contar.

Pero en las mudanças que ocasionó el mal fin de aquel ministro, nadie libró mejor respeto a su Estado que Emerico Tekeli, a quien los amigos que tenía ganados en la Puerta Otomana y (según se dijo) también algún ministro

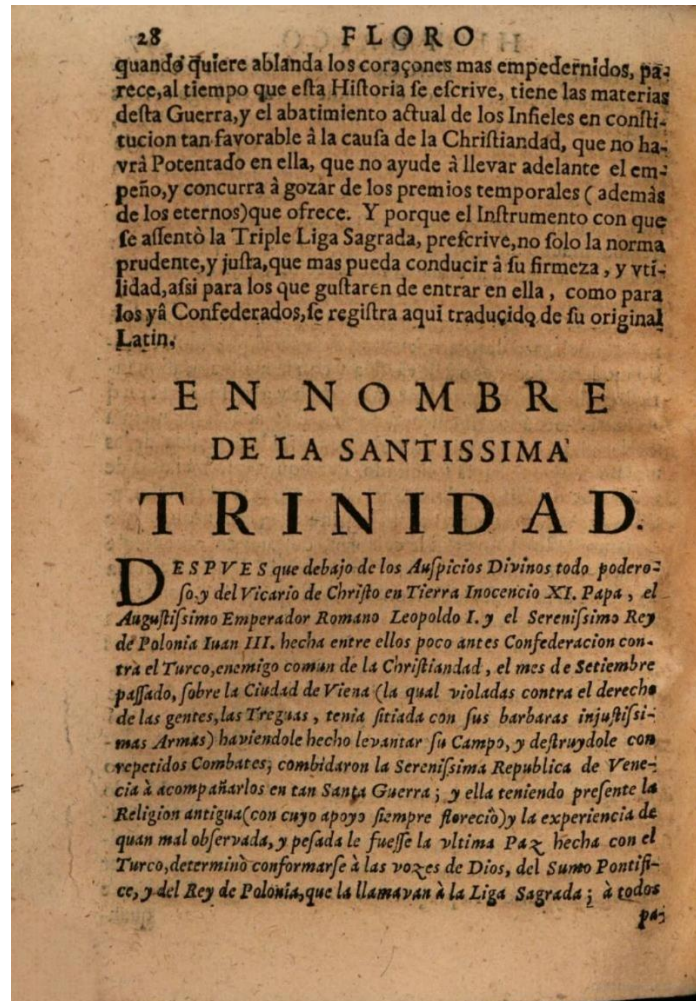
de Príncipe christiano que assistía en ella, alcançaron luego la amistad del nuevo Privado, la qual assimesmo començaron brevemente a pagar sus dádivas, persuasión la más poderosa, y usada con aquellos bárbaros, que entran hambrientos a exercer cargos superiores. Valiole pues, para obtener la confirmación de las primeras mercedes que debía al Sultán, acompañada con la esperança de otras mayores, según las fuesse mereciendo en adelante. Tóquese desde aora, que no solo hizo prontamente confiança de él para la Guerra, sino aun para la mediación de la Paz. Tanto anelava a curar con esta, la herida disforme hecha de la otra a la Monarquía de su Amo, por donde vertió tanta sangre, y perdió lo más y lo mejor de sus militares fuerças, aunque en este mesmo conato se le notó el error novicio de juzgar por instrumento competente a tan alto negociado, un hombre contumaz, sin crédito y tan indignamente apartado de la obediencia de Emperador. Remitiendo empero, a tiempo más propio esta dependencia, vamos a otro tratado mucho más célebre y memorable.

Desde quando el año antecedente, mediante los santos oficios del Papa y las instancias del César, se assentó la dichosa Aliança entre este y la Corona de Polonia para el socorro de Viena y los demás empeños de esta Guerra Sagrada, no se havían olvidado las diligencias que podían conducir a traer la República de Venecia al mesmo partido, ponderándosele en orden a ello los peligros y ruinas irreparables que se le seguirían de la opressión de los Estados austriacos, confinantes con los suyos, por toda la dilatada línea que corre desde el Friuli hasta los últimos lindes de la Dalmacia christiana. Hallándose empero el Senado sin fuerzas prontas y adequadas al tamaño del intento, aunque provocado de los infieles, desde apenas juradas y firmadas las Pazes de Candia, con incessantes contravenciones a lo pactado en afrenta de su dignidad y detrimento de su comercio, tuvo su Prudencia por acertado esperar en qué pararía la invasión de las Austrias y el ataque de la ciudad capital. Mas, después de visto quán notablemente havían las hazañas de los exércitos alemanes y polacos mejorado el semblante de las cosas, y abatido el orgullo otomano, como de ordinario mueva más a los hombres la esperança de una conveniencia cercana que el temor de un mal incierto y remoto, arrostró la oportunidad, evidente por tantas señas, de restaurar no solo sus pérdidas de la guerra passada, o cobrar el equivalente, sino de las antecedentes que la despojaron de lo mejor del Archipiélago y del Reyno de Chipre.

Gastose **el mes de diziembre y parte de henero** en Roma, Viena y Venecia en adelantar la materia, teniendo el Ministro de Polonia que residía en la Corte Imperial la facultad necessaria al propio efecto y, por no alargar la relación a todos los prolijos lances de este negociado, nos contentaremos con dezir llegó **a 26 de henero**, con correo extraordinario dirigido al Cavallero Contarini, Embaxador de la República, la última resolución de esta de entrar en la Liga con las Magestades Cesárea y Polaca contra el Otomano, y Poder para jurar el Tratado. De cuyo suceso, assí como al Papa le havía costado el

principal cuydado, también fue inmensa la gloria que le granjeó, innegable y aplaudida aun de las mismas Naciones separadas del gremio de la iglesia universal y, después mucho más, quando vieron criar a los pechos de su santa liberalidad la misma Confederación, hija de su christiano zelo.

Apenas leyó el Embaxador sus cartas que, por no dilatar un momento el gozo de una nueva tan deseada al piíssimo Teodosio moderno, fue luego a llevársela y, con la misma ocasión, satisfizo a sus preguntas tocante al tiempo y a las fuerças con que pensava el Senado començar a obrar. Despachose la misma noche el aviso a Polonia, donde fue recibido a medida de las ansias con que se havía solicitado. Pero qué tinta, menos la de alguno de los Historiadores sagrados de la primera clase, pudiera expressar dignamente las lágrimas de contento con que el santo Pastor universal le celebró después de obtenidole de la misericordia divina al mesmo precio. Participole el día siguiente al Sacro Colegio, convocado de propósito a oírle, y la propia noche le llevaron correos a las principales Cortes de Europa donde havía Nuncios apostólicos, remitiéndoles para aquellos Príncipes *Breves de Su Santidad*, en que les proponía el exemplo de las Potencias confederadas para que le imitassen juntándose en Aliança general contra el enemigo común o, quando menos, subministrassen assistencias de medios, los que por interesses de comercio, u otros motivos, no quisiessen entrar declaradamente en ella. Conoce el mundo a los que no solo se hizieron sordos a aquellas apostólicas instancias, pero continuaron en dar zelos por mar y tierra a algunos, que sin esto se huvieran anticipado a ellas a no haver debido cuydar de su propia conservación. Pero Dios, que quando quiere ablanda los coraçones más empedernidos, parece, al tiempo que esta Historia se escribe, tiene las materias de esta guerra y el abatimiento actual de los infieles en constitución tan favorable a la causa de la christinadad, que no havrá Potentado en ella que no ayude a llevar adelante el empeño y concurra a gozar de los premios temporales (además de los eternos) que ofrece. Y porque el Instrumento con que se assentó la Triple Liga Sagrada prescribe, no solo la norma prudente y justa que más pueda conducir a su firmeza y utilidad, assí para los que gustaren de entrar en ella, como para los ya confederados, se registra aquí traducido de su original latín.



EN NOMBRE DE LA SANTÍSSIMA TRINIDAD

Después que debajo de los Auspicios Divinos todo poderoso y del Vicario de Christo en Tierra Inocencio XI, Papa; el Augustísimo Emperador Romano Leopoldo I y el Sereníssimo Rey de Polonia Juan III, hecha entre ellos poco antes Confederación contra el Turco, enemigo común de la christiandad, el mes de setiembre passado, sobre la ciudad de Viena (la qual, violadas contra el Derecho de las Gentes las treguas, tenía sitiada con sus bárbaras injustísimas armas), haviéndole hecho levantar su campo y destruydole con repetidos combates, combidaron la Sereníssima República de Venecia a acompañarlos en tan santa guerra. Y ella, teniendo presente la Religión antigua (con cuyo apoyo siempre floreció) y la experiencia de cuán mal observada y pessada le fuesse la última Paz hecha con el Turco, determinó conformarse a las voces de Dios, del Sumo Pontífice y del Rey de Polonia, que la llamavan a la Liga Sagrada. A todos pareció madurar el negocio por medio de embaxadores que, proveídos de los Poderes y Órdenes oportunos, se juntassen en esta Corte Imperial y concluyessen el Tratado, con la asistencia del Eminentísimo señor Cardenal Bonvisi, Nuncio apostólico, cerca de Su Magestad Cesárea. A cuyo efecto, haviendo Su

Magestad Cesárea nombrado al Excelentísimo señor Leopoldo Guillelmo, Conde de Konigseg, su gentilhombre de la Cámara, Vicecanciller del Imperio, Cavallero de la insigne orden del Tusón y su consejero íntimo y el Excelentísimo señor Teodoro Altheto, Barón de Stratman; la Sacra Real Magestad y el Reyno de Polonia y Gran Ducado de Lituania, al Excelentísimo señor Juan Rofdraferski, Castellano de Medgies, su embaxador para este acto; y la Sereníssima República de Venecia, su embaxador ordinario a la Corte Cesárea, el Excelentísimo señor Cavallero Domingo Contarini, constituido especialmente por Syndico y Procurador suyo para esto, con pleno Poder y entera facultad, (permutadas primero entre ellos las Letras de Plenipotencias que iban puestas al fin del presente Tratado, y se obmiten por más brevedad en este traslado). Y ventilado con toda madurez quanto parecía hazer al caso, finalmente, por inspiración de la Divina Gracia, se convinieron en los artículos siguientes de liga ofensiva y defensiva perpetua contra el Turco.

Haya entre dichas Magestades y los sucessores en sus Coronas, y la Sereníssima República de Venecia y sus sucessores, Estados y Provincias una Unión en Guerra ofensiva y defensiva. La primera, que dure hasta conseguir todas tres partes una gloriosa y firme Paz. La otra, para la conservación y perpetuidad de la mesma Paz.

Y porque con más fuerça e indissoluble vínculo se consolide tan santa y piadosa obra, toman las partes confederadas con toda veneración al Sumo Pontífice, Padre común, por Protector y mantenedor de esta sagrada unión y, juntamente, los Sumos Pontífices sus sucessores, en virtud de garantía, no dudando el que Su Santidad lo hará de suerte que, a nadie pese el haver dado oídos a las ardentísimas persuasiones de Su Beatitud y sujetadosse a ellas con filial prontitud.

Obliganse, assí la Sacra Magestad Cesárea como la Sacra Real Magestad de Polonia, juntamente con el Reyno y Gran Ducado de Lituania y la Sereníssima República de Venecia en fuerça del Juramento (que más abajo se havía de insertar, como se hizo, y no se repite en esta copia) y de otro qualquier vínculo, con que suele assegurarse la firmeza de los pactos entre los Príncipes y Pueblos, a mantener y conservar la presente unión y sociedad de Guerra Santa e, inviolablemente, en todos sus puntos, cláusulas y artículos, por sí y sus sucessores.

Y porque tenga más vigor y más Religión el dicho Juramento, los Eminentísimos Cardenales, particularmente el Eminentísimo Pío, el Eminentísimo Barberino y el Eminentísimo Otoberon, los dos primeros como protectores de Alemania y Polonia y, el tercero, el Cardenal más anciano de Venecia, representando cada uno las Naciones referidas, prestarán personalmente el Juramento referido, dentro de dos meses, en manos de Su Santidad, según va expresado, en nombre de Sus Magestades y de la Sereníssima República de Venecia, como de sus principales.

Permaneciendo pues, las partes, en esta sociedad de Guerra ofensiva, en ninguna manera o por ningún pretexto acetarán la Paz, aunque se la ofrezcan ventajosa y sumamente favorable, si no se hiziere con todos tres juntos y de acorde consentimiento.

Será la Liga, con el Sereníssimo y Poderosísimo Emperador como Rey de Ungría y Boemia, Archiduque de Austria y heredero de otras Provincias, de suerte que los sucessores de Su Magestad en los Reynos y Provincias hereditarias sean obligados a este Tratado y a los mesmos puntos, cláusulas y vínculos, a que la Sacra Real Magestad de Polonia y

sucesores en su Trono, el Reyno de Polonia, el Gran Ducado de Lituania y la Sereníssima República, y sus sucesores, Estados y Provincias, por otra parte quedan obligados.

Limitase esta Liga a la sola Guerra contra los Turcos, sin que jamás pueda alargarse a otra guerra alguna por ningún color o pretexto imaginable.

Declaran pues, la Sacra Magestad Cesárea, la Sacra Real Magestad de Polonia, juntamente con el Reyno y Gran Ducado de Lituania, que harán de buena fe la dicha Guerra con poderosísimos exércitos proveídos de todo el aparato militar y, la Sereníssima República de Venecia, con una poderosísima armada y exércitos terrestres por Dalmacia y, assí todas tres partes, con las fuerças mayores que pudieren.

Si sucediere que los Estados de una de las partes confederadas se hallen tan apretados del enemigo que necessiten de socorro, en tal caso, prometen los señores confederados juntar, en quanto sea possible, sus armas para acudirles y hazer la mesma diligencia todas las vezes que el Consejo de Guerra declare ser necessario assistirse unos a otros, con todas las fuerças o parte de ellas. A cuyo fin, y para la comunicación recíproca, asistirán ministros prácticos de las cosas militares en los exércitos de parte de los señores aliados, escogidos especialmente para esto, y serán admitidos en los Consejos de Guerra.

Por lo demás, se havrá de hazer Guerra de diversión; esto es, empleando el señor Emperador sus fuerças a restaurar sus fortalezas de Ungría; el señor Rey de Polonia a recobrar Kameniez y la Podolia y Ukrayna; y lo mesmo la Sereníssima República de Venecia, procurando quitar al enemigo para sí lo que perdió adquirido por la guerra, o para restituirlo a los de quien primero fue con justicia.

Y porque se dirijan siempre las expediciones al mayor beneficio común, se tomará resolución tocante a ellas luego después de ratificado este Tratado, y se continuará temprano lo mesmo, en quanto sea posible y lo permitan las circunstancias de las cosas, todos los años de común acuerdo.

Y siendo assí, que a esta Unión se han de combidar no solo todos los Príncipes christianos, sino admitirse los que de su motivo se ofrecieren a ello; por tanto, se obligan los señores confederados persuadirlo en quanto puedan a los Príncipes, sus amigos y aliados, pero de calidad que no se admita alguno sin el consentimiento uniforme de todos, dándose por fijo que particularmente se hará lo possible para atraer a esta Liga los Sereníssimos Kzares de Moscovia.

Declárase que esta Confederación no podrá causar perjuizio alguno a los Tratados antiguos entre los mesmos Sereníssimos Potentados, sus Reynos, Estados y Señoríos, antes bien, los corroborará con una perpetua fuerça.

Esta triple Liga en nada derrogará a la que está hecha entre la Sacra Cesárea Magestad y la Magestad Real, Reyno de Polonia y Gran Ducado de Lituania, el año passado, sino que la una, no menos que la otra, quedará con todo su vigor, santa e inviolable, en todos su artículos, cláusulas y puntos.

Permutarán los señores Commissarios y Embaxadores entre ellos, recíprocamente, los Instrumentos de las Ratificaciones de este Tratado en la Corte Cesárea dentro de un mes, o más presto si se pudiere. En fe de que, en nombre de la Augustísima Magestad Cesárea y de la Sereníssima Real Magestad de Polonia, Reyno de Polonia y Gran Ducado de Lituania, como también de la Sereníssima República de Venecia, mediante las

Plenipotencias necesarias, Nos, los Comissarios Cesáreos Plenipotenciarios y, Nos, los Embaxadores Plenipotenciarios Reales y de Venecia, hemos firmado las presentes de nuestra propia mano y aplicadolas nuestros Sellos en el castillo de Lintz, etc.

Cumpliose puntualmente lo prescripto por este Instrumento para su mayor solemnidad y firmeza, no solo tocante a las Ratificaciones y al Juramento, sino también tocante a los aprestos, procurando cada uno de los coligados lucir en ellos su loable fervor, aunque por lo que participa de aristocrático el gobierno de Polonia con un cuerpo de Nobleza innumerable en el Reyno del mismo nombre, y en el Gran Ducado de Lituania, cuya multitud no es siempre fácil allanar prontamente a lo que importa, no correspondieron después ni la misma prevención ni, por lo consiguiente, los sucessos, a lo que el Rey tenía premeditado. Durante las mismas disposiciones de la campaña, no quedó olvidado el otro punto pactado acerca de los Kzares de Moscovia, pero sin fruto, por hallarse aquel imperio ocupado de dos hermanos más recelosos uno de otro, en aquellos principios de la división, que del mismo Turco, aun dissuadidos de Potentados estraños desafectos a la Austriaca Grandeza. Y dado que, por celages de tan mal semblante, se trasluciese a ratos alguna vislumbre de esperanza hasta salir los exércitos de los cuarteles, pero no dieron de sí la cosa que mereciesse lugar en estas memorias salvo la de reconocerse, confirmado el encono de los odios recíprocos y hereditarios entre moscovitas y polacos. Y el desengaño de que, por entonces, fuese tratable persuadir a moscovitas romper con los otomanos sin franqueárseles conveniencias y arbitrios, aún más perniciosos que indecorosos a la Nación polaca como desistir de sus pretensiones al Ducado de Smolensko y ceder a perpetuidad la parte de la Ukrayna que, por cierto tiempo, les había quedado en virtud de los últimos Tratados; calidades que ya se ve lo que hubieran desmentido al alto punto de la gloria a que, sobre sus antiguos blasones, habían subido las sarmáticas armas en la liberación de Viena.

A esto mismo pertenecería lo que, también entonces, se procuró significar al Rey de Persia, no sin apariencias de buen éxito según lo que, razonablemente, debía executar en su dictamen el hallarse con una opulenta y floridísima Paz. Y, al contrario, quebrantadas las fuerzas otomanas en el grado que publicava la Fama, las fronteras de su mismo émulo despobladas de presidios veteranos y susceptibles de alborotos, según las centellas que se descubrieron dispuestas a producir mayores incendios si hubiera quien les diera alimento. Mas todo se malogró (según avisaron) con la muerte del mismo Rey, y haverle sucedido un hermano, esclavo de sus placeres y olvidado del interés de su Corona, que tampoco nos dio más que dezir.

Lo que, en verdad, mostró anticipar premissas bien prontas de copioso fruto fue la negociación que el Rey de Polonia, el esfuerço cosaco y el oro de Roma introdujeron en las provincias de Moldavia y Valaquia, consiguiendo (como ya tocamos) el ver incorporarse la flor de ambas Naciones con los

cosacos en obsequio de la Cruz (según ellos explicaban su dictamen), debajo de la protección de Polonia. No es ponderable lo que aquel gran disignio abrazava, pues de lograrle conforme a la idea, no se seguiría menos que excluir, no solo a los turcos de la Podolia, pero allanar el camino hasta el mar Negro. Y passando al Danubio, abrirle por la Bulgaria y la Tracia, a Constantinopla. Mas, aunque se dieron passos bien aventajados en la demanda, y hubo rencuentros y combates favorables a sus fines, hasta señalarse el uno con la prisión de un Vayvoda (o Príncipe de Moldavia) puesto por el Sultán y casi acabar de establecer otro a gusto de Roma y de Varsavia, pero a aquellos acontecimientos se mezclaron tantos accidentes estraños, originados ya de lo que tardó el ejército polaco en salir a campaña, ya de la poca disciplina y natural ferocidad de los cosacos que, con la muerte de su General, no dudaron escurecer el buen nombre que iban recobrando en la christiandad. Y, finalmente, el otoño (más vale dezirlo de una vez, que bolver a cansar otra con tan pesadas memorias) llegó a trocarse por aquella parte la Guerra ofensiva y defensiva, salvo la recuperación del puesto fuerte de Yaslovitz, corta conveniencia aun junta con lo que se restauró de la Ukrayna respeto a lo que pareció prometer el principio del año, quando no se reciba en cuenta el beneficio de la diversión de las tropas turcas y tártaras que militaron allí, y pudieran haver passado a las Ungrías.

Mas baste lo dicho de la campaña de Polonia, a la qual entre la mesma Nación, no havrán faltado excelentes plumas dado que, hasta ahora, no haya alcanzado su remoto buelo a este clima occidental sino en noticias interrumpidas que, para su crédito total, han de apoyar otras más seguidas y menos controvertidas. Assí passamos a Ungría, donde abunda más la materia de escribir, aunque tampoco con satisfacción igual.

Si antes de assentada la Triple Sagrada Confederación eran fuertes, en los cesáreos, los estímulos de madrugar para campear, bien creyble es lo mucho que los avivaría el gusto de haver logrado tan poderosa compañera como la República de Venecia en el empeño. Aun sin lo que impelía a la mesma resolución el recelo de verse prevenir de los enemigos, de cuyos afanes, enderezados al propio fin, no faltavan avisos de muchas partes. Mas, aunque desde el imbierno quedasse decretado que **a 20 de mayo** se hallasse toda la gente imperial sobre el río Vaag, pero como por diferentes accidentes se huviesse atrasado algo el cumplimiento de las reclutas y, por eso mesmo, esperassen los oficiales alguna prorrogación del término; apenas se hallaron quatro o cinco regimientos junto a la villa de Schella, quando **a veinte y siete** llegó el Duque de Lorena a aquella plaza de Armas. Mas, dibulgada la nueva de haver Su Alteza partido de la Corte, fue poderoso impulso a las tropas para dar priessa a su movimiento. Sobre todo, a los veteranos que veneravan en aquel Príncipe no menos un Padre que un General, de suerte que **a seis de junio** (faltando aún todos los que havían imbernado en Silesia), se contaron hasta veinte mil hombres en el campo. Entonces, passado el Vaag por una

punte varada de propósito cerca de la villa de Schinta, había proseguido ya su camino hasta media legua de Neuheusel, después de sabido **a diez y nueve del mes antecedente** por cartas del General Barón de Mercy (ocupado en la Ungría inferior con un cuerpo competente en procurar nuevas de los turcos), hallarse ya en Buda, con el mando del ejército infiel en ambas Ungrias, el Cabo que el año antes había sido Aga de los genízaros y que, luego, se le habían de unir los dos Bajás de Agria y del Gran Varadin con la gente de sus districtos, sin la massa principal de fuerças que aguardava de Belgrado por la puente de Esseck.

Haviendo, **a dos de junio**, hecho alto el ejército en Neutra para dar tiempo a incorporarse algunos regimientos que venían marchando de la isla de Schut, tuvo aviso del Mariscal de campo General Conde Eneas Caprara de haverse caído improvisamente un gran pedazo de las fortificaciones de Agria, y casi llenado el fosso; accidente que pudiera haverse aprovechado, si hubiera forma de anticiparse al intento, primero que concurrieran los presidios turcos más inmediatos a reforçar el de aquella plaza, y reparar las ruinas, como lo hizieron en breves horas dos Bajás de la vecindad.

En Neutra mesma, tuvo el Duque la diversión (quando no la paciencia) de oír a un secretario de Tekeli a quien, bolviendo de Viena (donde le habían rechazado los nuevos enredos de su amo), se le antojó hablar a Su Alteza para saber si tenía facultad de ajustar la Paz con los turcos pues, *haviendo propuesto* (dezía él) *lo mesmo en la Corte, se lo habían hecho factible como el Emperador Otomano se allanasse a dar satisfacción bastante a Su Magestad Cesárea y a sus aliados. Y haviéndose además mostrado curioso de saber Quiénes eran estos aliados. Y de qué satisfacción se contentarían.* Respondió el Duque: *En quanto a lo primero, no tenía Poder ni Comisión del señor Emperador para tratar de Paz, sino solamente llevar la guerra adelante. Que, sin embargo, no hallándose Su Magestad Cesárea lejos, sería fácil participarle la proposición como ella viniesse derechamente de los mesmos turcos y que, por lo demás, era escusado declarar los aliados, pues ellos eran tan fuertes y poderosos que, muy presto, se darían a conocer.* En cuyas expressions bien ponderadas, mostró el Duque ser tan gran Político como gran Soldado.

Casi a la propia sazón (como supo S.A. **a seis de junio**), tenía el mesmo Tekeli otro embiado cerca del Conde Caprara procurando introducir negociados particulares de su ajuste, pero se descubría en ellos la mira principal de hazerse Mediador del de los turcos, pintándole su ambición deslumbrada de una intolerable soberbia, por factible, lo que más podía desear. Pues el admitir su Mediación para tan relevante dependencia, era como habilitarle, de consentimiento de ambas partes, a apropiarse fijo lo que tenía usurpado y darle ocasión de hazer nuevo mérito con los infieles, para que le ayudassen a conservarlo; siendo constante, fuera de estas quimeras, que no se haría nada de provecho con él, sino a viva fuerça. Al mesmo tiempo, vino confirmado lo dicho del nuevo General turco, a quien el Gran Visir, desde Andrinópolis, señalava las mejores tropas del Oriente; destinava Solimán Bajá

para General contra los polacos y tenía dispuesto se dividiese el resto de las fuerças entre cuerpos: los dos contra venecianos, por mar y tierra, y el tercero contra los cosacos, en el mar Negro, apoyándole con otro de nuevas levass que se estaban haziendo, para tener aquella puerta libre a los mantenimientos de que vive gran parte de Constantinopla. Y finalmente, se unía de nuevo Tekeli a los Bajás de Agria y Varadin, reforçados de algunos tártaros.

Nada memorable sucedió al ejército imperial en dos días que se detuvo cerca de Neuheusel, de adonde salieron una sola vez algunos quinientos turcos que, atreviéndose hasta cosa de mil passos fuera de la Plaza a escaramucear con la guardia adelantada de los alemanes, al primer passo que esta dio a ahorrarles el camino, bolvieron las espaldas temiendo ser cortados. Allí mesmo, llegó al campo el Mariscal Conde de Staremborg acompañado del afamado siervo de Dios, el Padre capuchino fray Marcos de Aviano, con quien embiava Su Santidad la bendición apostólica al ejército.

Hasta entonces (fuesse ello resolución o ficción) parecía todo encaminado al ataque de Pest, no obstante, la noticia que se tenía **el día ocho** (ya alejado el ejército legua y media de Neuheusel) de que, habiendo venido al enemigo un trozo de tres mil tártaros y, juntándose, con tres mil turcos y otros tantos rebeldes, campeavan en parage oportuno a defender las avenidas de aquella Plaza. Para mejor persuadir aquel disignio, partieron los carpinteros del tren a formar un puente sobre el río Gran, que cortando las campañas de la Ungría superior con un caudal razonable desde las montañas donde nace, unas quinze leguas distantes del Danubio, le trae sus aguas, y a Strigonia su nombre (pues también se llama Gran), perdiéndose en ese otro río enfrente de la mesma ciudad. Mas habiendo el ejército continuado su movimiento otras dos leguas, y recibido por el Danubio la artillería de campaña mientras venía siguiendo la más pesada, paró en aquellas orillas hasta estar acabado otro puente sobre este propio río. Costó la obra quatro días de detención, durante los quales partió el Conde Palfi a gobernar al ejército de la Ungría superior, teniendo el Conde Caprara (que a la sazón le mandava) orden de venir a assistir al ejército principal. Acabado el puente, se comenzó **el día catorze** a passarlo, después de oída la relación que dio el General Mercy, buelto de reconocer el país por orden del Duque, assegurando *ser impraticables las empresas de Pest y de Buda, si primero no se ocupava el fuerte castillo de Vicegrado, situado en tal parage sobre el Danubio, que sin notable peligro no passaría embarcación alguna debajo de sus murallas. Que, en esta inteligencia, había embiado un aldeano a intimar al comandante la entrega, sin aguardar a que el ejército usasse de la fuerça, en cuyo caso no se le daría quartel, ni al presidio. Pero que la respuesta había sido: no conocer ni temor ni esperanza que pudiesen torcer su obligación y, que él y sus soldados, estaban resueltos a morir antes que faltar a ella.*

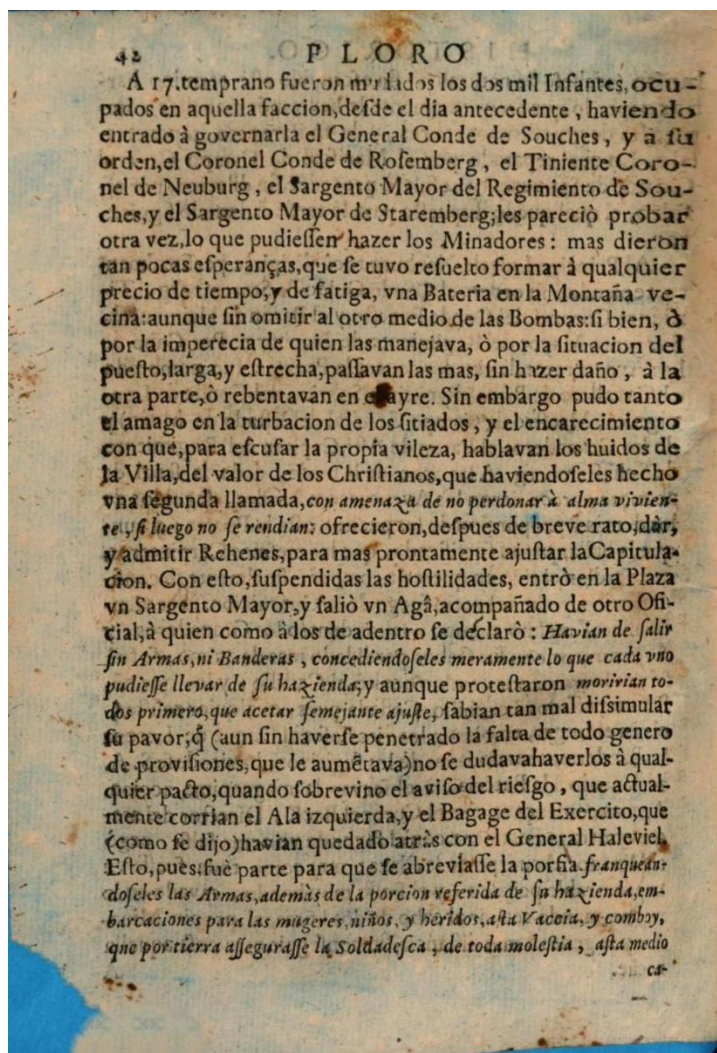
En el passage del Danubio precedió el General Mercy con su regimiento, el de Piccolomini, quatro de dragones y los croatos del Conde de Lodron. Siguiolos toda la infantería y, después, el ala derecha de la cavallería y

la artillería. Mas el ala izquierda de la cavallería, que mandava el General de batalla Haleveil, con los regimientos de Kayferstein, el de Thun y las compañías de Apremont, se quedaron a assegurar el total passage de las tropas junto a Barkan. En la marcha, por señas del terror que iba cundiendo en los pueblos turcos de la otra parte del Danubio, llegó con permissão del Visir de Buda un diputado de la comunidad de Vaccia a solicitar una salvaguardia, diziendo tenía el Bey, Governador de la mesma ciudad, orden de abandonar el castillo luego que supiesse la toma de Vicegrado [[Visegrád- Hungría](#)]. Era intención del Duque llegar **el día quinze** a formar el asedio, llevando el General Mercy la vanguardia con seiscientos dragones, seguido de la infantería, de la artillería y del ala derecha de la cavallería. Mas, aunque se movieron una hora antes del amanecer, les fue impossible adelantarse más de una legua hasta las seis de la tarde, y forçoso hazer noche en distancia igual de la plaza, retardados de continuos desfiladeros por subidas y bajadas. Solos los Generales de batalla Barón de Mercy y Conde de Schaftemberg, buen número de oficiales y los dragones, llegaron a reconocer Vicegrado. A cuya diligencia, haviéndose querido anticipar unos aventureros, fueron encontrados de sesenta genízaros que hirieron a uno de ellos. Entonces merecía aquella fortaleza (oy reducida a montones de piedras, cal y ceniza), la descripción amplia con que fue celebrada su conquista. Mas ahora, nos contentaremos con figurarla en ligero bosquejo. Era, a la verdad, mucho menos capaz que la de Gran, pero también mucho más difícil de expugnar por estar situada en un peñasco muy elevado y casi inaccessible en todo el circuito; además de la Villa baja, resguardada de una fuerte palanca y, ambos puestos, con suficiente guarnición. Lo que el castillo tenía contra sí era otra eminencia cercana de igual altura, de adonde poderle batir. Pero la experiencia del año 1595 (que otra vez fue restaurado de los christianos), enseñava no poderse subir a ella artillería sino a fuerça de braços, como a punto lo executó entonces con doze piezas la nación italiana que militava en el ejército imperial, dirigido por el Archiduque Mathías, después Emperador, aplicando quatrocientos hombres a cada pieza. Temiose en esta otra ocasión, por indispensable, el mesmo prolijo recurso quando otras ideas solicitavan, más que nunca en otra alguna, abreviar la facción como, en efecto, se consiguió contra la expectación de muchos que, examinadas con la llegada del ejército al pie de la obra las dificultades, hizieron malos agueros del empeño, aunque juzgaron inevitable al crédito de las armas proseguirle hasta su logro tardío o temprano, pero fue Dios servido que sucediesse con la mejor de estas circunstancias.

A 16 pues, con menos trabajo que el día antes, se prosiguió la marcha del ejército hasta Vicegrado, precediendo mil dragones y dos mil infantes a tomar los puestos, a la orden del Príncipe Luis de Neuburg, General de batalla asistido del coronel Beck, del Tiniente coronel de Staremborg, del Tiniente coronel Barón Gal y del Sargento mayor Conde de Aversperg, del regimiento de Mansfeld, y del Sargento mayor del de Neuburg. Fue toda esta gente

repartida en quatro partes, las dos a ceñir la Villa y las otras dos a arrimarse lo más que pudiesen al castillo. Y lo cumplieron tan sobre qualquier razonable esperanza, que los primeros alcançaron a pertrecharse a cinquenta passos del recinto y, los demás, treparon a cubrirse a docientos passos de la muralla de la fortaleza, proveídos de algunos trabucos. También lo fueron brevemente los del aproche inferior, de quatro piezas, con que temprano començaron a batir y lo continuaron todo el día. Mas, con poco o ningún efecto, tan fuerte era la palanca (acábase de naturalizar sin escrúpulo este término bárbaro, por lo que frecuentemente le havremos menester), compuesta de gruesísimos robres y de un parapeto impenetrable. Lo qual reparado por el Mariscal de campo General Conde de Staremborg, resolvió proceder sin dilación por assalto, el qual quedó dispuesto para la tarde del modo siguiente.

Al Príncipe Luis de Neuburg tocó dirigirle personalmente, teniendo a su orden el Conde Guido de Staremborg, Tiniente coronel del Conde Ernesto, y el Barón de Haimbusch, Sargento mayor del regimiento de Neuburg. Por Cabo de los aventureros destinados contra la puerta fue nombrado el Cavallero de Rône (digníssimo sobrino del Conde de Louvignies, Maestro de campo General del Estado de Milán) y, de los granaderos, el Barón de Asti, Capitán del regimiento de Schaftemberg. A las ocho de la tarde, dada la señal de abançar, precedieron los aventureros a todos, seguidos de los demás a proporción de sus puestos hasta la puerta y, aunque la hallaron tan fortificada que los mismos carpinteros casi perdían el tino en quererla romper, finalmente se consiguió, aun a pesar del recio fuego de la guarnición. Mas viendo ella, al mismo tiempo, saltar dentro los granaderos y aventureros con sus cabos, perdido lo más de ánimo, se fue salvando parte por camino oculto al castillo. Y los que no, fueron passados a cuchillo. Cessada pues, qualquier resistencia en el lugar, embiaron los vitoriosos al Duque de Lorena las banderas abandonadas de los fugitivos, haviéndose S.A. adelantado a la batería a observar la magnánima acción. Apenas començava que el coronel Beck, director del ataque contra la fortaleza, con el favor de un arma falsa, pegó al minador al cuerpo de la Plaza. Mas como toda fuese un impenetrable peñasco, y el fosso muy hondo cavado en lo mesmo, mandó retirar al cabo de dos horas al propio minador y la gente a más distancia, sin conseguir otra cosa aquella noche.



A 17, temprano, fueron mudados los dos mil infantes ocupados en aquella facción desde el día antecedente, habiendo entrado a gobernarla el General Conde de Souches y, a su orden, el coronel Conde de Rosenberg, el Tiniente coronel de Neuburg, el Sargento mayor del regimiento de Souches y el Sargento mayor de Staremburg. Les pareció probar otra vez lo que pudiesen hazer los minadores. Mas dieron tan pocas esperanças, que se tuvo resuelto formar a qualquier precio de tiempo, y de fatiga, una batería en la montaña vecina, aunque sin omitir al otro medio de las bombas. Si bien, o por la impericia de quien las manejava, o por la situación del puesto, larga y estrecha, passavan las más sin hazer daño a la otra parte o rebentavan en el ayre. Sin embargo, pudo tanto el amago en la turbación de los sitiados y el encarecimiento con que, para escusar la propia vileza, hablaban los huidos de la Villa, del valor de los christianos que, haviéndoseles hecho una segunda llamada, *con amenaza de no perdonar a alma viviente si luego no se rendían*, ofrecieron después de breve rato dar y admitir rehenes para, más prontamente, ajustar la capitulación. Con esto, suspendidas las hostilidades, entró en la plaza un Sargento mayor y salió un Aga acompañado de otro oficial, a quien como a los de adentro se declaró: *Havían de salir sin armas ni banderas, concediéndoseles*

meramente lo que cada uno pudiesse llevar de su hazienda y, aunque protestaron, morirían todos primero que acetar semejante ajuste, sabían tan mal dissimular su pavor que, (aun sin haverse penetrado la falta de todo género de provissionses que le aumentava) no se dudava haverlos a qualquier pacto, quando sobrevino el aviso del riesgo que actualmente corrían el ala izquierda y el bagage del ejército que (como se dijo) habían quedado atrás con el General Haleviel. Esto pues, fue parte para que se abreviasse la porfía *franqueándoseles las armas, además de la porción referida de su hazienda, embarcaciones para las mugeres, niños y heridos, hasta Vaccia, y comboy que por tierra assegurasse la soldadesca de toda molestia hasta medio camino de Buda y más adelante*, contentándose los imperiales con la artillería, que fueron seis piezas (las quatro con las armas del Emperador Rudolfo II) y lo demás que se hallasse en la plaza después de evacuada de enemigos.

Firmada, a 17, esta Composición del General sobrestante al ataque y del Aga comandante, quedava si a la entrega de la puerta a los sitiadores, y la salida de la guarnición para la mañana siguiente, quando a los infieles, haviendo un morabito representado lo que arriesgavan en irse sobre la palabra y firma de un Cabo inferior, la qual quizá desaprobaba el Generalísimo, acordándose de lo que ciento y quarenta años antes habían hecho los turcos, degollando contra lo capitulado al presidio christiano que rindió la misma fortaleza, rehusaron cumplir el ajuste hasta que le diessen firmado del Duque de Lorena. Lo qual obtenido, se fueron **la tarde del día 18** en número de setecientos y veinte y cinco hombres, treinta mugeres y algunas criaturas, ocupando su lugar quinientos hombres del regimiento del Príncipe de Neuburg y, por governador, el Sargento mayor Barón de Himbusch, a quien maravilló el no hallar en los almacenes género alguno de mantenimientos, ni municiones de guerra. Y, sin duda, causará igual estrañeza a qualquiera tan culpable falta de providencia en una Nación dominante como la Otomana, a quien pudieran sus pérdidas del año antecedente haver hecho conocer la necesidad de proveer mejor su frontera y suspender el uso de la soberbia máxima que, durante la felicidad de sus armas, veda el fortificar los puestos que tiene ganados para mostrarse siempre pronta a ensanchar sus conquistas. Mas, tiempo es de saber lo que ocurrió al General Haleveil y el desquite que, en aquella acción, pensó lograr el Visir de Buda de la pérdida de Vicegrado.

No faltándole, en país propio, espías que le avisassen haverse separado el ejército christiano para acudir más ligeramente sin bagage a la empresa de Vicegrado, sacó de su guarnición y otras hasta cinco mil cavallos turcos y tártaros, embiándolos por la senda más breve de Buda a Strigonia *a buscar la ocasión de romper en marcha, o en sus mesmos quarteles, al cuerpo de imperiales que, con el bagage, estava alojado debajo de la artillería de Strigonia o, quando menos, atraer parte de él a alguna emboscada oportunamente armada*. Desconfiados empero, por relaciones de lenguas que tomaron en el camino, de poder executar ninguno de los dos primeros puntos de aquella orden, por estar los imperiales bien pertrechados y

vigilantes en su campo, y esperar allí la buelta de los de Vicegrado para repassar juntos a la otra parte del Danubio, se acogieron al tercer arbitrio, valiéndose por añagaza de trecientos tártaros, como a llevarse unas cien cabeças de ganado mayor que estaban paciando en poca distancia de los alojamientos. En efecto, ya se las hechavan delante quando, observados de la ciudadela, les dispararon algunos cañonazos que tocaron un arma general a todos los regimientos. Hallose inmediatamente el Sargento general Haleveil en la plaza de Armas y, sin detenerse ni aun para ponerse las botas, montó a cavallo mandando le siguiessen, con el Barón de Norkerme, seiscientos cavallos de su regimiento y del de Taaf a reconocer al enemigo. Pero llevado de su actividad, y de la esperança de cortar los tártaros por un desfiladero que tenía observado a una legua, se adelantó tanto que, atropellando por un camino colateral a su movimiento, mil turcos le cogieron en medio y, sin duda, lo hubiera passado muy mal toda su tropa a no haver llegado el regimiento de Rabata al socorro, aunque tarde a salvarle la vida, que perdió de una lançada, haziendo pasmos de valor. Aumentava el accidente, entre los fieles, la más peligrosa confusión por mucho que se esmerasse el Barón de Norkerme en alentarlos con la voz, la autoridad y el exemplo, quando en una eminencia cercana se les apareció el regimiento de Rabata, con su Tiniente coronel Carlos Pace, que hecha adrede una frente muy estendida para muestra de mayor número, fue adelantándose favorecido de unas arboledas para encubrir su ficción y, (reforçado de los que havían cobrado ánimo a su vista) acometió con tal denuedo a los contrarios que los obligó a darle las espaldas, recogién dose azia su gruesso mientras, dejándose ver también el regimiento de Dunevald y algunos esquadrones del de Taun, acabaron de persuadir a todos los enemigos la retirada, puestos en declarada y desordenada huida, dejando en el campo ciento y cinquenta muertos en trueque de treinta soldados alemanes y un Tiniente, que los más perecieron al tiempo que el General Haleveil, cuya inestimable pérdida fue tan sentida en la Corte Imperial, como en el ejército, por sus excelentes prendas. Tres horas duró el conflicto, siendo sobre todo memorable la última, en que le restauró el Tiniente coronel Pace con resolución igual al prudente ardid con que lo emprendió. Mas no ilustró menos la vitoria en que se trocó la primera turbación de los cesáreos, el alcance que cerca de una legua se dio a los fugitivos quitándoles un estandarte y muchas personas de cuenta que llevaban presos. Y, en particular, al mozo Conde Joseph Rabata, a quien en camisa y atadas las manos, fue restituida la libertad. Menos fortuna tuvo el Barón de Lory, que se quedó en poder de los infieles, pero el Norkerme, con la honrada señal de una herida curable, gozó de los encomios merecidos de la constancia con que llevó el mayor peso del mando y de la carga, después de muerto el General, y durante el mayor peligro.

Mientras se ajustava la rendición de Vicegrado, se apressuró de orden del Duque de Lorena, el Príncipe Luis de Baden con los dragones y un

regimiento de cavallería al desempeño del General Haleveil y, luego, le siguió Su Alteza mesmo con las propias ansias, dejando al cuydado del Mariscal Conde de Staremborg la execución de lo capitulado. Mas en el camino, encontraron un oficial embiado del Tiniente coronel Pace a informar de lo que havía passado, con que brevemente se restituyeron al movimiento menos acelerado del ejército, donde hizo alto **el día 19**, assí para dar tiempo a assegurar mejor el puente de Barkan, como a discurrir en qué se emplearían aquellas fuerças, mientras se les juntassen las que todavía se aguardavan de Silesia y otras partes. Sobre lo qual, oído en el Consejo de Guerra el Duque, diziendo: *Que por no estar aún el ejército junto, faltar assimesmo los puentes y otras disposiciones, en lugar de parar allí ociosamente, determinava passar al ataque de Pest.* Todos alabaron el propósito.

A 20 pues, llenos de alegría los semblantes desde el menor soldado hasta el mayor oficial, començaron a passar el Danubio el Príncipe Luis de Baden con quatro regimientos de cavallería y los dragones de Schultz; el General de la artillería Conde Maximilian de Staremborg, con nueve esquadrones de infantería, y la artillería, menos algunas piezas de campaña, a que se siguió todo el bagage del ejército. Mas porque se rompió y descompuso varias vezes el puente, fue impossible concluir este passage hasta el otro día, que todas las huestes campearon junto a Barkan, donde festejaron la nueva havida la noche antes de Buda de que los otomanos juntavan quanta gente podían, aun sacando presidios enteros de algunas Plazas, con resolución de venir a encontrarles y ofrecerles batalla. Lo qual no solo fue confirmado el día siguiente, pero **a 24**, passaron los confidentes a advertir se mirasse mucho por Strigonia, pues trataban los infieles muy de veras de sitiarla. Motivo que fue para embiarla, sin dilación, un escuadrón del coronel Kayserstein de refuerço. Pero desde el día antes quedava facilitada esta providencia, con haver llegado al campo (ya entonces en la orilla del río Ypol) el Sargento general Conde de Taaf con los regimientos de Silesia, el Conde de Apremont con el suyo y seis compañías del coronel Walis. Todos en muy buen estado, particularmente el regimiento del difunto General Haleveil, menos la lástima a que movía el luto que en los estandartes y timbales traía por la muerte de su coronel. Suspendiose **el propio día 23** la marcha, assí para incorporar más cómodamente un refuerço tan considerable, como para la bendición solemne que, de parte de Su Santidad, después de la missa dio el Padre fray Marcos de Aviano a todo el ejército, en ocasión que no se dudava llegar muy en breve a las manos con los infieles.

A 24, vadeó la cavallería al Ypol y le passó la infantería por puentes, en que se consumió parte del día y, reduciéndose el camino a desfiladeros forçosos, fue impossible hazer más de una legua. **El día siguiente** ocurrió la misma dificultad, la qual siendo bien reconocida de los batideros, huvieron de tomar la cavallería, infantería, artillería y bagage diferentes caminos, todos angostos y pedregosos aun sin la cansada desigualdad del terreno. Lo qual,

haviendo sucedido en el bagage un arma accidental y falsa, aumentó más fácilmente el desorden, haziéndole muy costoso a muchos, pues comenzando la cavallería del comboy a correr desde el primer ruido entre los camellos y azémilas, alborotada buena parte hecharon las cargas, que después fueron robadas de la gente del mismo ejército, aun sin atención a la ropa de algunos Generales, entre otros el Conde de Taaf, cuyos camellos fueron enteramente despojados.

Para remediar algo del inconveniente, con diligentes pesquisas que se ordenaron, no se movió el campo **el día 26**. Pero si con poco fruto por esta parte, no fue lo mismo de la otra ocupación en que (consultados los Generales inferiores) empleó el Duque de Lorena aquel espacio de descanso, formando la planta del modo que, después de su reciente aumento, se había de doblar el ejército en ocasión de un combate. Y siendo una de las materias en que se luce más la puntualidad histórica, y particularmente muy acepta a los estudiosos de las cosas y estilos militares, ha parecido poner aquí la misma planta en que, además de la colocación de cada cuerpo, servirá también a la curiosidad general para saber los regimientos con que, hasta entonces, campeava el ejército imperial.

48

F L O R O

rá también à la curiosidad general, para saber los Regimien-
tos, con que à la entonces campeava el Exercito Imperial.

I N F A N T E R I A.

*Brigada del lado derecho, que
havía de gobernar el Principe de
de Neuburg.*

*Brigada del lado izquierdo, que
havía de mandar el Sargento Ge-
neral Conde de Schaftemberg.*

Primera Línea.

De Staremberg 4. Escuadr.

De Neuburg 2.

De Beck 2.

De Lorena 2.

10. Escuadr.

Primera Línea.

De Grana 1. Escuadr.

De Souches 4.

De Thumb 2.

De Metternich 2.

De Diependal 1.

10. Escuadr.

Segunda Línea.

De Keyerstein 2. Escuadr.

De Schaftemberg 4.

De Apremont 4.

10. Escuadr.

Segunda Línea.

De Baden 4. Escuadr.

De Mansfeld 4.

De VValis 1.

De Rosemberg 1.

10. Escuadr.

C A V A L L E R I A.

Ala derecha.

*Primera Brigada à la orden del
Sargento General Conde Gondo-
la.*

{ Saxonia Lavemburg.

{ Rabata.

{ Gondola.

{ Schultz.

Regim. de

Ala izquierda.

*Primera Brigada à la orden del
Sargento General Conde de
Taaf.*

{ Caprara.

{ Dunevald.

{ Palfi.

{ Stirumb.

Regim. de

INFANTERÍA.

*Brigada del lado derecho, que
havía de gobernar el Príncipe de
Neuburg.*

*Brigada del lado izquierdo, que
havía de mandar el Sargento
general Conde de Schaftemberg.*

Primera línea.

De Staremborg – 4 escuadrones.
De Neuburg ----- 2.
De Beck ----- 2.
De Lorena ----- 2.

10 escuadrones.

Segunda línea.

De Keyserstein ---- 2 escuadrones.
De Schaftemberg – 4.
De Apremont ----- 4.

10 escuadrones.

Primera línea.

De Grana -----1 escuadrón.
De Souches ----- 4.
De Thumb ----- 2.
De Metternich – 2.
De Diependal --- 1.

10 escuadrones.

Segunda línea.

De Baden ----- 4 escuadrones.
De Mansfeld --- 4.
De Walis ----- 1.
De Rosemberg – 1.

10 escuadrones.

CAVALLERÍA.

*Ala derecha. Primera Brigada
a la orden del Sargento general
Conde Gondola.*

Regimiento de Saxonia Lavemburg.
Regimiento de Rabata.
Regimiento de Gondola.
Regimiento de Schultz.

Segunda Brigada del ala derecha.

Regimiento de Mercy.
Regimiento de Haleveil.
Regimiento de Picolomini.
Regimiento de Heusler.

*Ala izquierda. Primera Brigada
a la orden del Sargento general
Conde de Taaf.*

Regimiento de Caprara.
Regimiento de Dunevald.
Regimiento de Palfi.
Regimiento de Stirumb.

Segunda Brigada del ala izquierda.

Regimiento de Taaf.
Regimiento de Montecuculi.
Regimiento de Guetz.
Regimiento de Saboya.

Los croatos de Lodron.

Hecha esta diligencia, y distribuidas copias de la planta a los Generales que la habían de executar, se movió **a 27** el ejército una hora antes del

amanecer, aunque no todavía en la orden dispuesta, así por no dar lugar a ello el terreno tan quebrado como los días antecedentes, como por saberse no era menester hasta salir de aquellos desfiladeros que se llaman de Marost, Villa que los comprehende en su distrito. Venciéronse con trabajo insensible en las ansias que todos llevaban de pelear y, viéndose las huestes en terreno algo más abierto, trataron de formar la batalla. Si bien, por ser el espacio muy estrecho para la frente que se tenía premeditada, fue preciso passar adelante sobre quatro y, algún rato, sobre cinco líneas. Toda la infantería, cada escuadrón entero, se repartió entre los batallones, tocando a la primera línea los escuadrones de Staremborg, Mansfeld, uno de Kayserstein y otro de Souches. De este modo, se llegó a descubrir al ejército turco doblado en una eminencia distante media hora de Vaccia, haziendo muestra de quinze mil hombres, casi todos de cavallería, y una batería de cinco piezas de campaña. Pero después se conoció passavan de veinte mil y, en un puesto tan fuerte y difícil de abordar, que parecían querer dissuadir lo mesmo que ostentavan desear. Dígase más, que la propia dificultad hizo titubear en algunos Cabos cesáreos la primera determinación de combatir, acordando al Duque de Lorena: *Deberse primero mirar el negocio con mucha circunspección, antes del empeño. Darle al enemigo el espacio que ocupava toda disposición para emboscadas y disputar con gran ventaja las avenidas de la Cuesta, en que estava el ala derecha de los otomanos, a la qual era casi impossible trepar y, haziéndolo, valerse de ninguna arma contra el fuego de arriba abajo. Humillarse (a la verdad) blandamente aquella elevación hasta la orilla del Danubio, adonde se extendía el ala izquierda enemiga. Mas, estar ella también resguardada de un valle y de un pantano que se alargava hasta los precipicios fronteros de la mayor eminencia, no haviéndose olvidado los turcos romper el puente por donde antes se passava el pantano. Mas, a todo esto, satisfacía el Duque diziendo: No havia nada impossible a hombres en cuyos pechos y semblantes ardía la noble luz de las glorias últimamente adquiridas. Hallarse en las experiencias y bríos, así de los soldados como de los oficiales, arbitrios superiores a qualquier contraste. Que más perdería el ejército en retroceder, que en quanto podría aventurarse probando la mano, pues con lo primero se apagaría gran parte del primer fervor de las tropas o, por lo menos, se entibiaría mucho con el desayre de la desconfianza que se mostrasse de su valor. Y con lo segundo, se daría a conocer a los infieles a la poca costa que se quisiesse (pues se guardarían muy bien de salir de un campo tan fuerte) que la falta de alas, y no la falta de braços, les quitava la vitoria de las manos. Que tampoco, sin grave omisión, se podían dejar de seguir los impulsos de una causa tan santa y justa, particularmente después de experimentados los auxilios visibles con que el Cielo la amparava y suplía la cortedad de los medios y fuerças humanas. Tocassen pues, enhorabuena las trompetas, los timbales y tambores, la carga y, a honra de Dios y de San*

Ladislao, Rey de Ungría (cuya fiesta se celebrava el propio día), fuesse todo animosamente acercándose al enemigo.

Durante esta consulta no habían las tropas descuydado el aperebirse, conforme a la intención de su Generalíssimo, mudando en dos líneas, sin el retén y la guardia del bagage, las cinco en que se había llegado hasta allí. Estendiose primeramente el ala izquierda, infantería, dragones y cavallería todo lo que pudo para igualar la frente del ala derecha de los turcos, que ocupavan lo alto de la cuesta. Y lo propio hizo el ala derecha de los christianos, alargándose hasta el Danubio. A esta mandava el Príncipe Luis de Baden, assistido de los Sargentos generales de batalla, Príncipe de Salm, Conde Gondola y Barón de Mercy; governando la infantería, el General de la artillería Conde Maximilian de Staremborg, con los Generales de batalla Conde de Fontana y Conde Schaftemberg. De la izquierda cuydava el Príncipe Luis de Neuburg, dirigiendo particularmente la infantería y, el Conde de Taaf, la cavallería. El Mariscal de campo, General Conde Ernesto de Staremborg, no tenía puesto fijo para poder acudir a todas partes. En aquella forma fueron arimándose al pie de la montaña y a la orilla del pantano, donde lo reconoció todo el Duque de Lorena, esquadron por esquadron y batallon por batallon, y lo halló todo del mejor modo que pudiera desear, observando empero, al mesmo passo, lo que más condujese a ocupar las avenidas o lo dificultasse. A la vista de Su Alteza, que con la voz y presencia marcial infundía en todos nuevos alientos, fueron passando adelante hasta que, detenida el ala derecha del barranco, fue forçoso a la izquierda medir el passo al tiempo que costasse a la otra superar el embaraço. Verdad es, que esta le tenía poco menor en haver de trepar por despeñaderos bien agrios y cortados a la cumbre de la eminencia opuesta y abrir sendas a la cavallería, al mesmo intento. Esmerose en uno y otro la infantería, y lo consiguió sobre toda apariencia humana, facilitándose algo las arboledas del sitio, pero mucho más el esfuerço con que se logró plantar alguna artillería de campaña en parte que abrigasse aquel afán, contra quien efectivamente procuró resistirle, pero no persistió en ello, alejado de aquella prevención.

Terrible era también la fatiga del ala derecha, y aún más prolija por la dificultad mayor de la empresa, aumentada de la incertidumbre de la profundidad del pantano. Tocó igualmente a la cavallería e infantería aperebir las fajinas, y otros materiales necessarios a cegarle, y hazer camino a algunos batallones y esquadrones juntos. Y, aunque el espacio fuesse angosto, respeto

a lo que los infieles podían oponer a quien se arrojasen a passar, bastó con su negligencia, poco ánimo o ciega confiança, haziendo preceder los agresores y colocar en puestos oportunos unas mangas de infantería superiores a las pequeñas tropas turcas que se assomaban a escaramuzar. Alojadas las mangas, siguieron los esquadrones y, explayándose lo bastante, fueron todos ganando tierra hasta pocos passos de lo más elevado de la cuesta, por no exponerse intempestivamente a que la cavallería enemiga los atropellase. Sabido del ala izquierda este progreso, acabó de llegar a los puestos desde donde había de obrar, llevando consigo algunas piezas de campaña subidas a fuerça de braços que, en instantes jamás imaginados de los infieles, comenzaron a jugar acompañadas de las de los regimientos y de las mosqueterías. Entonces, restablecidas las líneas de los imperiales a su más regular formación, paralelas en lo alto y por lo largo de toda la frente de los otomanos, los vieron mover con grande ímpetu, y horrible vocería, contra el medio de la primera línea que ocupava el regimiento de cavallería del Conde de Taaf, quizás avisados, o viendo que había el Duque de Lorena escogido para sí aquel puesto, como el más arriesgado. En efecto, executó aquella primera furia quando, no otra cosa, lo que conducía a calificar nuevamente el amparo singular del Cielo a aquel héroe, con herirle de un pistoletazo el cavallo en el cuello y matar los de dos criados suyos, Huyn y La Mola, que le assistían. Vista de los bárbaros no solo la firmeza de los christianos, pero la cordura con que sin disparar hasta brevíssima distancia, reordenados de su primera carga (que, en verdad, no fue más que materia de rifa y silvos a sus enemigos), intentaron a un tiempo una embestida general. Y la repitieron hasta tres vezes, pero con la misma inutilidad que la primera, no contándose en toda la acción (tanto vale dezirlo desde ahora, aunque bien difícil de creerse) sino quatro christianos muertos y diez y seis heridos. Con esto, y la buena orden que procedían los cesáreos a ponerles las carabinas y los mosquetes en los pechos, se apoderó de ellos un terror pánico y una confusión tan irremediable, que se dieron a una fuga precipitada, pero libre de alcance por la calidad incomparable de sus cavallos. Sin embargo, se soltó tras ellos toda la cavallería de la primera línea, delante de la qual se desaparecieron la buelta de Pest en poco más de una hora, sin más provecho que acabar de matar algunos heridos, a quien la flaqueza no dejaba seguir la velocidad de los demás. A la vileza de la cavallería fugitiva la pagaron los genízaros que, desamparados, fueron unos quinientos passados a cuchillo en el campo y, no se dilató sino hasta la noche, la esclavitud de otros mil y ducientos que se habían escapado al castillo de Vaccia. Más de mil espahis quedaron tendidos en el campo y se hizo la cuenta que passaría de tres mil

hombres, aquel día, la pérdida del enemigo entre muertos, prisioneros y heridos. De los primeros, fueron el Visir de Buda y otros dos Bajás de los nueve que asistían, sin otros muchos Oficiales, cuya falta no supieron suplir los que sobrevivieron para proseguir el combate con aquel ejército formado, a la verdad, de los bisoños que les habían venido de Asia, pero también del resto de los Veteranos del mismo Reyno de Ungría, reputados dignamente por la mejor milicia del Imperio Otomano.

Exceptuada la artillería, que fueron seis piezas de campaña, algunos estandartes, banderas y municiones, pocos despojos quedaron a los vitoriosos, por no haver venido los turcos con tiendas, ni con bagage de ningún género, como adevinos de la ligereza con que los harían retirar.

Luego obtenida la vitoria, determinó el Duque perficionarla con la expugnación de Vaccia que, puesta en la ribera del Danubio más estrecho que a Vicegrado, sería de mayor impedimento a la navegación desde las plazas christianas al asedio de Buda que se meditaba, si se dejasse en poder de una guarnición infiel. Encargó pues, al Sargento general Conde de Schaftemberg, el ataque y, a su orden, nombró al coronel Conde de Apremont su Tiniente coronel, y los Sargentos mayores de Kayserstein y Souches, con tres esquadrones de los regimientos de Kayserstein, Metternick y Souches. No siendo dudable que, si no se hubieran deteriorado mucho las fortificaciones de Vaccia desde que la conquistaron los infieles (que hazen orgulloso alarde del descuydo con que tienen las plazas), hubiera, la infantería, tenido que hazer para muchos días por consistir el castillo (en otros tiempos, abadía insigne) de quatro baluartes de cal y canto, con un buen fosso, y estar también la ciudad proveída de un recinto regular, según aquellos tiempos, y de obra no inferior. Mas en esta ocasión, en lugar de reforçar el presidio los mil y ducientos genízaros que habían sido testigos del estrago hecho pocas horas antes en sus compañeros, inficionaron a los que hallaron en la plaza de su mesmo terror.

Sin embargo, considerado el número y la conveniencia de ahorrar, si fuesse possible, la gente que se podía perder en la empresa, se embió a intimar la rendición al comandante, el qual haviéndose declarado resuelto a pelear, se formaron baterías de artillería y trabucos que luego començaron a obrar y, juntamente, la infantería que, no solo por assalto, se alojó en la muralla de la Ciudad. Pero, a las ocho de la tarde, penetró el fosso del castillo a pegar el minador, de lo qual y del grande efecto de una carcassa, espantados los

defensores, hizieron llamada y, aunque por entonces se negaron a la dura Ley de entregarse a merced, que por único arbitrio se les propuso, y sobre ello bolvieron a las armas, pero viendo continuava más fuerte que antes la plaga del fuego y de las bombas, vinieron en lo que se quiso y, **la mañana del día 28**, fueron llevados desarmados en número de mil y quinientos al Duque de Lorena para que dispusiese de ellos como fuese servido. Al mismo tiempo, haviéndose juntado lo mejor de sus alajas, dineros y cavallos, se distribuyó parte entre los oficiales Generales y, lo demás, a los que se havían hallado en el avance.

Con las mugeres de los nuevos esclavos usó el Duque de clemencia, mandándolas conducir seguras y sin molestia a Buda, pero al mesmo passo que se destinavan los maridos para chusma de las galeotas que, como en las guerras passadas, se tenía dispuesto hechar al Danubio, encargada la obra, y aun la dirección de ella para después de cumplida, a un sujeto digno y capaz de mayor incumbencia, aunque por no ser unos todos los tiempos, no correspondió el gasto crecidísimo de este armamento al beneficio que tenía prometido. Duró, con todo, la prueba algunas semanas y, al fin, se resolvió passasse la gente que le assistía, según la vocación de cada género, a otros ministerios de no menos provecho. Pero sin alterar la máxima de assegurar la libertad de la navegación únicamente a qualquier género de embarcaciones alemanas, a cuyo fin, y a otros no todavía declarados, entraron en Vaccia setecientos hombres de presidio, con orden al comandante de reparar brevemente y mejorar las fortificaciones.

Haviendo, la reciente vitoria, confirmado con nuevos impulsos al disignio de Buda, después de consideradas las fuerças que todavía quedavan a los infieles y publicavan esperar con la llegada de su Generalísimo, se tuvo por indispensable començar la empresa por la ciudad situada enfrente de Buda, en la propia orilla del Danubio que iba costeando el ejército imperial y, de no menos conveniencia a sus dueños, que mantener por su puente la comunicación entre ambas Ungrías; a cuyo efecto havían trabajado tanto el imbierno y la primavera antecedente a los reparos de su recinto, que muchos la reputavan por más fuerte que Buda mesma. Mas con todo esto, fue tal la mudança que ocasionó el terror en el dictamen de las huestes huidas del combate de Vaccia que, ingratas al asilo que hallaron a su retirada en aquella Plaza, la condenaron al fuego al primer aviso de acercársela los christianos, sin más motivo aparente que el de ahorrar al presidio y reducir toda la defensa a

Buda; que no ignoraban ya era el blanco a que miraban los imperiales aquel año, sin convencerlos el discurso más razonable de que quanto más detuviessen sus enemigos en aquel ataque, más los inhabilitarían para la facción principal.

Dejada pues, **a veinte y ocho de junio** la vecindad de Vaccia, passó adelante el ejército christiano en tres marchas hasta una legua de Pest, a cuya parte divisando un grande incendio, nadie adivinó lo que verdaderamente se quemasse por ser, lo más probable, que haviendo campeado los turcos debajo de aquellas murallas, después de su fuga, sabido el movimiento de los imperiales, pegarían fuego a sus barracas para passar el Danubio. Mas, haviéndose adelantado el Duque personalmente con la cavallería a reconocer la verdad, juzgando al puesto abandonado, mandó a los dragones fuesen a saberlo y, en efecto, hallaron poco menos que averiguado el supuesto como quiera que, sin mucho esfuerzo, ganaron una puerta hechando de ella algunos pocos turcos que todavía la guardavan, quitándoles tres banderas y siguiéndolos a cuchilladas y mosquetazos hasta el embarcadero; que a los más (por dezirlo assí) fue el de Caronte para el otro Mundo como quiera que, suelto el puente, fueron pocos los que pudieron agarrar de algunas barcas para salvarse, quedando treinta en poder de los christianos, cinquenta llevadas de la corriente y, las demás, ya a la otra ribera, separadas de los Oficiales principales con lo mejor de la guarnición.

Sabido del Duque lo executado por los dragones, dispuso que luego se visitassen todos los puestos de la muralla por si había alguno minado y, assegurado que no, mandó entrar el Sargento general Conde de Fontana con dos mil infantes, encargándoles por primera diligencia apagar el fuego, del qual por buena suerte quedavan aún intactas las dos de las tres partes de la población, y después componer lo que habían arruinado los enemigos quando resolvieron desampararla. Adelantáronse notablemente aquellas obras **hasta tres de julio** que, tocando al Príncipe Luis de Neuburg (ínclito hijo de su electoral prosapia) el día de sobreentender a ellas, se dio la última mano a una batería contra las barcas de la ribera opuesta y contra los edificios de la misma ciudad de Buda, donde no dilataron mucho la disposición de otras para vengar la molestia y, no contentos con aquella prevención, embiaron en seis barcas ducientos hombres a inquietar la gente christiana, ocupada en reparar las palancas aportilladas en la margen del río. Mas acudieron dos batallones de la Guardia del Duque, tan a tiempo, a socorrer los amenazados, que más de la

mitad de los infieles halló la muerte en tierra, o en el agua a que se arrojaron no acertando sus barcas en la confusión del choque, de suerte que las tres se fueron vacías al arbitrio del Danubio.

Grande lástima hizo, a la entrada en Pest, el hallar los cadáveres de quarenta pobres christianos frescamente degollados de los bárbaros, porque mostraron poca gana de retirarse a Buda. A otros que se habían acogido a las islas del río fue más propicia la suerte, pues habiendo embiado a implorar del Duque la facultad de passarse a partes sujetas al señor Emperador, la alcançaron, siendo ellos naturales de la inferior ciudad de Buda.

A 4 de julio, hallándose las reparaciones del recinto de Pest muy cerca de concluirse, marchó de orden de S.A. el Conde de Stirum con dos mil cavallos, a abrigar la gente que estava formando un puente sobre el braço del Danubio que corre entre Vaccia y la isla de San Andrés. Siguió **el día después**, a aquel Trozo, el Conde Eneas Caprara con ocho regimientos de infantería a tomar puesto en la misma isla y esperar todo el grueso que, **a 7** tomó el mismo camino, habiendo parecido no dejar en Pest más de la guarnición referida con alguna cavallería, habiéndose tenido aviso de que, si bien los Bajás de Temesvar, Agria y Varadin se habían retirado con alguna gente a sus plazas después del combate de Vaccia, sin embargo no tenían forma de salir a campear otra vez por aquella parte. Añadiéndose en favor de la misma opinión, el haver los bárbaros, luego ocupado Pest de los christianos, abandonado a Hatvan, plaza distante seis leguas de Pest camino de Agria y el puesto más a la mano para juntar las fuerças con que recobrarla, si no los apretaran otras dolencias que solicitavan más pronto reparo.

Luego llegado el Duque de Lorena a Vaccia, fue a reconocer no solo el puente que allí se acabava de construir, pero a escoger el parage más oportuno en que varar otro sobre el otro ramal principal y más caudaloso del Danubio, maravillando a muchos el que no se huviessen anticipado los bárbaros a disputar, desde la misma isla, el passo de ambos braços del río, teniendo en ella sobrado espacio en que alojar todas sus huestes, en quatro leguas que corre de largo y en el medio dos leguas de ancho, con el forrage necessario para muchos días y para ganar tiempo hasta incorporárseles los refuerços que aguardavan. Celebrose pues como essencial ventaja, la ocupación gratuita de aquella isla dado que, sin seguridad de no hallar oposición al passage del segundo ramal que la formava, pero no era este rezelo el que más cuydado

daba a algún General del ejército imperial, que había comenzado a contradezir la empresa de Buda esparciendo, aún fuera del Consejo de Guerra, hasta desde la última marcha de Pest a Vaccia: *Primeramente, la imposibilidad moral de passar el Danubio delante de un ejército tan poderoso como el que podía y debía embarazarlo. Que, aun supuesto que se consiguiese, encontraríase en la Plaza una numerosísima guarnición proveída copiosamente de quanto huviesse menester para una obstinada defensa. Todos los contornos de Buda forrageados hasta la raíz, despoblados y sin labranza, desde cerca de un mes que el enemigo los había paseado adrede. Que tendrían los sitiadores continuamente veinte mil cavallos a la vista azechando la buelta, o la salida de las partidas y forrageadores, y que al passo que se consumiría la infantería en los ataques, perecería la cavallería en sus guardias y quarteles.* Mas a estos prudenciales reparos, satisfacía el valor (ojalá tan bien oído de la parte como bien fundado) diziendo: *No se le ofrecía al ejército imperial operación más cómoda, ni más adecuada a su dignidad, que el sitio de Buda. Poderse suplir por el Danubio con barcas, y con escoltas de la isla de San Andrés lo que filtrasse de forrages. Que, según el tanteo, fácil de hazer por los acontecimientos del año passado y de este, no sería intratable alejar muchas leguas de Buda al ejército enemigo y atender con más desahogo a la facción principal, cuyo logro después de una vitoria campal dependería de la disposición de los ataques. Que lo obrado hasta entonces en la línea de mesmo propósito, saldría embalde y desmerecería la aprobación de la Corte, además de que engañaría la expectación universal de la christiandad si no se passava adelante, entibiando en todos, la disposición de los auxilios para la continuación de la guerra. Que, haviéndose considerado a Neuhausel por objeto poco proporcionado a las glorias adquiridas junto a Viena, y en las ocasiones posteriores, tampoco llenaría cabalmente al tamaño de la Fama nada que se emprendiesse en uno ni otro lado mediterráneo del Danubio de poco momento, si con pocas provisiones y si, de alguna consecuencia, dudoso de conseguirse por falta de carruage con que llevar lo que, a tan poca costa, traería el mesmo río al campo de Buda. Finalmente, que su presidio estava compuesto de las propias tropas tantas veces abuyentadas y vencidas.* Suspendida aparentemente de estos argumentos, la controversia, en el pecho de quien la había movido y después la supo cebar más fatalmente con las obras que con las palabras, se llevó adelante el gran disignio, ordenando el Duque a 8, muy temprano, arrimar el cuerpo de cavallería que mandava el General Caprara a la ribera del braço principal del Danubio y prevenir fajinas para la cabeça del puente que se iba a varar. Entretanto, hizo S.A. passar a nado algunos soldados a reconocer la postura del enemigo, hasta más allá de la aldea de San Andrés que da su nombre a la isla, aunque está fuera de ella. Y cumplido el mandato con presteza y puntualidad, bolvieron diziendo estava despoblado el lugar y, los otomanos, inmóviles en su campo. Con esta noticia, hizo el Duque passar mil infantes en barcas para que, ocupada la iglesia de San

Andrés, se pertrechassen en ella, levantándose al mismo tiempo baterías para resguardo de los que trabajassen en el puente. En la forma que los primeros, se embiaron otros cinco mil infantes a fortificarse en la aldea y en las eminencias cercanas, quedando con esto asegurado el passage sin poderlo estorvar el enemigo, cuya torpeza ociosa, a la vista de tan capital operación, añadió nuevo assombro a quien la executava.

A 10, concluido el puente con satisfacción del Duque, que bien pocos ratos se apartó de la obra mientras se hizo, fue por él el resto del ejército, la artillería y el bagage a reunirse a la infantería ya pasada. A principios de este último passage, haviéndose huido de la guardia del Príncipe de Neuburg uno de los prisioneros turcos de Vaccia, por impericia o lisonja corrió a dezir al Seraskier era buena ocasión para atacar los christianos divididos, no haviendo passado al Danubio sino la menor parte, con algo de bagage. Hallávase el Seraskier dos solas leguas de los imperiales con veinte mil cavallos, de los quales escogidos prontamente los quinze mil mejores, y ochocientos genízaros (a quien también hizo dar cavallos) para guardia de dos pequeñas piezas de artillería, y salió con todo en busca de la Fortuna que el fugitivo le havía anunciado.

Gran nueva fue para el Duque de Lorena la de que los infieles le ahorrassen el camino de bolverles a ver las caras, según se lo avisó el Conde de Caprara, a quien acabava de llegar un ayudante embiado del Capitán de la Guardia adelantada a participárselo, con la circunstancia de tener ya al enemigo tan cerca, con todo su grueso, que no podía evitar el combate. Mas primero que le traven, bueno será ver cómo estava formado el ejército imperial aguardándole. Estendíase el ala izquierda hasta el Danubio por lo llano que bajava de las cuestas y, por esto, más expuesta y amenazada. Al contrario, havía la derecha acomodadose en lo alto, menos accesible. Un gran pantano separava en alguna manera a ambas alas y, quando menos, les dificultava la comunicación entre ellas. Todo esto mirado por el Duque, y ponderada la noticia del choque cercano, hizo prontamente reforçar el ala izquierda de algunos esquadrones, con cuyo aliento fue mejorándose algo azia los contrarios. Sería la una de la tarde quando, llegados a las Guardias adelantadas de las dos alas, se comenzó la acción por escaramuzas que duraron todo el tiempo que el Generalísimo Turco hubo menester para dividir su grueso en dos cuerpos, de los quales se arrojó el uno con grande ímpetu contra el ala izquierda y, el otro, después de dada la buelta al pantano,

llegó a hazer lo propio con la otra ala; pero en ambas partes fue recibida y escarmentada su furia, como en otras ocasiones, governando la vanguardia christiana el Duque Generalíssimo Imperial, cuya disposición y esfuerço personal, aun executando milagros, no evitó la justa censura de quien le vio exponerse con demasiada prodigalidad a los mayores peligros, hasta pagarlo su cavallo en este choque como en el de Vaccia.

Rechazados los infieles, no sin pérdida relevante de su parte, les fue esta primera prueba antes irritación que escarmiento, pues reunidas sus fuerças, cayeron juntas sobre el ala izquierda de los imperiales, donde hallaron la misma firmeza y daño mayor que antes, y acudieron a su último acostumbrado arbitrio de una confusa y precipitada fuga. La qual observada de los polacos de Lubomirski, se desmandaron tras ella, sin orden, unos seiscientos de ellos hasta media legua del campo christiano donde, haviendo parado los genízaros con la artillería al abrigo de una hermita, respiraron a su vista los fugitivos y, ya reordenados, con la facilidad que suelen en su manera de pelear, reparando en el corto número de sus perseguidores, rebolvieron sobre ellos a todo trance cargándolos casi hasta la frente de banderas de los alemanes, donde no dudaron atreverse de nuevo al ala derecha. Pero esta los acogió de tal suerte con la artillería y su intrépida formación que, mudado ferozmente el rumbo azia los lados de ambas alas, fue preciso un nuevo esfuerço para acabarlos de desengañar, como al punto se consiguió, forçados a ceder el campo, cubierto buen trecho de sus muertos, y algunos estandartes a los vitoriosos en trueque de lo que por su incauto ardor habían padecido los polacos y quien, de otras Naciones con poco diferente impulso, se arrojó a socorrerlos, haziéndose justamente sensible a los Generales la pérdida de buen número de aventureros, entre otros los Condes de Wetz y Scoto, y el Barón de Serrie. Atajó la noche el curso a qualquier diligencia que pudiesse conducir a perficionar la vitoria, dando lugar a que los infieles, sin mayor mal, atropellassen a guarecerse de las eminencias y artillería de Buda. Mas aun sin esto, fuera intratable darles alcance, a un ejército fatigado de tres días consecutivos de penosísimas marchas y después, mucho más, de los varios movimientos del combate, que le obligaron a descansar **el día doze**, concurriendo, aun a persuadirlo, el haverse de reconocer los caminos primero que passar adelante, como quiera que los turcos con repetidos pregones y castigos habían logrado encerrar en sus Plazas la gente de los lugares abiertos, porque no sirviessen de guías a la actual invasión. Pero duró esta falta solo hasta el día siguiente, que el Palatino Conde de Esterhasi trajo a las huestes

imperiales un refuerzo de quatro mil úngaros y, entre ellos, muchos prácticos del país.

Con esto, **a catorze de junio**, sin la menor oposición, se presentaron delante de Buda apoderándose de un edificio como castillo, con quatro pequeñas torres, a ciento y cinquenta passos de la ciudad inferior, a que dan los otros nombres que presto se dirán y como, sin ganarla, no se pudiesse formar la circunvalación del cuerpo principal (demás de lo que ayudaría a atacarle), se emplearon **los quatro días siguientes** en tomar puestos acomodados a hazerla brechas con la artillería.

Mas, aunque no es intento nuestro alargar a todo lo individual y diario la relación de un assedio, cuyo melancólico remate correspondió tan mal a la expectación de toda la christiandad, pide lo regular de la Historia para este lugar siquiera un compendioso bosquejo de la situación de Buda, que sirva a la más fácil comprehensión de lo que se contare, y no sin esperanças de haverlo anticipado más útilmente para el presente año de 1686, después de las premissas prodigiosas que el passado de 1685 dio la misericordia divina en tantas vitorias y conquistas, de querer enmendar lo que el de 1684 no se acertó en la misma empresa. Yaze pues, la ciudad de Buda, en la orilla izquierda del Danubio, según viene bajando del Norte a Mediodía, hasta parage bastantemente apto (según las distancias del mismo punto a la circunferencia) a constituir la digna y cómoda capital de ambas Ungrías. Estiéndese la población, proporcionada a la grandeza de sus Reyes, a formar un óvalo (si bien imperfecto) para gozar más cómodamente de los beneficios del río, como quiera que, a los principios, eligieron los fundadores su principal assiento en la parte más elevada y aventajada, según parece por el segundo más antiguo y más sólido recinto que comprehende en su extremidad meridional el Palacio Real, que llaman castillo, y lo mejor y más suntuoso de sus edificios. Fuera de esta misma frente meridional tiene una montaña con el nombre de San Gerardo, cuyas rayzes llegan a formar un vallezuelo entre la misma eminencia y la contraescarpa de la ciudad, ocupando la cima del propio monte un fuerte de momento desygal a la importancia del puesto y como obra de la impericia de sus dueños. Al cuerpo más considerable de esta poderosa ciudad añadieron, después, los otros dos de los lados oriental y occidental; al primero de los quales llaman con los quatro nombres de Ciudad inferior, del Agua, de los Judíos, o de los Razianos y, al otro, dan el de Arrabal anterior. Los quales, como no impropriamente puedan llamarse alas de la población, podría dezirse es su cola otro Arrabal, que llaman superior y prosigue en costear el Danubio,

si no pecara la comparación en que no sale del medio, sino del ángulo izquierdo de aquella extremidad. En la otra orilla del Danubio (como ya queda dicho), el otro cuerpo de la ciudad llamada Pest, voz alemana que en lugar de significar lo que, en otras lenguas, quiere dezir *lo mejor*. Sin duda, por la diferencia del sitio menos irregular y más llano que el de Buda y, passándose de una a otra por un puente de barcas en tiempos que lo sufran, es evidente ser ambas de igual importancia a quien posee el Reyno de Ungría para darse recíprocamente la mano la Superior y la Inferior.

Mas bolvamos al hilo de las operaciones donde le dejamos. Adelantada ya, **a 18 de junio**, la prevención de las baterías contra la Ciudad inferior mandó el Duque marchar la cavallería a ceñir la plaza por abajo del río e impedir la comunicación del presidio con el ejército turco. Y hallando de camino seis mil infantes doblados en unas eminencias, fueron los imperiales derechos a ellos. Mas los enemigos, en lugar de aguardar al choque, bolvieron las espaldas acogiéndose al calor de la artillería de la ciudad entre el campo de la parte superior del Danubio, que la cavallería imperial acabava de dejar y donde quedava aún lo más de la infantería con alguna cavallería, y el espacio que el Duque pensava ocupar en esa otra frente inferior del río; havía dos colinas divididas de un valle que llegava hasta Buda, en que se havían puesto algunos esquadrones de infantería imperial y el regimiento de cavallería del Conde de Taaf, para su resguardo, a medio quarto de legua de la plaza. Mas como la bajada de las eminencias, que los seis mil turcos havían desamparado, fuesse tan agria y embaraçada que por lo menos era menester media hora para llegar a ellos, usaron de este tiempo para acometer la trinchea por el valle, dándoles mano de concierto la Guarnición con una numerosa salida por el lado del Danubio. Fue el choque tan recio como inesperado de los christianos y, ya se reconocía algún desorden en los puestos adelantados de la trinchea, quando quatro batallones del Conde de Taaf dieron las cabeças bajas en el grueso de cerca dos mil enemigos, que la atacava, arrojándolos de la acción las carabinas en los riñones, a los unos hasta las puertas de la ciudad y, a los demás, azia un cuerpo de cavallería que havía parado en la llanura a abrigarlos. A los quatro batallones los mandava el Conde de Buquoy, en cuya memoria se debe dezir que nunca se ha executado facción con más brío, ni más bien dirigida, aunque padecieron mucho de la artillería y mosquetería de la ciudad. Quedó el Conde de Losestein herido de un flechazo en la cabeça, y de dos lançadas el Barón de Freyberg. Al Conde Hasselt le mataron el cavallo y, en conclusión, se portaron todos con indecible brío, si bien con más fortuna que

los referidos, el Conde de Mauleon, Capitán del regimiento de Taaf que, después de merecidos bien singulares encomios de su coronel, y de todos, bolvió sano del empeño. Assí rechazados los enemigos hasta la llanura, se mantuvieron en ella los batallones christianos un gran quarto de hora debajo del fuego de la muralla, mientras bajavan los regimientos que el Duque embió a socorrerlos. Gran mortandad, padecieron los infieles al excluirlos de la trinchea, mas también se perdieron en ella unos trecientos christianos, muertos o heridos. Entre ellos veinte Oficiales, sin algunos de la primera calidad que fueron los Condes Guido de Staremborg y de Schalemborg, heridos, y muertos el hermano del Príncipe de Hohenzolern, un Conde de Fustemberg y el Sargento mayor Carlovitz. Lo último de esta acción, fue ceder los turcos absolutamente el campo a la cavallería imperial, que havía acudido a favorecer a los quatro batallones de Taaf.

Entretanto, se proseguía en batir la muralla de la Ciudad inferior y, pareciendo **el día diez y nueve** quedavan las brechas capaces de assalto, se apercibió para la misma tarde en esta forma. Nombró el Duque al Barón de Asti, Capitán del regimiento de Scherftemberg, para que precediese con los aventureros, y otros cien hombres escogidos, armados de corazas y con granadas. Havíale de seguir un Capitán del regimiento de Mansfeld con igual número de gente y, a ellos, el Conde de Tilli assistido de quinientos; como inmediatamente después, con otros ducientos, el Conde de Hermestein, cuya orden particular era entrar en la Ciudad a abrir la puerta del Danubio al Tiniente coronel Calenfels, director de otros quinientos hombres. Otra brecha abierta en la cortina que costeara al río, quedava señalada a quatrocientos heuduques y, a la artillería, su operación más activa, donde condujese a facilitar la incumbencia de las tropas destinadas al acometimiento. Dada pues la señal, en acabando de caer el sol, se movió cada cuerpo a su lugar azia las brechas en que estava repartido lo mejor de mil y quinientos genízaros, dotación del presidio de aquella ciudad, no haviendo ellos descuydado el hazer fuertes cortaduras donde eran menester y prevenir las demás defensas que les havía dictado su riesgo. Mas tal fue el ímpetu de los agressores, que nada aprovechó a detenerle y, si bien, llovieron algún rato granadas recíprocas, vieron en instantes los otomanos a su misma luz arrancar y cortar las palizadas de las cortaduras, llenar sus fossos con los mismos parapetos, forçados ellos mismos para dilatar su muerte a esconderse en las casas, por negárseles la entrada en la Ciudad superior, donde se temía la lograssen juntos sus perseguidores. Algún contraste, hallaron los que tenían encargado abrir la

puerta del Danubio. Mas con agregárseles el Conde de Tilli, quedó todo llano y reducido el trabajo a matar infieles indefensos. No menos de ochocientos genízaros fueron los que perecieron aquella noche, sin los naturales de todos estados y edades que, el justo furor de los vencedores, embolvió en la misma fatalidad. Apenas fue amaneciendo que algunos pocos de los escondidos, haviéndose la noche acercado a la puerta del castillo, fueron admitidos pero el Duque, assí para atajar a otros la misma conveniencia, como para quitar a los soldados imperiales la ocasión de divertirse en el saqueo, condenó la población a general incendio. Entonces fue manifestándose el resto de los que se habían ocultado, a implorar la vida o una muerte menos cruel que la del fuego. De ese modo se concluyó aquella facción memorable, si ya, no por haberse malogrado la principal, a que había de servir por la puntualidad con que se cumplió, sin discrepar nadie de las órdenes que se habían dado. Mas quien (según las *Memorias* autorizadas, que seguimos en contarla) se distinguió en ella con un valor muy digno de su conocida sangre fue el Conde de Tilli, comandante del regimiento de Baden, que esta vez salió ligeramente herido en una pierna. Mas para dar la vida, glorioso, en otro lance posterior de este desafortunado sitio.

Algo mayor dificultad se temía hallar en el ataque de la palanca de San Gerardo, determinado por la tarde **del mismo día veinte de junio**, a cuyo fin se habían tomado temprano los puestos más oportunos. Pero al solo amago, la evacuaron los infieles y, con tal priessa, que se olvidaron retirar las municiones y la artillería, dando con esto lugar a los imperiales de ocupar la misma noche las casas de la cuesta, en elevación proporcionada a batir la Ciudad superior.

Mas como al gusto de estas ventajas, tan baratas como grandes, le templase bien sensiblemente en el ánimo del Duque de Lorena la vecindad del ejército enemigo que, acampado a tres solas horas de distancia de los sitiadores, los molestaba cada instante y quitaba cualquier ensanche a los forrageadores, juzgando con razón dependía de romperle, o hazerle alejar, gran parte de la empresa y de la suerte de toda la campaña, resolvió, sin levantar el asedio, irle a acometer en su mismo campo. Dexando pues, mil corazas y tres mil cavallos úngaros con la infantería sobre Buda, a la orden del Conde Ernesto de Staremborg, marchó al anochecer **del día veinte y dos** con el resto de la cavallería (que quando mucho serían doze mil hombres) y mil infantes gobernados por el Conde de Aversperg la buelta de Hansbeck, campo

del Seraskier, o nuevo Generalísimo turco, fuerte según la opinión común de cerca veinte mil hombres, casi todo cavallería. Hallávanse al reír del alba los christianos a media hora de él, quando los descubrió, y empezó a disponer sus huestes sin que se le conociese el menor empacho o turbación en sus movimientos, confiado en la superioridad de su número y en la ventaja del puesto eminente que ocupava sobre el lado derecho del Danubio.

Componíase la primera línea de los imperiales de treinta batallones de corazas, con otros dos de dragones en la extremidad exterior de cada ala. Havíanse repartido los mil infantes en diez mangas y, colocado una de ellas, entre cada tres batallones. También consistía la segunda línea de treinta batallones y, entre ambas líneas, se havían acomodado mil y ducientos polacos para soltarlos tras los infieles, luego que la primera línea de los alemanes los huviese desordenado. A mil úngaros quedava señalado el terreno sobre la mano derecha al mismo fin que, a los polacos, el espacio interior de las dos alas.

Reconocidas consecutivamente las avenidas por donde acercarse a los enemigos, y la impossibilidad de lograrlo por el costado del Danubio donde la montaña estava cortada en despeñadero, fue preciso hechar por la mano derecha apartándose del río, con que se observó mejor tenían en la mitad de la cuesta unos tres mil genízaros doblados a su uso y, detrás de ellos, quatro o cinco mil cavallos que parecían mirar al ala derecha imperial. Mas quando conocieron torcía esta los passos alejándose del Danubio, reforçaron aquella cavallería con otra tanta, y se divisó cargava su grueso principal azia el río a embestir por los lados con el ala izquierda christiana. De suerte que, lo que havían dejado sobre la mano derecha de los alemanes, parecía dirigirse solo a entretenerlos hasta ganar tiempo para efectuar lo que tenían ideado contra la izquierda. En efecto, al mesmo passo que se adelantava el ala derecha doblada azia ellos, se retiravan a la montaña, lo qual fue motivo para reforçar prontamente a la izquierda con dos regimientos de segunda línea. Acuerdo tan saludable como bien presto lo calificó el suceso, pues acometida furiosamente del mayor poder infiel, llevó no solo intrépida el choque, pero le desbarató quitándole el Pendón Imperial y las Colas de Cavallo que el Sultán havía entregado solemnemente al Seraskier, quando le entregó el mando del ejército. Para vengar el sangriento descalabro padecido en resistir aquella pérdida, les ocurrió un ardid que solo ellos pueden practicar, acordándoselo la Historia de quando su Gran Señor Amurath venció a Lázaro, Despoto de

Servia, poniendo en confusión su cavallería con arrojarle un grande hato de camellos que, con la antipatía recíproca entre ellos y los cavallos, consiguieron el fin que deseava quien lo havia dispuesto. Mas en esta ocasión, estaban ya tan usados los cavallos alemanes con los muchos camellos quitados a los turcos en las vitorias antecedentes, que ni la mínima muestra daban entre ellos de la supuesta contrariedad. Ducientos camellos fueron los que el Saraskier embió contra la cavallería del ala izquierda imperial, montados de criados con banderas de varios colores, pensando con esto avivar más el espanto de los cavallos. Pero a desvanecer aquel quimérico aparato bastaron treinta dragones que, yéndolos con su passo ordinario a encontrar, los pusieron con mucha quietud en el Camino real de Buda, adonde se anticiparon a llevar las primeras nuevas de la vitoria alijerados de sus conductores que, a mosquetazos, fueron desmontados de los dragones y sacrificados en aquella manera de su desobediencia ciega a la inhumanidad de sus amos. A la propia sazón, mezclando las huestes cesáreas la rifa con los silvos, dieron una embestida general los otomanos que, no pudiéndola llevar, bolvieron arrebatadamente las espaldas, con los polacos en los alcances hasta el pie de la montaña donde, hecha virtud de su desesperación no solo se reordenó, pero restituyeron a los polacos el mismo acompañamiento que les habían hecho hasta los batallones alemanes, cuya firmeza los enfrenó e hizo lugar a los polacos para bolverse a doblar. Restaurose entonces la pelea entre ambos exércitos, imaginando los alemanes sería con más veras que al principio, pues se tratava por una parte de ganar y, por otra, defender la eminencia donde los genízaros y mucha cavallería estaban todavía en batalla. Mas, presto desmintieron los infieles al nuevo ardor, tomando la carga con precipitación tan violenta que derribaron de passo al retén que los havia de sustentar. Assí rotos y hollados los genízaros, fueron hechos pedazos sin haver disparado un mosquetazo.

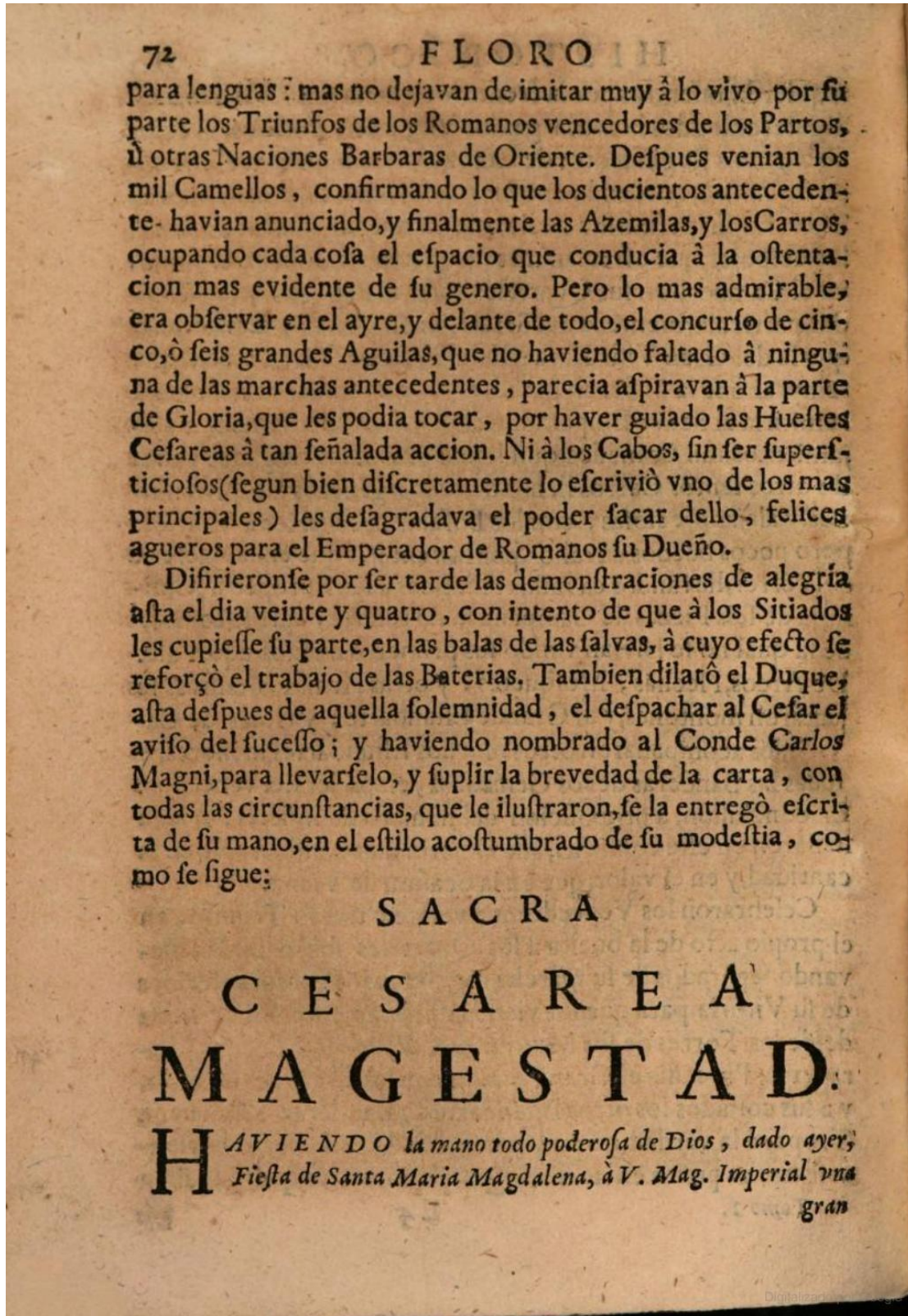
Lo que mucho ayudó a executar y aprovechar la derrota, fueron los úngaros separados desde el primer desorden de los infieles, a abrirles el costado, como lo hizieron en el ala izquierda, mientras por la frente los apretaban los alemanes. Siguiéronlos dos horas largas los úngaros y polacos, al calor de algunos regimientos de corazas que mandava el Príncipe de Baden, quedando entretanto formadas las líneas del exército, sin permitir a nadie hasta ya muy apartados, tocar a los despojos que ofrecían más de quatro mil infieles tendidos en el campo y, en sus quarteles, todo el bagage y las tiendas. Particularmente la del Seraskier, más rica y amplia que la del Gran Visir Kara Mustafá sobre Viena, con que temprano se la pusieron guardias que la

conservassen para remitirla al señor Emperador. Halláronse en los mismos alojamientos mil camellos, quinientas azémilas cargadas, y más de otros tantos carros llenos de todos géneros de provisiones y alajas preciosas con los búfalos necesarios a tirarlos, pero pocos buenos cavallos por la ventaja que, en la ligereza del correr, llevan los cavallos asiáticos a los europeos. Consistía en seis piezas de campaña la artillería que se tomó y, de la qual, no se havían valido sus primeros dueños aquel día. De arcos, flechas, mosquetes y otras armas ofensivas se juntaron montones y, al Grande Estandarte y Colas de Cavallo, los acompañaron otros muchos estandartes menores y todas las banderas de los genízaros en poder del vencedor. En conclusión, a proposición del número de infieles que se hallaron en este conflicto, fue el botín más considerable en la cantidad y en el valor que en la ocasión de Viena.

Celebraron los vencedores, **a veinte y tres**, su triunfo en el propio acto de la buelta a sus cuarteles sobre Buda, llevando separados de su marcha regular los trofeos referidos de su vitoria, para que los viessen distintamente los sitiados desde las torres de sus mezquitas, y desde sus almenas y parapetos. Precedía el Gran Pendón con las Colas de Cavallo y, a sus costados, los otros estandartes y banderas. Seguía una tropa, a la verdad, no muy numerosa de prisioneros, habiéndose hecho punto en no dar cuartel sino a los que bastassen para lenguas; mas no dejavan de imitar, muy a lo vivo por su parte, los triunfos de los Romanos, vencedores de los Partos y otras Naciones bárbaras de Oriente. Después, venían los mil camellos confirmando lo que los ducientos antecedentes havían anunciado y, finalmente, las azémilas y los carros, ocupando cada cosa el espacio que conducía a la ostentación más evidente de su género. Pero lo más admirable era observar en el ayre, y delante de todo, el concurso de cinco o seis grandes águilas que, no habiendo faltado a ninguna de las marchas antecedentes, parecía aspiravan a la parte de gloria que les podía tocar por haver guiado las huestes cesáreas a tan señalada acción. Ni a los Cabos, sin ser supersticiosos (según bien discretamente lo escribió uno de los más principales), les desagradava el poder sacar de ello felices agueros para el Emperador de Romanos, su Dueño.

Difiriéronse, por ser tarde, las demonstraciones de alegría hasta **el día veinte y quatro**, con intento de que a los sitiados les cupiesse su parte en las balas de las salvas, a cuyo efecto se reforzó el trabajo de las baterías. También dilató el Duque, hasta después de aquella solemnidad, el despachar al César el aviso del sucesso. Y habiendo nombrado al Conde Carlos Magni para

llevárselo, y suplir la brevedad de la carta con todas las circunstancias que le ilustraron, se la entregó escrita de su mano, en el estilo acostumbrado de su modestia, como se sigue.



**SACRA
CESÁREA
MAGESTAD.**

Haviendo la mano todopoderosa de Dios dado ayer, fiesta de Santa María Magdalena, a V. Mag. Imperial una gran vitoria, no hemos podido escusar el despachar con esta noticia al Conde Carlos Magni, coronel de dragones, para que haga relación individual a V. Mag. de todas las circunstancias que han acompañado a esta grande acción. Sobre un aviso que recibimos antes de ayer, resolvimos dejar toda la infantería en el sitio de Buda y la cavallería precisa en el campo, tomando el resto de ella, mil mosqueteros a la orden del Conde de Avesperg, y mil quinientos hússares mandados por el Conde Juan Esterhasi, Lugartiniente general de Raab, para ir contra los turcos que tenían sus campos dos leguas alemanas más debajo de Buda, junto a Hansbeck. Marchamos toda la noche y, al rayar del alba, llegamos a media legua del campo enemigo, al qual pudimos ver y reconocer estava bien fortificado. Y aunque los turcos, fuertes de cerca veinte mil hombres, salieron de sus trincheas y se pusieron en batalla, mostrando buen rato querernos atacar por los costados, hizimos nuestro deber para impedirles su disignio, con que se llegó a las manos y Dios, bendiciendo nuestras armas, puso los infieles en confusión. Diéronse a huir, siguióseles los passos, de suerte que nos apoderamos de todo su campo apunto, como en el levantamiento del sitio de Viena. Tomáronse todas sus tiendas, el bagage, la artillería y todas sus riquezas. Matáronseles más que quatro mil hombres sobre el campo y hubo gran número de heridos, sin los muertos, heridos y prisioneros que havrán quedado en el alcance haviendo ido tras ellos los úngaros y los polacos. Tenían los turcos unos tres mil genízaros, que todos han perecido. Se les ha quitado el Grande Estandarte de Mahoma, que el Sultán da al Visir a quien confiere el mando general de sus armas. Hase tomado el pavellón del Oficial Otomano, que aora está conocido con el carácter de Seraskier, y mandava a este exército en ausencia del Primer Visir. Esta vitoria, mediante el poder de Dios, se puede llamar cumplida y entera y es anuncio de otras prosperidades.

El Príncipe Luis de Baden, sobrino del Príncipe Herman de Baden, presidente del Consejo de Guerra de V. Mag. Cesárea, delante los regimientos del Príncipe de Savoya y del General Guetz, ha perseguido más de dos horas a los enemigos fugitivos y, este mesmo Príncipe, es quien se ha apoderado de la artillería otomana. Los úngaros leales y los polacos del Príncipe Lubomirski les han dado el alcance muy lejos.

No podemos alabar bastante al valor y proceder de la cavallería de V. Mag. Cesárea. Todos los oficiales han cumplido con su obligación y obrado más de lo que se podía esperar. Verdaderamente debemos confessar que el Mariscal de campo General Conde Eneas Caprara, el Príncipe Luis de Baden y el Príncipe de Salm, como todos los Oficiales del ejército imperial, han contribuido mucho a la gloria de tan buen día. Haremos oy cantar el TE DEUM en acción de gracias de esta vitoria, remitiéndonos en quanto a lo demás, a lo que el Conde Magni dirá a V. Mag. Cesárea de lo que ha passado, etc. Campo sobre Buda, a 23 de julio 1684.

Carlos Duque de Lorena.

Mas si aquel gran Príncipe cuidava tanto del crédito de sus súbditos, confundiendo lo que tocava a sus particulares desvelos y conatos en la generalidad de la información, no dejavan, por otra parte, aquellos ilustres Barones, de restituírle colmados con justa gratitud los encomios que les daba, diziendo a voces y escribiendo a todas partes (como lo hemos leído de manos de los más sinceros y calificados Generales de su mando): *deberse, después de Dios, aquella vitoria a su intrépida dirección*. Pero, sin olvidar nadie, las assustadas quejas que todos continuavan contra el poco cuydado que tenía de su conservación, pareciéndoles podía, y debía, escusar muchas de las diligencias más arriesgadas, fiándolas antes de otros que de su misma personal actividad. Pues (añadían) *cómo creeremos al concepto que publica de nosotros, y en que nos procura poner con el César, si le vemos concurrir a quanto nos toca entre los peligros más continuos y evidentes, que nos aumentan los temores de perderle*. Y para dezir esto, no les faltavan muy recientes motivos como quiera que, sin lo que se apuntó en otra parte de los cavallos propios que peleando le havían muerto o herido, u de otros a su lado, havía sucedido perder la vida junto a él en el último conflicto el Conde de Altheim que, siendo Capitán de infantería del regimiento del Conde de Mansfeld, hazía oficio de Ayudante general.

La mañana del día veinte y quatro, puesto temprano el ejército en batalla alrededor de la Plaza, acudieron al quartel de la Corte los Generales y demás Oficiales mayores que no tenían función indispensable en otra parte, a asistir al *Te Deum* que, con una missa solemne, se havía de cantar en el gran pavellón del Seraskier. Mientras se prevenía lo necessario para las ceremonias sagradas y militares de la celebridad, fue el Duque a cavallo a reconocer lo que, en su ausencia, se havía adelantado en las baterías y aproches, en cuyas medras, aunque halló motivos de satisfacción, no se los sazonaron de su gusto

(enemigo de toda vanidad) las voces de los vítores que, a su vista, se levantaron entre las tropas. Para acabar de persuadir a los asediados (si aún había quien lo dudase) lo que podían haber arguido de la forma con que, el día antes, había buuelto la cavallería a sus alojamientos y del bullicio regocijado de todo el campo, mandó S.A. enarbolar sobre una batería el Pendón Imperial del Sultán y las Colas de Cavallo, y soltar un prisionero que, entrando en la ciudad, informasse vocalmente al Visir Gobernador de quanto había ocurrido, y le dicesse un Papel en que, de su parte, se le hazía saber: *Quedava el ejército otomano derrotado e impossibilitado de parecer otra vez delante de las huestes christianas, sin exponerse a un total exterminio de que se había eximido con la fuga, sin saberse adónde iba a parar, a costa de toda su artillería, tiendas y bagage y de más de la mitad de su gente: muertos, heridos o dissipados. Que, con esto, haviéndosele al Visir desvanecido qualquiera esperanza de socorro, sin quedar a su elección, para salvar su presidio y el pueblo inocente que estava a su cargo, otro arbitrio que una Capitulación honrada y adecuada a la constitución actual de las cosas, la qual no se le negaría como brevemente se redujese a ajustarla y no se despeñasse en una obstinación ciega, que no podría ser sino fatal a él y a todos los suyos, contra el servicio de su mesmo Emperador, que los hecharía menos para otras ocasiones en la estrechez de veteranos a que le tenían reducido los lances antecedentes de esta guerra. Que se aguardava saber lo que determinasse antes que llegassen al campo todas las fuerzas imperiales, cuya gran parte faltava aún por la distancia de las Provincias donde habían imbernado y que, si con lo que estava a su vista, se habían ganado plazas y batallas campales, considerasse el Visir si quando estuviesse todo junto podría esperar las mesmas condiciones, en que de presente no se haría reparo.* Este recado, apoyado a las salvas de la artillería, se conoció que ocasionava en la ciudad una extraordinaria turbación, no faltando (según se supo de algunos rendidos) entre los Oficiales de los genízaros quien se inclinasse a componer las cosas antes que, para ellos, las empeorassen los ataques y otras diligencias del ejército vitorioso. De esta mesma disposición, y de los adminículos insubsistentes con que suele el deseo alterar a las del propio género, procedió la nueva equívoca que por toda la christiandad se esparció de haver el Visir condescendido en rendir la plaza, con calidades que no se le habían querido conceder y sobre cuya negativa había fundado su irreductible encono. Pero la verdad fue que, en los Cabos asediados, junta la consideración del numeroso presidio la probabilidad de que el Seraskier se reharía prontamente con los refuerços que esperaba de Asia y de las Provincias más cercanas, se conjuraron entre ellos para la resistencia invencible que después se experimentó.

Entretanto, huyendo las huestes infieles derrotadas, no pararon hasta la otra ribera del río Sarvitz a abrigarse de él y de la ciudad de Batha, situada en la extremidad del ángulo que haze el mismo río con el Danubio, mezclándosele a cerca diez y seis leguas alemanas de Buda, y quatro de Esseck, cuyo puente passaron pocos días después a proveerse de un nuevo bagage, y remplançar su último descalabro, mientras a los imperiales durava la maravilla de la priessa, casi increyble, con que un cuerpo tan considerable de gente se les huviesse alejado tanto en poco más de un día, pues **a veinte y cinco del mes** supieron sobre Buda el paradero de su retirada.

Pero si las diligencias de los sitiadores, cotejadas con la velocidad de aquella fuga, pueden conducir a resolver el problema de cuál de las dos passiones del temor o de la esperanza sea más activa, forçoso será sentenciar en favor de la primera. Y más, quando no se quiera (como en efecto no queremos) entrar en el examen de dónde nacería la rémora fatal, cuyas influencias produjeron la lentitud y, finalmente, el desacierto de tan grande empresa, a pesar de los mayores y más bien ideados conatos de su principal director. Bastará pues en el propósito, apuntar solo la diferencia del año de que se escribe con el siguiente, dejando las desabridas individualidades de este asedio a los *Diarios* que en diferentes lenguas estrangeras las han publicado, y contentarnos con tocar las disposiciones y facciones más notables del mismo empeño hasta que el ejército imperial le abandonó.

Haviase, desde el principio, comenzado casi a un tiempo a usar de la artillería y trabucos y abierto aproches contra la Plaza. Mas conocido los cinco, seis, primeros días, el poco efecto de las baterías en la fortaleza del recinto, donde apenas hazían las balas otra cosa que mover algo de polvo, resolvieron los sitiadores, **a veinte y nueve de julio**, valerse de minas. Arbitrio, sin duda, el más seguro y provechoso, si los minadores del campo huvieran sido tan hábiles en su oficio como los contraminadores de la ciudad. Siendo motivo frequente de lástima en las *Relaciones*, el ver aquellos a cada passo errar el verdadero camino de su operación, aun tal vez bolando terreno que destruía los mismos aproches y sepultando a quien los promovía. Añádase que los infieles llovían, en número poco diferente y de calidad no inferior, bombas y granadas en las trincheas, cabeças de ataques y hasta en los mismos quarteles del campo, passándose assimesmo bien pocos días sin que hiziessen numerosas y bien gobernadas salidas de cavallería e infantería. Particularmente, para conservarse el passo a proveerse de agua del Danubio

que nunca se les pudo quitar, por mucho que asegurassen los que salían a rendirse; consistía en ello la más breve conclusión del negocio. Ni la oposición terrible de los defensores era la única plaga que molestaba a los imperiales, enfermando y muriendo casi tantos de las dolencias que, durante el verano suele ocasionar la destemplança del clima a los estraños, como de las armas enemigas. Este es el bosquejo en pequeño, pero inteligible, de la dificultad de aquella empresa en que, con todo, si el valor alemán y úngaro no consiguió enteramente lo que prometía la conocida superioridad que tiene sobre el de los bárbaros, a lo menos les confirmó las impressiones de su formidable constancia en el grado que se ha visto en todos los rencuentros posteriores.

Entre las disposiciones de la campaña (dejando aparte las que tocaban a enfrenar la insolencia de los rebeldes y del presidio turco de Neuheusel, en la Ungría superior, donde no ocurrió cosa que merezca detener la brevedad propia de este género de escritos), era una de las más esenciales acabar de concluir la Tregua de veinte años con la Francia y desocupar las tropas de los Círculos del Imperio y del Duque Elector de Baviera, que cuidaban de la frontera del Rhin hasta fijada aquella dependencia, para traerlas a este otro empleo. Otra disposición, que de poco menos momento se había entablado, era la orden dada al Mariscal de campo General Conde de Leslie, que mandava las armas en Croacia, de hazer lo possible para divertir las fuerças otomanas entre los ríos Savo y Dravo, y aun abrirse camino a darse la mano con el ejército principal sobre Buda. Pero como saliesse más tardía la resulta de la primera de aquellas determinaciones, y cayga apunto el efecto de la segunda en la serie del tiempo en que andamos, dirase aquí que el Conde de Leslie, si bien, por la misma razón de quedar tanta parte de las tropas del Imperio ocupada sobre el Rhin, no consiguiesse toda la porción de gente destinable por la Planta formada de la campaña, pero salió a ella al mismo tiempo que el ejército principal y con resolución medida, antes a la turbación de los enemigos, que al número limitado de su gente. Entretanto pues, unas doze leguas en el pays infiel, puso los ojos en Virovitiza, plaza de la región llamada de los latinos *Pannonia interamnense* y la única que, desde los confines christianos de Coproniza y San Jorge, podía detener un ejército razonable hasta Esseck, y aun hasta Belgrado. Havíanla poseído, hasta entonces los turcos, ciento y treinta y un años con cuidado tan conforme a su importancia que, embalde durante las guerras passadas, se había diferentes vezes intentado su restauración.

Sabido en Esseck el peligro de Virovitiza, mandó el Bajá de aquella plaza separar de la gente que estava a su inspección dos mil cavallos, a la orden del Bajá de Marotz, encargándole que en qualquiera manera se anticipasse a los christianos a la Plaza amenazada, con quanto necesitasse de municiones y víveres para sufrir el assedio hasta prevenido el socorro. Y para mejor afiançar la diligencia, hizo mover por diferente camino otro grueso de mil y ducientos cavallos, con las mesmas provisiones, y un Bey de mucha confiança que le dirigiesse, prescrita sobre todo a ambas la prontitud que suponía lograr con la ventaja que, a su parecer, llevarían estos limitados trozos en la ligereza, a la multitud más pesada del ejército christiano. Pero ignorava que, teniendo el General Leslie prevista aquella disposición, había hecho preceder, sin embarazo de bagage, su cavallería a embestir la fortaleza quatro días antes que llegasse la infantería, y cabalmente a tiempo de poder (como lo hizo) separar quatro mil cavallos croatos, debajo del mando del Conde de Trautmansdorf, a encontrar al Bajá de Marotz, cuya marcha sabía de sus confidentes. No había pues **el día veinte y uno de julio** acabado de amanecer, quando descubiertos los enemigos, dio en ellos el valeroso Trautmansdorf con tal denuedo que, desordenados y rotos al primer choque, fueron desapareciéndose disipados enteramente y desamparado el bagage, con más de quinientos muertos y moribundos en el suelo. Ni satisfecha la buena suerte de los vitoriosos, con haverles franqueado tan estimable favor bien poco después de encaminados de buelta a su campo con el botín, trajo a sus manos al otro grueso del Bey, a quien sin más dificultad trataron del propio modo que al del Bajá, añadiendo quatrocientos muertos a los primeros y juntando diez y ocho estandartes, con dos pares de timbales quitados a ambas tropas, además de quarenta prisioneros, para calificación de su hazaña. Concluida la última acción, despachó el Conde de Trautmansdorf el aviso de una y otra con presteza croata (lo mesmo que bolando) al de Leslie, de cuyo quartel no solo se esparció inmediatamente por todos los del ejército, pero apenas bueltos la mesma tarde los vitoriosos al campo, y llegados en poca diferencia de horas la infantería, mandó el Mariscal significar al comandante de la Plaza lo que había passado y abonárselo con el testimonio de los prisioneros y estandartes, amenazando no perdonaría la vida a ninguno de los sitiados si luego no se rindía. Mas como de Canisa se hallasse prevenido con la nueva falsa de haver el Seraskier derrotado al Duque de Lorena junto a Buda, no solo se hizo sordo a la intimación, pero desde los parapetos, la respondió su gente con algazara y baldones. Assí, obligado el General cesáreo a llevar el empeño por fuerza, ordenó al punto abrir tres ataques, encargando el principal

a su regimiento solo, y la dirección de los otros dos a los coroneles Heister y Serau.

Puesta por todos, la mano al trabajo, quisieron los oficiales del General ganarla menos cubiertos a los demás, a título de su precedencia. Mas con las vidas de cinco soldados y las heridas de algunos capitanes pagaron su demasiada priessa, mientras el Heister, con más tiento y no menos resolución, consiguió desalojar a los infieles de una palanca (o fortificación exterior) de, adonde con comodidad, pudieron sangrar al fosso y agotarle enteramente menos el lodo profundo, que los detuvo en la orilla hasta asegurado en él un camino con fajinas y tierra, en que gastaron solo tres días, no obstante algunas salidas con que los enemigos lo quisieron estorvar. Hallándose pues, **a veinte y tres de julio** los aproches bien pertrechados y casi al pie de la muralla, y el presidio desengañado de un segundo aviso contrario al que había alentado su terquedad, a cosa de las cinco de la tarde, expuso una bandera blanca instando desde la muralla en que se embiassen rehenes por tres oficiales suyos que, luego suspendidas las hostilidades, saldrían con poderes del Gobernador para tratar de la entrega. Avisado el General de la novedad, presto se executó recíprocamente lo propuesto, si bien, por ser ya tarde, fue preciso remitir la conclusión al día siguiente. Acogió el Conde de Leslie a los Comissarios turcos con toda urbanidad, y quiso fuessen aquella noche sus huéspedes en su mismo pabellón, adonde con bien irregular confianza acudió personalmente el propio Gobernador turco a humillársele con las llaves de la Plaza. Mas como nada de esto ayudasse a madurar el Tratado de la rendición, fue menester todo el día después para acabarle, reducido a los capítulos siguientes:

- 1.- Que los otomanos admitirían inmediatamente ducientos soldados alemanes en una de las puertas de la fortaleza y saldrían a veinte y cinco.*
- 2.- Que, a los Principales, se permitiría salir en los peores cavallos que tuviessen, limitando el número a quinze que el Gobernador nombrasse, a los quales también se dejarían sus armas; pero a ninguno de los demás, sino solamente lo que pudiesen llevar de sus haciendas, teniéndoseles prevenidos fuera de la Plaza quatro carros en que acomodarlas.*
- 3.- Que los comboyarían hasta cerca de Pressovitz (Plaza turca a dos leguas distante de Virovitza) por el camino más breve, entregándoseles un passaporte en la parte donde se separasse de ellos el comboy, con que pudiesen ir donde quisiessen.*

En virtud de esta Capitulación, después de guarnecida la puerta principal con gente alemana, **a veinte y cinco de julio**, a las quatro de la

tarde, entró un Comissario a inventariar los pertrechos y municiones y halló catorze piezas de artillería de bronce, muchos mosquetes de cavallette, más de mil quintales de pólvora, otros tantos de plomo y seiscientas balas de artillería, pero ningún género de mantenimientos, padeciendo ya un hambre terrible así personas como animales, reconociéndose aun en esto el inescusable descuido de los bárbaros y la ciega confusión a que, desde entonces, los tenían reducidos los primeros efectos de una guerra comenzada por su parte, con tan infaustos auspicios.

La gente militar que salió serían setecientos hombres y hasta mil personas en todo, entre mugeres, criados y niños, comboyados de dos compañías de corazas alemanas y otras dos de croatos, al principio con mucho orden. Mas al entrar en los montes, acordándose los croatos de las muchas ocasiones en que los turcos habían quebrantado semejantes pactos con su Nación y, combidados también del pretexto que les daban aquellos rendidos, poniéndose a saquear de camino algunos lugares en que no tenían ya jurisdicción, atropellaron con ellos, desnudándolos a todos y degollando a quantos se quisieron resistir, sin poderlo estorvar los alemanes y con mucho sentimiento del General quando lo supo, previendo las consecuencias de otros casos que se podrían ofrecer como, en efecto, sucedió el imbierno después en la pérdida de Vaccia, cuya Guarnición imperial contra lo ajustado con el Visir de Buda en la rendición, fue pasada a cuchillo.

Al anochecer hizo el Conde de Leslie su entrada solemne en Virovitiza, de cuya restauración, estado e importancia embió luego el aviso al Duque de Lorena, que le hizo festejar con las solemnidades acostumbradas, dirigidas las salvas de la artillería contra los edificios y murallas de Buda. Verdad es, que no pudo llegar la primera noticia con todas las circunstancias que los días siguientes manifestó el acierto del suceso, pues además de habersele seguido el evacuar los infieles los castillos cercanos de Sopia, Escatina Boyzin, y otros hasta Pressovitz (lugar fuerte sobre el Dravo, al qual desalojados por fuerza de él los enemigos, pareció presidar por la comodidad que daba para varar un puente sobre el mismo río), también se consiguió el otro beneficio mucho más ponderable de quedar, con aquella conquista, más de ducientos lugares de la frontera christiana libres de la intolerable contribución que pagavan a los turcos. Además de que, todos los valacos christianos que habitavan en el distrito de Virovitiza y habían sido forçados a tomar las armas en favor de sus dueños, luego las despusieron, o se agregaron a los croatos abraçando con

grande alegría la protección imperial aun apenas embestida aquella Plaza, rasgando las órdenes que les embiaron el Bajá de Ziget y el Governador de juntarse a otros súbditos para marchar al socorro. De todo lo qual, si fueron gratas las nuevas a las Provincias imperiales confinantes, no lo fueron menos a los christianos de las que oprime el Turco en la mesma vecindad y, particularmente, al Reyno de Bosnia, cuyo Obispo, assistiendo en el exército de Croacia, hizo la función sagrada del *Te Deum*, que se cantó en la tienda del General con más decencia que se pudiera en la fortaleza, por la poca limpieza con que, al salir, la havían dejado los mahometanos.

A este tiempo y lugar también pertenece la memorable y relevante empresa de la isla y fortaleza de Santa Maura, por donde empeçó la República de Venecia su rompimiento con los turcos. Haviendo con la prontitud casi inimitable a otra alguna Potencia y que, un emperador griego comparava a la facilidad que un pintor suele delinear el número de galeras que le dicta su idea, ha apercebido hasta treinta y quatro galeras, seis galeazas, quarenta entre bajeles y fragatas, dos naos incendiarias, sin otras muchas embarcaciones menores para llevar municiones y pertrechos y, juntándose a todo aquel apresto, las quatro galeras del Papa, las de la Religión de San Juan, aumentadas de siete a ocho para estas célebres expediciones, y quatro del Gran Duque de Toscana. Concurridas todas estas fuerças en el afamado puerto de Corfú, asignándoles por plaza de Armas, se ventiló en el Consejo de Guerra el modo y parte donde mejor emplearlas, según la constitución actual en que se hallavan las cosas de los otomanos, a quien se ha servido la divina Providencia recatar la mejor práctica de la guerra marítima, y juntamente la gana, y el Genio de aplicarse a ella. Mas sobre todo este año que, aturdidos de los desastres recientes padecidos en Austria y Ungría, y no imaginando la resolución de venecianos, havían puesto su principal atención en las prevenciones de Tierra y tratado tarde las del Mar. Hecha pues, reflexión en esto y en la mayor regularidad possible de las conquistas que se huviessen de intentar, como también en los medios que la brevedad del tiempo havía permitido juntar, escogieron la fortaleza de Santa Maura por primer blanco de sus esfuerzos, considerándola situada en una isla de la Etolia, separada de tierra firme por un canal que sufre puente para comunicarse con ella y, (lo que más monta), en un espacio intermedio de las islas venecianas de Corfú, Cefalonia y Zante, con que más fácilmente se conservaría si se ganasse. Dígase también, ayudava a la mesma loable elección el ser aquella isla un nido de cosarios infieles, no solo dañosos a la navegación y comercio de los súbditos de la República, pero que

infestaban continuamente las riberas del Estado eclesiástico y del Reyno de Nápoles.

Assentada la determinación sobre tan buenos fundamentos, solicitaron las armadas el favor Celeste con actos de la más ejemplar devoción y, recibida (ya hechas a la vela) la bendición apostólica por mano de monseñor Antonio Barbarigo, Arçobispo de Corfú, salieron a navegar con tiempo cómodo que, al segundo día, los llevó a dar fondo en la ribera de la isla que iban a invadir, donde la mañana siguiente comenzó a tomar tierra la soldadesca destinada a obrar. Entonces ordenó Francisco Morosini, digníssimo Capitán General de las armas venecianas, que se adelantassen algunas compañías a reconocer la postura y tomar lengua de los infieles, mientras ocupasse la demás gente los puestos más a propósito para los ataques, dificultándolos indeciblemente la situación de la Plaza, costeadá por una parte de pantanos sumamente difíciles de penetrar por la hondura del agua y del lodo, y la espesura de las cañas; y, por la otra parte, resguardada de la canal referida en que se estrechava la mar. Constava el recinto de seis fuerte Cubos regulares y terraplenados con sus cortinas, género de fortificación que se usó poco después de inventada la pólvora y la artillería y, sucessivamente, ha mejorado el Arte mudándola en los baluartes angulares modernos, los quales empero hazían poca falta a Santa Maura, dotada de las otras ventajas que le franqueó la naturaleza. Abriose el primer ataque contra la frente que mira a la Grecia, junto al puerto de Domate, en que se ocupó la gente pontificia y maltesa, mientras los florentines ganavan terreno para otro aproche dirigido contra la otra frente que mirava a la isla.

El día 22 de julio, haviendo continuado a desembarcar la gente, llegó de Cefalonia un refuerzo de dos mil hombres escogidos, los más, nobles y aventureros, debajo de los dos coroneles Juan Bautista Mataxa y Angelo de la Décima, a quien se havían agregado muchos eclesiásticos seglares y religiosos griegos a persuasiones del Obispo griego de Cefalonia, pero con la pretensión (que no pareció dejarles lograr) de las décimas atrassadas de la isla de Lescada que, con los modernos, llamamos de Santa Maura. A la propia sazón, acudieron algunos armadores christianos a hazer allí mérito, aunque no en todo voluntario, haviéndolos obligado a ello otro famoso armador llamado Maneta. Con ellos vinieron ochenta aventureros naturales de la ciudad de Zante y otra gente noble de la mesma isla. Todo lo qual visto por el Capitán General, y puesta la mano a los aproches, assistidos del Conde de Strasoldo

con el carácter y autoridad de General del desembarco, le pareció era tiempo de avisar al Aga comandante de la fortaleza lo que se le quería, para cuya función se valió de un Tomás de la Dózima, práctico del lugar y conocido del mismo Aga, a quien mandó dezir: *Tratasse de entregar en todo aquel día la plaza, y redimirse con una composición honesta de la pena que merecían los de su parcialidad por haver, en tantas maneras, irritado la justicia Divina y las Armas formidables de la Sereníssima República, contraviniendo en todas maneras a los Capítulos de la Paz jurada entre ella y el Sultán. Y que, de no hazerlo, ofendida la Clemencia del señor Capitán General, permitiría que el ejército vencedor, apoderándose de la Plaza, la saqueasse y passasse a cuchillo, juntamente con el presidio, los naturales, sin perdonar a alma viviente.* Mas en lugar de conformarse el Cabo infiel a la intimación (cuyo estilo se conoce imitado adrede, del que suele usar el orgullo otomano en semejantes casos), respondió muy grave: *Le había el Gran Señor del Mundo fiado la guardia de aquella fortaleza y que, hallándose con milicias y municiones sobradas para cumplir al excelso mandato, lo ejecutaría hasta perder la vida.*

Entretanto, sin malograr momento se promovían los ataques comenzados al abrigo de los arravales, que la confiada altivez del comandante, o su falta de experiencia, había dejado en pie como asimesmo los innumerables árboles frutíferos del contorno que subministraban fajinas en los mismos parages donde eran menester. Igual iba el cuydado en materia de baterías de la artillería y de los trabucos, assí desde la Mar como desde los puestos de Tierra, de suerte que, a todas horas, se veían repetir incendios en la población. Mas, aunque se abrió una brecha capaz de veinte hombres de frente en la muralla, fue imposible valerse de ella tan prontamente, por hallarse resguardada del pantano. Antes bien, costó catorze días de trabajo, y no poca sangre, un camino que se hizo por él con los rodeos y parapetos precisos a assegurar los trabajadores, mientras aprovechando los sitiados a la dilación, empleavan la gente inhábil a las armas en reparar la mesma brecha con todo género de materiales, y hasta con cadáveres, por mucho que los artilleros afanassen para mantenerla en ser. En todo mostravan una pertinacia tan industriosa como firme, pues haviéndoseles acabado las balas de su artillería gruesa, las suplieron con el cobre y otros metales que se hallavan, sin olvidar al arbitrio de los cartuchos, o talegos de piedras, y pedazos de hierro ajustados al calibre de las piezas.

Vencida finalmente, **a cinco de agosto**, la dificultad del pantano hasta pocos passos de la brecha se resolvió el assalto para el día siguiente. A que

empero, se tuvo por bien precediese un nuevo recado al Gobernador, haziéndole significar por la misma persona que la otra vez: *Tenía experimentado bastante el valor de los christianos. Que su fosso quedava cegado, su muralla caída y uno de sus torreones minado. Que, a vista de esto, escogiesse prontamente la vida o la muerte y abusasse, si le parecía, de la piedad y merced que Su Excelencia le ofrecía por no verter tanta sangre humana, y aun inocente de los naturales. Que en vano esperaba ningún socorro, pues habiéndose presentado el que habían podido juntar Tricala, Bajá de Delvin, y Sabán Aga en la cercanía del castillo de la Preveza, y hasta el Estrecho que separa a la isla invadida de la tierra firme, a los primeros mosquetazos de los christianos, todos se habían huido. Que así tomasse una breve resolución, ni se dejasse engañar de su pertinacia, que sería fatal a quantos le assistían.* Mas, aun sin aquellas amenazas, ya faltava poco que allanar en la terquedad de los sitiados, particularmente después del estrago extraordinario que habían executado las bombas durante aquellos últimos días. Pues entre otros casos, la propia mañana, hallándose juntos en casa del Aga comandante los Oficiales más graduados tomando café (bebida de que en conversación suelen usar los turcos, como en España del chocolate), llegó a reventar una carcassa que mató a un yerno suyo y estropeó a otro. Con esto, acordaron luego solicitar una suspensión de hostilidades mediante la exposición de una bandera blanca y, obtenida la demanda, embiaron al campo seis Comissarios que se huvieron de conformar al Decreto siguiente despótico y decisivo: *Que el Excelentísimo señor Capitán General Francisco Morosini, por singular clemencia, franqueava al presidio otomano de la fortaleza de Santa Maura la salida con sus armas, pero sin cuerda y, a los naturales, solamente lo que pudiesen llevar en sus manos, para ser embarcados y llevados, unos y otros, sin molestia a tierra firme tres leguas lejos de la isla.* Cumpliose **a cinco de agosto** esta Capitulación, o por mejor dezir este indulto, reducida la Guarnición rendida de mil y quinientos hombres que había sido antes, a menos de la mitad. Pero todos veteranos, los más, cossarios de profesión que, puestos en embarcaciones pequeñas de la armada conducidas de gente de Cefalonia, fueron llevados a un surgidero apartado de poblado, donde los dejaron ir a sus aventuras. Al mismo tiempo, tomó el ejército vitorioso possession de la fortaleza y, entrando por la brecha, enarboló la nueva Guarnición en medio de la plaza mayor los Estandartes de la Cruz y de San Marcos, mientras se expurgava y adornava para el verdadero culto divino la Mezquita principal, en que se cantó el *Te Deum* con la asistencia del Capitán General y de todos los Cabos mayores de Mar y Tierra. Más de cinquenta piezas de artillería de bronze se hallaron enteras, sin otras quinze que habían padecido, desmontadas o embocadas, de las baterías de afuera. En quanto a municiones de guerra, ya quedavan muy pocas, pero de

mantenimientos aún había tal abundancia de todos géneros que, sin embidia del presidio, se pudo distribuir un refresco general a las tropas y chusmas. Verdad es que a esta liberalidad también contribuyeron los nuevos súbditos de la isla, poblada en el circuito de más de treinta leguas de gran número de gruesas aldeas habitadas de griegos que, con la fertilidad de la tierra, sustentaban al peso de la bárbara opresión. Todas a porfía, por sus syndicos, se habían anticipado a la rendición de Santa Maura con el acto de obediencia y juramento de fidelidad a la República de Venecia en manos de su Capitán General, muy ufanas de trocar al yugo infiel por la suave protección de un gobierno a cuya sombra podrían blasonar el ser dueños de sus haziendas y vidas, y libres del infernal tributo de sus mismos hijos.

Concluida aquella relevante conquista, pareció indispensable permitir algunos días de descanso al ejército, muy fatigado de las trabajosas y asiduas facciones del asedio. Mas, a las chusmas que habían tenido la menor parte en ellas, tocó llevar los materiales necesarios al más pronto reparo de las brechas y allanar las trincheas y los aproches. En esto, corrió **el mes de agosto hasta el día veinte y dos** que, habiendo llegado a la armada el Cavallero Geronimo Cornaro, Procurador General de la Mar, le encargó el Capitán General el gobierno de la nueva conquista, a que luego se aplicó con grande vigilancia no solo restaurando las ruinas hechas de la artillería en el recinto de Santa Maura, pero fabricando con toda solidez un nuevo revellín, consultadole de los ingenieros, delante de la puerta principal.

Entretanto, pasada muestra a la gente de guerra desembarcada de la República, después de guarnecida la plaza con mil hombres, solo dos mil quedaban aptos al manejo de las armas y los demás postrados de heridas u dolencias, pero asistidos de quanto podían necessitar para la cura, con que la mayor parte la logró en tiempo de poder coronar la campaña con la expugnación de la Preveza, plaza marítima y en tierra firme del Epiro que, situada entre la de Santa Maura y la ciudad de Corfú, distante diez y ocho leguas ordinarias de cada una, y predominante al Golfo de su nombre que algunos llaman del Arta, casi impossibilitava la conservación de Santa Maura si la dejaban en poder de los otomanos. En efecto, como estos no ignorassen lo que montava mantener la Preveza, tenían juntas para el intento en la vecindad quantas milicias provinciales, y pagadas, habían podido recoger de aquella muy poblada región. Discurrido pues en el Consejo de Guerra, cómo poderlas divertir de aquel parage, se resolvió embarcar los dos mil infantes sanos de la

República y los auxiliares del Papa, de Malta y Toscana (que serían otros mil) y passar a esperar en el puerto de Peralá al coronel Angelo de la Décima, que por tierra había emprendido el mismo viage de más de treinta leguas, a fin de comover los pueblos christianos por donde passasse contra los infieles, como apunto lo consiguió y lo avisó al Capitán General proponiéndole empero, y persuadiéndole que, con la armada, se adelantasse hasta el puerto de Dragomesto, diez leguas de Santa Maura sobre la mano derecha, y más a la mano para los fines que se tenían ideados. Allí pues, arrivada a dar fondo **a diez de setiembre**, saltaron luego en tierra assí venecianos como auxiliares, a los quales incorporados mil y quinientos griegos sollevados que traía el coronel Angelo de la Décima, se movieron inmediatamente en busca de un grueso de turcos que tenían la campaña. Mas, apenas vieron estos las huestes christianas, que se dieron a huir teniéndose por perdidos como quiera que el Capitán General, para aumentarles el susto y la incertidumbre de la parte en que pensasse obrar, fue con todas las galeras a hazerse ver de las plazas de Patrasso y Lepanto que, temerosas de asedio, convocaron de todas partes gente del pays en refuerzo de sus presidios y, especialmente, la que acabamos de dezir se huyó.

Entretanto, apoderado el ejército desembarcado de cinco grandes aldeas de otomanos, cautivaron a muchos que no las habían desamparado y, después de cargado con lo mejor y más portátil, pegaron fuego a las casas, en que se consumió una infinidad de trigo y otros granos. Últimamente, habiendo hecho durante cinco días todo el mal que pudieron en el pays, bolvieron a embarcarse en el puerto de Potalá para el de Domate, donde arribaron **a quinze de setiembre**, bien aprovechados los soldados de la reciente expedición. Allí, consultado lo que más conviniese y ponderados de nuevo los motivos y la necesidad de ocupar a la Preveza, se determinó con votos acordes passar inmediatamente a atacarla, no obstante saberse que el enemigo, recelándose de la misma resolución, tenía en aquella ribera un cuerpo considerable de cavallería, sin otras milicias de la provincia, determinado a disputar el desembarco. Pero, si con los ardides anteriores, se había conseguido deslumbrar sus cuydados, no fue menos feliz el último que se le armó embiando las seis galeazas y cinco galeras la buelta de Le-Gomenize (castillo fuerte, frontero de la ciudad de Corfú a cinco leguas), cuyo comandante, a aquel amago despachó un propio a Saban Aga, Cabo de los espahis de la Preveza, solicitando su pronta asistencia con aquellas tropas, y la obtuvo, como dos días después se reconoció en quedarse des poblado el

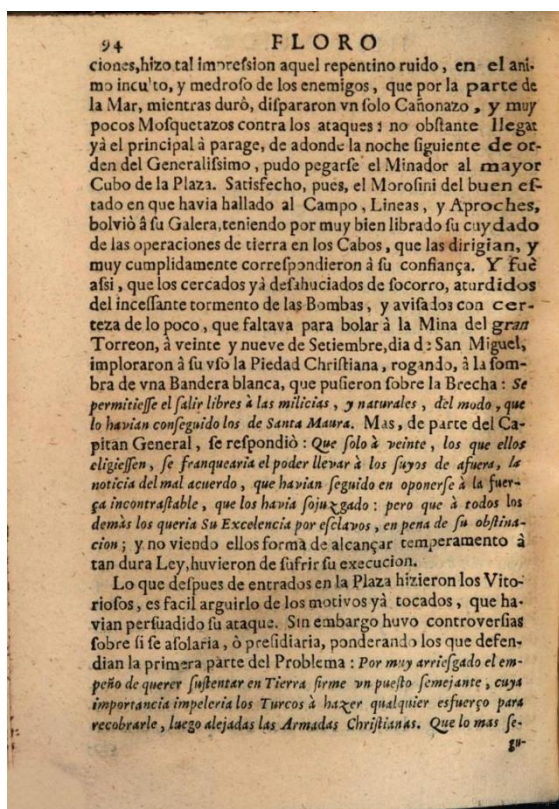
campo que antes ocupava, inmediato a la fortaleza, y lo confirmaron las salvas de la artillería con que en Le-Gomenize festejaron su llegada. Assí, desviada aquella gran parte del embarazo que se temía, la noche **del día veinte de setiembre** cayó la armada, como de improviso, sobre la playa de la Preveza y, a las nueve horas, ordenó el Capitán General que el armador Maneta con veinte y quatro embarcaciones menores armadas, bergantines, falucas, y otras, entrasse en el golfo de la Preveza por debajo de la artillería y mosquetería de la plaza. Y lo cumplió tan diestramente que, arrimándose quanto pudo a la misma muralla, si bien les dispararon diez y ocho cañonazos y más de ducientos mosquetazos, les passaron por encima franqueándoles el desembarco en un parage llamado Vati, donde con las mismas pequeñas embarcaciones passó sin contraste un estrechuelo ancho media milla a tomar tierra y doblar sus tropas. Durante estas diligencias fue amaneciendo y, hallándose toda la armada a la vista de los infieles que guarnecíán la ribera, se llenaron de soldadesca las falucas de las galeras y naos de guerra para fingir otro desembarco, mientras la artillería de las galeras disparava en los enemigos y los obligava a alejarse de la orilla. Logrose la estratagema a medida del deseo pues, cogiendo la gente del Maneta a la retaguardia turca por las espaldas a cosa de las tres de la tarde, mató e hirió a muchos, forçado el resto a ceder con la fuga el campo. De este modo quedó libre a los christianos no solo desembarcar sin peligro, pero la entrada en el arrabal de la fortaleza, el dominio del contorno y, especialmente, un puesto superior a ella que llamavan el collado de Mehemed Efendi, el qual además de la ventaja de su situación, de donde alcançava el mosquete a lo interior del recinto, prevenía una espesa arboleda en la cuesta un alojamiento seguro y cómodo a las tropas. Dados estos primeros afortunados passos en la empresa, embiose a ofrecer pactos honrados al comandante que suplía la ausencia de Saban Aga como entregasse la plaza sin pelear, representándosele *por insubsistente qualquiera esperanza de socorro, y por impossible ganar tiempo para aguardarle, contra el poder invencible que veía a sus puertas y sobre su mesma cabeça en el collado cercano*. Más bien al rebés de venir en el requerimiento, no le quiso ni aun acabar de oír, amenazando la muerte a quien se lo llevó por escrito si prontamente no se retirava de la contraescarpa, adonde se havía adelantado con el seguro de una llamada. Tanto podía en el bárbaro la engañosa persuasión de ver muy en breve comparecer al Aga Saban, a intentar su desempeño reforçado de quatro mil turcos, lo qual con todo en el concepto más probable de los christianos no tenía la menor verosimilitud, según las repetidas experiencias del abatimiento en que se hallavan los infieles. Sin embargo, se apercibió una fuerte y regular

circunvalación que, por la parte de tierra, se daba la mano con la que en la mar formava la armada.

A veinte y uno, quedando acabadas las baterías y guarnecidas de cañones y trabucos, començaron a obrar con terribles efectos de suerte que, **el día siguiente**, sin las ruinas que executaron unos y otros en los parapetos y flancos, como en lo interior de la fortaleza, quedaron desmontados, embocados e inútiles todos sus cañones por la parte de tierra. Cessando pues de disparar, más fácil fue lograr la diversión que a ratos ofrecían las carcasas levantando infieles en el ayre, por muestra de lo que en el suelo obrava su violencia, de modo que los sitiadores se combidavan unos a otros a ver mantear turcos sin que huviesse sucedido, hasta aquel día, otro accidente capaz de turbar el gusto de aquella comedia que el de la muerte de un solo soldado savoyardo y cinco heridos de las tropas de Malta.

A veinte y quatro, vino a tierra el Capitán General Morosini a ver lo que passava, en cuya ocasión, como en todos los puestos donde llegava se le hiziessen los honores debidos a su dignidad con tambores, trompetas y aclamaciones, hizo tal impresión aquel repentino ruido en el ánimo inculto y medroso de los enemigos que, por la parte de la mar mientras duró, dispararon un solo cañonazo y muy pocos mosquetazos contra los ataques. No obstante, llegar ya el principal a parage de adonde la noche siguiente, de orden del Generalísimo, pudo pegarse el minador al mayor Cubo de la Plaza. Satisfecho pues, el Morosini, del buen estado en que havia hallado al campo, líneas y aproches, bolvió a su galería teniendo por muy bien librado su cuydado de las operaciones de tierra en los Cabos que las dirigían. Y fue assí que los cercados, ya deshauciados de socorro, aturdidos del

incessante tormento de las bombas y avisados con certeza de lo poco que faltava para bolar a la mina del gran torreón, **a veinte y nueve de setiembre**, día de San Miguel, imploraron a su uso la piedad christiana, rogando a la sombra de una bandera blanca que pusieron sobre la brecha: *Se permitiesse el salir libres a las milicias, y naturales, del modo que lo habían conseguido los de Santa Maura*. Mas, de parte del Capitán General, se respondió: *Que solo a veinte, los que*



ellos eligiessen, se franquearía el poder llevar a los suyos de afuera, la noticia del mal acuerdo que habían seguido en oponerse a la fuerza incontrastable que los había sojuzgado; pero que a todos los demás los quería Su Excelencia por esclavos en pena de su obstinación. Y no viendo ellos forma de alcanzar temperamento a tan dura Ley, huvieron de sufrir su execución.

Lo que después de entrados en la plaza hizieron los vitoriosos, es fácil arguirlo de los motivos ya tocados que habían persuadido su ataque. Sin embargo, hubo controversias sobre si se asolara o presidaría, ponderando los que defendían la primera parte del problema: *Por muy arriesgado el empeño de querer sustentar en tierra firme un puesto semejante, cuya importancia impelería los turcos a hazer qualquier esfuerço para recobrarle, luego alejadas las armadas christianas. Que lo más seguro, era aplicar la pólvora que se había hallado en los almagazenes a bolarle.* Pero a este parecer, satisfacían los del otro, diciendo: *Ofrecía la nueva conquista materia de más loable ensanche a los ánimos y más propio de la Fama y fines de la Sereníssima República. Conservar aun la mayor parte de los epirotas (en cuyo terreno yacía la Preveza) su antigua ortodoxa religión y el deseo, igual al valor heredado de sus antepassados, capaz de assegurarla con la restauración de su prístina libertad, ayudados de las armas christianas, que ya tenían despiertas en sus coraçones tan noble esperança. Que, mejorándoles aquel puesto tan cómodo para principios del intento, con las fortificaciones necessarias, se verían muy en breve acudir muchos a usar de la ocasión como lo tenían ofrecido, mientras en otros más remotos se madurasse la disposición. Que, en todo caso, con aquel solo presidio y el amago de progressos mayores, quedaría divertido todo lo que sin él podrían sacar del Epiro los otomanos, para refuerço de sus huestes de Dalmacia o Ungría. Que también se debía atender al beneficio considerable que a las armadas christianas franqueava el Dominio del golfo de la Preveza. Pues dado que aun conservassen los turcos a la villa del Arta, puesta en la extremidad más interior del propio golfo, no tenían disposición para cosa de momento contra los poseedores de la boca y riberas más útiles de sus aguas. Además de que no faltavan esperanças de ocupar, aun aquel otoño, al Arta.* Prevaleciendo pues estas razones a las otras, se atendió desde luego a abonarlas con la execución de lo propuesto, en orden a fortificar la Preveza mejor y más regularmente, aplicándose el primer cuydado a levantar un fuerte en la eminencia predominante de Mehemet Efendi y, aún se trató de ayslar la plaza, ciñéndola con una canal de mar. Pensamiento digno de la magnanimidad de sus nuevos dueños, cuya obra consultaron los ingenieros, ofreciendo los naturales christianos del distrito sus manos para ella. De suerte que, si bien, la falta de noticias individuales y más recientes de aquellas partes, haze todavía dudar si se cumplió, parece lo haze probable el sustentarse aquella fortaleza a pesar de

los infieles, casi con todos los efectos considerados para mantenerla en pie, no obstante, el malogro de las diligencias que se hicieron para ocupar también al Arta, a que se opusieron los malos tiempos del otoño y el concurso de todas las fuerzas enemigas en la misma ribera.

Assí pues, quedó concluida y cerrada (válganos el término) la Campaña con llave de oro por aquella parte, retirándose las esquadras christianas coronadas de bien merecidos laureles, a gozar en sus puertos más inmediatamente de las bendiciones del Santo Pastor universal en retorno de sus hazañas. Entre cuyos efectos nadie dudó contar los años de vida que píamente se creyó habían añadido a Su Santidad y, juntamente, las nuevas Glorias adquiridas al nombre Christiano, cuya Fama fue cundiendo hasta los horizontes más remotos del Oriente con imponderable terror de los infieles. Mas suspendamos los encomios, o usemos de ellos con más economía hasta el año que viene, que no hallaremos los que basten a celebrar la menor parte de lo que obró Dios a favor de los fieles. Y démonos priessa en resumir lo que nos queda del infausto assedio de Buda, para contentar más prontamente la justa curiosidad de los que anhelan a ver los sucessos de un año, el más memorable y dichoso para la christiandad de quantos se hallen en los registros del tiempo.

Comprehendiéndose pues, en una generalidad desafortunada casi todas las operaciones que se intentaron contra la Plaza, assí sobre tierra como debajo de ella, con pérdidas cotidianas de Cabos y Soldados bien sensibles por la calidad y el número, solo se hablará de algunas facciones particulares que fueron cebando la expectación de un remate más alegre de la empresa hasta que, llegado el socorro otomano, le ayudó la inclemencia del otoño más cruel que el peor imbierno de otros climas, a obligar los exércitos christianos a retroceder del empeño. De las minas solo ay que dezir, deslucieron al cuydado de quien las dispuso o las contraminas del enemigo o la impericia de los mismos minadores. De las bombas se vio tal vez algún buen efecto, especialmente a la tarde del **día cinco de julio**, que las del ataque del General de la artillería, Conde de Staremberg, ocasionaron en la ciudad un incendio que duró cerca de dos horas. En los aproches también eran diversos los acontecimientos pues, aunque promovidos a distancia razonable, salían infructuosos ya por la imperfección de las brechas, ya por la exalación de las minas, o ya por las frecuentes salidas de los sitiados que, como eran muchos, raras vezes dejavan de executar lo que tenían premeditado, muy confiados en

que el Seraskier acudiría a remplazar lo que perdiessen en ellas. Pudieran con todo haver errado la cuenta, como es fácil inferir de haverles muerto además de otros muchos Cabos y Soldados de valor, dos Visires Governadores, el primero llamado Kara Mehemet, de que se tuvo la noticia **a treze de agosto** y, muy poco después, el Aga de los genízaros que le había sucedido en aquel empleo, cuyo lugar, por disposición temprana de la Puerta, ocupó Cheytan (o Satanás) Bajá, hombre de grandes experiencias, constancia y resolución, aunque por severo en orden a la observancia de la disciplina militar, menos bien quisto de los soldados pero que, en qualquiera manera, previno mucho que dezir y que alabar en su proceder (aunque infausto a él y a su partido) después de hecho Seraskier el año siguiente.

Muy essencial también se juzgó, sería al intento de las armas christianas lo que el coronel Heusler executó, en ocasión de haversele encargado passar con un cuerpo de tres mil cavallos alemanes y úngaros a tomar lengua de los otomanos la buelta de Alba Real, aún con el aviso que se tenía de un gran comboy destinado de Esseck para los almazenes de aquella ciudad. En efecto, llegó a tan buena hora a las puertas de Alba Real, que se apoderó casi sin oposición de ocho mil costales de trigo, quatro mil bueyes y otros despojos del enemigo. Y aunque la gente del comboy, entrada intempestivamente en la Plaza y corrida de su error, bolvió a salir con intento de atajarle el camino, supo tomar otro en que no la valió el afanar para darle alcance. Pues haviendo hecho alto con las tropas, mientras la presa passava adelante por un desfiladero de cinco horas, luego que la tuvo assegurada, rebolvió sobre los contrarios cargándolos hasta las puertas de Alba Real con muerte de muchos, en cuyo lance fue notable el denuedo de los úngaros, de modo que llegó muy entero aquel copioso refresco al campo imperial.

Entre esta diversidad de sucessos malos, dudosos y alegres, se proseguía el sitio de Buda quando, **a quatro de setiembre**, bolvió un confidente despachado del Duque de Lorena al puente de Esseck, por nuevas del ejército infiel, con la muy cierta de haver el Seraskier recibido orden del Sultán de intentar a qualquier riesgo el socorro de la Plaza. Que **a 31**, después de incorporados con su gente los refuerços que aguardava de diferentes partes, començaría a passar a aquel puente, dejando para resguardo de la Palanca que tiene en su extremidad, que mira a Buda, tres mil hombres que ya le habían venido de la Bosnia. Entonces había el Duque adolecido de tercianas que, estorvándole el uso de su acostumbrada actividad, le fue forçoso cometer a

ambos Condes de Staremborg, y al de Caprara, una Junta para discurrir la forma de oponerse al enemigo en caso de averiguarse la noticia. Entretanto, embió al Conde de Lamberg a la Corte Imperial a solicitar se apresurase la marcha de las tropas de Baviera, bien fatalmente retardadas hasta entonces del otro cuydado ya insinuado en las orillas del Rhin, con gran sentimiento de su heroyco dueño, ansioso de juntar a los trofeos reportados el año antecedente de los infieles, otros igualmente propios de su christiano zelo. Governava el Duque de Lorena estos passos dirigidos de su cordura al mayor acierto, a la vista de las nuevas insinuaciones que, **a tres del mismo mes de setiembre**, le havían venido del señor Emperador, con el Conde Rabata, consultándole sobre lo que juzgasse poderse obrar el resto de la campaña que apunto, era lo que se havía de tratar en la Junta referida. Fue pues, el voto uniforme de los tres Generales de que se componía: *Que, no pudiéndose a un tiempo, cuydar de los aproches contra una Guarnición todavía tan fuerte como se experimentava e ir a encontrar al Seraskier, convenía para esta segunda indispensable operación levantar el campo y, después de combatido y derrotado el enemigo, bolver a ocupar los puestos. Entendiéndose empero, este acuerdo, para en caso de que no huviesse llegado el ejército de Baviera quando se dejasse ver el Seraskier. Mas que en este otro caso, podría dársele batalla sin desamparar lo que se tenía adelantado contra la ciudad. Que mientras tardassen las tropas bávaras, podría retirarse la artillería más pesada a la isla de Santa Margarita, continuando empero el trabajo de las minas y sustentando los aproches.*

Solo tres días, después de aquella disposición, tardó el aviso de haver el Duque de Baviera y su infantería llegado a Strigonia y, **a nueve del mes**, se supo hallarse S.A. con sus mismas tropas en la isla de San Andrés, de donde vino a verse con el de Lorena (ya algo mejor de su achaque) y conferir sobre lo que requerían las urgencias del tiempo y la buena correspondencia entre ambos; lo qual assentado con gusto y amor recíproco, bolvió el Duque Elector a sus huestes, dejando empero a su General, el Conde Sereni, en el campo para que en compañía del Mariscal de campo, el Conde Ernesto de Staremborg, visitasse todos los puestos reconociendo dónde mejor se pudiesse abrir un nuevo ataque y alojar aquel nuevo refuerço.

Fue **el día 10 de setiembre** igualmente melancólico a los cercados, y regozijado a los sitiadores, comenzando a comparecer la infantería de Baviera, veterana y de excelente calidad, que acabó de llegar al campo el día siguiente en número de siete mil y quinientos, pero marchando con arte que la representava duplicada para mayor susto de los infieles. Con esto pareció

restituir la artillería gruessa a las baterías, de adonde se había removido y, después de ajustado que el ejército de S.A. Electoral socorrería cada día al aproche que tenían los imperiales por el costado del Danubio, con quatrocientos infantes, **la noche de doce a treze**, quedó abierto el nuevo ataque de los bávaros, asistido de una batería levantada por la misma Nación, que luego empezó a obrar.

A la propia sazón, juzgaron ambos Príncipes deberse fondar el ánimo del Visir Cheytan, intimidándole por escrito, *en nombre del César, que se rindiese si tenía intento de salvar las vidas y haciendas de los militares y Pueblo que estaban a su cargo y que, de no hazerlo, aguardassen él y ellos todos los males que cupiessen en el más terrible rigor*. Hiziéronse de este papel dos copias conformes, con propósito de introducir a la una por el ataque principal de los cesáreos y, la otra, por el de los bávaros; cerrada la una con el sello del Duque Elector y, la otra, con el del Duque de Lorena; haviéndolas de llevar cada una un turco prisionero, acompañado de un mosquetero hasta el parage de la entrega, que el turco había de presentar el recado puesto en la punta de una pica. Cuidó el mismo Duque de Baviera de instruir al turco del modo que había de obrar, dándole por compañero, además del infante, un Caboesquadra. Hallándose aquel día el Sargento general, Conde de Scherfttemberg, de guardia en el aproche imperial, se adelantó hasta un reduto cercano a la muralla y, haziendo llamar los turcos del puesto frontero, les hizo ofrecer la carta. Pero ellos respondieron no la podían recibir sin licencia del Oficial que les mandava, el qual avisado de lo que ocurría, también se escusó de admitirla sin orden del Visir. Passó en el ataque de los bávaros diversamente el negocio y fue que, haviéndose el Caboesquadra adelantado más que debía, le prendieron los otomanos a él y a los otros dos con quien iba, llevándolos todos tres al Visir que, avisado primero del caso, había prevenido a la Guarnición y naturales que, tomadas las armas, se doblassen en las plaças y calles por donde habían de passar los prisioneros.

Llegados a la presencia del Visir, después de recibida la carta, preguntó: *Qué gente era la que había entrado nuevamente en el campo y si el Conde de Staremborg estava allí*. Y satisfecho sobre ambos puntos, añadió muy grave: *No tenía necesidad alguna de rendirse, hallándose en grande abundancia todo lo que había menester para una larga defensa, aunque le sitiaran cien mil hombres*. Dicho esto, y regalado por su orden el Caboesquadra con quinze sultanines, o ducados de oro, despidió los tres prisioneros, mandándolos acompañar hasta la salida por

cuatro Oficiales genízaros, que lo cumplieron con toda urbanidad. Después, hizo significar al Conde de Scherftemberg: *Que la brecha no era parage a propósito para comunicarse ni introducir cartas, pero que si las trajessen a la puerta del Castillo, las recibiría.* Esto participado al Duque de Lorena, no quiso se dicesse el papel por la parte que insinuava el Visir, recelando discretamente el que interpretasse a alguna necesidad de parte del ejército la priessa que se mostrasse en semejante llamada.

Poco después de este lance, dio también el Visir en ostentarse hombre de pluma, disponiendo una especie de papel, o Manifiesto artificioso, en que hablaban los sitiados con los sitiadores, encareciendo con las hipérboles de su natural orgullo (y no sin derisión de sus enemigos) *el propósito en que estavan de sacrificarse todos en servicio del Gran Señor, y de su Ley, primero que entregar la Praça, aunque bien sabían estar libres de tal peligro con la nueva cierta que tenían de hallarse en marcha a socorrerlos ducientos mil musulmanes, los cien mil turcos a cavallo, quarenta mil genízaros y sesenta mil tártaros; y que todo aquel poder estava ya junto al lugar de Sexar.* De este género de recado, embiaron fuera una copia atada a una tablilla sobre un hermoso cavallo, que soltaron adrede por la puerta del castillo, combidando con su hermosura a quien más presto le recogiesse y dibulgasse lo contenido en el papel. Otro semejante, se halló atado a la flecha con que le habían despedido, en un cementerio por donde solían passar las guardias christianas, yendo y bolviendo de la función de los ataques. Y esto a fin de que la ficción se hiziesse lugar en la sencillez del vulgo militar y le amedrantassee. Mas no sirvió, sino de nuevo estímulo para esmerarse con mayor afán en batir la Plaza y adelantar los ataques, con esperanza probable de que la cavallería de Baviera y del Círculo de Suevia se anticiparan a la comparación del Seraskier.

De ese Generalíssimo infiel, **a catorze de setiembre**, se tenía noticia de cómo dos días antes, assistido de cinquenta mil hombres, había comenzado a passar el río Sarvitz con mucha priessa y sin bagage, indicio de su determinación a aventurar un combate. Pero a la nueva improvisa que le dio el Bajá de Alba Real, durante su mesmo passage, de hallarse nuevamente muy engrossado de infantería el ejército christiano, retrocedió a la otra parte del Sarvitz a disponer su movimiento por otros caminos indirectos, y con máximas, cuya execución justamente le calificó de Fabio de su Nación, a quien sin riesgo y con artes de gran soldado, supo salvar en una Plaza un Reyno.

A las primeras apariencias que a los sitiadores se les ofrecieron de ver brevemente la cara a los enemigos, atendieron a prevenirse para recibirlos, suspendiendo el primer fervor de los ataques y distribuyendo la infantería en puestos más oportunos al nuevo fin, con el dictamen de que, una vez logrado, sería fácil recobrar lo que se huviesse cedido. Ordenose pues que los seis mil infantes, divididos en dos cuerpos para los ataques, se estuviesen más unidos en sus trincheas para obviar a las salidas de la Plaza durante la diversión y, el resto de la infantería, distribuido en veinte esquadrones de trecientos hombres cada uno, puestos en los intervalos de la cavallería con dos piezas de artillería delante de ellos, en una línea frontera al camino por donde se aguardava el acometimiento. Mas como, con la nueva de haver el Seraskier repassado el Sarvitz, se desvaneciese por entonces aquel recelo, se bolvió al trabajo de los ataques, añadiéndose otro de unos nuevos y grandes redutos entre las baterías, adonde poder esperar la infantería más segura al esfuerzo del ejército otomano, ya que no convenía apartarse de las líneas para irle a encontrar sin certeza fija de dónde hallarle, ni de qué todo o parte, se desviasse por algún costado a introducir el socorro. De este modo, comenzó el General turco a sacar fruto de sus ardidés en orden a llevar el tiempo adelante y fatigar distante a sus contrarios, no menos que pudiera haverlo hecho más cercano, consiguiendo juntamente aliviar a los sitiados de la parte de molestia que, sin esto, les causara la parte de los sitiadores empleados en los nuevos reparos del campo.

Entretanto, concurriendo las lluvias (pertinaces quando empiezan en aquel clima) a favorecer al disignio del Seraskier, también impossibilitavan semanas enteras el dar passo adelante en los aproches, y aun conservar lo adelantado, ya desmoronando la tierra recién movida de las obras o ya inundando las galerías y las minas. Torció después el ejército otomano su marcha a passar otra vez el Sarvitz más arriba, sobre la mano izquierda, y a camppear entre Alba Real y un lugar llamado Nuevas Palancas, rebaja do a veinte y seis mil hombres el número que le havían dado las noticias antecedentes. Tan inciertas se experimentaron siempre casi todas las que trajeron fugitivos y rendidos, dictadas tal vez de malicia y las más vezes de lisonja y miedo. Las que hubo **a diez y siete de setiembre**, eran: *Haver llegado orden del Sultán al Seraskier de probar otra vez la mano con los christianos. Que, para mostrarse más pronto a obedecer, venía sin bagage y aun sin tiendas, subsistiendo las tropas de lo que sacava de Alba Real, de donde últimamente havía también hecho traer alguna artillería.* Pero la misma ligereza que se interpretava a pronta resolución de

pelear, era medio para los veloces y varios movimientos con que, a un tiempo, engañava a los sitiados y a los sitiadores hasta que, desconfiados los primeros de lo que tardava en acercárseles más, resolvió complacerlos, aunque siempre firme en el propósito de no arriesgarse a cosa que le pudiesse obligar a total empeño, sin que desmienta en nada a esta opinión lo que sucedió **a veinte y dos de setiembre**, y ahora se nos ofrece contar.

Haviéndose pues, acercado a Hansbeck (quizás, a consultar con los huessos de la gente que le habían muerto allí dos meses antes lo que más le convenía y confirmarse en lo que le dictava el escarmiento) después de embiadas algunas partidas gruesas hasta las líneas de los imperiales, a las seis de la mañana subieron a las eminencias de la parte de Alba Real (de donde se descubre muy a placer la ciudad de Buda) muchos batallones suyos, como a anunciar un buen día a los sitiados. Una hora después, vino su vanguardia marchando por el valle a doblarse en las mismas eminencias, amagando al medio de la circunvalación y, consecutivamente, mejorándose hasta tiro de cañón. Mas a los primeros que se dispararon, dividido en dos cuerpos, cayó impetuosamente sobre el ala derecha imperial, chocando el uno con las Guardias que estaban sobre el costado derecho y, el otro, con los dragones del Conde Magni que estaban sobre la mano izquierda.

Haviendo las Guardias (incapaces de mayor resistencia al número tan superior de los infieles) escogido el partido de la retirada, después de recibidos con todo el fuego de sus carabinas y pistolas, fueron seguidas hasta el esquadron de Staremburg que, acompañado del regimiento del Duque de Saxonia Lavemburg, esperaron ambos cuerpos a quema ropa los infieles y les dieron tal carga que, dejando buen número de muertos, se huyeron los demás. Lo propio acaeció a los otros con los dragones de Magni, a quien demás de su constancia y valor ayudó una haya espesa que les servía como de trinchea, de suerte que más fácilmente, y sin asistencia ajena, se desembarazaron del insulto ganando juntamente con otros despojos dos estandartes a los enemigos. Assí, desengañados por esta parte y sin repetir en ella los acometimientos, probaron por otras diferentes, su dicha, pero en todas con igual suceso. Sin embargo, no se quisieron retirar sin haver reconocido la línea, visitándola en todo el ámbito trecientos cavallos, algunos de los quales pagaron caro su curiosidad. Informado el Seraskier de lo que habían observado y de lo ocurrido en los avances, mandó tocar a recoger y, convocados en el valle los Cabos a quien había encargado la conducta de la

reciente facción, les preguntó rabioso: *Quién eran y quién los conocería en adelante, con la mascarilla de su infamia. Con qué tinta podría dar cuenta al Gran Señor de esta nueva vileza, que no le moviese a hazerla prontamente escribir con la sangre de todos en los registros de su formidable justicia. Dónde estava el valor y el punto de verdaderos musulmanes que se había creído adelantar y premiar en gente incapaz de atreverse a un hato de Perros, cansados de dos meses de incessante e inútil trabajo y aburridos de los cotidianos estragos que en ellos executava el glorioso presidio de Buda.* Dicho esto, pasó la mano al alfanje, como resuelto a acabar con él, a la terrible advertencia. Pero se reportó *diziendo no le quería ensuciar en brutos sin Ley y sin honor*, y se contentó con mandarlos entregar a quien prontamente los cargasse de cadenas y grillos hasta otra resolución. Opinión hubo (y probablemente la más cierta) entre otros súbditos suyos no culpados, que gran parte de aquella demostración fuese artificiosa para avivar más en todos y, mayormente en los de Buda, el concepto de estar determinado a obrar en todo trance, pero no lo persuadía lo que se acaba de referir, no pasando de nueve mil hombres la gente con que hizo atacar al campo imperial. Ni haze contra esto el dezir pudo tener más gente oculta en el valle, antes bien, sirve al sentir que llevamos el que, si la tuvo, no se valiesse de ella, aunque en ninguna ocasión más oportuna lo pudiera, no habiendo todavía llegado la cavallería de Baviera, ni la que se esperaba con el Conde Carafa, pero comenzó a comparecer la primera la misma tarde.

No es de omitir lo que el propio día se señaló el Duque de Lorena, como siempre, aunque todavía débilmente convalecido de sus tercianas, acudiendo a todas partes diez horas continuamente a cavallo. **El día siguiente**, se vieron mil y ducientos cavallos en la orilla opuesta del Danubio que, hecha señal a los sitiados, fueron algunos a ellos en dos embarcaciones. Mas no hubo otra novedad que no bolver la una de ellas a la Ciudad. Pero **a veinte y cinco**, haviéndose disipado algo una niebla que, acompañada de lluvia, había comenzado a incomodar a los sitiadores, se divisó al Seraskier con lo mejor de sus fuerças en la cumbre de un monte de, adonde bajando doblado, como a combatir, se acercó hasta fuera del tiro de la artillería, donde se estuvo quieto, para dar tiempo a dos mil cavallos suyos de ir rodeando buen rato en el valle, por donde se viene de Strigonia, a atacar las líneas del campo imperial prometiéndose (como sucedió) la gente mal dispuesta para la defensa. Haviendo pues, el presidio, hecho al mismo tiempo una fuerte salida de infantería y cavallería, rompieron de primera instancia trecientos hombres de los regimientos de Salm y Apremont de que, avisado el Duque, acudió en

instantes al reparo y, encontrando de camino su propio regimiento, y al de Dunevald, que se apresuraban al mismo fin, se les puso delante y obligó los enemigos a bolver muy presurosos las espaldas, mientras con su gente hazían otro tanto el Barón de Mercy, el Conde de Stirum y el coronel Herbevilla, atropellando parte de los infieles a abrigarse de la artillería de la Ciudad y los demás azia su grueso, pero también entrando unos trecientos, si ya no más, en la Plaza, los cuales aunque se juzgó serían antes aumento de carestía que de fuerças, no se averiguó. Tal es la sobriedad con que nos enseñan a vivir aquellos infieles que, aun en la mesma abundancia, se sustentan con la tercera parte del gasto de un christiano.

Sin embargo, como nada de esto bastasse a satisfacer las ansias del vulgo sitiado, rudo e incapaz de comprender las artes del Seraskier, y a la verdad se consumiesse el Presidio casi tan apriessa como el ejército fiel, no era mucho que los que conseguían el huirse al campo cevassen, aun con *Relaciones* encarecidas de aquellas miserias, las esperanças de oír en breve tocar en los puestos enemigos la llamada para capitular. Mas, aunque el nuevo refuerzo de la cavallería bávara, y el otro de quatro mil suevos, que llegaron a **once de octubre**, debieran confirmar aquella expectativa, no se vio mejoría alguna en el assedio que no fuesse balançada y deslucida de otros acontecimientos adversos, reemplaçando apenas aquella nueva gente a la que había perecido, y proseguía en perecer de enfermedades y heridas. De que, informado muy regularmente el Generalíssimo otomano por las espías y afectos encubiertos que Tekeli tenía en el campo, se alentó aun a trazar la forma de introducir socorros furtivos de víveres y gente por el Danubio, apercebidos en un bosque dos leguas distantes de Pest. A esto procuró obviar el Duque de Lorena, encargando al Conde de Dunevald que con dos mil cavallos, quinientos dragones y mil quinientos infantes, fuesse a desbaratar aquella emboscada. Mas quando llegó al parage, le halló abandonado y ardiendo las barracas; tan a tiempo habían sabido sus dueños el movimiento de quien los iba a buscar. Mas, aunque por entonces, supieron apartarse del peligro, no se duda el que en otras ocasiones lograssen después, en parte muy essencial, aquella prevención, no obstante, havérseles quitado muchas de las embarcaciones que habían recogido en la Ciudad y de que, repetidas vezes, se habían valido para traer recados de la otra parte del río. Pues, los que de afuera estaban destinados a aquel tránsito con el favor de las nieblas que en otoño levantan las lagunas formadas de las vertientes del Danubio y, aprovechando

también la mayor obscuridad de la noche, se arriesgaban a ejecutarle en otras barcas fabricadas y traídas en carros de los lugares del contorno.

De este modo **corrió casi todo el mes de octubre**, con más agüeros de infeliz remate a la empresa que progressos de buen semblante. **A 19**, quando parecía haverse emendado algo la impericia de los minadores de calidad que, ocultas sus obras y ya muy adelantadas, prometían lo que se decaía, fueron descubiertas a los infieles por un soldado úngaro, que se les fue a rendir, y sirvió de guía a una fuerte partida que luego se arrojó a destruirlas, y no se retiró hasta haver impossibilitado el reparo, sino a costa de mucho más tiempo, que ya se podía campar, como se reconoció **a veinte y siete** que, haviéndose buuelto a abrirlas, se tuvo por inútil cansancio el proseguirlo con que, de concierto, fueron abandonadas, así de los bávaros como de los cesáreos. No pudiendo con todo parar las cosas en este grado de perplexidad, fue forzoso discurrir otros acuerdos de lo que más conviniese aun con el parecer de la Corte, de donde previstas las contingencias siniestras del empeño, escribió S. Mag. Cesárea al Duque de Lorena: *Que no dudasse ni difiriese el tomar y cumplir la resolución que le dictasse su prudencia en la constitución actual del asedio y que, si no conocía con toda evidencia poderse apoderar brevemente de Buda, mirasse prontamente por la conservación del resto de las tropas, de suerte que pudiesen cuidar de sus cuarteles de invierno.*

Comunicado este despacho al Duque de Baviera, quedó determinado juntar el Consejo de Guerra **a veinte y ocho**, donde con indecible sentimiento fue ponderado *el desacierto de las minas, los rigores del tiempo, con la anticipación del frío y de las lluvias que impossibilitaban a las tropas el subsistir más en campaña, la cercanía del ejército enemigo en tales parages y con tan varios movimientos, que no era tratable el obligarle a pelear por la velocidad de sus cavallos, que también le servía a tener el campo en continua fatiga, inhabilitándole a resistir a un mesmo tiempo las salidas de la Plaza y los insultos de afuera. Que mientras, cada día, se experimentaban nuevas pérdidas en los ataques, cobrava el Seraskier nuevas fuerças por el puente de Esseck, haviendo noticias del día antes de que no solamente le habían llegado seis mil hombres, pero que había sacado veinte y siete piezas de artillería de Alba Real. Que de esto y de la obstinación mayor que nunca antes de los sitiados, debía inferirse los alientos que a unos y otros inspiraban la flaqueza del ejército imperial, y los refuerços que les venían para lograr su pertinacia, sin arriesgarse a ninguna facción campal.* Todo esto, siendo más que bastante a persuadir y justificar la resolución de levantar el asedio, se trató inmediatamente del modo de ejecutarla, determinándose quemar primero

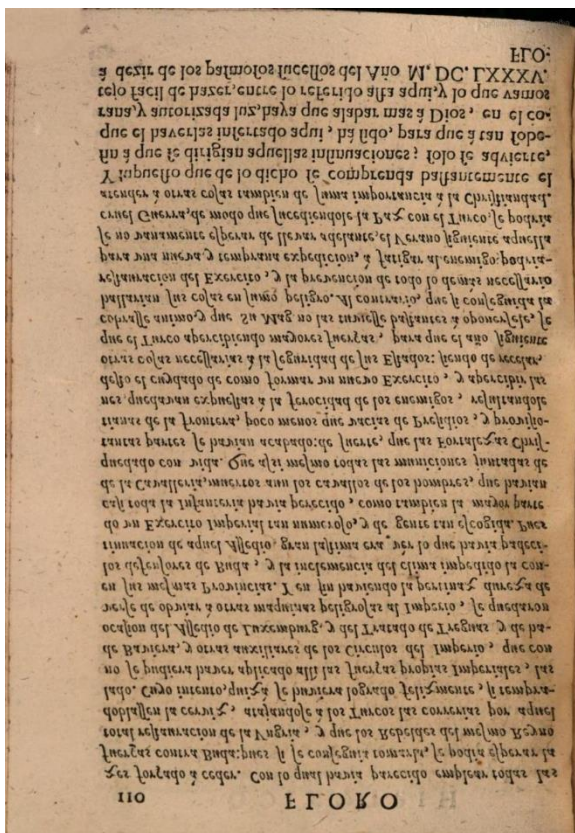
quanto quedava en pie en la Ciudad baja y en los arrabales, assolando assí mesmo a Pest y al fuerte de San Gerardo, para con esto quitar al enemigo la comodidad de alojar en Buda durante el invierno algún cuerpo considerable de tropas.

Finalmente, **a dos de noviembre**, después de concluidas aquellas ruinas, sobre todo la de Pest, de cuyas murallas y cubos, como tampoco de los edificios, quedó otra cosa que montones de piedras, tomó el ejército christiano su marcha la buelta de Strigonia y, en tan buena orden que, habiendo el Seraskier acercadose entonces con lo mejor de sus fuerças a la antigua Buda, no se atrevió a molestar la retaguardia, ni aun con la menor partida. De suerte que, sin embaraço ni daño, sino de una barca en que estaban algunos bávaros enfermos y cayeron en manos de los infieles, todo se retiró a las partes que a cada cuerpo estaban asignados para su descanso, o para cuydar de las Plazas de la frontera.

Tal fue el fin de aquella dificultosa campaña, no obstante, las repetidas premisas y los anuncios de otro mejor o, por dezirlo en términos de mayor

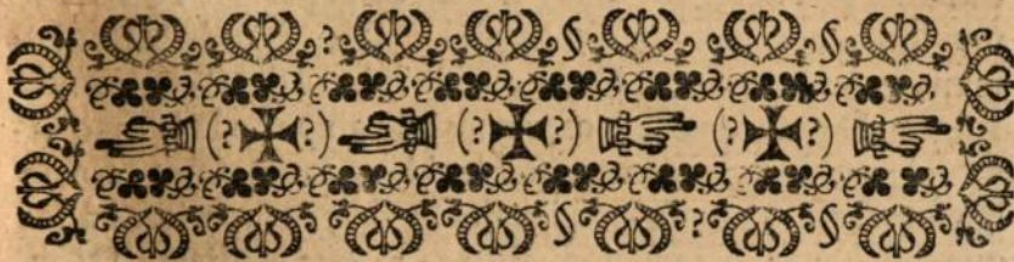
fuerça y crédito (siendo los mismos de que **a doze de noviembre** usó a este propósito el señor Emperador con algunos Potentados, sus aliados), *sin embargo de hallarse inferior en fuerças, se había servido el sumo Dios de que, hasta el asedio de Buda, no le llevase ventaja el enemigo del nombre christiano, sino que su divina Magestad había favorecido de tal suerte sus cosas que, después de rechazado de Viena el año antes, también en las expediciones de aquel verano había sido diversas vezes forçado a ceder. Con lo qual, había parecido emplear todas las fuerças contra Buda pues, si se conseguía tomarla, se podía esperar la total restauración de la Ungría y que los rebeldes del mesmo Reyno doblassen la cerviz, atajándose a los turcos las correrías por aquel lado. Cuyo intento, quizá se huviera logrado felizmente, si temprano se pudiera haver aplicado allí las fuerças propias imperiales, las de Baviera y otras auxiliares de los Círculos del Imperio que, con ocasión del asedio de*

Luxemburg y del Tratado de Treguas, y de haverse de obviar a otras máquinas peligrosas al imperio, se quedaron en sus mesmas provincias. Y, en fin, habiendo la pertinaz dureza de



los defensores de Buda y la inclemencia del clima impedido la continuación de aquel assedio, gran lástima era ver lo que había padecido un ejército imperial tan numeroso y de gente tan escogida. Pues casi toda la infantería había perecido, como también la mayor parte de la cavallería, muertos aun los cavallos de los hombres que habían quedado con vida. Que assí mesmo, todas las municiones juntadas de tantas partes se habían acabado, de suerte que las fortalezas christianas de la frontera, poco menos que vacías de presidios y provisiones, quedavan expuestas a la ferocidad de los enemigos, resultándole de esto el cuydado de cómo formar un nuevo ejército y apercibir las otras cosas necessarias a la seguridad de sus Estados, siendo de recelar que el Turco, apercibiendo mayores fuerças para el año siguiente, cobrasse ánimo y que Su Mag. no las tuviesse bastantes a oponérsele, se hallarían sus cosas en sumo peligro. Al contrario, que si conseguida la restauración del ejército y la prevención de todo lo demás necessario para una nueva y temprana expedición a fatigar al enemigo, podríase no vanamente esperar de llevar adelante el verano siguiente aquella cruel guerra de modo que, sucediéndole la Paz con el Turco, se podría atender a otras cosas también de suma importancia a la christiandad.

Y supuesto que, de lo dicho, se comprenda bastantemente el fin a que se dirigían aquellas insinuaciones, solo se advierte que el haverlas insertado aquí ha sido para que, a tan soberana y autorizada luz, haya que alabar más a Dios en el cotejo fácil de hazer entre lo referido hasta aquí y lo que vamos a dezir de los pasmosos sucessos del año MDCLXXXV.



F L O R O
HISTORICO,
O SVCESSOS DE LA LIGA SAGRADA
CONTRA TVRCOS

EL AÑO M.DC.LXXXV.



N grande Año, vn Año mas memorable, que muchos siglos, es el que vamos à registrar en los Fastos de nuestra edad: Año por tantos títulos acreedor de las mejores plumas de la Christiandad, que todas juntas no bastarán à celebrar dignamente las hazañas Eroycas, que le han ilustrado. El orgullo Otomano, en tantas ocasiones escarmentado. Sus Huestes rotas, y postradas en qualesquiera rencuentros. Tantas Plazas capitales fuyas, y de sus devotos, expugnadas, aun algunas vilmente cedidas, y abandonadas. Sus Lunas en continuo movimiento retrogrado de fugas, adonde encubrir sus afrentas, y dissimular sus frequentes Eclipses. Sus temores de vna total ruina, cifrados bien claramente en las can-

**FLORO HISTÓRICO,
O SUCESSOS DE LA LIGA SAGRADA CONTRA TURCOS.
EL AÑO M.DC.LXXXV**

Un grande año, un año más memorable que muchos siglos, es el que vamos a registrar en los fastos de nuestra edad. Año por tantos títulos acreedor de las mejores plumas de la christiandad, que todas juntas no bastarán a celebrar dignamente las hazañas eroycas que le han ilustrado. El orgullo otomano, en tantas ocasiones escarmentado. Sus huestes, rotas y postradas en qualesquiera rencuentros. Tantas Plazas capitales suyas, y de sus devotos, expugnadas, aun algunas vilmente cedidas y abandonadas. Sus Lunas en continuo movimiento retrógado de fugas, adonde encubrir sus afrentas y dissimular sus frequentes Eclipses. Sus temores de una total ruina cifrados, bien claramente, en las cansadas instancias de Pazes hechas de su parte. Vengar su Gobierno, por motivos incomprendibles a todo discurso humano, las injurias del César en la cabeza de la Rebelión de Ungría. Desmoronarse y caer, como de golpe, toda la máquina del partido inobediente establecida en tantos años, como la vimos resistir con armas iguales y, tal vez, superiores a las que solicitavan su reducción. Esto es lo que, mediante Dios, pensamos referir, pero con circunstancias tan raras y maravillosas que no será poco halle su verdad el crédito de Historia, en los tiempos más apartados de los mismos sucessos.

Bien diferentes los esperaba la Puerta Otomana después de recobrada del desmayo, que tres meses le había durado, del peligro de Buda. Pues con este mismo impulso se aplicó a tales prevenciones que, si las lograra, pudieran bastar no solo a restaurar sus pérdidas de Ungría, pero también a resucitar el crédito que se le quedó sepultado en los ataques de Viena. Materia, con todo, en que no nos detendremos mucho, ni tampoco en los apercebimientos de las tres Potencias christianas confederadas, para darnos más priessa azia las operaciones, de cuyas noticias es, con razón, más deseosa la curiosidad de los fieles.

A todas las partes del dilatado Imperio Otomano fueron presurosas órdenes y, tras ellas, soltó Mehemet IV de sus arcas raudales de oro que dispusiessen los ánimos a remplazar brevemente las innumerables tropas que, hasta aquella sazón, había consumido la guerra. Calificola en Editos del Muftí

de empeño religioso, e indispensable no solo para defensa y propagación de la Ley de Mahoma, pero también para satisfacerse los musulmanes de las afrentas y daños padecidos de los *Taures* (o infieles), según nos llaman, los dos años antecedentes, juzgando preñar mejor por este lado la superstición de sus Pueblos. Al ofrecimiento de pagas dobles, y otros premios, que hizo a los que se alistassen, le acompañó el Sultán con amenazas terribles y con penas efectivas contra los que, por los feudos o encomiendas, que poseían (llaman a este género de gente *Timariotes*), o por otros empleos, estaban obligados a acudir al llamamiento. Constándole el terror, que hasta las regiones más remotas de su Monarquía habían propagado las vitorias de los christianos, acordó sobre consulta del Diván suavizarle con nuevas fabulosas, encareciendo sobre lo que dijimos en otra parte, el estado miserable en que se habían retirado de Buda, y de otras expediciones, las huestes alemanas, dibulgando por verdades las patrañas con que Tekeli (hombre, el más diestro del Mundo y más versado en semejantes artes) solía mantener su opinión en la misma Puerta. Mas todo esto con tan poco fruto que, habiendo sido la planta de la gente destinada para Ungría y Croacia de ducientos mil hombres de milicias regulares, dúdase si pasó de sesenta mil el ejército del nuevo Seraskier Seitan Bajá. Y el sucesso de Esseck (que se verá a su lugar) mostró bien claro la falta de cuydado, o de fuerças, con que los turcos habían proveído a aquella parte. La propia flaqueza manifestó aquella Potencia achacosa en todas las demás. En la mar muchas galeras, sí, pero tan mal armadas que en pocos días de navegación fuera de los Dardanelos, huvieron de desarmar diez u doze para tripular las demás de las chusmas y guarniciones precisas, y aun con los auxilios de Tripoli y Argel (sin duda, lo mejor de sus armadas) todo fue huir y abrigarse de puertos inaccesibles a enemigos, en descubriendo la menor esquadra de venecianos, a quien fue fácil imponer a casi todo el Archipiélago el yugo de contribuciones que en la guerras passadas salvó a los griegos de islas y playas, donde hallaron disposición para tomar las armas contra sus tiranos. Casi la propia mala orden reynó en todas las Plazas marítimas de los infieles, menos en las costas del Adriático, donde presidiaron competentemente las fortalezas de Castelnovo, Dulcino, la Valona y otras, contra la armada veneciana, pero no con igual desvelo miraron por algunas Provincias mediterráneas de la Dalmacia y otras, aunque igualmente sugetas a invasiones de afuera y no menos a movimientos de internas sublevaciones, de suerte que su pays de Dalmacia quedó poco menos que descubierto a las talas de venecianos y morlacos, teniéndolas por mal de más fácil remedio. Pues no faltando a los naturales adonde retirar más adentro sus familias, ganados y

alajas, ni siendo probable fijassen los invasores el pie en terrenos algo apartados de la mar, de adonde forçosamente havían de venir los primeros alimentos de municiones y pertrechos para su establecimiento, podrían passada la borrasca bolver los paysanos a poblar y cultivar sus tierras. Mas, entre los muchos errores de los turcos que no tuvieron escusa, fue la falta de providencia con que cerraron los ojos al bullicio de los Maynotes (guárdase para otra ocasión dezir qué gente son), contentándose con taparle en sus mismas cenizas en lugar de apagar totalmente aquellos principios de incendio, que después se explayaron más en la Morea con anuncios probables de mayores progressos el año 1686 que esto se refiere.

Solo en Polonia, encomendado a tártaros el mayor peso de la guerra, la mantuvieron con alguna apariencia de igualdad, satisfechos de haver asegurado a Kameniez, ya que no tenían disposición para aprovechar la tarda salida de polacos a campaña. Estos, a la verdad, atrassados entonces en los aprestos, tampoco con las obras correspondieron a la expectación universal, por bien librada que estuviese en el concepto de su valor; ni bastaron las representaciones generosas y zelantes del Rey a madurar en las Cortes las disposiciones en tiempo de poderlas lograr, atravesándose a su buen deseo accidentes contrarios difíciles de superar en Regencias Aristocráticas, mayormente quando se trata de defender, o abrogar alguna Ley, siendo pocos los que comprendan deben rendirse todas a la necesidad. De este género fue lo que, a la sazón, sucedió entre polacos y lituanos, ínclitas columnas de aquella gran República. Siendo la quistión dónde se juntarían las Cortes (acto indispensable para deliberar sobre varias materias graves y, principalmente, pertenecientes a la guerra actual con los infieles), alegaron los polacos la precisión y conveniencia de celebrarle, en aquella ocasión, en parte del Reyno menos remota que la Lituania de los confines enemigos, para poder la Nobleza congregada acudir más prontamente a ocupar sus puestos en el ejército. Contendían los lituanos tocarles aquel año la alternativa de las mismas Cortes en su patria e, inreductibles algunos meses, rehusaron passar a Varsavia, donde el Rey y los Magnates polacos los combidavan y aguardavan, acompañando sus instancias y razones con declaraciones de que aquella forçosa novedad no podría perjudicar a su derecho, e interponiendo el mismo Rey los oficios de verdadero Padre común para terminar la diferencia, según el dictamen más saludable, antes que passasse el tiempo dedicado a las urgencias más apretadas de la República, y las hallase indecisas, y al ejército desapercibido, la sazón de campear como apunto sucedió. Pues llegaron tan

tarde los lituanos, y con protestas tan intempestivas e impropias del caso, que fue lo mismo (si no, peor) que no haver llegado, quedando imperfecto el principal negocio y privado el ejército de pagas atrassadas, reclutas y otras cosas necessarias a moverse y obrar conforme a su dignidad. En fin, para dezirlo todo brevemente, no hizo poco en suplir con el brío nacional lo limitado de su número, executando a la vista y a pesar de los insultos de un ejército infiel, tres o quatro vezes mayor, una retirada tan entera, valerosa y regular que, no sin razón, la reputaron muchos por vitoria insigne, fundados en que importava más haver salvado de un peligro inminente y conocido veinte mil christianos, que si se derrotaran sesenta mil tártaros y turcos.

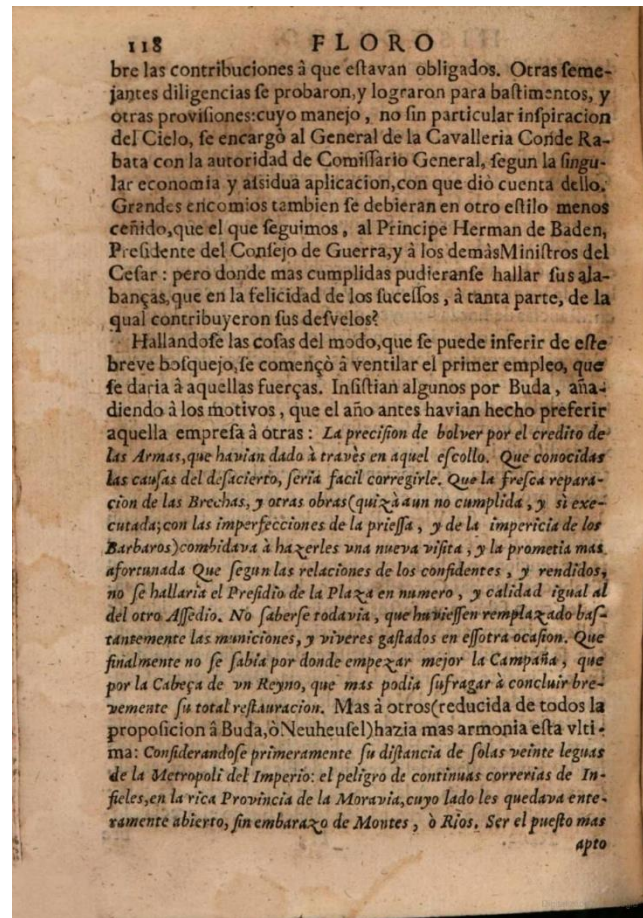
De Venecia, con solo dezir fueron sus armamentos de Mar una de las pruebas acostumbradas de que aquel Senado jamás yerra por su culpa los passos y medidas de sus resoluciones (siempre glorioso émulo de quanto enseñaron, digno de imitación, los mejores siglos de la República Romana); pensáramos a satisfacción bastante del Mundo Literato, haver emparejado el estilo con la prontitud y acierto de sus apercebimientos. Sin embargo, para mayor ponderación de su destreza y de la estimación que debe a los mayores Potentados de Alemania, es de añadir alcançó, por medio de ajustes muy razonables, quatro mil infantes de las tropas del Duque de Hanover, debajo del mando de uno de los Príncipes de la misma Casa. Y después, hallándose personalmente en Venecia el Duque Elector de Saxonia a gozar de los divertimientos de aquella maravillosa ciudad, le concedió otros tres mil infantes. Todas las quales tropas, no perdieron un momento en abreviar sus largas marchas para llegar a tiempo de señalarse en las expediciones de Levante, con los demás Auxiliares pontificios, malteses y toscanos, y las otras levas de ultramarinos, ultramontanos e italianos que, muy temprano, estuvieron entabladas.

A la propia sazón, trabajava por su parte el señor Emperador a restaurar y engrossar con reclutas y nuevos cuerpos de tropas sus ejércitos, venciendo a un tiempo con aplicación y vigilancia digna de la embidia de Constantinos y Teodosios, diferentes impossibles, ya de la escaseza de medios, ya de los cavallos para remontas y Tren, ya de artillería y otros pertrechos proporcionados a sus augustas Ideas. Por lo que toca a medios, halló en la mina de la fidelidad y amor de sus vassallos incomparablemente más de lo que se pudiera haver imaginado, después de tantos servicios extraordinarios antecedentes, y de tantas ruinas, de cuyas cenizas blanqueavan todavía

innumerables Lugares asolados en la Austria inferior y en la Moravia. El Pontífice y otros Príncipes también concurrieron con lo possible a aligerar este cuydado, el qual ayudado assimesmo de varios arbitrios de la industriosa equidad del mesmo César y de sus ministros, se dispuso lo que tocava a tropas en competente forma, previniendo a los Oficiales el tiempo fijo que havían de acudir a la plaza de Armas con toda la gente de su obligación. Con los Príncipes de la Casa de Luneburg y Brunsvich se trató por onze mil hombres y, con el Elector de Colonia, por otros seis mil, la mitad pagada por su cuenta todo el tiempo de la campaña, a insinuación de Su Beatitud que, en parte de retorno, le franqueó las Bulas y la confirmación del Obispado y Principado de Munster. También tuvo, el Duque Elector de Baviera, apercebidos los doze mil hombres de los años antecedentes y los acompañó con las circunstancias de fineza heroyca, que se guardan para su lugar. A todas estas fuerças, intimándoselo el César, ofrecieron con obsequiosa prontitud los Círculos y Príncipes del Imperio añadir las porciones de auxilios a que los obligan las leyes, tratándose de la causa común y seguridad de la Germania contra los otomanos. Assí mesmo, se halló en la Corte de Saxonia disposición para diez y seis cañones de veinte y quatro libras de bala, satisfaciendo el material con otras piezas rotas a proporción del peso, y en dinero, la nueva fundición y la conducción hasta Viena. Pero, quien después trabajó con presteza y perfección incomparable, aun con menos gasto a la prevención no solo de todo género de artillería, pero de trabucos, bombas, carcassas, granadas y otros fuegos artificiales (cuya fábrica y efectos examinados y reconocidos, se hallaron incomparablemente superiores a quanto, hasta entonces, se havia visto de otros artífices de la mesma profesión), fue el Tiniente General de la artillería don Antonio Gonçalez, que de orden del Marqués de Grana, Governador de los Países Bajos, después de publicada la Tregua de Veinte años entre el Imperio, España y Francia, con algunos Reformados, havia passado del exército de Flandes a exercer allí su excelente talento. A las Provincias hereditarias se pidieron cavallos para el Tren, haziéndoselos bueno el precio sobre las contribuciones a que estavan obligados. Otras semejantes diligencias se probaron y lograron para bastimentos y otras provisiones, cuyo manejo, no sin particular inspiración del Cielo, se encargó al General de la cavallería, Conde Rabata, con la autoridad de Comissario General, según la singular economía y assidua aplicación con que dio cuenta de ello. Grandes encomios también se debieran, en otro estilo menos ceñido que el que seguimos, al Príncipe Herman de Baden, presidente del Consejo de Guerra, y a los demás ministros del César, pero dónde más cumplidas pudiéranse hallar sus

alabanzas que en la felicidad de los sucesos, a tanta parte de la qual contribuyeron sus desvelos.

Hallándose las cosas del modo que se puede inferir de este breve bosquejo, se comenzó a ventilar el primer empleo que se daría a aquellas fuerças. Insistían algunos por Buda, añadiendo a los motivos que, el año antes, habían hecho preferir aquella empresa a otras: *La precisión de volver por el crédito de las Armas que habían dado a través en aquel escollo. Que, conocidas las causas del desacierto, sería fácil corregirle. Que la fresca reparación de las brechas y otras obras (quizá aun no cumplida y, si executada, con las imperfecciones de la priessa y de la impericia de los bárbaros), convidava a hazerles una nueva visita y la prometía más afortunada. Que, según las Relaciones de los confidentes y rendidos, no se hallaría el Presidio de la Plaza en número y calidad igual al del otro asedio. No saberse todavía que huviesen remplazado bastantemente las municiones y víveres gastados en esa otra ocasión. Que, finalmente, no se sabía por dónde empezar mejor la campaña que por la cabeça de un Reyno, que más podía sufragar a concluir brevemente su total restauración.* Mas a otros (reducida de todos la proposición a Buda o Neuheusel), hazía más armonía esta última: *Considerándose primeramente su distancia de solas veinte leguas de la metrópoli del Imperio, el peligro de continuas correrías de infieles en la rica Provincia de la Moravia, cuyo lado les quedava enteramente abierto sin embaraço de montes o ríos; ser el puesto más apto (si se ganasse) a enfrenar la insolencia de los rebeldes y servir de plaza de Armas contra ellos, con su fertilíssimo y dilatado territorio poblado de millares de aldeas, donde sustentar un exército razonable durante el imbierno. Fácil a la infantería, como a qualquier género de pertrechos, llegar a Neuheusel por el Danubio y el Neutra. No consistir la importancia de las Plazas en los magníficos nombres de cabeças de Provincias o Reynos, sino en la situación respeto al interés y mayor conveniencia de quien aspira a su conquista. Poder constantemente Neuheusel, en manos de infieles, hazer más mal a Viena que Buda ni otra fortaleza alguna turca de Ungria. Ser tales las dotes naturales para fuerte que assistían a Neuheusel que, con lo que el Arte ya la havia añadido, podía con poco gasto reducirse a inexpugnable. Razón*



muy poderosa para que, a sus actuales possessores, se procurasse quitar la ocasión de aprovechar el reparo, sobre todo antes que por algún accidente consiguiesse el enemigo reforçarla, para cebar más fuertemente la diversión con que obligava tener un cuerpo tan considerable de gente a su vista el invierno y el verano. Que el pensamiento de Buda no se podía negar fuesse magnánimo, pero que todavía eran muy frescas en el ejército las memorias y el horror de lo que había padecido en el Sitio. Que la mayor comodidad con que se traería al campo de Neuheusel también militava en favor de este parecer, como así mesmo lo que facilitaría su expugnación a los otros disignios que se meditassen la buelta de Pest. Procurassen pues, los Generales y Cabos que cuydavan de aquella frontera, assegurar de tal suerte al bloqueo que se hallasse el Presidio fatigado de facciones y necesidad, quando el tiempo diesse lugar a un formal ataque de la Plaza.

A estas razones no hubo réplica. Tratóse inmediatamente de engrossar las tropas que guardavan las avenidas y del modo de asistir las con puntualidad, para poder a un tiempo resistir y desvanecer los intentos del enemigo y llevar los rigores del invierno. Pero, lo que más condujo al acierto de este saludable acuerdo, fue la elección que se hizo de quien dirigiesse la ejecución, y fue el coronel de cavallería Heusler. Soldado en quien concurrían todos los requisitos más acendrados de experiencias y valor y, especialmente, el de haverse sabido grangear la amistad y estimación de los úngaros leales. Virtud bien rara en alemanes y úngaros, por la gran dificultad con que se obtiene ablandar sinceramente la antipatía embejecida, ya algunos siglos, entre ambas Naciones; causa de tantos desastres como particularmente se ha visto en la Rebelión última de Ungría, pero más fatal por ser mayor el odio entre alemanes católicos y úngaros hereges. Ni solamente se esmeró el coronel Heusler en conciliarse la benevolencia de los úngaros militares, pero también de los paysanos del territorio de Neuheusel, satisfaciéndoles puntualmente los géneros que traían a sus cuarteles. Mas, con severos Editos contra los que llevassen la menor cosa a la Ciudad, si bien el interés de quien suele hazerse esclava la gente de pocas obligaciones, hizo caer aquellos villanos en frecuentes contravenciones, que algunos pagaron con la hacienda y con la vida. Pero lo cierto fue, que desde el día que corrió el Bloqueo por aquel Cabo, no introdujeron los infieles en Neuheusel ni socorro ni refuerzo de momento, antes bien les quitó varios comboyes gruesos de mantenimientos y municiones, cuyo provecho participado con la debida igualdad a los hússares, le confirmó más su buena voluntad.

Entre las ocasiones que malograron los bárbaros en semejante intento, es particularmente digno de contarse lo que pasó **a doze de março**. Sabiendo ellos que el Heusler obrava en su comisión más con industria que con número de gente proporcionada a ella (teniendo apenas dos mil cavallos y mil infantes), juntaron en Novigrado cerca de nueve mil entre espahis y genízaros, determinados a abrir con ellos el passo a Neuheusel a más de seiscientos carros cargados de todos géneros de municiones. Avisado el coronel distintamente de estos aprestos por unos paysanos, a quien por súbditos del Turco era libre practicar en sus plaças y campos, aunque solicitó refuerços, no dio lugar el enemigo a conseguirlos para el tiempo que eran menester. Mas, no por esto, dejó de adelantarse al encuentro de los infieles hasta el río Ypol, en cuyos vados repartida su poca infantería con algunas pequeñas piezas de artillería que modernamente se usan en los exércitos alemanes delante de los esquadrones, los recibió de tan buen ayre que, aturridos a los primeros cañonazos y mosquetazos, tomaron inmediatamente la carga en fuga declarada, seguidos algún espacio de la cavallería christiana que degolló a más de trecientos y, quizá hubiera acabado con los demás, si el prudente recelo de algunas emboscadas en un pays capaz de ellas por su desigualdad, no hubiera dissuadido el empeñarle más en el alcance. Pero a la buelta, sabido que los de la Plaça havían hecho una numerosa salida para darse la mano con el comboy, chocó el coronel con ellos y, persiguiéndolos hasta las puertas de Neuheusel, mató a muchos y prendió hasta treinta, sirviendo la acción a unos y otros de último escarmiento para no aventurarse otra vez a ninguna semejante expedición, sin los medios competentes a un conflicto campal que decidiese la contienda. Avivado pues con estas pérdidas, en los ministros del Sultán, el temor de perder una fortaleza de tanta consecuencia, hizo el Primer Visir apresurar la marcha a Buda con orden de emprender a todo trance el alivio de aquella Guarnición, antes que el Bloqueo convirtiéndose en sitio formal lo dificultasse más. Pero esta resolución, habiendo llegado temprano a la noticia del César, fue parte para que el Príncipe presidente de su Consejo de Guerra acelerasse, con repetidos correos, el movimiento de las tropas de Luneburg y encargasse al Tiniente de Mariscal de campo, General Conde Carlos Palfi, el anticiparse a reconocer los puestos ocupados del Heusler y concertar con él la gente que fuesse menester para estrechar más, y con más seguridad, el Bloqueo. Executada pues su comisión y oído a su buelta en la Corte, se ordenó inmediatamente separar de diferentes regimientos tres mil hombres, cavallería e infantería que acudiesen a aquella parte, lo qual visto por el Cardenal Bonvisi, Nuncio apostólico, lleno

de gozo de que ya se passasse a mayor empeño azia la restauración de tan gran Plaça, en cuya resolución havía concurrido el voto y agrado de Su Santidad, entregó al Comissario General Conde Rabata cien mil florines, remitidos poco antes de Roma, para ser empleados en lo que más necessitasse el servicio del César, con que pudo socorrerse prontamente a aquel cuerpo de ejército en su actual operación y proveer a otras cosas concernientes al avío de la campaña.

Assí, abultando ya más el Bloqueo de Neuheusel, pareció proveerle de un Cabo de más graduación que un coronel, cuyo cargo hasta nuevo aumento de las mismas fuerças cupo al Conde Palfi, que luego fue a exercerle assistido del Heusler de suerte que, alentados ambos con la nueva gente que se les agregava, y toda la soldadesca con pagas y providencia suficiente, se fue mejorando notablemente el buen semblante anterior de las cosas. Verdad es, que no solo los hombres contrastaron a los disignios de los bárbaros durante la primavera, pero el mismo Cielo, sobre todo el mes de mayo, con frecuentes lluvias y las nieves deshechas que, sacando los ríos de madre, les impossibilitaron passarlos y dieron tiempo a las tropas más remotas de llegar a formar el premeditado assedio. En efecto, **a doze de mayo**, entraron en la Provincia de Moravia, confinante con la Ungría superior, los onze mil hombres de la Casa de Brunsvich, mereciéndose el General Mayor Chauvet, que las mandava debajo del Príncipe de Hanover, mucha alabança por haverlas hecho abreviar el camino sin cansancio notable. Fuéronles, con todo, señalados quarteles de refresco, entregadas algunas pagas y nombrado un Comissario nacional de su gusto, recayendo muy bien la atención en gente de tan aventajada calidad.

Entonces, se discurrió cuál de dos resoluciones debía preferirse en la postura actual que se hallavan las cosas: atacar desde luego la Plaça bloqueada o diferirlo, dejando a los regimientos acuartelados gozar algunas semanas más del beneficio de los alojamientos, en cuyo espacio juntándoseles sus recrutas, tendrían estas, lugar de aprender los estilos militares y comenzar a hazerse a la disciplina de su nueva profesión. Dezían los que eran de este parecer: *Poderse seguir sin riesgo y con provecho: lo uno porque los turcos nunca solían acabar de juntarse hasta la mitad de julio y que, entretanto, se consumirían más el Presidio y las provisiones de Neuheusel, aun quizá madurándose la rendición por hambre, en cuyo caso, quedarían las tropas enteras en el Bloqueo y llegarían las más apartadas más numerosas y robustas. Al contrario, se ponderavan las grandes consecuencias que resultarían de apresurar la reducción de Neuheusel, antes que el enemigo se hallasse con fuerças capaces de emprender el socorro, o*

alguna diversión que le compensasse su pérdida, de modo que el ejército libre de aquel embaraço, después de satisfecho a la reputación de las armas en orden al empeño hecho sobre la Plaça, pudiesse todo unido buscar al Otomano y, si no se dejasse hallar, aplicarse a alguna operación que le obligasse a pelear. Prevaleció con todo el dictamen opuesto, apoyado del nuevo reparo *de no juzgarse las tropas que actualmente se hallavan en el Bloqueo, o en distancia de algunas leguas, bastantes a formar el assedio y también parecer difícil traer, con la brevedad necesaria al intento, las que estaban lejos.*

Mas sin detenernos en las réplicas que se podían hazer a aquellas razones, mejor será confessar fue voluntad de Dios que no estorvassen al acierto, por mucho que mormurasse y clamasse la christiandad toda escandalizada de una dilación, tocante a la qual, nada que se alegasse satisfacía sus ansias de que las armas fieles se anticipassen a las otomanas en formal campaña y en el empleo que ya tenían publicado. Y bien se manifestó después del sucesso, ser uno de los que la Providencia divina toma, tal vez por su cuenta sola, assegurándole desde el principio contra cualquier error de los acuerdos humanos. Solo el engaño de la penuria supuesta de los víveres que reynava en Neuheusel, en que se fundó principalmente el dictamen que se abraçó, comprueba aquella verdad. Mas no por esto puede, la verdad Histórica, negar al Bajá de Neuheusel los encomios de la destreza con que sembró y cultivó la voz de su equívoca necesidad, siendo igualmente exemplar para christianos y turcos el zelo y honrada ambición que le movía a atraher las huestes christianas sobre sí, hallándose con el caudal de resolución y constancia que mostró hasta el último trance de su vida, qual a su tiempo se verá.

Entretanto, viendo el Visir de Buda le havían prevenido los imperiales con reforçar el Bloqueo de Neuheusel, y dificultarle más el cumplimiento de las órdenes del Sultán, dio en probar si los podía llamar a otra parte, ya amenazando con fuertes partidas a Vicegrado, y a Strigonia mesma con assedio. Y esto, manteniendo en Novigrado un presidio fijo de quatro mil hombres, además de otros quatro mil que campeavan fuera de la mesma ciudad para passar a Neuheusel, si salía con la ideada diversión, alejándose los imperiales totalmente o en parte del Bloqueo. Para dar más color a la ficción, fatigó muchos días al presidio de Vicegrado, estorvando la obra de la nueva fortificación del castillo encargada por el Duque de Lorena al Conde de Masilli. Mas, informado de que también havia entrado un refuerzo en Strigonia, sin desguarnecer los puestos que apretavan a Neuheusel, acordó

gastar en cosa menos dudosa el tiempo y la gente, procurando perficionar la reparación de lo que el año antes habían padecido las murallas de Buda y prevenir almacenes de bastimentos para el ejército que aguardava con el Seraskier. Y, en fin, descubrió más su juego y su desesperación de llevar o introducir cosa alguna a los bloqueados, mandando retirar a Buda las provisiones que, a este efecto, tenía prontas en Vaccia y Novigrado, dándole también nuevos impulsos para ello los continuos avisos de lo mucho que se engrossavan los cesáreos sobre Neuheusel. Pues **a principios de mayo**, sin algunos regimientos completos que habían anticipado a los otros su marcha de los cuarteles, también les habían llegado dos mil infantes levantados por el Tiniente de Mariscal de campo, Conde de Taun, para recruta de su propio regimiento y, a la misma sazón, se movían de la Moravia los de Brunsvich que, tomado su camino por las campañas de la Marca, tenían orden de hazer alto sobre el río Vago y acudir al campo de Neuheusel quando fuessen llamados. Poco después, mereciendo ya el ejército el nombre de tal, pareció al César encargar su dirección a un Mariscal de campo General, que fue el Conde Enea Caprara hasta que, juntas todas las fuerças, passasse a mandarle el Duque de Lorena.

A veinte y seis de mayo, buuelto S.A. a Viena de su viaje del Tirol, donde había ido a ver la Reyna, su esposa, se acabó de mover todo lo que faltava para el sitio de Neuheusel. Escogida la artillería por el mesmo Duque, fue luego embarcada sobre el Danubio con las municiones y demás pertrechos. Al mesmo tiempo, encaminava el Comissario General víveres y lo demás que tocava a su inspección a los almacenes de Posonia, Comorra y Raab, de adonde subministrarlos al ejército en la parte que se hallasse. Finalmente (después de satisfecho el Generalíssimo con una nueva prueba de las obras de don Antonio Gonçalez), tomó **a onze de junio** postas para el campo, que le recibió con los honores propios de su dignidad y las aclamaciones del amor que debe a sus soldados, como a qualquiera, que jamás haya tenido la dicha de verle. Fue su partida señal y ley a la de los Oficiales que aún se hallavan en la Corte, e inmediatamente le siguieron todos por agua o por tierra, mientras se davan igual priessa los por quien corrían las provisiones, mandadas apercibir muy copiosas por el Duque de Baviera para sus tropas, no cediendo sus cuydados Marciales a los del Amor, que a esta sazón le tenían ya grangeada para esposa la mayor y más perfecta Princesa del mundo.

A passos iguales caminava otra prevención, en que por no haverse procedido el año antes con la misma diligencia, se hechó en gran parte menos, quando fue más menester. Esta fue la erección de quatro hospitales para los enfermos y heridos del ejército, el uno en Strigonia, otro en el mesmo campo, otro en Comorra y el quarto en Javarin, cuya principal incumbencia eligió para sí la piedad del Cardenal Nuncio Bonvisi y del Obispo de Javarin, Conde de Kolonitsch, Consejero de Estado de Su Magestad Imperial, concurriendo a esta santa obra, como a otros gastos, la liberalidad pontificia no solo con medios, pero con una arca llena de un bálsamo para las heridas, a cuya virtud calificó después la experiencia de más celestial que terrestre, con sobrenaturales efectos. Tan pródigo miró por todo el universal Pastor, assí con temporales como con espirituales tesoros a quien, imitando el Cardenal y Obispo referidos, bien presto se propagó el exemplo en otros prelados y personas eclesiásticas y seglares con fruto de bendición.

Apenas llegado el Duque Generalíssimo al campo, cuyo grueso principal (por hallarse bastante a poner miedo de más cerca a los otomanos) se había adelantado a Barkan, haziéndosele presente la contingencia de que se aplicassen al ataque de Strigonia quando supiesen al de Neuheusel, pasó a visitar las fortificaciones de aquella ciudad con ánimo de añadir, o mejorar, en ellas lo que permitiese la brevedad del tiempo. Y, en efecto, hizo trazar un nuevo revellín delante de una de las puertas de la Ciudad baja y reparar la estrada encubierta, empleando para acelerar las obras ochocientos infantes, además de los naturales de la comarca, que muy ufanos obedecieron en cosa que conducía a la confirmación de su restaurada libertad y a que, después, se pudo atribuir gran parte de la buena defensa de la mesma Ciudad.

Mientras gastava el tiempo en tan provechosa diligencia y en adquirir, por su persona, las noticias más individuales de la calidad del Pays cercano (ciencia tan precisa a un gran General), representáronle algunos de los Cabos principales *lo que, a su entender, importaría precediese a otra qualquiera operación, el apoderarse de la Praça de Novigrado, puesto único y más cómodo que, después de restaurada Strigonia y Barkan, había quedado al enemigo donde juntar sus comboyes y socorros para Neuheusel. Ya acometiéndole solo, o al mesmo tiempo que Neuheusel mesma, como hizieron los infieles quando conquistaron ambas Praças, siendo infalible produciría la toma de Novigrado en el Presidio de esa otra fortaleza la última desesperación, viéndose atajar el último camino en que tenía librada la expectación de su desahogo.* Mas, bien prontas fueron las réplicas a este acuerdo, y las de mayor peso: *No ser Novigrado objeto*

proporcionado al punto de un ejército imperial, en quanto a empear por él su campaña, ni para con los turcos ni para con la christiandad, cuyo santísimo Pastor, y todos los aliados y auxiliares, aguardavan a ver una empresa de mucho mayor monta. Que también el dividir las fuerças a los ojos de los enemigos, les despertaría la gana y les daría más disposición de aventurar un choque y, quizás obligar, quando menos, a levantar uno de los assedios, no sin desaliento del otro. Finalmente, que ganada Neuheusel, Novigrado no sirviendo ya casi de nada al Otomano, ahorraría probablemente a los christianos el trabajo de atacarle con abandonarle, como el año passado havían hecho con Hatvan y otros puestos durante el assedio de Buda. Oídos en el Consejo de Guerra estos pareceres encontrados, acordó el Duque, sin declarar a cuál se inclinasse más, remitirlos a la Corte solicitando la resolución por medio del Conde Palfi, a quien limitó con brevedad económica el tiempo de la buelta en ocasión que ya entrava el verano.

Entretanto, por si venía de Viena determinada la empresa de Novigrado, pareciole anticiparse a reconocerle, a cuyo fin, separados tres mil cavallos y ciento cinquenta dragones y, nombrados para acompañarle los Generales Souches y Schaftemberg, los coroneles Bech y de la artillería, y otros oficiales e ingenieros, marchó con ellos **a veinte y cinco de junio** y, a las onze del día siguiente, llegó a la vista de la Plaça. Esta, descubiertas las primeras tropas christianas, disparó algunos cañonazos para aviso de recogerse a la gente y ganado que estaban fuera. Mas no obedecieron tan prontamente que los corredores úngaros no apresassen parte de los más pereçosos, sin valerles alguna cavallería que salió a librarlos, pues viendo comparecer el grueso de la christiana, luego se recogió. Ni haziendo al principio los infieles otro movimiento que pudiesse estorvar el fin a que se iba, reducida toda la oposición al fuego de su artillería (aunque sin el menor daño de los cesáreos), pudo el Duque muy a su gusto satisfacer su curiosidad dando buelta a toda la Plaça. Entonces consistía su fortaleza (oy enteramente demolida de los accidentes que se contarán a sus tiempos) de un castillo puesto en la cumbre de una eminencia capaz de numeroso presidio, con edificios no solo cómodos y bastantes, pero en que los bárbaros no havían aún acabado de borrar varios monumentos de la magnificencia antigua de sus reyes christianos. Era la subida muy agria y en gran parte perpendicularmente cortada y, donde menos inaccessible, guarnecida de tres baluartes sobre una fuerte muralla, con una gran torre quadrada en medio, quizás al mismo uso que las que llaman en España del Omenage. Haviéndole todos estos requisitos grangeado méritamente el nombre de ciudad Cabeça de uno de los buenos

Condados del Reyno, de cuya prerrogativa gozava juntamente la población situada en sus rayzes, pero desfigurado su recinto antiguo en disforme Palanca, poblada casi solo de gente militar, para resguardo de la única senda que había por aquella parte al castillo. También se observó ser el ataque de la Plaça más practicable por aquel costado que por otro alguno, desde un collado a tiro de mosquete de la Palanca, si bien no alcançava a la elevación del castillo, que por esto le predominava. Ni estas dificultades eran las solas que contrastavan al empeño, sino también las otras no menos esenciales de la falta de terreno para los aproches y trincheas, achaque assí mesmo común a la circunvalación que se quisiesse hazer, además de la poca comodidad de camppear y los caminos perversos para la conducción de la artillería gruessa.

Concluido el reconocimiento, ordenó el Duque la retirada al campo de Barkan por el mesmo camino que se había ido. Pero los turcos, determinados a infestar la retaguardia, luego que vieron movida la marcha soltaron tras ella su cavallería, costeadá de un cuerpo de genízaros escondidos sobre la mano derecha en unas caserías y huertas, con pensamiento de atraher algunos de los imperiales a la emboscada, como en efecto lo consiguieron. Pues hallándose en la mesma retaguardia el Conde de Hofkirch con los Príncipes de Conty, de la Roche-sur-Yon, de Comercy y de Turena (los dos primeros de la sangre real de Francia y, los otros, también señores de la primera calidad que, con impulsos heroicos, habían venido voluntarios a participar de tan gloriosa campaña con otros aventureros de diversas Naciones), teniendo por indecoroso sufrir sin retorno el arrojó, bolvieron las caras y, cargando con precipitado ardor a los contrarios, se perdieran fuera de duda si el Duque de Lorena no embiara al instante algunas tropas a desempeñarlos. Y a tan buen tiempo que, en lugar de la temida fatalidad, murió buen número de turcos y de aquella Nobleza hubo solo tres ligeramente heridos. Sin embargo, como el Duque huviesse ya repetidas vezes prohibido semejantes escaramuzas, estava para castigar los Cabos que habían tolerado, y aun assistido a esta última, quando a intercessionés de los Príncipes estrangeros se templó su enojó, pareciéndole ser aquella una de las ocasiones en que, sin grande inconveniente, podían perdonarse los yerros del valor.

Buelto S.A. al campo, le presentaron un turco, criado del Bajá de Neuheusel, preso con cartas suyas que llevaba al Visir de Buda y de quien, con tormentos, se huviera quizá sacado el haverse dejado coger adrede por orden de su Amo, no siendo cosa nueva en la obediencia que professan aquellos

bárbaros a sus superiores. Argúyese esto de su dicho, al parecer tan dissimulado e hijo de la sagacidad del Bajá, que dejamos apuntada, como assegurar y jurar, a su modo: *Que en Neuheusel valía la libra de carne de cavallo catorce gruesos (de los quales, los quinze son medio real de a ocho); que el Presidio no passava de mil y ducientos hombres. Que el Bajá, afligidísimo, encarecía cada momento la desgracia de verse en edad caduca, expuesto a caer en manos de los perros christianos que jamás cumplían capitulación alguna a los musulmanes. Que a cada genízaro no se davan a la semana más de quatro libras de trigo, pero que con el temor que les ponía de la inobservancia de qualquier pacto propia de christianos, hazían ánimo.* Al mismo tono eran las cartas y, especialmente, una escrita a un agente que tenía en la Puerta otomana, encargándole representasse al Gran Visir que, si brevemente no le socorrían, le sería forçoso entregar la Plaza por falta de mantenimientos, haviendo comido ya perros, gatos y qualesquiera géneros de animales inmundos. Quién, oído esto y por tales instrumentos, no le diera más fe que a otras Relaciones contrarias. Y más, confirmando a esta última un christiano fugitivo de la plaça, o vendiéndose por tal. Más honrados, aunque (pudo ser) no menos mentirosos, fueron el mismo día dos turcos cautivados de los hússares viniendo de Esseck, de cuyo examen no precedieron sino respuestas altivas, subiendo las fuerças de su exército a infinito número y amenaçando en lugar de la menor muestra de temor.

No solo en lo referido se gastó el tiempo **hasta el día veinte y nueve de junio**, que bolvió de la Corte el Conde Palfi, pero en disponer passasse un cuerpo de seiscientos cavallos, ochenta dragones y setecientos hússares, gobernados unos y otros por el Barón de Orlich, Sargento mayor del regimiento de Pace, a cubrir las provincias de Silesia y Moravia amenaçadas de las correrías de los rebeldes, providencia solicitada de los Condados obedientes de Tranchín, Arva e Hilava, interesados en el mismo beneficio por confinar con aquellas Provincias.

Aprovado en el Consejo de Guerra imperial el dictamen de los que habían votado por el asedio de Neuheusel con todas las fuerças unidas, después de sabídolo por los despachos que trajo el Conde Palfi, se dirigieron inmediatamente todas las líneas de las disposiciones a aquel centro. Anticipó el Duque Generalísimo al Príncipe de Hanover (por hallarse con calenturas el Mariscal de campo Caprara), la orden de tomar desde luego los puestos oportunos a formar el cerco. Mandó bolviessen a subir a Comorra las embarcaciones que habían seguido el exército a Barkan, sobre el Danubio.

Hizo entrar en Strigonia mil y quinientos infantes al cargo del Barón de Gal, Tiniente coronel, comandante del regimiento del Conde de Mansfeld, ausente con el empleo de Embajador cesáreo en la Corte de España. A Vicegrado se proveyó con quinientos infantes debajo del Sargento mayor Galenfels, que lo era del regimiento de Diependal, repartiendo también en ambas Plazas unos seiscientos húsares para batir la campaña, y adquirir nuevas del ejército otomano más firmes que las que hasta entonces habían corrido, pues las últimas havidas la tarde **del día veinte y nueve de junio**, de que se juntava un gran cuerpo de turcos y tártaros entre Agria, Zolnock y Hatvan, no hazían armonía con las de la Ungría superior. Túvose Consejo de Guerra sobre la división de las tropas, assí propias del César como auxiliares, en el asedio, y se resolvió la materia a satisfacción de todos. Assí mesmo, partieron correos a apresurar la marcha de la gente de Baviera, Brunsvich y Suevia, hallándose ya la artillería y proveeduría en parte competente para no hazer falta a las operaciones.

Assentadas aquellas dependencias, hizo el Duque mover el campo **a tres de julio** la buelta de Neuheusel, a cuya vista no permitieron las lluvias que llegasse en menos de tres días, no passando de ocho leguas el camino, y hallándose el ejército desembaraçado de artillería pesada y bagage. Remató la última marcha a orillas de un gran pantano y, haviéndose el coronel Heusler adelantado con orden de reconocer por dónde la infantería le podría passar, encontró con la cavallería de la Plaça, a la qual cargó con su acostumbrado brío hasta los rastrillos. Y si bien, la gloria fue común a las Naciones a que mandava, pero fue el provecho mayor de los húsares que, bolviendo con buen número de cabeças de infieles, cobraron el precio ofrecido de un escudo de oro por cada una. **Al otro día**, tomando la cavallería en grupas a la infantería, se venció aquel mal passo mejorándose las huestes hasta tiro de cañón de la plaça, doblándose en vistósísima orden sobre una sola línea en la ribera del río Neutra, para mayor terror de los enemigos. Pero ellos, con resolución no inferior al peligro, coronados sus parapetos en todo el recinto de muchas banderas, y guarenecidos de toda su gente, desafiavan a voces y denuestos al poder christiano, haviendo de antemano roto el puente del Neutra y desamparado, después de assoladas las palancas o revellines que primero cubrían las puertas que llamavan de Strigonia y de Viena, por mirar a las mismas partes. Teniendo en tanta cercanía a los cesáreos, començaron a jugar su artillería con agüero de interpretación muy triste en la superstición del Bajá, a quien participada la noticia de haver rebentado la primera pieza que se

disparó con muerte de dos artilleros, arrancándose las barbas con exclamaciones de desesperado se dio por perdido. Verdad es que luego, buuelto en sí, mostró librar la restauración de su confianza en unas plegarias que ordenó a todo el presidio, con que pensó haver obviado bastantemente a que no se propagasse su pavor. Esto refirió un criado del mismo Bajá (pero christiano), a quien prendieron la propia mañana pocos passos fuera de la ciudad. Y añadió, no faltava ni pan ni otros mantenimientos de que se contenta la sobriedad otomana a la Guarnición, la qual assegurava consistir en más de mil infantes y ducientos cavallos. Y preguntado de dónde havia nacido tan repentina abundancia de víveres, dijo havia el Bajá abierto al gran almacén (que llaman Real), reservado hasta entonces con economía tan loable como otras prendas suyas dignas de imitación entre sus mismos enemigos. Mas dezía el prisionero que, si bien, no le pesava a su Amo el que huviesse llegado tan grande ocasión de señalarse en servicio del Sultán, no dejava de sentir el ver desmentido el arte o el engaño con que, hasta aquel último trance, havia asegurado a los suyos: *No se atreverían los alemanes a una Plaça como aquella, más fuerte que Buda, sobre la qual se les havia acabado el año antes la gente y el crédito y que, bien al revés, se hallavan agazapados debajo de la artillería de Comorra, temiendo al ejército del Gran Señor que, mucho más poderoso, vendría muy presto a buscarlos.*

Bien poco ocio gastaron en aquella primera ostentosa comparación, aplicándose la misma tarde a ocupar los quarteles destinados a cada cuerpo y varar puentes sobre el Neutra, para ejecutarlo en ambos lados de su curso. Pero a verlos empeñar más en la empresa, conviene preceda una breve descripción de Neuheusel y su fortaleza, escusando repetir lo que en diversas ocasiones se ha dicho de su importancia, la qual suficientemente se resume en acordar su cercanía a veinte solas leguas de Viena en su amplíssima y pingue comarca, y ser ella como llave de la Moravia, sin Plaça alguna que pudiesse detener sus correrías o enfrenar su predominio salvo Leopoldstat, fortaleza fabricada casi sobre la misma planta que la otra, poco después que se perdió, escogido el terreno en la orilla occidental del río Vaag, enfrente de la hermosa ciudad de Freystat.

Yaze pues, Neuheusel, distante unos seiscientos passos del Neutra, río de más profundo que ancho caudal que, nacido en los confines de la Moravia, baja blandamente bañando de passo a la ciudad de Nitria y otros lugares de menos nombre, pero sobre todo, y más sobervio con la agregación de otros ríos menores, llega a divertirse girando la mitad de la circunferencia de

Neuheusel, como quien de mala gana se despidió de la amenidad de su terreno dos horas antes de perecer en el Danubio, junto a Comorra. Ni es esta la sola circunstancia que hace a nuestro caso y, en la estimación de los Antiguos, adquiriera al parage y contornos de esta gran Praça el nombre de Campo de Marte, sino los pantanos, que casi contiguos a ella (desperdicios del mismo Neutra), la ciñen por la parte opuesta al propio río, previniendo a la situación las mayores ventajas que la naturaleza pueda prestar a la colocación de una fortaleza inexpugnable. Consta Neuheusel de un exágono perfecto (o de seis baluartes) bien sólidamente encamisados, cercados (como queda dicho) de río y pantanos, y con todos los requisitos de parapetos, flancos altos y bajos, terraplén y fosso, conducibles a su mayor perfección. Al fosso le llena el Neutra, sangrado para esto por una canal de algunos seiscientos passos, sacada del brazo más inmediato al recinto con que forma una isla frontera al baluarte que, con otro y la cortina que los une, hazen cara al Levante. No tenía la Praça, quando la sitiaron, estrada encubierta. Solo delante de las puertas de Strigonia y Viena había unos revellines, y más un fuerte de ruin diseño fuera de la última, compuestos unos y otro de un parapeto de tepes y palizadas (que es lo que más ordinariamente se entiende por Palanca). Mas lo arrasaron todo, porque no aprovechase a los sitiadores o por no aventurar gente en guardarlos. Finalmente, estaban los parapetos, assí de cortinas como de baluartes, guarnecidos de mucha y muy buena artillería, para cuyo servicio les sobraban municiones, aunque durara mucho más el asedio. Sin embargo, aflojó mucho **el día ocho**, assí la artillería como la mosquetería de la muralla, respeto a su fervor del día antecedente. Y no faltó quien lo atribuyesse al cuydado que, el Cielo, tenía de la conservación del Duque de Lorena y demás Cabos principales del ejército, pues el propio día muy despacio giró S.A. todo el circuito de la Praça, acompañado del Conde de Hanover, del General Chauvet y otros Generales imperiales que, si bien hazían bulto bastante y en distancia cómoda a reconocer por dónde con más provecho se pudiesen abrir los aproches, pareció les franqueaban de concierto la diligencia. Pero la muerte sucedida entonces de uno de los dos Bajás que mandavan el presidio, se juzga por más probable causó aquella remisión.

Discurrido lo observado en aquel peligroso passeio, se fue disponiendo la forma de mover tierra contra la Praça, cuyo presidio no dudando ya caminasse el negocio de veras, dissimuló alguna pereza en su artillería para tener menos atentos los sitiadores a una numerosa salida que hizo, **a diez de julio**, azia la canal de Neutra más inmediata al fosso. Y haviendo desde la

noche de antes introducido en el molino, situado sobre la propia canal, una compañía de genízaros arremetió su cavallería a las Guardias alemanas que cuydavan de los puentes del Neutra con ánimo de traerlas tras sí, tomando la carga hasta debajo del fuego de la infantería emboscada en el molino. Mas como las Guardias se hallassen listas, y en instantes las reforçassen muchos aventureros ansiosos de provar la mano con los enemigos y, entre otros, acudiessen al primer ruido los Príncipes de Conty, de la Roche-sur-Yon, de Savoya, de Turena y de Comercy, fueron los infieles tan bien recibidos que, rotos y desparramados, no subsistió para la buelta la elección del camino que tenían ideado. Sin embargo, formados de nuevo (con la presteza casi inimitable que suelen) a la otra parte de la canal, la vieron vadear intrépidos a los más principales aventureros asistidos de algunos batallones de las Guardias. Mas poco duraron los espahis en su nueva formación, no obstante, el favor que les prestava la mosquetería y artillería de la Plaça, pues nuevamente desbaratados, dieron las espaldas desapareciéndose en momentos, precedidos de los genízaros del molino luego que vieron havérseles despintado el juego. De este modo, se logró la ocasión con daño mucho más ligero que se pudiera haver pensado, pues menos el Príncipe Ferdinando de Virtemberg, a quien alcançó un balazo peligroso en la cabeça, y el Barón de Rosencrantz, otro en el pie, solo algunos cavallos pagaron por todo, perdiendo el Príncipe de Conty el suyo y, con dificultad se hubiera salvado si el coronel Heusler no le retirara. Al de la Roche-sur-Yon, le passó por entre las manos del cavallo un cañonazo y, a un gentilhomme del de Conty, le mataron el suyo. Y aunque hubo nuevas reprehensiones sobre haverse permitido a aquellos Príncipes el aventurarse en un lance desigual a sus obligaciones, pero en lo general, quedó muy celebrado el brío de la acción tan bien seguido, y noblemente esmaltado con la sangre de unos cinquenta cadáveres turcos, sin otros muertos y heridos que havían retirado.

El día siguiente, **onze de julio**, distribuida la cavallería en las avenidas por donde se podía recelar algún acometimiento de los enemigos de afuera, se dio a un tiempo principio a la circunvalación y a los aproches, reglando la primera a la mayor seguridad que podía recibir del río, y de los pantanos y otros parages ventajosos por elevación u otros requisitos. Dejando empero a los quarteles del ejército, no solo el espacio competente a la comodidad de quarenta mil hombres que hasta entonces se hallavan, pero para cerca de treinta mil que todavía se aguardavan. A començar los aproches fue muy oportuno un valleçuelo que, escondido a la Plaça, costeava la canal interior del

Neutra donde sucedió el combate referido. Assí pues, desde el molino asesino, convertido en mejor uso, fueron promoviéndose dos dilatados ramales azia las puntas de los baluartes y, llegando el ramal de la mano izquierda hasta la orilla del fosso, se prosiguió por delante la cortina de la puerta de Strigonia a amenazar a otro baluarte, pero con el propósito más fijo de cavar una çanja por donde se agotasse el fosso, hallándose el terreno más bajo en aquella parte. Y esta obra, y el tercer ataque de diversión, se destinó a las tropas de Suevia. Entre los dos principales ramales que eran los ataques verdaderos y, donde estava resuelto emplear el esfuerço mayor, se tiró después otro ramal de comunicación paralelo a aquella frente de la Plaça, ajustando en el espacio una muy capaz plaça de Armas y previniendo una batería de veinte cañones iguales, de veinte y quatro libras de bala cada uno, formidables a quantos mirassen quando llegassen a obrar, quedando resguardados por delante, además del parapeto y fosso del ramal, con un pantano dilatado e impenetrable por la hondura. Anticipase todo esto, para la mejor inteligencia de lo que se bolviere a apuntar de ello a sus tiempos, siendo particularmente de este las dogmáticas y acertadas advertencias que se dieron para la obra de los aproches. Y fueron, cavarlos profundos y anchos de suerte que, sin peligro, huviesse camino para tres hombres de frente y tuviessen dos banquetes, o gradas, por donde assonarse al parapeto. Assí mesmo, se dispuso fuessen los redutos espaciosos y se asegurasse la forma de socorrerlos desde los retenes contra las salidas de los assediados. Igual providencia hubo en la colocación de las Guardias de cavallería para abrigo de los trabajadores, además de los esquadrones y batallones de reserva que resguardavan la mosquetería, según iba ganándose tierra azia el fosso. Determinose emplear cada día tres mil infantes en los ataques, debajo del mando de un General, dos coroneles y demás oficiales inferiores; encargada la superior inspección de las obras al Duque de Croy, al Conde Sereni y al Príncipe de Hanover, la qual función, por su turno, les durasse cada vez tres días consecutivos. Al aproche de la mano derecha se señaló gente imperial y luneburguesa y, al de la mano izquierda, imperiales y bávaros, siendo constante que ninguna empresa corrió jamás con mayor zelo la mayor unión de ánimos, ni con más desvelo y regularidad.

La noche del día onze a doze de julio, se empeço a manejar las çapas y palas en ambos ataques, y no causó poca maravilla el que los turcos (no pudiéndolo ignorar por el ruido de los instrumentos y la vocería de las órdenes, inescusable con la multitud de los trabajadores) no disparassen sino

pocos cañonazos y mosquetazos de suerte que, a costa de solo quinze soldados, se adelantaron unos seiscientos passos de trinchea, no faltando sino otros ciento y cinquenta hasta el fosso. Toda aquella primera noche, y parte del día siguiente, hizo el Duque de Lorena el oficio de ingeniero, partiendo con los de la profesión el trabajo y el riesgo y, causándoles en retorno, la admiración que solicitava el acierto de sus pareceres. Verdad es, que en el mesmo afán le acompañavan e imitavan muy cumplidamente el Príncipe Luis de Baden, el Duque de Croy y otros Generales que la Fortuna, quitada la benda de su natural indiferencia, respetó pasmada aquella noche.

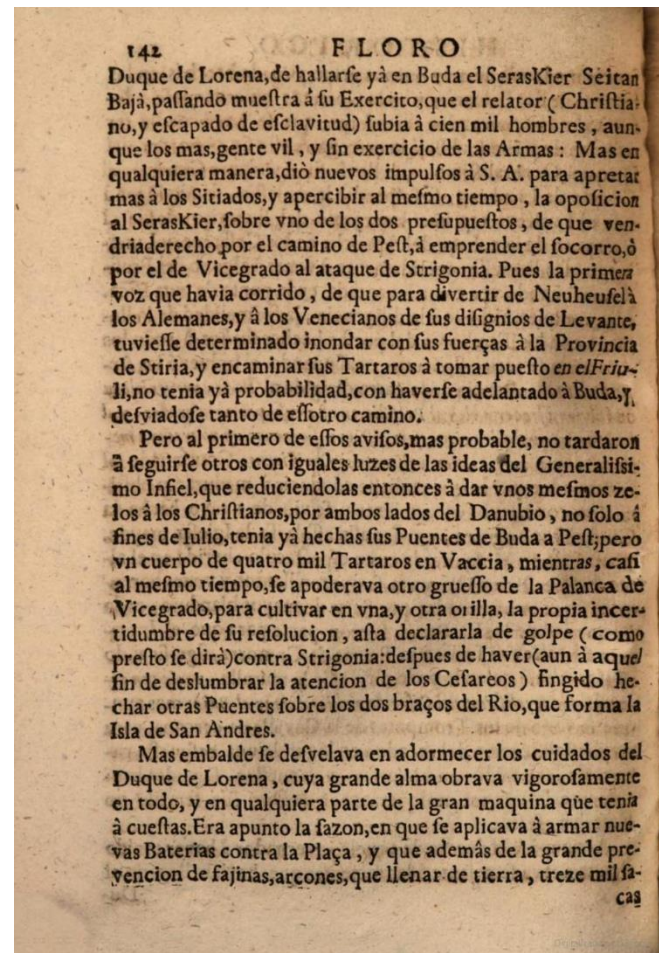
Sirvió **el día después** a perficionar aquellas obras, según estava resuelto, en que viendo los sitiados apresurarse sus males, los vieron afanar en prevenir cortaduras detrás de los baluartes a que se dirigían los aproches, y quitar los tejados de sus casas cubiertas de madera, anteviendo lo poco que se dilatarían los efectos de las bombas y artillería. Empeçada consecutivamente la plaça de Armas y batería paralela a la cortina y baluartes atacados, **a quinze de julio** se halló de todo punto concluida y, assí mesmo, acabados los redutos necessarios a lo que hasta entonces estava hecho. Entretanto, llegados los suevos, se ocuparon en abrir la çanja determinada para la evacuación del fosso, assistidos de la cavallería bávara, con que dar más color a la ficción de un tercer ataque y tener más divertidos a los infieles mientras, más despiertos, gastavan ya liberalmente sus municiones con mosquetes y artillería, y también con trabucos, arrojando piedras en las trincheas, sobre todo quando las vieron llegar a las orillas del fosso, pero pertrechadas sus cabeças en toda forma y con disposición de passarle quando se acabasse de sangrar, prevenidas las baterías que havían de abrigar la operación, y reconocido tenía cien pies de ancho y siete de profundidad, aunque después se experimentaron dificultades bien arduas y casi invencibles en la execución por no recibir el agua del solo río, sino de los pantanos de la vecindad, con que fue preciso hechar manos de pontones y de los materiales que eran menester para cegarle y llevar las galerías hasta el recinto. Mas, como esto se dispusiesse conforme a los diferentes tiempos y ocasiones que inspiravan nuevos arbitrios y consejos para adelantar la empresa, y no es nuestro ánimo cargar la *Relación* de menudencias diarias y cansadas, escogeremos solo las facciones más dignas de memoria, registrando primeramente en este assedio lo acontecido antes y después de la vitoria y liberación de Strigonia y, colocando unos y otros sucessos en la serie que les toca para passar, consecutivamente, a los de entre Savo y Dravo, y a

los de Levante y últimos de Ungría de este año, que coronaron de mil laureles su incomparable campaña.

Más tiempo costó que se había pensado, traer al campo la artillería y trabucos, embaraçándolo las lluvias que también atrassaron algunos días el trabajo de las baterías, y particularmente de la mayor, que en todo lo largo de la línea de comunicación abierta de un ataque a otro a seis passos solos del fosso, se prevenía para veinte y quatro cañones, alentando el Duque Generalíssimo personalmente los trabajadores gran parte del día y de la noche. Solo nueve pieças habían comenzado a jugar desde la misma parte y, aunque **la noche del día diez y nueve a veinte de julio**, se hallasse ya con veinte y una piezas, no quiso S.A. dejarlas obrar hasta poderlo juntamente con veinte trabucos repartidos en tres baterías detrás de la mayor, además de otras plantadas contra los flancos de los baluartes atacados, y una en el aproche de los suevos que, si bien era solo de diversión, no dejó de fatigar muy de veras a los infieles. Finalmente, **a veinte y uno** probó la Praça en quinientos cañonazos y otras tantas bombas, carcassas, balas ardientes y otros fuegos artificiales, toda la furia que se puede imaginar de semejante hostilidad, causando tal horror y daño a los infieles que, no obstante, el estruendo de los tiros, se distinguían sus clamores y bárbaros aullidos. Sin embargo, tardó hasta después de mediodía a manifestarse la operación principal del bombardeo, que era algún incendio en la ciudad, pero en verdad le hubo entonces tal, que a haver corrido algún poco de viento, pareciera impossible no se acabasse de consumir. Juntándose a esta diversión para los mirones de afuera, ver por las llamas bolar hombres y criaturas, y arrojar la violencia de las carcassas cadáveres hasta fuera de la Praça, de que se coligió no embidiava el artífice principal de ellas la habilidad a otro alguno de su profesión, ni los bombarderos y artilleros imperiales, bávaros y luneburgueses, la suya, a los más peritos de otras Naciones, pues no erravan unos ni otros blanco a que apuntassen. **El día veinte y dos**, se repitió lo propio con iguales y mayores efectos, de suerte que apenas quedó edificio sano en la población, ni artillería en las murallas y baluartes atacados en estado de contrabatar; ni flanco o parapeto, particularmente el de las Rondas, capaz de su prístina función, además de muy buenos principios de brechas en las frentes de dos baluartes, y en la cortina, observándose además tal turbación en los defensores que se juzgó podía ser ocasión de intimar al Bajá la entrega. A este fin, por orden del Duque Generalíssimo, que llevó su Ayudante general el Conde de Lamberg, se suspendió la molestia, dando lugar a que el Laskevitz, primer intérprete del

exército, desde el parapeto de la cabeça del aproche de los cesáreos y luneburgueses, llamasse repetidamente a voces a alguno del presidio enseñando una carta levantada en la punta de una pica. Mas, aunque añadiesse a la diligencia la formalidad de la llamada con los tambores del puesto, hechos sordos a todos los enemigos, se retiró sin fruto ocasionando el bolver a las armas. Era la sustancia de la carta dirigida al Bajá, *prevenirle la rendición, ofrecer a él y al Presidio, en este caso, pactos honrados y, al contrario, qualquier rigor si persistía en su encono y no trataba mejor de lo que hacía los prisioneros christianos*. Continuado el bombardeo, por lo que pudiesse conducir a madurar la obstinación con nuevos escarmientos, se vio de nuevo hecha la ciudad una hoguera y arder hasta assolarse la iglesia mayor, profanada en mezquita, de cuyo espectáculo, herida en el alma la superstición otomana, se oyeron llantos y voces horrorosas que, interpretadas por señas de mayor blandura en la terquedad de los bárbaros, fueron parte para que el intérprete Laskevitz fuesse a la puerta de Comorra, significando en voz alta a quien le pudo oír desde la muralla, *venía con orden del Generalíssimo del César de embiar cartas al Bajá*. Mas, aunque se valió de los trompetas de la cavallería cercana para mayor calificación del recado, en lugar de una respuesta razonable, le despidieron a injurias y denuestos, seguidos brevemente de algunos mosquetazos que, Dios fue servido, no hiziessen efecto.

Atribuyose la dureza de aquel Gobernador, a haver tenido alguna nueva semejante a las recientes que havían llegado al Duque de Lorena, de hallarse ya en Buda el Seraskier Seitan Bajá passando muestra a su exército, que el relator (christiano y escapado de esclavitud) subía a cien mil hombres, aunque los más, gente vil y sin exercicio de las armas. Mas, en qualquiera manera, dio nuevos impulsos a S.A. para apretar más a los sitiados y, apercibir al mesmo tiempo, la oposición al Seraskier sobre uno de los dos presupuestos de que vendría derecho, por el camino de Pest, a emprender el socorro o, por el de Vicegrado, al ataque de Strigonia. Pues la primera voz que había corrido de que,



para divertir de Neuheusel a los alemanes y los venecianos de sus disignios de Levante, tuviese determinado inondar con sus fuerças a la provincia de Stiria, y encaminar sus tártaros a tomar puesto en el Friuli, no tenía ya probabilidad con haverse adelantado a Buda y desviadose tanto de ese otro camino.

Pero al primero de estos avisos más probable, no tardaron a seguirse otros con iguales luzes de las ideas del Generalíssimo infiel que, reduciéndolas entonces a dar unos mismos zelos a los christianos por ambos lados del Danubio, no solo **a fines de julio** tenía ya hechas sus puentes de Buda a Pest, pero un cuerpo de quatro mil tártaros en Vaccia mientras, casi al mismo tiempo, se apoderava otro grueso de la palanca de Vicegrado para cultivar, en una y otra orilla, la propia incertidumbre de su resolución hasta declararla de golpe (como presto se dirá) contra Strigonia, después de haver (aun a aquel fin de deslumbrar la atención de los cesáreos) fingido hechar otras puentes sobre los dos braços del río que forma la isla de San Andrés.

Mas embalde se desvelava en adormecer los cuidados del Duque de Lorena, cuya grande alma obrava vigorosamente en todo y en qualquiera parte de la gran máquina que tenía a cuestas. Era apunto la sazón, en que se aplicava a armar nuevas baterías contra la Plaça y que, además de la grande prevención de fajinas, arcones que llenar de tierra, treze mil sacas de lana y otros materiales con que cegar al fosso, hizo, **a veinte y seis de julio**, abrir camino desde las cabeças de los dos aproches para ponerlo en obra. Y esto, haviendo el día antes mandado salir la mitad de la cavallería por treinta mil fajinas, sin otros muchos millares ordenados anteriormente en los contornos de Leopoldstat y otras partes de aquel frondosísimo terreno. Ni, a tales nuevas operaciones, movía la sola afrentosa repulsa del Bajá sitiado a la replicada intimación que se le había hecho de rendirse, el hazer nuevos esfuerços para ponerle en la razón, sino los dos intentos con que, frescamente, había salido hechando apique a pedradas desde lo alto a uno de los pontones, con que se había querido llevar el minador a picar la muralla y, no solamente hubo de retroceder estropeado, pero murió el coronel Rosa, de las tropas de Baviera, con otros diez oficiales y soldados en la demanda. Más lastimoso fue el daño que executó la salida de trecientos genízaros sobre el quartel y reduto, desde donde los suevos guardavan la cavallería que trabajava a la canal para para la evacuación del fosso. Pues hallándolos parte dormidos, y todos descuydados, degollaron a más de ciento, entre ellos el Tiniente coronel que los mandava, dos Capitanes y otros oficiales inferiores, antes que se acudiesse al remedio y

los obligassen a la retirada. Pero el puente de la puerta de Viena, por donde bolvieron a entrar, pagó el día después la pena de haverlos admitido, quemándolo enteramente (aunque no sin mucho peligro) el Conde de Marsillí, a quien el buen ayre de esta acción logró muchas alabanzas de los Generales y, assimesmo, el fuerte que después levantó frontero a aquella puerta capaz de mil hombres. Lo qual reparado del presidio rabioso, y juntamente temeroso de otro semejante desayre por la puerta de Strigonia, desbarató de allí a pocos días su puente sin dejar de él, en ser, más que los maderos que la sustentavan en que poner algunas tablas quando se le ofreciesse hazer alguna salida por él.

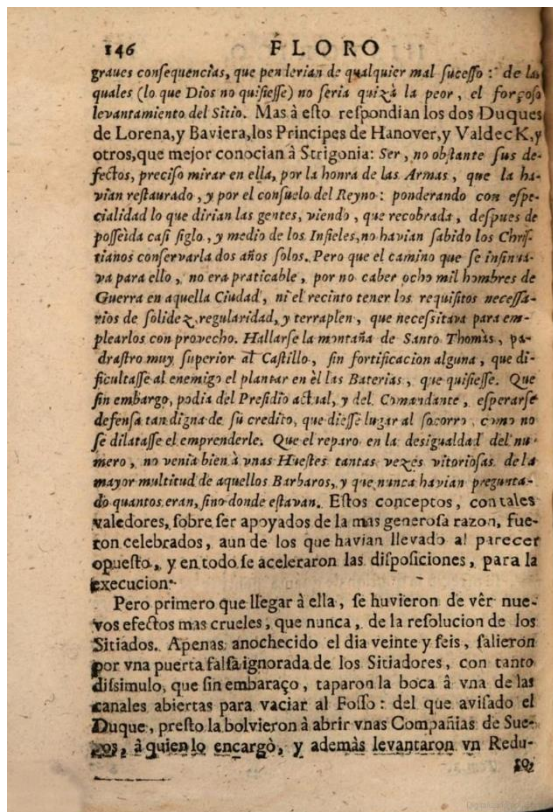
Mas, suspendiendo aora el hazer memoria de otros conatos con que los sitiados procuravan dilatar el término de su última ruina, sépase desde luego que, en el Consejo de Guerra del ejército, se examinó y tomó el acuerdo de salir a pelear con el enemigo, ya viniesse por la parte de Novigrado u se adelantasse por la otra del Danubio a sitiar Strigonia, remitiendo empero primero a la censura de la Corte las razones que militavan por esta determinación. Al Conde de Lamberg tocó, de orden del Duque Generalíssimo, la comisión de passar en toda diligencia a Viena con esta Consulta y solicitar una pronta respuesta. Entretanto, confiado S.A. en que el César conformaría con el voto de los Generales, dispuso inmediatamente que trabajassen quatro mil y quinientos hombres a estrechar las líneas del campo, a proporción de doze mil infantes y quatro mil cavallos que pensava dejar sobre la Plaça, quando marchasse la buelta del enemigo con las demás tropas que, después de llegadas las de Colonia y Franconia (como brevemente sucedió), se podría formar un cuerpo de más de quarenta mil hombres para la nueva expedición. Y como el Duque Elector de Baviera la tuviesse prevista, y con magnanimidad imponderable no quisiesse faltar a ella, ocho solos días después de concluidas sus felices bodas con la serenísima señora, Archiduquesa doña María Antonia, partió al campo y llegó **a veinte y ocho de julio**, recibido del de Lorena y demás Generales con todos los honores que, por tantos títulos, le competían. No se apeó antes de reconocida toda la circunvalación, las baterías y los aproches, oyendo y dando por sí la razón de quanto se le mostrava. Y no se ofreció, en adelante, función alguna donde el de Lorena concurriese (siendo assí, que raras vezes se recogía de los ataques antes de las dos de la mañana), en que no le acompañasse, dando siempre nuevas muestras de su grande comprehensión, y de una afabilidad que le rendía los coraçones y la veneración de quantos se le acercavan. Confiriose después de su llegada con él, con el Príncipe de Hanover, los Generales de ambos, el Conde Sereni, y

Chauvet, y demás Cabos principales, así imperiales como auxiliares, sobre el número y calidad de la gente que se dejaría en el asedio o se llevaría en busca del enemigo, de que se formó la planta, que se verá a su lugar, y no quedó cosa concerniente a tan grande dependencia que no estuviese ajustada con satisfacción recíproca de todos, quando bolvió el Conde de Lamberg con la aprobación de lo consultado.

Desde veinte de julio, pareciendo al Duque más probable (por mucho que se esmerasse el Seraskier en esconderle sus disignios) el ataque de Strigonia que la prueba de un combate campal para socorrer a Neuheusel, había atendido particularmente a tener prevenidos sus puentes sobre el Danubio junto a Comorra, assegurándolos primero con bien fortificadas cabeças, en una y otra orilla, y mil y quinientos dragones del regimiento del Conde de Stirum, que personalmente los mandava. Pero después, observándose que si bien el enemigo tenía un grueso no despreciable campeando cerca de Vaccia, hazía con todo, su principal junta, en la otra orilla, acordó S.A. engrossar el cuerpo que guardava los puentes con todos los dragones del ejército que, en número de ocho mil, marcharon a aquella parte a la orden del mesmo Conde de Stirum.

Pocos días después, ya más declarado el peligro de Strigonia, se ofreció la quistión de cuánta gente se le pondría de presidio en caso de ser

infalible el acometimiento. Sobre lo qual hubo quien votó *serían menester, quando menos, ocho mil hombres, que harían consumir la flor de las huestes otomanas en el ataque, mientras se concluía la expugnación de Neuheusel, para passar después el río y socorrer con todas las fuerças a esa otra ciudad. Que el arriesgar con parte de ellas, aunque la mayor, una batalla, antes de quebrantadas las del Turco, tan poderosas en aquel principio de operaciones, se había en todas maneras de evitar por las graves consecuencias que penderían de qualquier mal sucesso, de los quales (lo que Dios no quisiesse) no sería quizá la peor el forçoso levantamiento del sitio.* Mas, a esto, respondían los dos Duques de Lorena y Baviera, los Príncipes de Hanover y Valdeck, y otros, que mejor conocían a Strigonia: *Ser, no obstante, sus*



defectos, preciso mirar en ella por la honra de las armas que la habían restaurado, y por el consuelo del Reyno, ponderando con especialidad lo que dirían las gentes viendo que, recobrada después de poseída casi siglo y medio de los infieles, no habían sabido los christianos conservarla dos años solos. Pero que el camino que se insinuava para ello no era practicable, por no caber ocho mil hombres de guerra en aquella ciudad, ni el recinto tener los requisitos necesarios de solidez, regularidad y terraplén que necesitava para emplearlos con provecho. Hallarse la montaña de Santo Thomás, padrastro muy superior al castillo, sin fortificación alguna que dificultasse al enemigo el plantar en él las baterías que quisiesse. Que, sin embargo, podía del presidio actual y del comandante esperarse defensa tan digna de su crédito, que dicesse lugar al socorro como no se dilatasse el emprenderle. Que, el reparo en la desigualdad del número no venía bien a unas huestes tantas vezes vitoriosas de la mayor multitud de aquellos bárbaros, y que nunca habían preguntado cuántos eran, sino dónde estaban. Estos conceptos, con tales valedores sobre ser apoyados de la más generosa razón, fueron celebrados, aun de los que habían llevado el parecer opuesto, y en todo se aceleraron las disposiciones para la execución.

Pero primero que llegar a ella, se huvieron de ver nuevos efectos más crueles que nunca de la resolución de los sitiados. Apenas anochecido **el día veinte y seis**, salieron por una puerta falsa ignorada de los sitiadores con tanto dissimulo que, sin embaraço, taparon la boca a una de las canales abiertas para vaciar el fosso del que, avisado el Duque, presto la bolvieron a abrir unas compañías de suevos, a quien lo encargó y, además, levantaron un reduto que la assegurasse para en adelante. Mas, no alcançando la prevención a cubrir otra canal hecha al mismo fin, vinieron la noche siguiente por la propia puerta a llenar unos quarenta passos de su curso, aunque hasta entonces no les hiziesse, ni una ni otra, grande daño, pues apenas había menguado el fosso quatro dedos. Assí, retardada la obra de la galería del aproche de la mano izquierda por la profundidad del agua, murieron allí la misma noche, como casi todas las antecedentes, cerca de treinta hombres, haziéndose esta vez más sensible la pérdida por comprenderse en ella el Conde de Buchaimb, Tiniente coronel del regimiento de Souches que, con aquel puesto, se adelantava a toda priessa a ocupar los mayores empleos, muy frequentes en su Casa, una de las más ilustres de Austria. A esta desgracia, en pocas horas de diferencia, habiendo sucedido la otra de la quema total de la galería del aproche del costado derecho, a fuerça de fuegos artificiales armados en una lluvia de flechas ardientes, de invención nueva para quien las padeció, y a que no se halló reparo, animados los infieles de la felicidad del suceso, no solo intentaron el día después, y consiguieron lo mesmo, en la otra galería,

pero llegando la vehemente actividad de las llamas a las faginas del parapeto de la batería cercana, causó tal espanto en la Guardia del puesto que, en lugar de aplicarse a apagarle, se huyeron todos. Apoderado pues, brevemente, el incendio de parte de la batería, y quemadas ya las cajas de quatro cañones, iba ganando tierra azia la pólvora, quando el Duque de Lorena con su incomparable y pródiga vivacidad acudió a contrastarle, más herido del desorden que le havía franqueado el progreso que del mismo daño. Divisando, con todo, al Oficial comandante algo menos apartado que los soldados, le hizo señal que se llegasse. A que, obedeciendo aun posseído de la primera turbación y, con la añadidura de la verguença que le ocasionava tener tal testigo de su error, apenas comprendía la orden de reunir sus soldados, replicando con preguntar: *Qué se podía hazer en aquel lance*. A que el Duque encendido de justo enojo, no fue poco no le repitiesse el mandato antes con la mano que con la boca. Corriendo pues, el Oficial a cumplirle, trajo en breve la mayor parte de su gente, cuya vileza pagaron dos a cuchilladas del Duque, y algunos más a golpes del bastón. Entonces, tomada una pala con que, mientras venían él y todos los de su cortejo hasta los pajes, havían comenzado la diligencia, les dijo: *Esto es lo que se debe hazer*, hechando tierra sobre el fuego en que, imitándole todos, quedaron igualmente lucidos su autoridad y su exemplo y, dentro de poco tiempo, enteramente ahogado el incendio. Mas no por esto dejaron de festejarle los sitiados, no solo con salvas y algazaras, sino de un modo que nunca se hubiera imaginado y fue, sacar a la Plaça de un baluarte buen número de carneros, cabras y pabos, como destinados a celebrar con un gran combite su vitoria y, juntamente, ostentar tenían no solo lo necessario para el sustento, sino para el regalo.

Duroles con todo, bien poco aquella afectada alegría, pues fue mayor impulso al afán con que, inmediatamente, se comenzó a rehazer lo destruido en ambas baterías, disponiéndolas más amplias, y guarnecidas de láminas de yerro, pieles de buey y otros materiales aptos a resistir la violencia de qualquier fuego, además de cubrirlas con sacas de arena. Usese la misma diligencia en todas las demás obras, con los alientos personales de ambos Duques de Lorena y Baviera anelando, particularmente el primero, a entregarlas al irse, al Mariscal de campo General Conde Eneas Caprara (nombrado por Director supremo del sitio, en su ausencia), en estado de poder terminar brevemente la empresa como, en efecto, lo fue consiguiendo desde los acontecimientos que se acaban de contar **hasta siete de agosto**, que fue el día del afortunado movimiento del ejército a Strigonia, sin que en aquel espacio ocurriese cosa

que merezca insertarse aquí, según la propuesta brevedad. Salvo la salida que, **el primero de mes**, hizieron los infieles contra la gente que trabajava a las canales por donde se desangrava el fosso. Y aunque, en número de ducientos, se les acercaron con el dissimulo possible arrastrados por la yerba muy alta en todo el contorno de la Plaça, pero no pudieron evitar el ser descubiertos y recibidos con una salva cerrada de mosquetazos, la qual, sin embargo, llevaron no solo con firmeza, sino que al instante arremetieron, el alfange en mano, a la gente que se hallava en los puestos adelantados y mataron hasta quarenta oficiales y soldados, no obstante, la presteza con que el General Rumel, assistido de algunas compañías del retén, se apressuró a socorrerlos sin poder apenas hazer más que ver los infieles retirarse a repassar el fosso, en las mismas barquillas que le havían passado, facilitándoselo sin riesgo la artillería y mosquetería del baluarte, un orejón del qual servía de puerto a aquella armadilla. El propio día, saliendo el Duque de Lorena de la trinchea, hirieron muy de peligro a su lado al Sargento general Conde de Souches, a quien se hubo de sustituir en la incumbencia que tenía en aquel puesto, el Conde de Fontana. También fue fatal aquel día al coronel Buchdorf, Governador de Dusseldorf, Corte del Duque de Neuburg, que visitando los aproches murió de un balaço.

Entretanto, habiendo llegado los quatro mil hombres de Colonia, y recibíendose cada hora nuevos avisos de los progressos del Seraskier sobre Strigonia, se dieron, **a cinco del mes**, las órdenes a los regimientos nombrados para la expedición de Strigonia de estar prontos a partir. **El día después**, por la tarde, se adelantó parte del bagage la buelta del Danubio, resguardándole unos tres regimientos de cavallería y, por no olvidar el Duque Generalísimo cosa que juzgasse poder aprovechar, mandó llamar a un Aga prisionero del coronel Heusler (quizás el mesmo de quien se nos ofrecerá mucho más que dezir), encargándole se adelantasse, acompañado del intérprete Lakevitz, a hablar a los sitiados. Y, si pudiesse, al mesmo Bajá, dándole a entender: *La poca esperança de ningún alivio que podía librar en el Seraskier, empeñado sobre Strigonia a destruir su exército, donde tenía obra cortada por algunos meses. Que*

150 FLORO

nubio, resguardándole vnos tres Regimientos de Cavalleria: y por no olvidar el Duque Generalissimo cosa, que juzgasse poder aprovechar, mandó llamar a vn Aga prisionero del Coronel Heusler (quizas el mesmo de quien se nos ofrecerá mucho mas que dezir) encargándole se adelantasse, acompañado del Interprete LaKevitz, a hablar a los Sitiados; y si pudiesse, al mesmo Bajá, dándole a entender: *La poca esperança de ningún alivio que podía librar en el Seraskier, empeñado sobre Strigonia a destruir su Exército, donde tenía obra cortada por algunos meses. Que considerasse los pocos dias, que podía llevar adelante la defenfa, con tres grandes Brechas, y dos Minas en los costados: y qual le estuviere mejor, acetar los paños, que el Seraskier del Emperador de Alemania le concederia muy proporcionalmente a la hora adquirida en tan brava resistencia, a bagarla inconsideradamente en su sangre, y la del Profidio: y finalmente advertirle de nuevo, que indigno era de vn hombre de sus obligaciones, la crueldad que usava con los esclavos Christianos, la qual quizas algun dia le podia costar caro. Obcedió el Aga, haziendole ver en la orilla del Fosso; y llamando a sus Payanos del puesto frontero, con alle gurar: les no los ofenderia nadie, durante la confabulacion. Mas fabricandolo el Bajá, sin quererle oír, le mandó dezir, que se retirasse: y no haviendolo hecho luego, le despidieron desde vn Baluarte algunos flechazos.*

A siete de Agosto, muy de mañana, comenzó a marchar el Exército principal, cuya Planta autentica, en quanto al número, parece no deveir negar a este lugar.

Infanteria.	Cavalleria.
Celareos ---- 6600.	7000.
Bavarios ---- 3000.	1500.
Suevos ---- 1100.	500.
Luneburgueses 4000.	2100.
<u>14700.</u>	<u>11100.</u>

Tam

considerasse los pocos días que podía llevar adelante la defensa con tres grandes brechas y dos minas en los costados y cuál le estuviesse mejor acetar los pactos que el Seraskier del Emperador de Alemania le concedería, muy proporcionados a la honra adquirida en tan briosa resistencia, o ahogarla inconsideradamente en su sangre y la del Presidio. Y finalmente, advertirle de nuevo cuán indigno era de un hombre de sus obligaciones, la crueldad que usava con los esclavos christianos, la qual quizás algún día le podía costar caro. Obedeció el Aga, haziéndose ver en la orilla del fosso y llamando a sus paysanos del puesto frontero, con assegurarles no los ofendería nadie durante la confabulación. Mas, sabidolo el Bajá, sin quererle oír, le mandó dezir que se retirasse y, no haviéndolo hecho luego, le despidieron desde un baluarte algunos flechaços.

A siete de agosto, muy de mañana, començo a marchar el ejército principal, cuya planta auténtica en quanto al número, parece no deberse negar a este lugar.

<i>Infantería.</i>	<i>Cavallería.</i>
<i>Cesáreos</i> ----- 6600.	7000.
<i>Bávaros</i> ----- 3000.	1500.
<i>Suevos</i> ----- 1100.	500.
<i>Luneburgueses</i> 4000.	2100.
14700.	11100.

También siguieron la marcha los úngaros de los Condes Budiani y Zobor, debajo del mando del Palatino del Reyno, y los regimientos de croatos de Lodron y Keri, que no están comprendidos en aquel cómputo. La gente que se dejó en el asedio fueron:

<i>Infantería.</i>	<i>Cavallería.</i>
<i>Cesáreos</i> ----- 3500.	3100.
<i>Bávaros</i> ----- 1200.	600.
<i>Luneburgueses</i> 1100.	1500.
<i>De Colonia y Franconia</i> 2800.	
8600.	5200.

Después, **a diez de agosto**, llegaron a engrossar estas fuerzas los húsares y heiduques (cavallería e infantería úngara del vice General Conde Bertzeni), que eran dos mil y quinientos, y mil y quinientos hombres levantados nuevamente en el Reyno de Boemia. Llévanos la alegría con que marchan las huestes christianas a verse con las infieles, a seguirlas hasta logrado su heroyco intento para, después, bolver con ellas a celebrar su tríplice triunfo dentro de Neuheusel mesma.

Passado, **a ocho**, sobre dos puentes por más brevedad el Danubio, glorioso Rubicón de tan magnánimo empeño, dobláronse en la forma regular, días antes consultada y resuelta entre los dos Duques de Lorena y Baviera y los demás Generales, como quien iba al enemigo. Constava la planta de dos líneas, en que estaban repartidas las tropas y señalados los puestos a los Generales. La gente propia del César, como la más numerosa, ocupava el espacio que havia menester en ambas líneas y, particularmente, las estremidades de las alas, interpolada de algunos dragones austriacos y de esquadrones auxiliares. El grueso de los bávaros y suevos (Naciones confinantes, en sus mismas patrias) estava junto a los cesáreos austriacos en el ala izquierda y, también en la derecha, inmediatos a los austriacos, los luneburgueses y francones. Al ala derecha la governava el Duque Generalíssimo y, a la otra, el de Baviera. El Príncipe de Hanover y el General Chauvet dirigían las huestes de Brunsvich y Luneburg como, las de los demás auxiliares, sus propios Generales. Al ala derecha fueron dedicados el Príncipe Luis de Baden, con el General de cavallería Conde de Dunevald y los Condes de Taf y Stirum, Sargentos generales de batalla. Al Conde Rabata, General de la cavallería y Comissario general; al Conde Palfi, Tiniente de Mariscal de campo y, al Sargento general, Barón de Mercy, tocaron sus puestos en el ala izquierda. Delante la infantería, se pusieron el Mariscal de campo, General Príncipe de Valdeck, y el Sargento general, Conde de Fontana, no haviéndose inclinado el primero a admitir el mando que se le ofreció, como a Mariscal de campo más antiguo, de las fuerzas que prosiguieron el assedio de Neuheusel y, finalmente, al General de la artillería, Príncipe Lubomirski, cupo el exercicio de su cargo en esta expedición.

Formados de aquella manera havían continuado su movimiento, menos donde se les havia estrechado más el camino hasta dos leguas de Strigonia, **a onze de agosto**, quando bien improvisamente encontraron al presidio de

Vicegrado, de quien tuvieron la primera nueva del asedio de aquella plaça, y de su rendición al cabo de una defensa de diez y seis días, excesiva en todas las circunstancias a quanto se pueda creer de fuerças humanas, contra un cuerpo de quinze mil hombres escogidos y separados del ejército del Seraskier. Retirada la guarnición al castillo, después de cercenada, para reforçar a Strigonia, y reducida a trecientos y cinquenta hombres, comenzó el enemigo su ataque desde la Ciudad baja, quemada y abandonada, y le llevó a costa de mucha sangre azia donde se estrechava más la situación del castillo a minar un torreón, facilitándoselo entre los peñascos una vena de sal de piedra que encontró apenas movido el suelo, con que no solamente boló al torreón entero, pero a tres piezas de artillería que estavan en él, dejando abierta toda aquella frente y rota, de la misma violencia, la cisterna única de la Plaça. Ruinas impossibles de reparar a ciento y treinta hombres, en que havían quedado los defensores con su comandante, el valeroso Sargento mayor Bischofhausen, herido, después de resistidos dos terribles assaltos. **A siete pues, de agosto**, haviéndoseles (bien contra toda apariencia) admitido la llamada, alcançaron la capitulación más decorosa que pudieran haver pretendido el primer día del sitio, concediéndoseles salir por la brecha con banderas desplegadas, cuerda encendida, armas y bagage, comboyados con toda seguridad y buen tratamiento (mientras por mayor comodidad subían por el río al comandante y a otros heridos y enfermos embarcados) hasta passada Strigonia, en cuyas líneas, quedando la gente del comboy, lo sencargó el Seraskier a tres oficiales que, de su parte, con urbanidad muy nueva en aquellos bárbaros, los presentaron al Duque de Lorena, siendo probable que se la inspirava el rezelo de lo que podía suceder a los suyos de Neuheusel, el término de cuya resistencia no ignoravan se acercava.

Mas, si a los imperiales hizo novedad el encuentro de aquella Guarnición, no les movió menos curiosidad el observar cessava, desde el mesmo día, el ruido de la artillería sobre Strigonia sin haver podido, partida alguna, tomar lengua de la causa de aquella suspensión. Tan puntualmente sabía el General turco hazerse obedecer, en orden a que nadie se desmandasse por aquel costado fuera de su campo. Pero **la mañana después**, satisfizo muy cumplidamente a aquellas ansias (no libres de temor de lo que pudiesse haver acontecido a la Plaza) la llegada de un Oficial, embiado del Tiniente coronel Strasser, con la nueva alborozada no solo de haver los turcos, el día antes, levantado el asedio, pero que desembaraçados del bagage más pesado, con haverle encaminado a Buda, venían la buelta de los imperiales, determinados a

pelear. Gratíssima fue la noticia en los dos puntos de respirar ya Strigonia del aprieto en que se había visto, y de estar los otomanos resueltos a dar batalla. Pero no al vulgo militar lo de la retirada del bagage, pues teniendo presente en sus alientos y confianza la vitoria, sentía se le alejase aquel premio de sus trabajos. Mas primero que verlos passar adelante, bueno será saber lo que a su movimiento solo se devía hasta allí, y el peligro que había suspendido a los sitiados, lo qual únicamente se puede ponderar en la relación exacta, aunque resumida, de lo sucedido en el asedio de Strigonia.

A treinta de julio, tomó el ejército infiel los puestos sobre ella con más de sesenta mil hombres, las dos partes turcos y los demás tártaros. Y **a treinta y uno**, abiertos los aproches, los promovió con tanta actividad que dos días después, al favor de dos baterías de seis piezas de artillería cada una y quatro trabucos, llegó a poca distancia de la contraescarpa de la Ciudad inferior, pero no pudo mejorarse más hasta la noche después que, por avance, consiguió apoderarse de algunas puntas de la contraescarpa, aunque sin poderlas conservar. Pues el Gobernador, muy brevemente, le desalojó de ellas a granadazos, retirándole hasta el parage donde comenzava a levantarse el terreno de la Estrada encubierta. Y tampoco le toleró allí, sino que con unas bombas de sesenta libras que despidió por la pendiente de la mesma elevación, le hechó mucho más atrás y, persuadiéndoselo el buen efecto de esta experiencia, la repitió otras vezes con igual suceso. Ni contento el valeroso Tiniente coronel con aquella operación, hizo al mesmo tiempo una salida tan costosa a los contrarios, como exterminarlos de quanto habían trabajado, desde la montaña de Santo Thomás hasta la Ciudad inferior, la buelta del castillo, en cuya facción se les degollaron más de ducientos hombres. Haviendo con todo, proseguido el aproche sin novedad extraordinaria **hasta quatro de agosto**, dispuso el Gobernador otra salida, en que murieron quinientos de ellos casi sin daño de los christianos. Tenían aún otra salida prevenida, **para el día cinco**, valiéndose de un género de embarcaciones que llaman *Sacias*, y las llevan los úngaros con particular destreza por el Danubio, pensando armarlas de alemanes que son grandes tiradores. Mas un Capitán úngaro causó tal confusión entre los alemanes, y sus mesmos nacionales, que desbarató el disignio. Y, desde entonces, temió el Gobernador no poder hazer lo que quisiesse por tener ya muy cerca a los enemigos. Sin embargo, **la noche de cinco a seis del mes**, los tuvo el gran fuego que hizo la mosquetería de la Plaza, mucho más atrassados; y aunque dieron un avance a la Ciudad inferior, fueron rechaçados con el mesmo brío que en los antecedentes y con pérdida

considerable. **Todo aquel día y la noche después** fue incessante, y más terrible que nunca el efecto de las baterías contra el castillo y la ciudad para facilitar el adelantamiento de la trinchea, a que los granaderos y la mosquetería del presidio hizo una oposición admirable. **La noche siguiente**, ocupó el enemigo unas puntas de la Estrada encubierta entre la ciudad y el castillo. Mas antes del amanecer, fue forçado abandonarlas. A cuya operación concurrieron a porfía granadas, mosquetes y partesanas, mandando personalmente la facción el Gobernador, aunque achacoso y con bien pocas fuerças, de suerte que al amanecer se halló el terreno sembrado de infieles muertos sin los cadáveres que, al retirarse, llevaron consigo de algunos Oficiales principales genízaros. **El día siete**, corrió con porfiadas escaramuças y assaltos a la Ciudad inferior, cuya Estrada encubierta se perdió y restauró muchas vezes, pero finalmente quedó por los enemigos con pocas apariencias de poderse recobrar, por estar ellos tan profundamente enterrados en ella que era imposible descubrirlos, ni hazer salida por allí sin arriesgar la gente a que la cortassen. Mas no obstante esso, tenían los bárbaros, cobrado tal miedo al presidio y a su Cabo, que los soldados no iban ya al trabajo de la trinchea, sino llevados de los Oficiales a cuchilladas y palos. Seis fueron las baterías plantadas contra el castillo, tres de seis piezas cada una, dos de siete y una de ocho, que no descansavan día ni noche, como tampoco quatro trabucos con bombas. Si bien, estas casi sin efecto contra las casas, assí por ser ellas pocas como porque las havían hecho descubrir. La brecha por donde se havía ganado el castillo dos años antes, no obstante, haverse entonces reparado con todo cuydado, quedó en este asedio tan abierta y espaciosa como en esa otra ocasión. Hallávase la artillería de la Plaza en gran parte desmontada y, para la que aún quedava entera, faltavan balas. Tampoco havía más de ciento y cinquenta balas de falconetes (arma de gran utilidad para resistir assaltos), pero el Gobernador las tenía destinadas a los últimos lances de la defensa. Ceñía el cerco a todo el contorno de la Ciudad y del castillo. En la isla havía mil hombres y una batería de seis piezas que disparava a todas horas, pero embalde. En sus confusos aproches, tenían encerrado todo el terreno que corría por el espacio de entre un molino y la Ciudad, desde la montaña de Santo Thomás, hasta la puerta de la misma Ciudad y del arrabal fortificado, donde tenían una batería de quatro piezas. Y entre aquella montaña y la de San Jorge, otra batería del mismo género. Y en la cumbre de esta última eminencia otras dos, una de quatro y otra de siete piezas. Estavan todos aquellos parages desfigurados de fossos y trincheas a su modo, siendo increíble lo que en tan poco tiempo havían trabajado. **La noche de siete a ocho**, entendió el

Governador que darían un assalto general a todas las fortificaciones exteriores, pero no hizieron más que probar ligeramente la mano en diferentes partes, quizá por ver cómo los recibirían quando obrassen de veras. Y todo el día se passó de la mesma suerte. **La noche de ocho a nueve**, acometieron la Estrada encubierta entre el castillo y la Ciudad, de adonde los desecharon como otras vezes y, al rayar del alba, salió el Governador con trecientos hombres en tan buena hora, que cegó gran parte de las trincheas hechas en la bajada de la contraescarpa, donde se les degolló más de ducientos hombres. Con todo esto, no trataron aquel día de vengar la afrenta en puesto alguno, salvo con sus baterías, que hizieron un fuego terrible, y arrojaron sus trabucos más de quatrocientas bombas que mataron algunos oficiales inferiores de la Guarnición y diez y ocho soldados. **La noche siguiente**, continuaron sus aproches por líneas obliquas, y tan desatinadas, contra el castillo y la Ciudad, que el Governador con todas sus experiencias, confessó el día después, no podía adivinar a qué fin havían rebuelto tanta tierra. Lo mejor de todo fue, que la mayor parte de aquellas obras se hallaron enfiladas de la mosquetería de la Plaza y, a pesar de las cabeças de ataques y flancos que levantaron para cubrirlas, no pudieron conseguirlo sin pérdida de mucha gente. Desde entonces barruntó fácilmente el vigilante Governador, tenían ya noticia de la marcha del socorro, pues trabajaron con más flojedad a las trincheas, començando a ocupar todas las eminencias que podían conducir a atajar la llegada a ellos y, franqueando con esto, más descanso al presidio, pero le empleó en mejorar sus defensas y en levantar unas buenas cortaduras detrás de las brechas. Lo qual no haviendo ellos imaginado, dieron **el día onze** diferentes abances a las obras exteriores de la Ciudad y del castillo. Mas, sin poder fijar el pie en las brechas, ni aun en el fosso, sino gran número de sus muertos. Aquel día reconoció el Governador, fuera de duda, en los mismos movimientos del enemigo se acercava el ejército imperial, pues empezó el Seraskier a ocupar terreno donde formar su batalla, cuya frente cogía desde un bosque hasta el Danubio y comprendía las eminencias superiores a la campaña por donde le podían acometer. Mas no obstante esto, **la noche de onze a doze**, hizo dar tres assaltos esforçando a todo trance alojarse en las brechas, pero huvo de retroceder todas tres vezes con más daño que las antecedentes, pues no fueron menos de trecientos sus muertos, además de otros tantos heridos. Verdad es, que también de la Guarnición murieron tres Capitanes, dos Tinientes y quarenta Soldados. **A doze**, por la poca gente que persistía en las trincheas, acabaron de ver los sitiados que el señor Duque de Lorena estava ya más cerca y, sobre todo desde la altura del castillo con atajos de larga

vista, divisaron había apenas una legua de distancia entre ambos ejércitos. **A treze**, después de mediodía, quedaron casi desamparados los aproches, con que hubo lugar de allanarlos en parte y trabajar, sin intermisión, al reparo de las ruinas executadas de la artillería turca en las obras exteriores y en los recintos de la Ciudad y del castillo. Y permaneciendo el día después los ejércitos fronteros uno de otro, también fue ocasión para llenar más espacio de trincheas, hasta cierta distancia, sin apartarse la gente del cuerpo de la Plaza con riesgo de que la cortassen los infieles.

Mas, tiempo es que bolvamos al campo cesáreo que dejamos junto a Almatz, una legua lejos de Strigonia. Leída de los Duques de Lorena y Baviera la carta que trajo el Oficial embiado del Governador de aquella ciudad (en que venía lo propio que se ha referido de aquella exemplar defensa), fue el primer cuydado del Generalísimo ver cómo reforçar al presidio y remplaçar las municiones consumidas durante el asedio, a cuyo efecto, valiéndose de las barcas que seguían al ejército por si se le ofrecía necessitar de puente, hizo passar en ellas quinientos infantes con provisión competente de pólvora, balas y granadas encaminándolos a Barkan, cuya cercanía ya estava libre de enemigos por haver el Seraskier revocado el cuerpo de tártaros y sémenes (gente de a pie muy inferior en todo a los genízaros), que había tenido muchos días en aquella otra ribera del Danubio; pero no hallava S.A. facilidad igual en acercarse más a los otomanos que, teniendo por delante un gran pantano impossible de passar, sino desfilando debajo de toda la artillería contraria, predominante en una hilera de eminencias contiguas guarnecidas de todo el poder infiel, con disposición digna de las experiencias de su General. Mas valga la verdad, que no parece lo fue la ligereza con que dio crédito a quien le dijo traía el Duque de Lorena menos de veinte mil hombres, haviéndose dejado inducir a la marcha sin más intento que introducir algún socorro furtivo a los sitiados.

Corría ya el tercer día que los ejércitos se miravan con ociosidad, casi totalmente agena de la resolución no diversa en ambos de pelear, quando **la noche de catorze a quinze de agosto**, vino huido del campo enemigo un polaco de buen discurso que asseguró, al Duque de Lorena, la opinión en que el Seraskier estava tocante a sus fuerças y que, esto mismo, avivándole el deseo de no malograr la ocasión, tenía por cierto no se le daría nada de mejorarse a esta otra parte del pantano, como estuviesse seguro de hallar en ella terreno competente para bolverse a formar. Y como esto fuesse lo mismo

que S.A. tenía meditado, considerando cuán intratable fuese sin peligro evidente de perderse el acometer unas huestes acampadas con tanta ventaja, comunicó al Duque de Baviera, y a los demás Generales, el arbitrio que le ocurría de fingir la retirada, y aun encubrir quanto se pudiese el número de la gente. A que sucedería una de dos cosas: seguirle los turcos con ánimo de combatir o, viendo Strigonia socorrida, elegir otro partido que juzgassen más conduçible a socorrer Neuheusel; en cuyo primer caso, se conseguiría lo que más se deseava y, en el otro, quedaría bastantemente saneado el punto del exército con la liberación de Strigonia, para atender a la seguridad de aquella empresa hasta su conclusión. Mas, aunque este discurso fuese tan cabal como capaz quien lo hazía, y lo conociese el Duque Elector por el mejor arbitrio que en aquel lance dictasse la razón militar, pero no pudo dissimular el sentimiento que le ocasionava el ver que se desvaneciese la ocasión de un pronto combate. Sin embargo, conformándose con aquel parecer que ya se había hecho el de todos, la mesma tarde se embió el bagage más embaraçoso al otro campo que se pensava ocupar en el camino de Visalú, donde estavan los puentes, para repassar el Danubio. Al mesmo tiempo, se distribuyeron las órdenes tocantes a lo que la mesma noche o la mañana siguiente se pudiese ofrecer, y fueron: **Que**, antes del amanecer, estuviesse el exército doblado y marchasse sobre dos líneas (según la disposición que se vio en otra parte) donde el terreno lo permitiesse a ambas alas y, donde no, desfilasse el ala izquierda batallón por batallón, y esquadrón por esquadrón y más cuerpos si se pudiesse, y se restituyessen sucessivamente a su primera formación. Con esto, quedaría a la segunda línea del ala derecha la vanguardia, governada por el Conde de Dunevald y, a sus órdenes, los Generales de batalla, el Conde de Arco de la gente de Baviera, Tingen de los francones, el Marqués de Baden de los suevos y Bois-David de los luneburgueses, a los quales debía seguir la primera línea con lo demás de la Generalidad. **Que** el General de batalla, Conde de Stirum, marchasse a la derecha de la primera línea, por las eminencias que él mesmo había reconocido el día antes, teniendo en esta propia línea su regimiento de dragones, los de Luneburg con dos esquadrones de infantería también luneburgueses, y todos los hússares menos los del Conde Zobor, con algunas pieças pequeñas de artillería. **Que** delante la primera línea marchasse la artillería de campaña y, detrás de cada regimiento, la que solían llevar. **Que** los batallones y esquadrones que estavan en el camino estrecho de esta parte del pantano, y la pequeña artillería de las mesmas tropas con quanto había en la eminencia del lado derecho, donde el

General Tingen tenía su puesto con dos esquadrones, se moviessen a la primera señal de timbales a su dirección.

Serían las diez de la noche, quando se manifestó el acierto de lo que el Duque de Lorena tenía discurrido, avisando una de las centinelas passava el enemigo a toda priessa el pantano. Lo qual sabido de S.A., cercado en breve de todos los Generales y habiendo también acudido el de Baviera, no es creíble el contento con que S.A. Electoral recibió y restituyó los parabienes de que se le fuesse más presto madurando el logro de su deseo. Entonces, puestos todos a cavallo, fue cada uno donde le tocava a formar la batalla y apercibir lo demás necessario. Lo qual executado con presteza y puntualidad imponderable, se movieron las huestes no ya con el dissimulo de una retirada medrosa, sino con el ruido y armonía alegre de las trompetas, timbales y tambores que duró hasta la una de la mañana, que el enemigo ya con pequeñas tropas, y ya con otras mayores, acompañadas de la horrible vocería que suele, fue dando muestras más inmediatas de su resolución por el ala izquierda. A que bueltas las caras y, haziendo alto los imperiales con dos passos que dieron atrás, se vio bien presto reprimida la molestia y assegurada la continuación de la marcha hasta el sitio escogido para pelear, dando entretanto la cavallería úngara y croata bastante exercicio a los infieles que se adelantavan a escaramuçar. En esto, llegó la aurora a assomarse al orizonte prometiendo la luz necessaria a una acción más regular, pero al mesmo tiempo se levantó una niebla tan espesa que, a seis passos, apenas se distinguían los objetos. Mas, considerando quán oportuna fue a encubrir a los bárbaros algún principio de desvío y confusión causado de la obscuridad en la marcha, y que pudo tener malas consecuencias a no haverse compuesto prontamente al abrigo de la mesma niebla, ¿no parece fuera grande error el dezir sería, quizás, algo semejante a la columna de nubes que, en otra ocasión, sirvió de guía y amparo al pueblo de Dios?

Finalmente, ya salido el sol y apoderado del cielo, se desapareció la niebla en instantes y al ejército christiano se hizo patente el infiel que, a grandes passos y en orden muy regular, según sus estilos, se apressurava al conflicto, a que dio principio su ala izquierda acometiendo a la derecha imperial con ímpetu, cuyo igual apenas se había visto jamás repitiendo tres veces el choque hasta dar en las picas y en los mosquetes, pero recibida siempre con inexplicable firmeza. Antes bien, lejos de cederle el menor palmo de terreno, fue el Duque Generalíssimo, director actual de la mesma ala,

mejorándose a passo grave y despidiendo del semblante rayos de brío, asistido del Príncipe de Valdeck, del Príncipe Luis de Baden, del Duque de Croy y de los Generales de batalla Condes de Fontana y Taf, en las distancias señaladas a los ministerios de cada uno y, el más inmediato de todos a su persona, el Príncipe Luis. A la misma sazón, habiendo los Oficiales mayores, que estavan delante la infantería y artillería, hecho jugar muy a propósito a esta cargada con balas de mosquete, y hecho disparar las primeras filas quando tuvieron más cerca a los enemigos, quedó notablemente aguado su primer ardor, como lo manifestaron comenzando a titubear y aún a ceder. Lo qual reparado de su ala derecha, no solo se encaminó a sostenerlos, sino a hazer un nuevo esfuerço contra la misma ala derecha de los cesáreos, azia cuya estremidad hizo anticipar el Seraskier un gran cuerpo de cavallería. Mas, haviéndolo observado el Duque de Lorena desde el primer movimiento, luego ocurrió al peligro haziendo, según venía adelantándose aquella cavallería, duplicar el fuego de la primera línea, assí de la mosquetería como de la artillería grande y pequeña y, ordenando al Conde de Dunevald acudiesse a la misma parte con los batallones y esquadrones más cercanos de la segunda línea, lo qual cumplió con muy frutuosa prontitud. Entonces, también viendo el Duque Elector alejarse de su frente al ala derecha otomana a la operación referida, se movió con la izquierda imperial, a que mandava, azia donde estava más encendido el combate, con lo qual, aun antes de llegar a las manos este refuerço, acabaron de confundirse los bárbaros de suerte que, bueltas las espaldas, dieron a huir la buelta del pantano. Mas, al mismo punto, habiendo el de Lorena separado en su alcance los úngaros, croatos y dragones, con toda la cavallería de la primera línea y los batallones de la segunda, que el General Dunevald había hecho adelantar mientras los había de seguir el ejército, executaron brevemente los primeros con armas blancas en ellos el nuevo estrago de dos mil hombres, sin los otros muchos que habían perecido en los primeros acometimientos. Mostraron con todo, passado el pantano, quererse bolver a formar, pero a los primeros batallones que vieron los seguían, sin acordarse de disputarles el tránsito ni considerar lo limitado del número, se desbandaron nuevamente con mayor precipitación que antes, franqueando a los vitoriosos su campo con las tiendas y el resto del bagage que no habían encaminado a Buda. Pero el botín más lustroso, fueron quarenta estandartes, veinte y tres piezas de artillería, quatro trabucos, gran número de bombas y balas de artillería, además de una copiosísima provisión de pólvora y plomo. No fue fácil acertar el número de sus muertos, por los muchos que se ahogaron y quedaron sepultados en el pantano. Mas, algunos días después,

confessaron prisioneros y rendidos de sus tropas les habían faltado de aquella ocasión más de veinte mil hombres, entre passados a cuchillo y huidos, sin más de quatro mil de sus mejores genízaros que habían perecido en los ataques de Vicegrado y Strigonia. En la batalla quedó herido ligeramente el Seraskier, luciendo, aunque infeliz, en un mismo grado las disposiciones y los bríos personales en los dos oficios de gran Capitán y Soldado y, con bizarría tan vigorosa, que desmentía los ochenta años casi cumplidos de su edad. Osmán, Bajá de Egipto, perdió la vida con otros muchos Oficiales de cuenta y valor. Pocos prisioneros se hizieron en el ardor del combate, por repugnar aquel género de compasión u codicia a los mejores preceptos de la guerra, que mandan obrar con rigor hasta declarada enteramente la vitoria en la derrota absoluta de los enemigos. Y como a estos, no los pudiesen seguir prontamente formados los imperiales por el forçoso desfiladero del pantano mientras le passavan, hechó su infantería sobre la mano izquierda al lado del camino de Buda por montes y breñas, pero buena parte de ella con el ansia sola de esconderse brevemente al furor de los christianos, para escaparse después, aburrida de los trabajos y desdichas de la guerra, como pudiesse a provincias remotas de ella. Eligió la cavallería (aunque no toda) el pays más abierto y llano, sobre la mano derecha, en que aprovechar la ligereza de sus cavallos la buelta de Alba Real. Sin embargo, **los tres y quatro días siguientes**, trajeron algunas partidas de alemanes y hússares más de quinientos prisioneros, hechos parte casi en las puertas de Buda y los demás ocultados en barrancos y malezas, sin otro gran número de christianos que, entre la confusión de la fuga, hallaron el camino de la libertad. Todos a una voz contavan el afán con que, passado el pantano, se esmeró Cheytan Bajá para detener los fugitivos y restituirlos a la prístina formación con que restaurar la batalla y su honor. Mas los halló insensibles a otro qualquier impulso que del concebido pavor y, si algún espíritu les quedó, todo le aplicaron a facilitarse entre ellos mismos el camino al escape. Como sucedió a dos gruessos de genízaros y espahis que, atropellando juntos a un passo estrecho e incapaz de todos, llegaron a las manos con lo peor de la cavallería, que no solo perdió gente en la contienda, pero hubo de ceder sus cavallos a los genízaros con que ponerse más prontamente en cobro. Mas, de todos estos desórdenes (ya recogida la infantería en Buda y la cavallería a campear, parte poco lejos sobre el Danubio y parte detrás de Alba Real), se vengó después el Seraskier en las vidas de algunos Bajás y otros Cabos, de cuya vileza había sido testigo ocular.

Ni solo en las plagas contadas y por contar, cuya execución corrió por manos de los hombres, paró la desdicha de aquellos días de los infieles, sino que el Cielo por sí quiso agravarlas más con el incendio imprevisto de la Ciudad y castillo de Novigrado. Ya sucediese (como refirieron algunos) con un rayo despedido contra el orden natural de las cosas, por medio de un ayre sereno y quieto, el día antes del mismo combate de Strigonia, o por otro medio accidental que nadie pudo atinar, consumiéndose no solo las poblaciones de arriba y abajo, pero abriéndose brechas en el propio recinto superior y quemándose todas las municiones y pertrechos, hasta las cajas de artillería. De modo que la Guarnición, y los naturales, desesperando poder subsistir en un puesto tan destrozado, le abandonaron hasta que el Seraskier, con ideas diversas de las que después le movieron a hazerle arrasar, mandó bolviessen a pertrecharse en él.

Acabado por los imperiales de asegurar la vitoria, se festejó tan feliz día con acciones solemnes de gracias a la Magestad divina, y despachó el Duque de Lorena a las cesáreas con el aviso al Príncipe de Neuburg, ponderándose particularmente entre las muchas gloriosas circunstancias del suceso, las dos de haver peleado casi sola el ala derecha contra todo el poder otomano, sin quitar empero a la izquierda el mérito de la generosa prontitud con que la movió su principal director al socorro. Y, la otra, de no haverse perdido más de cinquenta hombres entre muertos y heridos y ninguna persona de puesto, sino el General de batalla de los suevos que, por sus muchas prendas, hizo gran lástima a todos.

Mas si junto a Strigonia, y en esta misma ciudad, triunfavan las armas christianas, no menos era el mérito que para ello hazían las que havían permanecido sobre Neuheusel. Antes de separarse el cuerpo aplicado a esa otra expedición, estava tan adelante aquel assedio, que se contentaría el Duque Generalíssimo de hallarle a la buelta con las ventajas que le dejava, pero la emulación loable que fueron influyendo a los sitiadores, assí la magnánima defensa de Strigonia como las hazañas del ejército principal posteriores a su liberación, les persuadió eran estrechos aquellos límites a la grandeza de sus ánimos, y que no quedarían bien, si libres probablemente sus líneas de enemigos exteriores, enfrenados del grueso principal que havía salido a encontrarlos, no acabavan de sujetar a los interiores de la Plaza. Hechas pues, varias obras nuevas a este fin y, particularmente, una batería de otras veinte y cinco piezas, añadida a las primeras para perficionar las brechas en los

baluartes y la cortina, convocado el Consejo de Guerra por el Conde Caprara, quedó **a diez y seis de agosto** determinado el assalto, con calidad que primero le aprobase el Duque de Lorena, como brevemente lo hizo en vista de Consulta del mismo Consejo. Y también considerado lo que, persistiendo el Seraskier en el puesto inaccesible que se hallava, detendría a S.A. en su vecindad, procurando atraerle a una facción campal. Divulgada pues, entre los sitiadores, aquella resolución aprobada del Generalísimo, es indecible el gusto con que la recibieron todos y la porfía de todas las Naciones, que formavan cuerpos aparte, solicitando ser admitidas quando no preferidas en la execución. Tan ardiente y general era el deseo de la Gloria, y especialmente en la infantería úngara que no dudava dezir le tocava el primer lugar en una acción, cuyo interés y beneficio era más propio de su patria. Pero ellos, como los demás comprendidos en la pretensión, huvieron de allanarse a lo que dispuso quien mandava. Y quien no se conformó tan prontamente fue el tiempo, con lluvia incessante hasta la mañana **del día diez y nueve**, aunque tampoco se malogró la dilación, durante la qual, habiendo el Conde Caprara dado repetidas muestras fingidas de acometimiento y acudido siempre los contrarios a reforçar las brechas, quando después se fue de veras a ellos, dióse a conocer la tibieza o el cansancio que les causavan las passadas burlas.

Cinco mil hombres fueron los nombrados para la facción; los tres mil destinados a subir las brechas y los otros dos mil para su retén. A los mil del avance de la mano derecha, mandava el Sargento general imperial Conde de Schaftemberg. A los de la mano izquierda, el Sargento general Rumel, bávaro, y a los de la brecha de la cortina, el Sargento general Du Mont, luneburgués. Hallándose toda la gente antes del amanecer repartida en tres plazas de Armas inmediatas al fosso, y fronteras a los parages donde havían de obrar, comenzó y prosiguió a disparar toda la artillería hasta las siete de la mañana, despedaçando las paliçadas y arrassando los parapetos levantados de los infieles en las brechas. Y acompañando a las furias de la artillería de las bombas, estava hecho el ayre un infierno de fuego, humo, relámpagos y rayos, cuya comparación acabavan de justificar los aullidos horribles de los bárbaros que se interpolavan al estruendo de las baterías.

A las nueve de la mañana, abiertas de repente unas blindas hechas de fajinas, fueron saliendo de cada una de las tres plazas de Armas referidas, primeramente, doze soldados con un Caboesquadra, veinte con un Sargento y, sucessivamente, los Alférezes, Tinientes y Capitanes, con números

proporcionados a sus puestos. Llevaban los primeros soldados partesanas, los segundos arcabuzes largos y seguían otros con mosquetes, hozes enastadas, medias picas y otros varios géneros de armas ofensivas. Teníales el Mariscal de campo prevenido a todos con recato que, durante el mayor afán de la subida, haría arrojar bombas a las cortaduras y reparos interiores del enemigo, pero vacías, a fin de espantar y retirarlos sin peligro de los agresores. Estos pues, con ánimo de leones, favorecidos del humo de la artillería, fueron trepando hasta encontrar con los infieles, a quien casi descubiertos, no valió sino por breves momentos la resistencia que intentaron con lanças, mosquetes y piedras. Pues desalojados de todas las tres partes, se acogieron huyendo a otro baluarte donde, enarbolada la bandera de paz, solicitaron a voces lastimosas los admitiessen a capitular. Mas a tan intempestiva instancia, fue la respuesta atropellar con ellos y degollarlos a todos, menos ducientos que, precipitándose en el fosso a buscar escape por la campaña, dieron en la cavallería, que acabó en ellos el estrago comenzado de la infantería. De allí, explayándose esta sin descomponer sus cuerpos a todas las partes de la población, no paró su furor hasta satisfacerse en seis mil vidas de infieles, sin perdonar a sexo ni a edad. Solo con ducientos hombres, mugeres y niños que algo tarde se hallaron escondidos en diferentes cuevas, se usó de clemencia. Entre ellos, el Muftí o prelado de su bárbara superstición y el Tiniente del Bajá, haviendo este dejado la vida en una de las brechas. A quarenta se hallaron reducidos los esclavos christianos que cobraron la libertad, sin contar muchas criaturas bautizadas que se eximieron del riesgo de que las criassen en la Ley de Mahoma. Pero lo que excede a todo lo imaginable, es haver muerto apenas quarenta christianos en los tres avances y quedado otros tantos heridos, como también el no haver passado de mil los que perecieron en el asedio las cinco semanas que duró. Igual fue el valor con que se portaron todos, particularmente en la última facción, y bien raras vezes se havrá visto semejante en otras. Débese, con todo, alguna distinción aventajada a los Generales y Oficiales que, según sus graduaciones, tuvieron parte en esta. A la excelente conduta, y briosa resolución, con que el Conde de Schaftemberg se presentó a los enemigos sobre el baluarte señalado, le atribuyeron muchos la oposición que se halló menor en aquel puesto que en los demás, aunque en nada difirió el proceder de los Generales que dirigían los otros dos assaltos, como tampoco el de los coroneles Apremont y Hussin, que concurrieron en ambos baluartes acometidos. De los Tinientes coroneles, el Barón de Asti, del regimiento de la Verna, y del Conde Francisco Palfi, del regimiento de Apremont, hallamos con todo, en *Relaciones* de mucho crédito, elogios singulares. Como assimesmo

del Conde de Marsillí que, peleando en el baluarte de la mano izquierda (puesto del Bajá, que allí murió y donde, por su presencia, fue más reñido el contraste), le alcanzó una pedrada que le desfiguró la cara, dado que sin lesión de la vista.

Mas quién creará lo que vamos a dezir de las copiosas provisiones y ricos despojos que se hallaron en la ciudad, no obstante, haver apenas quedado intactas de bombas e incendios dos solas casas. Para más de dos meses tenían aún los sitiados que comer a raciones enteras, acabando no sin asombro, de desmentir las noticias apasionadas o artificiosas que antes se habían tenido de lo contrario. Lo propio fue de la gente de guerra, pues sin la que habían perdido en tantos días de ataque, les quedaban entonces aún más de mil y ochocientos hombres. El botín, que méritamente se franqueó a los Soldados, fue tan considerable que presto se vieron con ricas galas y manejar gran número de monedas de oro y plata. Tres días después de expugnada la Plaza, registraron unos Comissarios imperiales noventa y tres piezas de artillería de diferentes tamaños, de las quales las más con las armas de los Emperadores passados, algunas con las de Saxonia y las demás turcas. Una de sesenta libras de bala, otra de cinquenta y cinco, y tres de quarenta y ocho, pero muchas maltratadas de las baterías del campo. También hubo cinco trabucos, los tres de hierro. De pólvora turca se hallaron cien mil libras; de plomo, ducientas mil, y un sin número de balas de artillería.

Concluida la empresa de tan gran Plaza, despachó el Conde de Caprara inmediatamente el Príncipe Piccolomini al Duque de Lorena con la noticia del suceso, el qual sabido del exército, aunque en marcha actual a repassar el Danubio, no pudo dilatar un momento las señas de su alborozo que después repitió más cumplidas en su campo, a dos leguas distante de Comorra. Oídas del Príncipe Piccolomini todas las circunstancias del caso, se anticipó S.A. a satisfacerse también con la vista, y halló en Neuheusel al semblante de la vitoria, tan horrible como gozoso: una fortaleza, la tercera parte de cuyo recinto batido de tantos millares de cañonazos, apenas conservava la menor muestra de tal en las ruinas de sus murallas, ni en su desangrado y cegado fosso y, humeando todavía lo interior del efecto de las últimas bombas, sin quedar ya casi materia combustible en toda la población. Pero lo que especialmente hería la vista, y movía a compasión, eran las calles regadas de sangre humana, aunque infiel, vertiéndola aún de sus heridas los cadáveres desnudos, amontonados de trecho a trecho, aun de viejos y mugeres. Entre

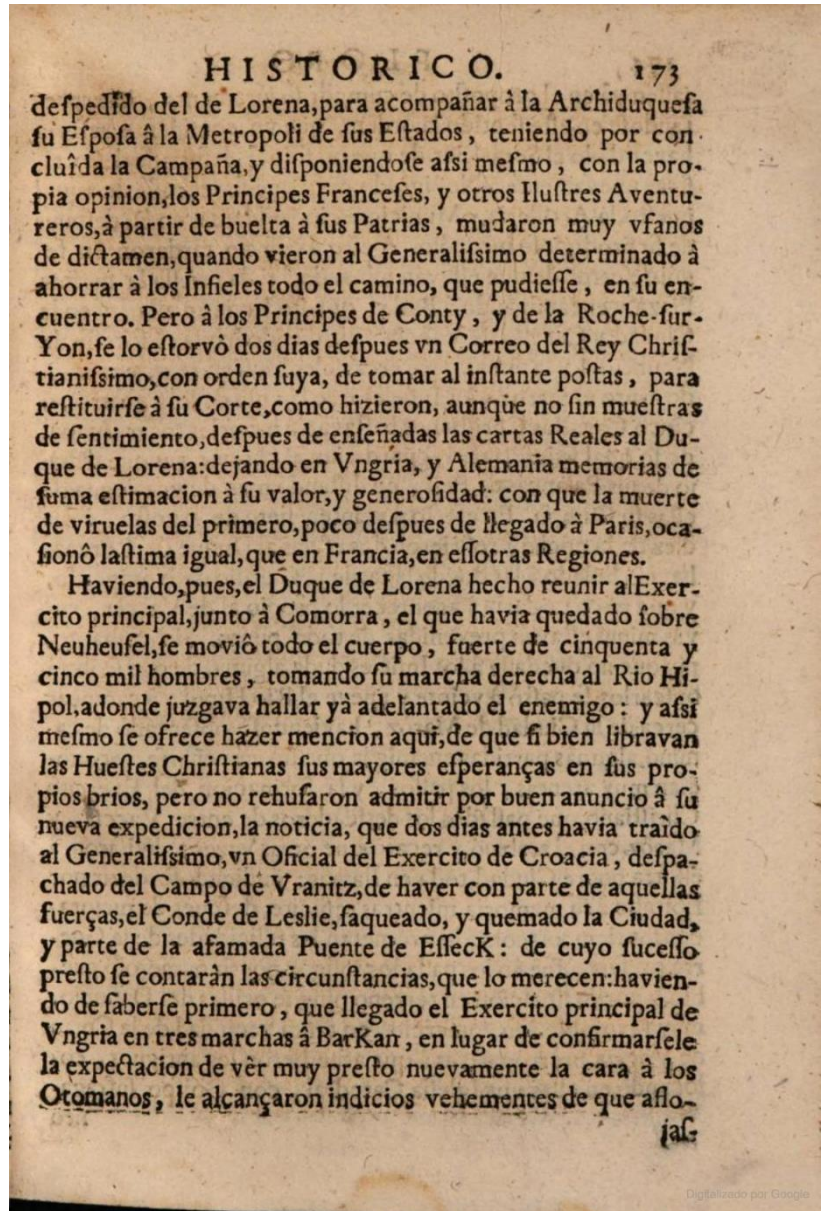
otras, una a quien mamava muerta una criatura suya, toda manchada de la sangre de su propia madre y de dos hermanitos suyos tendidos a su lado, en quien no había escusado cebarse la ciega saña del vulgo militar. Mas, por otra parte, producía en el ánimo de aquel gran Príncipe una indecible satisfacción la presencia de tan valerosos Cabos, y el logro de la confianza que había hecho de ellos para el remate de tan superior hazaña. Lo primero que hizo, fue nombrar por comandante de la Plaza al coronel Conde de Apremont, mientras el César diese el cargo a otro con el carácter de Gobernador, disponiéndose al mismo tiempo que el Conde de Schaftemberg llevase una nueva tan deseada a Su Magestad que, en premio de ella y de lo bien que había obrado, así en el asedio como en el asalto, le hizo merced de aquel gobierno. A la propia sazón, cuidava el Conde Caprara de que se diese sepultura a los muertos y alguna forma al alojamiento de la nueva Guarnición, que fue forçada acomodarse algunos días en sus propias tiendas de campaña. Acabado de despachar el Conde de Schaftemberg, pasó el Duque a visitar más de propósito las brechas, comenzar desde luego a hazerlas reparar, reconociendo también los parages donde estuviessen mejor algunas obras nuevas que tenía premeditado añadir a aquella ciudad, y algún día la harán inexpugnable. A lo más preciso dieron principio dos mil soldados, y se fueron convocando otros tantos gastadores de la comarca, y aun de Moravia y Silesia, que brevemente allanaron las líneas y los aproches, para atender a lo demás con ducientos albañiles. En la población, como no huviesse quedado en ser otro edificio apto al culto divino que la iglesia de los religiosos claustrales de San Francisco, mientras huviesse modo de restaurar la parroquial, se procuró componerla con la decencia más pronta y possible. Y no fue de poco consuelo y admiración hallar, todavía en ella, una imagen muy devota y entera del milagroso San Antonio de Padua. **Ocho días después de terminada la empresa**, concurrieron de la Corte Imperial gran número de curiosos de todos estados a gozar de más cerca de tan afamado triunfo y, entre otros, el General de la orden referida de San Francisco, que trajo consigo algunos religiosos para el servicio de la misma iglesia que, expurgada y consagrada de nuevo por el propio Prelado, supliesse la falta de la parroquial hasta su restauración, de que ofreció cuidar el Arçobispo de Strigonia, Primado del Reyno de Ungría, como así mesmo contribuir para la reparación de las fortificaciones, juntamente con el Cardenal Nuncio apostólico, de orden de Su Santidad. Tampoco se olvidaron desde entonces los arbitrios para bolver a poblar aquella ciudad, habiendo los naturales que permanecieron en ella, después de sujuizada, perecido casi todos debajo de la opresión infiel, o

passadose a la mahometana superstición y, los que salieron con el presidio christiano, disipadose en veinte y tres años de destierro. Mas como en esta materia política necessitasse de algún tiempo para resolverse y executarse, la dejaremos seguir el curso en que la huvieren puesto sus directores, para acudir a otra más propia de nuestro assumpto.

Hallábanse perplexos los Cabos del ejército imperial después de huidos los turcos, hasta saber si (según la voz que havían hechado durante la misma fuga) tomavan el camino de Buda para ir al socorro de Neuheusel, suponiendo ellos se prorrogaría más su defensa, o si se aplicarían a otra qualquiera operación capaz de borrar en alguna parte la nota de sus últimos descalabros. A la natural fiereza de Cheytán Bajá, davan nuevos alientos unos quinze mil infantes y otros tantos cavallos que havia buuelto a juntar en Buda y, esperando tener sazonado el fruto del escarmiento hecho en los Cabos fugitivos del combate de Strigonia en las submisiones de los demás y en el Juramento a que los obligó de seguirle donde los llevasse, y morir primero que retroceder de qualquier empeño en que los pusiesse; formado brevemente un nuevo tren de artillería con la que tenía en Buda, llegó **a veinte y dos de agosto** al Duque de Lorena la nueva de haver passado los puentes de aquella ciudad y adelantadose, entre Pest y Vaccia, con ánimo de dar batalla, aun sitiada o perdida Neuheusel. Pues con morir en la demanda, pagaría quanto se le podía pedir, y de la vitoria dependería el socorro o la restauración de la Plaza. Alegró la nueva en tal grado a los imperiales que, haviéndose antes el Duque de Baviera despedido del de Lorena para acompañar a la Archiduquesa, su esposa, a la metrópoli de sus Estados, teniendo por concluida la campaña y, disponiéndose assí mesmo, con la misma opinión los Príncipes franceses y otros ilustres aventureros a partir de buelta a sus patrias, mudaron muy ufanos de dictamen quando vieron al Generalíssimo determinado a ahorrar a los infieles todo el camino que pudiesse en su encuentro. Pero a los Príncipes de Conty y de la Roche-sur-Yon, se lo estorvó dos días después un correo del Rey christianíssimo, con orden suya de tomar al instante postas para restituirse a su Corte, como hizieron, aunque no sin muestras de sentimiento después de enseñadas las cartas Reales al Duque de Lorena, dejando en Ungría y Alemania memorias de suma estimación a su valor y generosidad, con que la muerte de viruelas del primero, poco después de llegado a París, ocasionó lástima igual que en Francia en esas otras regiones.

Haviendo pues el Duque de Lorena hecho reunir al ejército principal

junto a Comorra, el que había quedado sobre Neuheusel se movió todo el cuerpo, fuerte de cinquenta y cinco mil hombres, tomando su marcha derecha al río Hipol, adonde juzgava hallar ya adelantado el enemigo. Y así mesmo se ofrece hazer mención aquí de que, si bien libravan las huestes christianas sus mayores esperanças en sus propios bríos, pero no rehusaron admitir por buen anuncio a su nueva expedición la noticia que, dos días antes, había traído al Generalíssimo un oficial del exército de Croacia, despachado del campo de Vranitz, de haver con parte de aquellas fuerças, el Conde de Leslie, saqueado y quemado la Ciudad y parte del afamado puente de Esseck. De cuyo sucesso presto se contarán las circunstancias que lo merecen, habiendo de saberse primero que, llegado el exército



principal de Ungría en tres marchas a Barkan, en lugar de confirmársele la expectación de ver muy presto nuevamente la cara a los otomanos, le alcançaron indicios vehementes de que aflojassen ya en el propósito de cumplir su juramento, interpretándose, en este sentido, la orden que un confidente refería haver dado el Seraskier de que no solo se desistiesse de fortificar nuevamente a Novigrado, pero que se retirasse de aquel puesto la artillería y municiones introducidas en él, después de su prodigioso incendio. A este aviso, no tardaron en seguirle otros de que estaban minando a toda priessa la mesma Plaza, y encaminando a Buda quanto había en ella, y en la ciudad y castillo de Vaccia. Añadiendo, había el successo de Neuheusel y la nueva de acercárseles los cesáreos, aumentado tanto el terror a los infieles que la vista de solo quatro o cinco cavallos christianos bastavan a hazerles tocar

arma, de lo qual se infería no aguardarían al choque, aunque debajo de sus palancas de Pest, no distando más de una legua de ellas su campo. En efecto, **a veinte y siete de agosto**, a las diez de la noche, refirieron dos espías al Duque de Lorena havían bolado a las dos de la tarde al castillo de Novigrado, y que poco tardaría a acontecer lo propio al de Vaccia, cuyas minas estaban prevenidas de todo punto. Sin embargo, porque no quedasse a los infieles duda alguna de que se iba a buscarlos, se passó **a veinte y nueve** el río Hipol a camppear cerca de la ciudad de Maroz, haviéndose observado de camino algunas partidas enemigas que, sin empeñarse, reconocían muy atentas los passos y la formación del ejército christiano que, passados los desfiladeros de entre Vaccia y Maroz con el trabajo y recato que otras vezes, divisaron a esa otra pobre ciudad toda en llamas, pudiéndose dezir por epitafio a su memoria: mientras resucite, después de mejorados los tiempos (como lo prometen las felicidades de la guerra presente). Fue, en los passados, insigne por su numeroso pueblo y por su situación en terreno pingue orillas del Danubio, muy favorable a su comercio en tanta vecindad de la Corte de Ungría. Prerrogativas a que atendieron los antiguos colocando en ella una iglesia Catedral con Obispo sufragáneo del Arçobispo de Strigonia. No hizo, con todo, novedad el verla condenada a tan bárbaro fin, con las noticias que le havían precedido. Mas lo que dio gran motivo de maravilla, y discursos poco favorables al crédito de los otomanos, fue aventurarse poco antes del anochecer a tiro de carabina de la Guardia adelantada del ejército, llamando a voces y señas a alguno que le oyesse, un turco que al trage y buena presencia parecía hombre de porte. En efecto, era un Aga llamado Ahmet Chelebi, que havia sido *Desterdar* o Comissario de los feudatarios (que llaman timariotes) y havia assistido en Neuheusel y, hecho prisionero del coronel Heusler, havia estado un año con él hasta pagar su rescate, en cuya virtud, **a principios de agosto**, havia buuelto libre al campo de su Nación con el Chiaus, y otros oficiales, que havían traído al ejército imperial el presidio rendido de Vicegrado. A los quales empero, por haver visto al mismo ejército, no havia parecido al Duque franquearles la buelta al suyo (como lo hizo) hasta después de lo que se huviesse ofrecido sobre Strigonia. Admitido pues del Cabo de la Guardia, dando a entender como pudo venía a hablar con el Duque y entregarle una carta del Seraskier, fue luego llevado al cuartel de la Corte, donde preguntado del primer intérprete, y oído a qué venía, fue introducido en el pabellón de S.A., a quien hechas tres profundas reverencias, la cabeça casi en el suelo, y besadole la estremidad del justacor, declaró con gran respeto en su lengua su comission que, traducida, era lo siguiente:

Tu Emperador, siendo tan glorioso como lo es, y teniendo tanta razón de estar contento con las ventajas que Dios le ha dado, mediante tu valerosa conducta; el Gran Seraskier, mi General, ha creído se atenderá de buena gana al restablecimiento de la paz, y aborro de la sangre de tantos Pueblos. Con este dictamen me ha embiado acá a traerte esta carta y dezirte que, si quisieres consentir en atajar la total ruina del Reyno, puedes embiarle una persona de confiança autorizada para tratar de ajustes, teniendo él facultad de concluirlos contigo en nombre de mi formidable y poderosísimo Emperador, el mayor Monarca del Mundo. Acabado el cumplimiento, presentó la carta cerrada en un bolsillo de raso carmesí, a que respondió el Duque estas palabras formales: Mira que has venido al ejército de una manera que, por ningún caso, se estila. Pues sin passaporte, merecías que no te dejaran bolver. Yo haré examinar lo contenido en la carta y se te avisará lo que conviniera. Mandó, consecutivamente, llevar al Aga al coronel Heusler para que cuydasse de él mientras se traducía la carta, cuyas palabras eran:

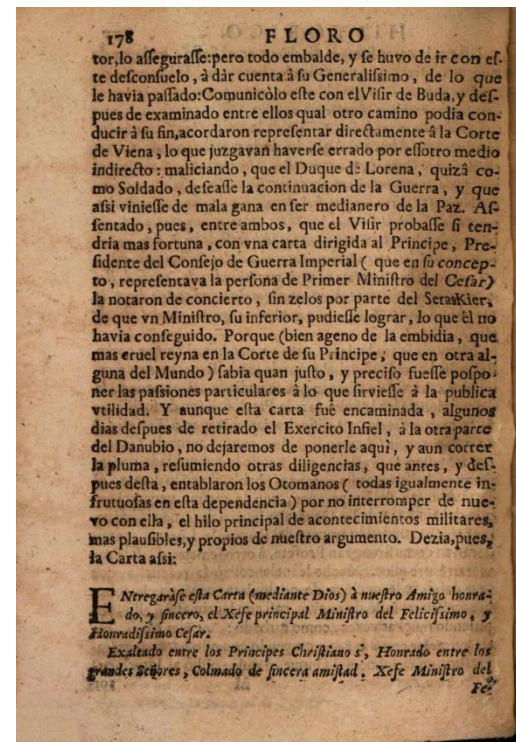
Después de recíprocos anuncios de amigables salutations y felicidades, se haze saber en amistad a nuestro aficionado y caro amigo, el Duque de Lorena, Generalísimo actual del Emperador Romano, que haviendo buuelto de essa parte Ahmet Celebi (ya Comissario de los timariotes que assistían en Neuheusel) y avisadome que si yo, vuestro Amigo, tenía intención de hazer un ajuste y negociar las pazes, podría yo embiar seguramente una carta. Assí pues, haviendo escrito la presente amigable, la embió diziendo que, por haverme ballado en servicio de los siervos de Dios, deseamos Nos y los que han dado motivo a esto, que los súbditos y vassallos de ambas partes queden en estado tranquilo, como en todas maneras perseverará el buen gobierno del Reyno hasta el fin del Mundo. Suceda con felicidad lo insinuado arriba, que no queremos la ruina de los miserables súbditos y Reynos de ambas partes. Y será voluntad de Dios que nuestra palabra, y qualquier tratado que hagamos, sea benignamente admitido a los augustos estribos de nuestro poderosísimo y formidable Emperador, Rey del Mundo. Haviendo pues, embiado allá al dicho Ahmet Celebi, le hemos encargado ciertas cosas que dezíros a boca. Y si, en trueque de él, viniere de vuestra parte un hombre de confiança, trataremos con él muy de propósito lo concerniente al buen gobierno de los súbditos y vassallos de una y otra parte, y de su estado tranquilo. Por lo demás, goze de salud el que sigue el verdadero camino. Dada en el campo imperial de Pest, etc.

Estaba la carta firmada *Ibrahim* y, en el sello, en lugar de armas o divisa que no estilan los bárbaros, se leía en idioma persiano: *¡O Dios grande! En una justa guerra que por Ley debe hazer, embíame siempre tus auxilios. Dame la ciencia, la práctica, la alegría y verdadera fe.* Leída la traducción, mandó el Duque dezir a boca

al Aga, sin darle más despacho: *Que se embiaría a la Corte el que havia traído, juntamente con el apuntamiento de sus proposiciones, siendo preciso acudir a ella para alcançar lo que solicitava y que, si el augustísimo César fuesse servido otorgarlo, se haría saber al Seraskier. Mas que en cuanto a S.A., hallándose delante los exércitos para la defensa de los Reynos y Estados imperiales, tres años havia atacados de los turcos contra la fe pública de los Tratados, no tenía más incombencia que la de llevar la guerra adelante y que, con este ánimo, proseguiría luego la marcha a darles batalla en qualquiera parte que los hallasse.*

Mientras se traducía la carta, y pensava el Duque cómo despedir a aquel oficial, algunos de los del exército más graduados, curiosos de saber lo que se pudiesse de él en orden a la disposición de los infieles para la paz, infirieron de su discurso, sin gran misterio, no dificultarían entregar a Tekeli (a quien aborrecía Cheytan Ibrahim, como a autor de guerra tan infausta a su Nación) y ceder todo lo conquistado por las armas christianas hasta entonces. Hablando en lo demás el Aga Ahmet, del Emperador, con la misma veneración que del

Sultán y de los Generales imperiales, con particular respeto, diziendo empero del Duque de Lorena, considerarían como a un gran profeta a otro semejante si le tuvieran entre ellos. Mucho le melancolizó la respuesta que se le daba y le excluía de qualquiera conferencia sobre su comission. Instó de nuevo, casi con lágrimas, en ello, repitiendo muchas vezes, como turbado: *Era muy cierto que el Gran Señor quería la Paz*, creyendo con esto hazer más impressión en el ánimo de Duque, a quien pidió al interlocutor lo asegurasse, pero todo embalde y se hubo de ir con este desconsuelo a dar cuenta a su Generalísimo de lo que le havia passado. Comunicolo este con el Visir de Buda y, después de examinado entre ellos cuál otro camino podía conducir a su fin, acordaron representar directamente a la Corte de Viena lo que juzgavan haverse errado por ese otro medio indirecto, maliciando que el Duque de Lorena, quizá como soldado, desearse la continuación de la guerra y que así viniesse de mala gana en ser medianero de la paz. Assentado pues, entre ambos, que el Visir probasse si tuviera más fortuna con una carta dirigida al Príncipe presidente del Consejo de Guerra Imperial (que, en su concepto, representava la persona de primer ministro del César), la notaron de concierto, sin zelos por parte del



Seraskier de que un ministro, su inferior, pudiesse lograr lo que él no había conseguido; porque (bien ageno de la embidia, que más cruel reyna en la Corte de su Príncipe que en otra alguna del mundo) sabía quán justo y preciso fuesse posponer las passiones particulares a lo que sirviesse a la pública utilidad. Y, aunque esta carta fue encaminada algunos días después de retirado el ejército infiel a la otra parte del Danubio, no dejaremos de ponerle aquí, y aun correr la pluma, resumiendo otras diligencias, que antes y después de esta, entablaron los otomanos (todas igualmente infrutuosas en esta dependencia), por no interromper de nuevo con ella el hilo principal de acontecimientos militares, más plausibles y propios de nuestro argumento. Dezía pues, la carta, así:

Entregárase esta carta (mediante Dios) a nuestro Amigo honrado y sincero, el Xefe principal ministro del felicísimo y honradísimo César.

Exaltado entre los Príncipes christianos, honrado entre los grandes Señores, colmado de sincera amistad. Xefe ministro del felicísimo y honradísimo César y Emperador, su íntimo consejero y nuestro sincero y honrado Amigo, cuyo fin sea dichoso. Después del ofrecimiento de sinceras, puras y amigables saluciones, se pregunta de su estado.

*Mi honrado y aficionado Amigo, debémosle avisar amigablemente cómo el felicísimo Visir Ibrahim Bajá, honrado conductor de los ejércitos de nuestro gloriosísimo, clementísimo y poderosísimo Emperador, Emperador sobre la faz de la Tierra, embió una carta al Duque, supremo General de la parte del felicísimo César, haciéndole saber su deseo de que cooperasse a componer los negocios de la Paz de ambas partes. Assí pues, en la misma conformidad, y de la buena vecindad, os escribe vuestro Amigo esta afectuosa carta, no dudando el que hayades visto la carta embiada por parte del honrado General y Visir Ibrahim Bajá, al Duque. Y aora se espera que, también por vuestra parte, os emplearéis con toda la debida diligencia en este santo negocio que toca a un ajuste y composición, y a la quietud y reposo de los Pueblos y de los pobres súbditos de ambas partes. Sobre esto os escribe vuestro Amigo, como vecino, esta afectuosa carta con una demonstración de amistad. Acabo con Paz y Amistad. Buda, a 9 de la Luna de Seval. Esto es, **a 7 de setiembre**. Firmada: Abdulrahman Bajá, comandante de Buda.*

Para encaminar esta carta se valieron del propio Aga que trajo la antecedente, habiendo primero obtenidole del Duque un passaporte para bolver al campo imperial (como hizo **a diez y seis de setiembre**), con el pretexto de ajustar el truque de algunos prisioneros y traer dos alemanes, que lo habían estado en Buda, diziendo el Visir en carta propia: *Los restituía de buena*

gana por dos turcos que se le habían propuesto, aunque de calidad muy inferior a los alemanes, no siendo sino unos pobres criados naturales de Egipto y, ofreciendo además (con mucha cortesanía) al Duque, dar libertad a los que quisiese con el solo interés de hazerle cosa grata. Acabado Ahmet Celebi de dar su recado al intérprete principal del ejército, nombrado para oírle en presencia de algunos Generales (no habiendo Su Alteza querídole ver), se mostró curioso de saber la respuesta que huviesse llegado de la Corte imperial sobre su primera comisión y, diziéndole el intérprete no había alguna, replicó: *Tenía otra carta concerniente a la misma dependencia para el Primer ministro del señor Emperador, juzgando el Seraskier y el Visir de Buda aquel medio más pronto, como más inmediato, para promover un negocio tan santo y saludable a ambas partes y, para la qual quizá, no franqueavan al Duque los embarazos de la campaña todo el tiempo que era menester.* Informado el Duque de quanto había passado en esta conferencia, mandó al intérprete significasse en voz, y sin papel, al Aga quedava con agrado a la atención del Visir, que se cuydaría de remitir su carta a la Corte y avisalle su efecto, si alguno produjesse.

Mas, para escusar el cansancio que sin duda causaría la relación individual de todas las cansadas instancias que, sobre nuevas paces o treguas, indirecta o directamente, movieron los otomanos desde el segundo año de la guerra, baste saber las hizieron primeramente no solo por medio del Príncipe de Transilvania, sino por el de Emerico Tekeli, con tan ciegas ansias como pensar pudiesse aquel rebelde ser instrumento capaz de tan relevante negociación. Ni la intentaron solo con el César, sino con el Rey de Polonia, valiéndose también para ello del Príncipe transilvano, del mesmo Tekeli y del Kan de los tártaros; y con la República de Venecia, haziéndola insinuar al capitán General Francisco Morosini por un Bajá de la Morea, proponiendo a todos conveniencias que suponían suficientes a contentarlos y separarlos de la Liga sagrada con particulares ajustes. Y lo que más admira, es que no habiendo acabado de desengañarlos el poco caso que, en el ejército y Corte del César, se había hecho de los repetidos viages que se han contado del Aga Ahmet, le embiaron otra vez, **a fines de octubre**, a Comorra solicitando un passaporte para llegar a los pies del Emperador con despachos del mesmo Sultán, según fue dibulgado por toda Europa. Mas, ventilada esta nueva misión entre el Cardenal Bonvisi, Nuncio de Su Santidad, los principales ministros del César y el Embajador de Venecia, pareció no dejar passar adelante al embiado sin saber primero si lo merecía su comisión. A esto pues, mandó el Emperador fuesse a Comorra su consejero y secretario Meninski, primer intérprete de las lenguas orientales y muy práctico de las máximas y artes de los turcos, con

facultad de abrir el despacho que traía el Aga, e instrucción de lo que le respondería, en caso de ser, qual apunto le halló. Era la sustancia mostrar el Sultán *un buen deseo de Paz o Tregua entre ambos imperios, proponiendo el que para ajustar una u otra fuesen Comissarios cesáreos a Constantinopla, o a Buda. Que, entretanto, había prohibido al Visir de Buda (no estava ya el Seraskier en Ungría) qualquier acto de hostilidad y mandado prender a Tekeli, como a autor de la guerra y de todas las desdichas que habían sucedido.* A esto, como la vez pasada, satisfizo el intérprete solo a boca diziendo: *No tenía el señor Emperador intención de embiar ministros a parte alguna, ni entrar en negociado imaginable sin participación de sus aliados y si, el Sultán, no declarava antes de todo la satisfacción que les pensava dar, por si se pudiesse acetar y, por último (sabiendo quán porfiado solía ser el Aga en sus representaciones) añadió, podía irse desde luego, pues no tenía otra cosa que aguardar.*

Pero ya dilatamos demasiado cumplir lo ofrecido tocante al suceso de Esseck y más, ofreciéndose en poca diferencia de tiempo, contar assí mesmo y celebrar las otras vitorias de los generosos argonautas venecianos y sus auxiliares en la Morea, para bolver al hilo de las operaciones del ejército imperial donde le dejamos en la ribera izquierda del Danubio y verle separar, a lograr en compañía del otro que militava en la Ungría superior, nuevos progressos increíbles en la prontitud, calidad y extensión.

No sin razón se tenían libradas grandes esperanças en los movimientos ideados del ejército de Croacia que, sin duda, supuesto lo que executó el principal de Ungría, pudieran haver ocasionado la última ruina al enemigo, si sus fuerças correspondieran a lo premeditado y no obligara su cortedad a contentarse por su parte de la diversión y daños que hizo a los otomanos en la ciudad y puente de Esseck. Aunque no tan cumplidos que no quedasse a estos el castillo, de adonde restaurar lo que bastasse a mantener la possession y el uso de aquel afamado passage con circunstancias que, después, les hizieron atribuir a milagro de su Mahoma el no haver quedado absolutamente escluidos de él y cortada sin remedio aquella garganta, de donde todas sus plazas de Ungría reciben el principal alimento. Mas, vamos al caso.

Yaze Esseck en corta distancia del río Dravo, cerca dos leguas de donde se pierde en el Danubio, y diez y seis de Belgrado, en la región que los antiguos llamaron *Pannonia Interamnense* (por estar entre los ríos Savo y Dravo) y los modernos llaman *Esclavonia*. Considerada la situación, es fuera de controversia el puesto de que más deben cuydar los turcos si quieren

conservarse la Ungría y, por lo consiguiente él, a cuyo recobro han de mirar todos los conatos posibles de los christianos si piensan restituir aquel Reyno a la verdadera religión y a su legítimo dueño. Verdad es que, como se interponen tantas plazas turcas y tanto pays entre los confines de la jurisdicción imperial que le ciñen por el costado occidental, pareció más fácil y regular disponer por el oriental de la Croacia christiana la expedición que se encargó de la empresa. Hecha pues, plaza de Armas en Turanovitz con la advertencia precisa de hazer la marcha a la ligera, y sin aparato que en el vulto o en el peso diesse impulsos y tiempo a los turcos para apercibir la oposición, determinó el Conde de Leslie, General de aquellas fuerças, formar un cuerpo de solo seis mil hombres con algunas piezas de campaña, separando setecientos infantes de cada regimiento de infantería y quinientos de cada uno de los de cavallería, todos alemanes, y dos mil croatos. Los Cabos nombrados para la facción, además del Mariscal de campo General Leslie (no sin grande embidia de los que se quedaban atrás), fueron el Tiniente de Mariscal de campo, Marqués de la Verna, y los cinco coroneles: Montecuculi, Seraú, Eysler, Herbevila y de Pace; proveyéndose todas las tropas de bastimentos para diez días. Con esto, habiendo **a ocho de agosto** visitado el Conde de Leslie la plaza de Virovitiza (zelándola como a ahijada y parto de su militar dirección), movió aquel cuerpo de ejército que, a pesar de los excesivos calores y de la penuria de agua en gran parte del camino, fue penetrando por el pays enemigo en cinco marchas hasta el campo de Esseck, habiendo solo a la tercera llegado a los infieles la noticia de la novedad, aun con la circunstancia forjada de su temor (passión muy diestra en multiplicar los objetos) de que los christianos eran más de treinta mil. Con cuyo aviso, según fueron adelantándose y viéndose descubiertos de las partidas o gruesos contrarios, marcharon formados sobre frentes muy dilatadas y, campeando, armaron tiendas y barracas capaces del número que se les atribuía. Los acontecimientos más notables de la ida fueron apoderarse de Micalovitz que, en la ocasión, por falta de presidio competente, desmintió su título de fortaleza. Anticipose Gaspar Balock, Cabo afamado entre la valerosa Nación croata, con quinientos cavallos a tomar los puestos y obviar a que de noche se huyesse la Guarnición, conociéndose incapaz de defensa. Y por la misma razón, se entregó a merced, numerosa de ochenta y un hombres hábiles a pelear, además de otras tantas personas, viejos, mugeres y niños que, encerrados hasta la buelta en una torre con una guardia de cien infantes alemanes y cien heiduques croatos, pasó el ejército adelante precedido con presteza de los mismos quinientos croatos, y su Cabo, a ocupar el puente del río Coracina antes que el enemigo acudiesse a

romperle y, quizá, imposibilitar el progreso a la expedición. Y bien presto, se manifestó el acierto de aquella providencia en dejarse ver allí tropas de turcos a pie y a cavallo de la Guarnición de Valpo, sin duda, al fin que brevemente vieron se les había desvanecido. Picados empero de su poca suerte, quisieron desquitarse con escaramuzas en que no la hallaron mejor pues, no obstante, estar ellas vedadas del General, no faltó quien provocado de tan cerca que no se podía rehusar, los escarmentasse y retirasse hasta sus puertas. Ni mayor crédito les grangeó, después con sus enemigos, el tener la mucha artillería de su castillo desmontada, sin una pieza tan sola en estado de obrar quando, debajo de ella, prosiguieron las huestes cesáreas su camino. Tan adormecidos tenían aquellos bárbaros su orgullosa confianza, aún en medio de los peligros de la guerra más encendida. Sin que les valga de excusa la fama antigua que tuvo, y todavía no desmerece la ciudad de Valpo de fuerte y considerable entre las conquistas que hizo su Emperador Solimán en 1543, pues los obligava el propio motivo a mirar por su defensa y más por ser como antemural de Esseck, en solo tres leguas de distancia. Por esto mesmo, temeroso el Bajá de esta otra ciudad de que la sitiassen los imperiales, separó el día antes que llegassen sobre ella seiscientos cavallos y ducientos infantes en dos tropas, debajo de dos Bajás, a reforçar el presidio. Y aunque el uno, apenas divisado el poder superior de los christianos, fue retrocediendo por la otra orilla del Caracina, luego que encontró a su compañero, no solo se le reunió, pero ambos juntos llegaron a arremeter con tal brío a la vanguardia imperial que, sin duda, peligraría si prontamente no la socorría la Guardia de corazas y dragones, aun no tan a tiempo que no se perdiessen con un Capitán croato, veinte y cinco soldados. Verdad es, que de este daño fue pronto y bastante consuelo la muerte de muchos más enemigos, cuyo grueso tomando la carga a repassar el río Caracina para evitar mayor mal, lo consiguió. Mas fue a costa del puente que, desbaratado a su vista, le atajó la buelta a Esseck en tiempo de ayudar a la oposición que se apercibía al intento de los christianos.

Tembló la gente de Valpo viendo desde sus murallas la fuga de aquel socorro, creyéndola prelude infalible de un asedio. Mas, en el campo imperial, prevalecían las máximas bien diversas de no empeñarse allí sin artillería gruesa, y otras cosas necessarias, con la incertidumbre de cuánto duraría la empresa y el recelo de malograr entretanto el disignio principal. Reconocido pues con cuydado el fuerte recinto del castillo, muy regularmente flanqueado y cercado, además de dos grandes fossos llenos del río Caracina y lo que también fortificava a la ciudad, el río Valpo, de quien toma el nombre,

en su misma orilla. Bien al revés de entrarla y saquearla, como lo dize un escritor muy moderno (digno con todo de mucha alabança, por lo que se ha esmerado en dar al público la *Historia del estado presente del Reyno de Ungría*), continuaron los imperiales el día después, muy de mañana, la marcha en Batalla formal, como pensando a cada passo encontrar con algún cuerpo de infieles. Sin embargo, no apareció alguno hasta entrados en el campo de Esseck, donde escogido el espacio más cómodo para assentar el Real, havían empeçado a plantar tiendas y formar de ramas verdes (que en abundancia subministrava el viciosísimo sitio) barracas para más de veinte y cinco mil hombres quando, no lejos de los alojamientos, descubrieron hasta mil cavallos, y detrás un cuerpo de infantería, cuyo número por estar cubierta de arboledas no se pudo atinar. Entonces, todo fue restituirse la gente a los puestos que tocavan a cada uno en la formación de la batalla, para lo qual no solo dio el enemigo todo el tiempo que era menester, pero a que después de haverle desafiado los christianos con tres cañonazos, fuessen passo a passo hasta tiro de mosquete de su frente de Banderas sin que, por buen rato, diesse muestra de quererse retirar o pelear. Finalmente, comenzando como a despertar de la suspensión, le arrojó el Conde de Leslie a cuestras por ambos lados la cavallería croata, cuyo ímpetu no pudiendo llevar, quedó en breves momentos roto y en total confusión. Tomó inmediatamente la cavallería a todo galope el camino de Belgrado, pero alcançada de los croatos, la passaron parte a cuchillo, prendieron a muchos y fueron bien pocos los que se pusieron en cobro. La infantería viéndose desabrigada, también hechadas las armas, se puso a huir y, favorecida de hayas y cercos de heredades, fue a guarnecerse del castillo mientras la infantería y cavallería alemana, mejorándose dobladas hasta la palanca o recinto del arrabal, no solo arrancaron y cortaron sin contraste las paliçadas, pero tampoco le hubo al entrar en la ciudad, no obstante, haver buuelto a ella la mayor parte de los naturales después de retiradas el día antes, y la propia mañana, sus mugeres e hijos al castillo y embarcado algunas, con lo mejor de su hazienda, para Belgrado. No fue, con todo, la prevención tan general que a los vitoriosos no les quedasse en qué saciar la codicia de otro mayor número. Mas, antes de franquear a las tropas el saqueo, fue preciso assegurar la conquista en el estrago y prisión de los vecinos y poner fuertes guardias en las avenidas del castillo, lo qual cumplido por la mañana, se empleó toda la tarde en esa otra diligencia, que no pudo ser sin mezcla de nuevas muertes y prisiones de muchos infieles escondidos, pudiéndose acortar la pintura de los varios espectáculos de aquel día (horrorosos, aun executados

en enemigos de Dios) con dezir experimentaron mucha parte del mayor rigor que permite y manda la Ley de la más justa guerra.

Haviendo, el Conde de Leslie, dispuesto en lo referido quanto conducía a proseguir regularmente lo empeçado, y al consuelo de los soldados, fue a visitar lo que pudo del puente de Esseck, que no se sabe tenga igual en el mundo. Obra como de Solimán el Grande, Príncipe de los turcos que atento igualmente a engrandecer su imperio y fijar la duración del propio aumento, después de tomada la ciudad de Belgrado, hizo trabajar a este puente incomparable y preciso para introducir sus huestes en el riñón de la Ungría, logrando su cuydado con gloria y felicidad muy superior a la altiva empresa del persiano Xerxes, que sus panegiristas alaban de haver navegado sobre montes y hecho passar la mar a pie seco a sus innumerables soldados, en su memorable y no menos desastrada expedición de Grecia. Moviole al Xerxes otomano (quando a Solimán no le honre más su propio nombre) a levantar tan prodigiosa máquina, el impedimento que a sus intentos ponían en aquel sitio los dos ríos Dravo y Fenes que, por muy vecinos, suelen con las lluvias darse la mano y concurrir a inondar tres leguas del pays, dejándole, aun después de retirados a sus madres, hecho impracticable pantano.

Tiene pues, aquel puente entre Esseck y el Dravo, mil y cien passos de largo y, por la otra parte del mismo río azia Buda, más de ocho mil. Compuesto de fuertes troncos de robre, con frecuentes torres de lo propio, curiosamente labradas como los baluartes de los lados, que le dan doze passos de ancho, espacio correspondiente a lo magestuoso de lo demás y capaz de tres carros de Turquía, mayores que los de otra cualquier Nación. A no haver el infeliz Rey Luis de Ungría procurado estorvar su fábrica, y después no disputado con más esfuerço que lo hizo a Solimán aquel passo, atribuyen las *Historias* la culpa de los progressos más fatales a la christiandad, que hizo en aquel Reyno. Hallábanse diez y seis barcas en la corriente del Dravo, no muy ancho junto a Esseck quando, **el día treze**, fue ganado. Mas ellas, de miedo, en lugar de la menor oposición, se dejaron caer la buelta del Danubio para Belgrado desamparando no solo el puente, pero a onze grandes molinos de la Proveeduría turca que, **la mañana del día catorze**, haviendo el Conde General salido muy temprano a cavallo a reconocer buen trecho del Dravo, hizo quemar en su presencia. También resolvió, a la propia sazón (ya que no parecía enemigo alguno en la orilla del río que se hallava), pegar fuego a la parte del puente que estava en su poder, y era la referida de mil y cien passos.

Y para ejecutarlo con más presteza, hizo sacar del Lugar a cebar el incendio muchas cargas de pez, cera y gordura con que, al anochecer, apenas quedava rastro de ella. Bien quisiera hazer lo mesmo de lo demás, a cuyo fin lo propuso a los alemanes y croatos, ofreciéndoles grandes premios si lo ponían en obra. Y no hallando en ambas Naciones quien quisiese passar el río en una barquilla, que sola había quedado amarrada en la ribera, recelando hallar a la otra parte alguna gente enemiga que los cortasse, acudieron diez y seis franceses del regimiento de dragones de Herbevila dispuestos a ello. Mas, por la pequeñez de la barca y la impericia de llevarla, cayeron todos al agua no sin peligro de ahogarse, llevándose las ondas a la propia embarcación. Faltando pues, otro qualquier arbitrio para una hazaña de tantas consecuencias, fue forçoso dejarla imperfecta.

Entretanto, sabiéndose de los prisioneros las grandes riquezas que el Bajá y los naturales habían recogido en el castillo, solicitaron muchos oficiales la permissão de darle un abance por la parte de la ciudad que más fácil parecía el intentarlo, a que respondió el General se dispondría para la tarde, aunque de mala gana por ser la Plaza grande, hallarse con un recinto de muralla y baluartes muy fuertes, un fosso no despreciable y, sobre todo, mucha gente de guerra sin la que de la ciudad y de los contornos se había retirado a ella. Pero mientras se hablava en ello, se vieron arder sus principales barrios hasta tan cerca de la Puerta del castillo, por donde estava señalado el assalto, que si bien el Tiniente Coronel Spinola se arrimó a pegarla fuego, y aun la abrió, fue en ocasión que los infieles ya recobrados del primer terror, atropellavan a rebatir el abance y que, el fuego, apoderándose del mismo puente levadizo, acabó de imposibilitar el logro de la facción, aun no sin la pérdida sensible de dos Capitanes y del Conde Justino de Lodron, segundogénito de su ilustre Casa, todos tres del regimiento de Lorena, y un Alférez del de Leslie, sin otros oficiales inferiores, aventureros y soldados. Con esto, y el incendio total de la ciudad y arrabales (dispuesto probablemente adrede, antes que accidental, por quien no gustava del ataque del castillo), quedando las tropas sin cubierto, las hizo marchar el Conde de Leslie **la mañana siguiente** de vuelta a la parte de donde las había traído, cargadas a la verdad de riquezas. Mas de no menos pesar, de no haverse hallado con fuerças suficientes a expugnar y mantener la fortaleza. Y con toda la disposición necessaria para acabar de reducir el puente en cenizas, si no se juzgasse por de mayor beneficio conservarlo, embiando prontamente a ocupar la cabeça fortificada en la extremidad occidental, cuyo Presidio, acometido por las

espaldas donde no tenía reparo, era imposible se resistiese. Desdicha de la qual como de la que temieron en el castillo, viéndose después libres los infieles, atribuyeron la gracia a milagro de su Mahoma y, por ella, le dieron muchas en todas las mezquitas de Constantinopla. Sin embargo, fue inestimable el daño que recibieron aquellos tres días, como fácilmente inferirá quien supiere lo que era la ciudad de Esseck antes de su ruina. Según las *Relaciones* más acreditadas, era una de las mayores y más pobladas de la Ungría otomana y no, como otras de los bárbaros, que gastando toda la curiosidad en el asejo interior de sus casas, cuidan poco de la buena simetría y anchura de las calles. Eran las de Esseck sobre espacijas, y a nivel, adornadas de vistosas hileras de altísimos álamos que, en aquel terreno bajo y llano, recibían con facilidad el alimento del río cercano. Aunque las casas particulares todas eran de madera como de una Nación que, por Ley de religión, y de la tiranía a quien sirve, se contenta de la comodidad sin ostentación. Tenía con todo, la ciudad, muchos edificios públicos bien suntuosos, mezquitas, baños, hospitales, armerías, almacenes y hasta iglesias christianas. Es increíble la abundancia que se halló de granos y legumbres de todos géneros, harina, bizcocho, cecina y forraje, para el sustento de los ejércitos que subían de Levante. No menos de quinientas tiendas y lonjas de mercaderes hacían allí célebre el comercio, de cuya extirpación como de los almacenes referidos, deriva sin duda la suma penuria que de géneros comestibles padecen los presidios infieles de Ungría, no siendo fácil remplacear en pocos años lo que allí, juntado en muchos, pereció.

Restituido aquel ejército a su campo de Vranitz, sin más novedad en su última marcha que haver, de passo, quemado el castillo de Micalovitz. E intentado embalde hazer lo mismo de la ciudad y castillo de Valpo, despachó el General a la Corte Imperial, con estas noticias, el Conde de Dietrichstain y, al mayor ejército de Ungría, el Oficial que dijimos llegó **a veinte y dos de agosto**, subministrando esta nueva materia con que mayormente calificarle de Augusto en obsequio del más AUGUSTO, PÍO, FELIZ y JUSTO de quantos Césares ilustraron jamás la Dignidad imperial.

Pero mientras nos dura este mismo mes, debásenos también el dezir no cultivaban las armas christianas Laureles en las solas dependencias de la Ungría y, guardando para después lo que en la Superior se había comenzado antes, y tan maravillosamente, durante el otoño, y aun el invierno, se adelantó y aun logró al propio fin; demos una buelta a Levante, donde hallaremos

materia no menos preciosa de que enriquecer estas *Memorias*, registrando de una vez lo que nos ofreciere hasta la conclusión de la campaña, para bolver a lo que aora dejamos, y nos aguardará mucho más tarde, con otros apéndices no menos prodigiosos de Triunfos y Trofeos.

Haviase Francisco Morosini, Capitán General de la Armada de Venecia, adelantado **a principios de junio** al puerto de Dragomestre con veinte y siete galeras, comprehendidas las quatro del Gran Duque de Toscana, seis galeazas, veinte y quatro bajeles de guerra, doze en que llevaba milicias y otro gran número de embarcaciones menores con bastimentos, municiones y pertrechos, quando **a treze del propio mes** llegaron a incorporársele, según lo concertado, las cinco galeras pontificias y las ocho de Malta bien reforçadas de Cavalleros de aquella sagrada religión, y un buen cuerpo de infantería que desembarcar; siguiéndose un gran navío con municiones de guerra y boca. A ambas esquadras de Su Santidad y de San Juan mandava el General de esta, el Prior fray Juan Baptista Brancacho, por no llevar la otra, estandarte. Entraron juntas en el puerto a colocarse a la mano derecha de la Real, la Capitana de Malta como Patrona Real, siguiéndola por toda aquella ala la Patrona de Su Beatitud, y la de Malta, las otras quatro pontificias y las seis restantes de la Religión. Y a la mano izquierda, la Proveedora, las dos Capitanas del Golfo, y de los Condenados, con las demás venecianas, quedándose afuera de vanguardia las quatro de Toscana.

Mezclándose con los primeros cumplimientos, entre los Generales, los pareceres de adónde más provechosamente se pudiessen emplear aquellas floridíssimas fuerças, ponderó el Generalíssimo de Venecia hallarse bien guarnecidas las Plaças de Lepanto y Patrasso y, aún mejor, las de Castelnovo, Dulciño, y otras de infieles, en el golfo de Venecia, además de mucha cavallería en los contornos, de que infería entonces por mejor passar al Archipiélago en busca de la armada otomana, fuerte de quarenta y cinco galeras mal armadas, pero poderosa de navíos por la unión de los de Berbería. Mas, después de salida la christiana del puerto de Dragomestre **a veinte y uno de junio**, y llegada en veinte y quatro horas con próspero, aunque lento movimiento, al golfo de Sapiença, comenzadas de propósito las Juntas del Consejo y resuelto que, con el General de Malta, concurriessen también a ellas los dos Generales de Tierra, el Conde de San Pablo de la gente de Venecia y el Comendador La Torre Mauburg de la gente de Malta, con calidad que el Generalíssimo Morosini y el General Brancacho firmassen solos las

resoluciones (como empezaron aquella misma tarde). Declaró el Morosini al Consejo *el principal motivo que le había traído a aquel parage, y era anticipar a los Cabos principales de la República de Braço de Maina el aviso de su vecindad, con disposición de asistirles (en conformidad del Tratado que tenía hecho con sus Diputados) a sacudir el yugo infiel. Pero que, apenas llegado a aquel golfo, había tenido un propio de aquellos Pueblos haciéndole saber cómo, por indispensable necesidad después de inútiles pruebas para ponerse en libertad, habían sido forçados recaer en la primera servidumbre y entregar rehenes sobre el caso. Que así, no solo quedava deshecho cualquier ajuste, sino que no podría la armada dejarse ver en aquellas playas sin ocasionar la total ruina de la Nación, lo qual obligava a pensar en otros disignios.* Olvidado pues el primero del Archipiélago, por no arriesgar el tiempo y la expedición a la incertidumbre de encontrar, o no, la armada enemiga, se trató en los Consejos siguientes de sitiar a Corón o Modón. Una y otra, fuertes y situadas en la provincia de Belveder. Y si bien al principio, se inclinó más el Capitán General a la última, pero después de haver hecho **a veinte y tres de junio** reconocer la situación por el Conde de San Pablo, las muchas dificultades que halló acerca del desembarco de la gente, y de la artillería, fueron parte para que se determinasse el ataque de Corón. Plaza igualmente importante al oriente del cabo Gallo, azia el pays de los maynotes, y distante por tierra solo quatro horas de Modón. **A veinte y cinco** pues, de mañana, tomó tierra el ejército casi a tiro de cañón sin embaraço alguno por parte de los turcos. Consistía en tres mil venecianos, mil esclavones, dos mil y quatrocientos alemanes, gente de toda satisfacción que el Príncipe de Brunsvich, Obispo de Osnabrug, había embiado a la República con uno de sus hijos por ajuste hecho entre ellos; el esquadron de Malta, de ocho a novecientos soldados y ciento y veinte Cavalleros; el de Su Santidad, de quatrocientos hombres, y otro del Gran Duque de trescientos, que todos hazían ocho mil hombres, sin cavallería. A todos mandava el Conde de San Pablo, General de mucha capacidad y experiencia que largos años había militado en servicio del Rey de Dinamarca y del Duque de Neuburg, oy Elector Palatino. En la formación de la batalla ocupava el primer lugar el esquadron de Malta, incorporados en él los trescientos infantes pontificios, con su comandante el coronel Conde Montevechi, a la orden del Comendador fray Héctor de la Torre Mauburg, graduado de General, cuyo empleo había ocupado antes con universal aprobación en la defensa de la ciudad de Candia. Y siguiendo las demás tropas, fueron mejorándose todos a la sombra de espesos olivares, hasta tomar puestos oportunos adonde abrir dos ataques. El uno por el lado derecho, que mira a la mar, encargado a la gente de Malta, de Roma y de Brunsvich. El otro sobre la mano izquierda, azia un arrabal, que sin

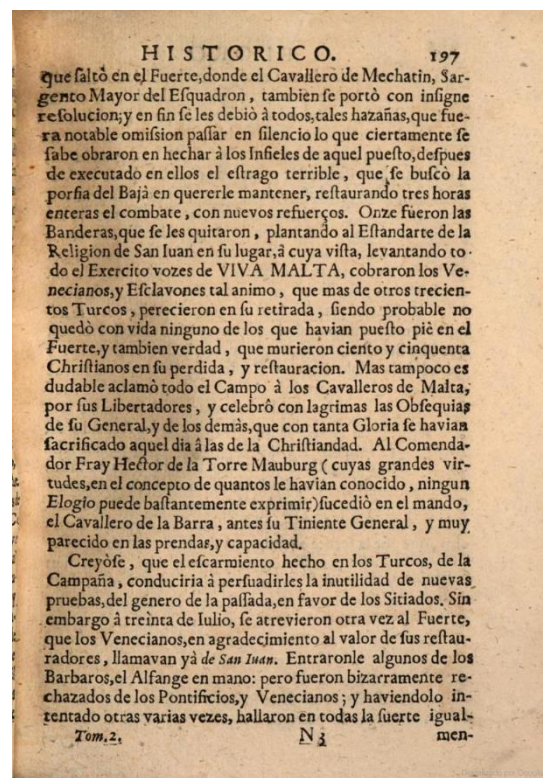
resistencia fue ocupado de los venecianos y esclavones, a quien cupo aquella porción de trabajo. Prosiguióse con afán igual, el de ambos costados, con una batería de tres piezas grandes en cada uno (a que sucesivamente se añadieron otras dos) y quatro trabucos, sin más oposición de los sitiados los primeros días que algunas salidas de poca gente y poco fuego, de que argüían algunos no tener ellos disposición para dilatar mucho la defensa. Pero más acertada y cuerda era la opinión de otros, que interpretaban aquella aparente flojedad a cuydado de ahorrar el presidio, para obrar con más rigor quando el Bajá de la Morea les trajesse el socorro que les tenía ofrecido. En efecto, bien poco se tardó en saber la solicitud y priessa con que iba juntando un cuerpo volante de tres a quatro mil hombres, y la forma que tenía de aumentarle brevemente. Lo qual fue motivo a los sitiadores para cubrirse luego de una fuerte línea y, sobre todo, levantar un fuerte en una eminencia que, por una parte, mandava a todo el mismo cordón y, por la otra, descubría enteramente la campaña de afuera, con que pareció guarnecerle no solo de mosquetería, sino de quatro piezas de cañón y un trabuco.

A tres de julio, llegó el Bajá a assentar y fortificar su campo a tiro de artillería de los christianos, levantando al mismo tiempo una batería de quatro que, cruzándose con la de los sitiados, incomodava algo a los sitiadores. Cada día tocava arma a estos con vivísimas escaramuzas, mientras el presidio, alentado de su vista, duplicava su esfuerço y respondía con fiereza a la intimación repetida que se le hizo de la entrega, amenazando bolarle con las minas. Trabajábase, con verdad, a ellas incessantemente. Mas con menos progreso que se desava, siendo forçoso llevarlas por peñascos, de suerte que en estas facciones se gastó el tiempo **hasta el día veinte y quatro de julio**. En cuyo espacio, si bien las baterías habían hecho gran daño en los flancos y defensas de la plaça, y las bombas en el Pueblo, pero nada bastava con la ventaja de la situación, que no tenía más de una frente que guardar, todavía guarnecida de más de ochenta piezas de artillería, con muchas municiones de guerra, y abundancia de bastimentos para ochocientos hombres de presidio, sin los naturales hábiles al manejo de las armas, entre una multitud de cerca de cinco mil almas. De suerte que, reducida toda la esperança al efecto de las minas y de los assaltos, durante los quales era infalible atacaría también el Bajá a la línea, no daba poco cuydado la incertidumbre del suceso.

Sin embargo, hallándose **a veinte y quatro de julio** las minas en estado de bolar, se previno todo lo concerniente al assalto. El Cavallero de Segres, de

la Orden de San Juan, había de preceder con sesenta granaderos, apoyados de una tropa de arcabuzeros y esclavones. El Cavallero de la Barra, Tiniente General del esquadron de Malta, había de seguir con el Cavallero de Refuge, primer Capitán del mismo esquadron, delante de una parte de los malteses y de unas compañías de pontificios y venecianos. Inmediato a estos tocava el puesto al Príncipe de Brunsvich, con ducientos y treinta hombres de sus tropas, y al Comendador de la Torre Mauburg seguirle con un grueso de Cavalleros de la mesma Religión de Malta. Y, en medio de ellos, su estandarte, reforçada aún la tropa de algunas compañías pontificias y maltesas. Mas, hallándose todos a sus puestos a ver el efecto de la primera mina, no tuvo fuerça de levantar el peñasco ni hazer brecha capaz del abance premeditado, con que solo sirvió de señal al Bajá para acometer al fuerte y a la batería de la eminencia, como lo hizo, con tanto ímpetu que, a los venecianos y esclavones de la Guarnición, aunque hombres de valor, les fue impossible ressisitirle. Apoderado el enemigo de tan importante puesto, lo significó a los de la Plaça con la ostentación de más de veinte banderas suyas en el parapeto que mirava a ella. Que divisadas de la mesma gente doblada para el asalto, y en ellas el riesgo inminente de la empresa y del exército si presto no se le ocurría con una acción de todo vigor, consideró particularmente esta precisión el Comendador y General de la Torre Mauburg y, como quien (según queda visto) se hallava en el parage más inmediato y oportuno a emprenderla, combidió al instante en voces altas los suyos a seguirle y, besada la cruz de su estandarte, marchó con presteza increíble al enemigo. Saltó el primero en el fuerte, mató de su mano dos turcos que se le quisieron oponer, mientras otro tercero, por las espaldas, le derribó del primer alfanjazo una celada ligera que llevaba y, del segundo, le abrió la cabeza derribándole en el suelo, donde un barril de pólvora que entonces se encendió acabó de quitarle la vida. Siguiéronle de muy cerca otros muchos Cavalleros, entre los quales el de Tremes que, haviendo passado de una estocada a un turco, murió también de un alfanjazo. Un hermano sirviente de armas, llamado Michón, había muerto un momento antes de un mosquetazo, defendiendo y vengando al General

Comendador. Los Cavalleros de Burgon y de



Gallard, y el hermano sirviente de armas La Mota, quedaron mortalmente heridos. El Cavallero de Granmont recibió dos cuchilladas y un mosquetazo. A los Cavalleros de Piosás y Doria Brassosa cupieron algunas ligeras heridas y el Cavallero de Pont, que llevaba el estandarte, atacado de dos turcos, mató al uno de un pistoletazo y al otro de una estocada, a costa de una sola pequeña herida. El Cavallero de Beaupre Choiseul fue uno de los primeros que saltó en el fuerte, donde el Cavallero de Mechatin, Sargento mayor del esquadron, también se portó con insigne resolución y, en fin, se les debió a todos tales hazañas que fuera notable omisión passar en silencio lo que, ciertamente se sabe, obraron en hechar a los infieles de aquel puesto después de executado en ellos el estrago terrible, que se buscó la porfía del Bajá en quererle mantener, restaurando tres horas enteras el combate con nuevos refuerços. Onze fueron las banderas que se les quitaron, plantando al estandarte de la Religión de San Juan en su lugar, a cuya vista, levantando todo el ejército voces de VIVA MALTA, cobraron los venecianos y esclavones tal ánimo que más de otros trescientos turcos perecieron en su retirada, siendo probable no quedó con vida ninguno de los que habían puesto pie en el fuerte. Y también verdad, que murieron ciento y cinquenta christianos en su pérdida y restauración. Mas, tampoco es dudable, aclamó todo el campo a los Cavalleros de Malta por sus libertadores, y celebró con lágrimas las obsequias de su General y de los demás que, con tanta gloria, se habían sacrificado aquel día a las de la christiandad. Al Comendador fray Héctor de la Torre Mauburg (cuyas grandes virtudes, en el concepto de quantos le habían concocido, ningún *Elogio* puede bastantemente exprimir) sucedió en el mando el Cavallero de la Barra, antes su Tiniente General, y muy parecido en las prendas y capacidad.

Creyose que el acercamiento hecho en los turcos, de la campaña, conduciría a persuadirles la inutilidad de nuevas pruebas del género de la passada, en favor de los sitiados. Sin embargo, **a treinta de julio**, se atrevieron otra vez al fuerte que los venecianos, en agradecimiento al valor de sus restauradores, llamaban ya de San Juan. Entráronle algunos de los bárbaros el alfange en mano, pero fueron bizarramente rechazados de los pontificios y venecianos y, haviéndolo intentado otras varias vezes, hallaron en todas, la suerte igualmente contraria dando aun en algunas, a los sitiadores, el divertimento de huirse con solo desplejárseles delante el estandarte de Malta. Sin embargo, se obstinava el presidio, aún a la vista de una brecha considerable abierta por el ataque de los malteses, ni tampoco hacía caso de una gran mina que le habían avisado estar prevenida por el lado de los

venecianos, prometiéndose no haría más efecto que la primera. Por otra parte, impacientes las milicias christianas de tan prolija terquedad, solicitavan se les permitiese abreviarla con assaltos, pero como en la cercanía del campo enemigo no solo durasse más, con haverse reforçado hasta seis mil combatientes, fuesse ya mayor el peligro de que se arrojasse a las líneas quando viesse executar los abances, se admitió al magnánimo arbitrio de prevenirle, atacándoles antes que a las brechas en su propio alojamiento. Assentada y aplaudida la resolución en el Consejo de Guerra, no lo fue menos el modo que propuso el Capitán General de que fuesse por sorpresa, disponiendo desembarcassen hasta mil trecientos hombres escogidos entre la gente de los armadores, y otra de la mar para que, divididos en dos cuerpos, **la noche de seis a siete de agosto**, se arrimassen sin ruido a los costados del campo infiel. Y vista, al primer assomo del alba, levantarse la llamarada de una cantidad de pólvora encendida delante la brecha (señal prescrita assí mesmo a lo mejor del exército que, por la frente enemiga, havía de obrar), abançassen todos y, a continuos mosquetazos y granadazos, penetrassen la trinchea Real. Lo qual cumplido muy a nivel de la orden, y del deseo, imprimieron tal terror en los pechos de los bárbaros que los más, sin armas y aún medio desnudos, tomaron la carga en confusíssima fuga sin oír a sus principales Cabos que los querían detener. Y assí desamparados, casi indefensos, perdieron la vida mientras más de mil fugitivos, assí de la cavallería como de la infantería (haviendo bien pocos tenido lugar de ponerse a cavallo); pagaron al mismo precio la culpa de su vileza, la qual mejor se calificó o, por mejor dezir, de la misma protección celeste que experimentaron el pueblo de Israel, y los valerosos y piíssimos españoles en sus más señaladas vitorias contra idólatras y mahometanos en que, esta, apenas costó dos vidas de christianos y otros tantos heridos. De su feliz logro fueron trofeos seis cañones de bronce, las municiones, un bagage riquíssimo, muchos cavallos y el mesmo estandarte Real con las colas de cavallo. Concluido el saco y la ruina de las fortificaciones (a que sirvieron los mesmos instrumentos que las havían levantado), bolvieron triunfantes las tropas a sus primeros puestos, donde a la vista de los sitiados, con las debidas formalidades festejaron el suceso. Hízoles, al mesmo tiempo el Capitán General, intimar de nuevo la rendición, pero ellos respondieron tan fieros como antes: *No ignoravan la derrota acontecida a los suyos. Mas que no por esto, se apartavan del propósito de morir todos primero que entregarse.* Con esto, no se pensó ya, sino en mantener la mina en estado de abrir camino a un abance general, para el qual fue elegido **el día onze de agosto**. Acudieron la noche antes las tropas a sus puestos. Y dado, al rayar de la aurora, fuego a la gran mina del

aproche de venecianos, preñada de ducientos barriles de pólvora, obró todo lo que se havía esperado, de suerte que desde entonces pudiera haverse entrado en la ciudad, si no se contentaran los del assalto con alojarse en la brecha. Oído de los malteses (que ocupavan la cabeça del otro ataque, apoyados de la gente pontificia y la de Brunsvich) el estruendo, subieron como a buelo hasta lo alto de la brecha abierta muchos días antes, pero casi inaccesible. Y como los infieles huviessen tenido lugar de pertrecharla, se encendió al abordo un cruelíssimo combate en que, esforçando los Cavalleros malteses todo lo possible apoderarse de la trinchea, estava tan bien flanqueada y guarnecida de artillería y pedreros que, al primer abance, murieron quatro de ellos con el Conde de Fenelón que servía de aventurero en el esquadrón de la Religión, y huvo más de treinta heridos. Assí, conocida la impossibilidad de vencer aquellos obstáculos, acordaron retirarse del empeño, pero a ver por dónde renovarle con más fruto como, después de considerada la brecha grande y más cómoda de venecianos, determinaron hazer por ella a la una de la tarde, aunque sin dejar de intentar también algo en la otra, siquiera por diversión. En efecto, hallávase todo dispuesto para la execución, quando hechándolo de ver los sitiados, sacaron una bandera blanca pidiendo *los admitiessen a capitular* y, adelantándose al mesmo tiempo quatro de ellos a la brecha, propusieron *entregarse como se les concediesse la vida y la libertad*. Mas, llevado el recado al Capitán General, declaró: *No oyría ni vendría en cosa alguna, si primero no franqueavan la entrada en un torreón que daba en la ciudad*. En esto se andava, quando dos soldados christianos de los más cercanos a la plaza, riñendo entre ellos, disparó el uno un pistoletazo que encendió la pólvora del otro, cuyo accidente interpretado de los bárbaros a rotura de las treguas, dieron fuego a una pieça cargada de balas de mosquete que mató a muchos de los venecianos. A novedad tan improvisa, cuya causa ignorándose en los aproches se atribuyó a la mala fe del enemigo, bolvieron todos a las armas y, atropellando los más inmediatos a la poca tierra movida para defensa de la brecha gritando *trayción*, allanaron el camino a los demás a lo interior de la ciudad, donde irritada la antipatía christiana de la reciente opinión (aunque equívoca) de que los infieles, con alebosía, huviessen faltado primero a la suspensión de armas, passaron a cuchillo a quantos encontraron, sin perdonar a sexo ni edad, salvo a bien pocas criaturas, ensangrentándose particularmente los esclavones en muchas mugeres con inhumanidad sin excusa, quando no se atribuía a permissão superior el que (para terror y mayor castigo bien merecido de los bárbaros) huviessen de parecerse las expugnaciones de las dos plazas de Neuheusel y Corón en esto, como en la pertinacia que hizo incapaces de

mejor tratamiento sus defensores, sobre todo después de rotos, y disipados sus ejércitos en campaña. Al mismo cotejo pertenece el que poco diferentes de las que contamos, ejecutaron la artillería y bombas en Neuheusel, fueron las ruinas que padeció Corón, reducida la mayor parte a carbones y cal, pero sin que tampoco hubiese faltado industria y forma a los infieles para conservar, en almacenes públicos, una provisión copiosísima de quanto necesitaban para sustentarse y pelear; además de las riquezas inmensas que hallaron los vitoriosos en aquel Emporio, uno de los más célebres de toda Grecia. Ochenta fueron las piezas de artillería que tocaron a la República, por parte de despojo proporcionado a su dignidad, con otros muchos pertrechos, armas y municiones de guerra y boca.

En esto paró la siempre memorable conquista de Corón al cabo de quarenta y ocho días, los más de ellos, sitiados los mismos sitiadores con el incessante trabajo y las hazañas que indica el haver salido bien de una empresa tan dudosa como dificultosa. Circunstancia de tanto realce a las Glorias de sus directores y executores que, dejando al Cielo la parte que de ellas le tocó de haverla inspirado y patrocinado, apenas ay alabanza que iguale su mérito. Todos los Generales y demás Cabos, desde el mayor hasta el menor, procedieron con exemplar vigilancia, disposición y denuedo. Al Capitán General Morosini se le debieron las influencias propias de un Genio, nacido para honra extraordinaria de su Patria y azote del Tirano que tantos daños la ha hecho en edades passadas, y presente, pareciendo (según ha empezado) quedan reservadas las venganzas cumplidas del nombre Veneciano a su Generalato solo, como en sus muchos años mantenga el Cielo la robustez que, hasta ahora, para tan grande intento. Gastó en este assedio el Maestro de campo, General Conde de San Pablo, tan provechosamente el resto de la suya que, en el descanso a que luego después le fue forzoso retirarse, coronan muy lustrosamente sus honradas canas las memorias de lo mucho que contribuyó al buen logro de aquella empresa, quedándole solo que embidiar las Coronas, que píamente se cree goza en el Cielo el religiosísimo y esforçado héroe fray Juan Héctor de la Torre, en premio de lo que de él se ha dicho y se pudiera dezir. El Príncipe de Hanover, no es imaginable quán admirablemente, en la primera flor de su edad, lució los bríos de la sangre soberana de una de las primeras Casas de Alemania, que le anima, y promete los primeros empleos militares del Setentrion, a sus experiencias maduras con anticipada perfección a los Soles de Oriente y a las menguas de la Luna Otomana.

El día doze de agosto, siguiente a aquel sucesso, ya desembarazadas las milicias de las más trabajosas facciones, se dedicó a las alegrías públicas y recíprocos parabienes entre los Cabos de mar y tierra. Cantose el *Te Deum* y se celebró la primera missa al pie de la brecha, al regocijado estruendo de toda la artillería de la armada y del ejército. Aplicose consecutivamente el afán necesario a allanar la línea y las trincheas, a reparar no solo las brechas, pero levantar nuevos cuerpos de fortificaciones exteriores donde más accessible se había hallado la ciudad. Al mismo tiempo, consultava el Capitán General, consigo mesmo y con los Oficiales y ministros venecianos que le assistían, el modo de emplear el resto del verano, y la parte del otoño que permitiesse el clima, en nuevas empresas que apoyassen y asegurassen a la ya conseguida, sin reparar su generoso ánimo en lo que un tan prolijo y sangriento asedio había desminuydo las fuerças de la República, haverse retirado antes de concluydo la esquadra de Florencia y las de Roma y Malta, poco después, a rehazerse en sus puertos de tan pesadas fatigas. Verdad es, que (como aconteció, muy conforme a su confianza de las infalibles disposiciones del Senado) esperaba no solo el refuerzo de la gente de Saxonia, que nunca a mejor sazón pudiera llegar, pero también algún cuerpo de maynotes, cuyo ánimo gradualmente se manifestava al passo que iban medrando las armas christianas. A la ponderación de cuánto convenía grangear la amistad, y aun la obediencia voluntaria de aquellos Pueblos, importa saber quién son y el Pays en que viven. Llámase a nuestros tiempos *Mayna*, *Braço de Mayna*, *Pays de Maynotes* o *Mañotes*, aquella parte del Peloponeso, o Morea, que costea al golfo de Corón desde el promontorio de Matapán hasta la ribera de Calamata, línea y espacio de cerca de quarenta leguas de largo y, en partes, quatro o cinco leguas de ancho, según se dilata o estrecha la cordillera de montañas de que se compone. Y es una porción del Estado antiguo de la afamada República de los lacedemones o espartanos, cuyos más legítimos descendientes, los maynotes, se han conservado aquel ilustre blasón con ser los solos Pueblos de la Grecia que se han mantenido en cuerpo de República, y alguna sombra de libertad contra el poder otomano, mediante la cercanía de la mar y la aspereza de los sitios que habitan. Sin embargo, poco después de ganada Candia de los turcos, fue tal el temor de verse totalmente oprimidos de aquella Nación, ensoberbecida de su nueva conquista, que trataron de passar a vivir con quietud en otras regiones de la christiandad. Y en efecto, lo executaron seiscientas familias, admitidas de la República de Génova en la isla de Córcega, y otras mil, a quien el Gran Duque de Toscana hizo distribuir tierras en sus Estados. Los que el amor de la Patria detuvo en ella, assí como durante la

guerra de Candia había favorecido a las armas christianas, muchos con sus personas y todos con el comercio; tampoco, restablecida la Paz entre venecianos y turcos, quisieron abstenerse de correrías contra los infieles de su vecindad. Mas, si estos habían dissimulado algo durante la guerra, por no irritar del todo la ferocidad de los maynotes y obligarlos a una general comoción, viéndose desembaraçados de venecianos, trataron de enfrenar muy de veras en aquella Nación la audacia e inclinación a los robos (que muchos piensan heredaron de sus antiguos progenitores los espartanos), levantando y restaurando diversas fortalezas en su frontera. Con lo qual, y quitarles casi absolutamente la facultad de comunicarse con los demás Pueblos de la Morea, no vieron jamás mejor día que el en que la República de Venecia bolvió a guerrear con la Potencia Otomana el año M.DC.LXXXIV, esperando con sus auxilios romper los grillos que la tiranía confinante les tenía puestos. Assí pues, ansiosos de conseguirlo no solo por medio de Diputados de su Regencia, entablaron negociados con los Ministros de la República, pero aun antes de haverlos concluido tomaron las armas y, con havérseles a los principios mostrado la suerte algo risueña en varios renquentros, se confirmaban en la resolución de mayores empeños quando el Bajá de la Morea les fue a la mano y, con una sangría copiosa, moderó sus ardores en el grado, que significaron sus embiados al Capitán General Morosini, ya navegando azia sus costas, a cumplirles lo prometido en virtud de auténtico Tratado. Todo lo qual, cotejado con lo que después sucedió, bien puede atribuirse a dirección sobrehumana en que se luciese la gran parte que, la Providencia divina, se reserbava desde entonces en tan maravillosos acontecimientos. Pues bien, lejos de lo que habían temido los maynotes si intentava algo la armada christiana en su vecindad, fuéronse recobrando sus ánimos al passo de los progressos que se fueron haziendo contra Corón, a cuyo assedio no dudaron acudir más de quinientos de ellos. Pero después de roto el ejército infiel, ganada la Plaça, y sabido el propósito del General veneciano de passar con el refuerço de los saxones a nuevas empresas de su mayor conveniencia y desahogo, todos ofrecieron juntamente con la obediencia, aventurar sus vidas, para perficionar y fijar las conquistas de la República en aquella región.

Solo el tiempo preciso para componer las brechas, y allanar las trincheas de Corón, suspendió el General Morosini el complacerlos, haziéndole también apresurar su movimiento el aviso que tuvo de que el Capitán Bajá, o Generalíssimo de la Mar de los otomanos, después de desarmadas sus galeras a la noticia de lo que ocurría en la Morea, había

acudido con un gran séquito de Bajás y otros Oficiales a juntar nuevamente las milicias de aquel Reyno. Y recelando sería la ciudad de Calamata la primera atacada después de Corón, había llegado a campear en la cercanía, aun por el otro motivo de mantener a los maynotes en el obsequio que el difunto Bajá los había puesto. Mas bien al revés de lo que había pensado, le salió su disposición, como quiera que los maynotes confiados en el pronto arribo de la armada christiana a aquella ribera, de concierto con el Capitán General, se habían anticipado con más de tres mil hombres a ocupar las avenidas de la fortaleza de Xarnatá, no dejando entrar ni salir de ella cosa imaginable. Gran gusto causó al Morosini quando llegó a ver la puntualidad, y forma de la operación, la qual fue parte para que, aun antes de poner en tierra las tropas, no dilatasen el embiar a dezir al Governador de Xarnatá: *Escogiesse el rendir la Plaza a pactos cómodos y honrados, o experimentar los últimos rigores de la guerra, como Corón.* Eran frescas, y tan profundas las impresiones de terror que la expugnación de Corón había hecho en los ánimos de los bárbaros que, en la Junta donde ventilaron la respuesta a la intimación, preponderaron los votos de pedir tiempo para avisar de ella al Capitán Bajá y aguardar su orden. No les rehusó, el Morosini, esta satisfacción no haziendo caso de ningún beneficio que esperasen de aquella parte, pues estava en su mano detener a la buelta al Oficial que embiassen al Bajá y, si la respuesta que trajesse no fuesse a propósito, ocultarla juntamente con el portador; lo qual apunto se hizo, pues como estava previsto venía con un mandato al Governador *de pelear hasta morir, prometiéndole empero aventurar un combate para socorrerle.* En esto **passaron cinco días**, al cabo de los quales el Capitán General, como enfadado de la tardança, embió un nuevo recado a los sitiados, significándole: *Que el Capitán Bajá debía de pensar que socorrerlos contra un poder tan formidable como el de la República, el qual no pudiendo ya quedar más ocioso, los amonestava a no darle ocasión de emplearle en ellos.* A esta nueva ininuación, les cayeron enteramente las alas. Franqueáronseles la salida con sus armas, haciendas y familias, manteniéndoles muy cumplidamente lo ajustado porque conociessen sabían los christianos usar de castigo y clemencia con los que mereciessen uno u otra. Halláronse en la fortaleza cinquenta y dos piezas de artillería de diferentes tamaños, sin otros muchos pertrechos de excelente calidad, muchas municiones de guerra, menos víveres, aunque los bastantes para contemporizar hasta que el tiempo obligasse la armada a retirarse de aquella playa. Mas, sobre todo, fue estimable el haver adquirido la Plaza sin descalabros de baterías o minas, y sin verter gota de sangre.

Mientras se ajustava la composición, había el Capitán General desembarcado las tropas, y acampadolas en la pendiente de una montaña a la vista de los quarteles del Bajá, fuerte de cerca de seis mil hombres, casi la mitad cavallería. Cuidose juntamente en la forma de campear, de engañar a los infieles con las apariencias de duplicadas fuerças, y resguardar los costados de los alojamientos con la artillería de las galeazas y galeras.

Verdad es, que a los enemigos no les assistían menores ventajas con tener a sus espaldas la plaza de Calamata, cubrir montañas bien agrias a su ala derecha; a la izquierda, bosques y barrancos y, por la frente, unas colinejas fáciles de aprovechar contra quien los atacasse. Mas nada de esto pudo entibiar en los christianos las ansias de llegar a las manos, con que después de encomendada al favor divino se dio principio a la acción, cuyos preludios fueron unas ligeras escaramuzas, en que menos de una hora se fue cebando la gana de proseguirla, mientras el General Degenfeld acabava de poner el ejército en batalla, y colocar los esquadrones en distancias proporcionadas a la desigualdad del terreno, en que se debió mucho a sus experiencias, como después a su valor. Ocupávase a la propia sazón, el Capitán General Morosini, en señalar a las galeras y galeazas los puestos de donde, con más comodidad, pudiesse su artillería varrer lo llano de la ribera más abierto a las operaciones de la cavallería enemiga. Y no contento con esta diligencia, armó a los infieles una bien provechosa diversión encaminando gran número de barcones con muchas banderas, y algunas armas, a fingir un desembarco en la extremidad del bosque, muy zelada de los bárbaros, pues, aunque ya guarnecida de gran parte de su mejor gente, no se tardó en verlos hazer varios movimientos para reforçarla más.

Entretanto, adelantándose los christianos, también fue promoviendo el Bajá sus huestes, ostentado una y otra no desigual intrepidez. Al mismo andar iban mil y quinientos maynotes ocupando la cima de los montes, a cuydar de los passos que en algunas distancias parten aquellas escabrosas peñas, y cerrarlos a qualesquier refuerços que por ellos pudiesen venir a los bárbaros. De este modo, estrechados por todos lados, soltaron con feroz arrojo y horribles voces su cavallería contra el ala izquierda de los christianos, compuesta de los saxones y alguna pequeña esquadra de gente ultramarina, que no solo se mantuvieron firmes, pero forçaron a los contrarios a tomar la carga que los salvó de un total destrozo. Mas no fue lo mesmo de la infantería otomana por el ala derecha, donde haviéndose atrevido a hazer cara al

Príncipe de Brunsvich, y a su gente, quedó al primer choque rota y totalmente desbaratada. Con esto no paró turco en el campo, huyéndose los más que pudieron a guarecerse de la espesura del bosque, en cuyas angostas sendas, no cabiendo la tropelía, fue más fácil a los alemanes que los perseguían aumentar el número de los muertos a más de mil y ducientos. Ricos y muchos eran los despojos con que la vitoria brindava a los christianos. Mas a la codicia prevaleció la buena disciplina, haziendo suspender el saco hasta bien assegurado el sucesso. Havían los de Calamata, naturales y militares, acudido a aplaudir a la acción desde sus murallas, esperando saldría según se la pintava el deseo. Mas trocándoseles brevemente la curiosidad en desesperación (no se supo si por orden del Bajá), abandonaron su mesma ciudad, borrando primero con horrible estruendo sus municiones y llevando solo de sus haziendas lo de menos peso, para executar más ligeros la fuga. Lo qual empero, les valió poco para con la mayor ligereza y resolución de los maynotes que, prácticos en los caminos, trajeron aquel día, y el siguiente, un numeroso refuerzo a las chusmas.

Halláronse en la Plaza diez buenos cañones de bronce, algunos de hierro, y quatro pedreros, con otras muchas armas menores, si bien las más maltratadas de la rabia de quien las dejó. En la mezquita principal, prontamente espurgada, festejó la piedad veneciana aquel gran día, el propio que la iglesia católica tiene dedicado a la exaltación de la cruz; anuncio bien claro de las otras felicidades que, a la mesma señal de nuestra redempción, se siguieron a las referidas hasta concluida la campaña.

Para estorvarlas, después de recogido el Bajá derrotado lo que pudo de sus derrotadas milicias en Niri, población grande seis millas de Calamata, y solicitado con mucho menos fruto que necessitava para su desquite, nuevas tropas de todo el Reyno; sin embargo, por no faltar en nada a su obligación, passó con algunas galeras reforçadas a disponer la defensa de Porto Vetulo, diez leguas ordinarias distante, y casi frontero a Corón en la orilla opuesta del golfo de este nombre, y animar al presidio de Chelafá. Tres eran las plazas fabricadas nuevamente de los infieles para yugo a las cervizes de los maynotes: Xarnatá, Chelafá y Passava, además de Calamata y Porto Vetulo, puestos conocidos en los mapas antiguos del Peloponeso. Sojuzgada pues Xarnatá, y Calamata (que hazían el mesmo efecto), siendo igual a christianos y turcos el motivo de intentar la expugnación y procurar la conservación de los demás, dio el Bajá el primer passo hazia su fin a Porto Vetulo, moviéndose al mesmo

tiempo, de orden del Capitán General Morosini, algunos militares de maynotes proveídos de lo necessario a emprender por tierra aquella Plaza, assistidos por mar de una esquadra de navíos de guerra, a cuyo primer assomo se huyó el Bajá, borrando en instantes las ideas de constancia que havía venido a persuadir. Y fue assí que, habiendo entretanto hechoso nuevamente a la mar desde la costa de Calamata y arribado a Porto Citera junto a Xarnatá, logró muy perfecta la diligencia de los maynotes empleados contra Porto Vetulo, recibiendo en ese otro puerto las llaves de este, ofrecidas de la Guarnición a la primera amenaza y amago de ataque. Executada de buena fe la entrega y la salida de los bárbaros, comboyados con seguridad y comodidad donde pidieron, y conseguida tan barato una Plaça armada de cinquenta pieças de artillería llena de municiones y mantenimientos, y que tanto ayudava al disignio formado sobre Chelafá, prosiguió la armada su navegación a esta mesma Plaça, cuya fortaleza (si fueron sinceras las *Relaciones* que de ella se vieron) pudiera haver hecho recelar de una muy larga y quizá dudosa detención en su assedio, quando quiso el Cielo bastassen la sola vista de las fuerças christianas y la intimación que se hizo al presidio de rendirse, a elarle el coraçón y sacarle en rehenes, que prontamente entregó, muestras de una pronta obediencia mediante los mismos pactos otorgados a la gente de Xarnatá. Successo que pareció sueño a los mesmos que le vieron, no acabando de comprender el que tan fácilmente se les cediesse una fortaleza puesta en un gran peñasco, inaccesible en todo el contorno, con un recinto regular de cortinas y baluartes de piedra, y la campaña en algunas leguas, sin árboles, tierra u otro material de que se cubriesse quien le quisiesse aprochar. Componíase a la verdad, el presidio, de solo trecientos hombres, pero suficientes a qualquiera dilatada defensa, con cinquenta y cinco cañones y muchas provisiones de guerra y boca. Además de un Aga, comandante ordinario, cuydava de ella con autoridad superior Assán Bajá, natural de Romania, a quien tenía encargado el Sultán el gobierno general de todo lo que tocava a la provincia de Mayna; cargo proporcionado a la opinión que en la Puerta Otomana le havían grangeado sus largos servicios militares. Hasta en hombres de este tamaño hazía mella el abatimiento introducido en aquellos bárbaros. Aún menos trabajo costó la otra fortaleza de Passava, distante tres leguas de Chelafá, adonde por orden del Generalíssimo, haviéndose encaminado el Sargento Mayor Stefanini con unos mil hombres ultramarinos a tomar sobre ella los puestos, mientras llegasse la demás gente a ponerla formal assedio, la halló abierta y despoblada, haviéndose huydo más de ducientos y cinquenta turcos que la presidiavan a la primera voz de la rendición de

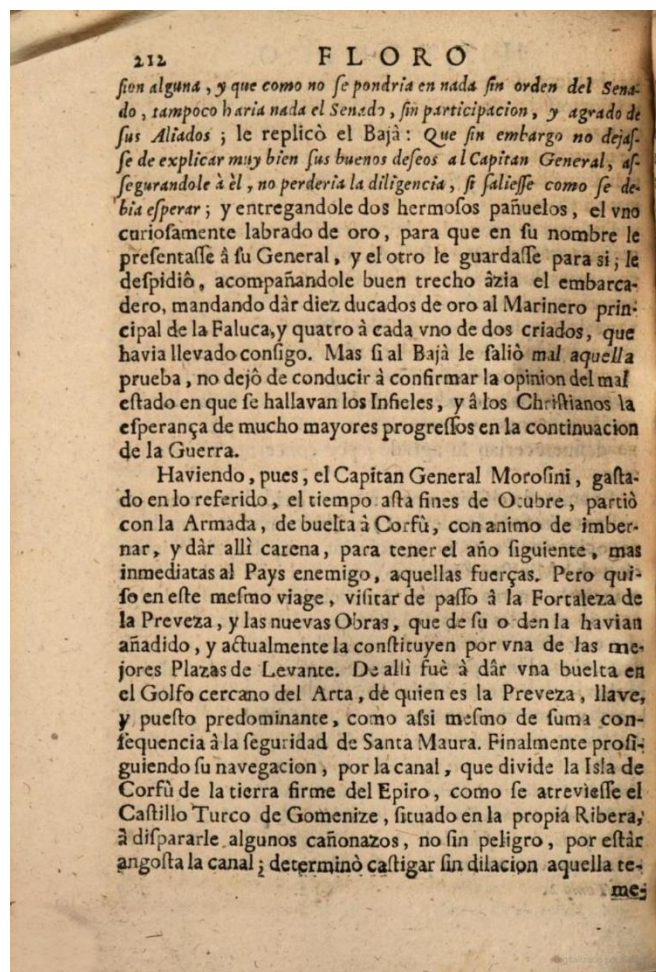
Chefalá, siendo con todo el puesto más fácil de guardar por su buena fábrica en una eminencia predominante, sin padrastro, a una campaña del contorno.

Con esto, y buenos presidios italianos que se pusieron en todas aquellas Plazas, quedó vengada y asegurada la libertad, como fijo el obsequio y amor de los maynotes, haviéndose señalado el Capitán General Morosini, y su gloriosísima República, hasta el momento último que les franqueó la peligrosa constitución del otoño, en una serie igual de acontecimientos dignamente celebrados de toda la christiandad y, finalmente, restituirse a su plaza de Armas en Corfú.

Después de proveído a la conservación de aquellas conquistas (bolada empero, Passava, como inútil a los intentos de sus nuevos dueños), disponíase el Capitán General para bolver con aquellas fuerças a imbernar en Corfú, quando de parte del Capitán Bajá, que se hallava refrescando su ejército reducido a solos tres mil cavallos en la pingue y amena provincia de Arcadia, llegó un griego a ofrecerle vendría en persona, con salvoconducto, a hablarle debajo de las banderas venecianas y comunicarle materias que esperaba no desmerecerían su agrado por concernir al bien común.

Examinado el griego para mayor claridad del recado (no obstante, ser fácil de adivinar), y sabido mirava a entablar negociado de Paces, no pareció dar más passo hazia la intención del ministro otomano, que embiarle el intérprete principal en una faluca a descubrir, por curiosidad, algo individual de las proposiciones que adelantasse. Mas, aunque admitió con urbanidad (agena del orgullo ordinario de su Nación) al intérprete, en una playa poco lejos de Calamata, haziéndole sentar a su lado en un estrado de ricas alfombras, y confirió buen rato con él, no salió de la generalidad *de que tenía poder para tratar de ajustes si hallava disposición de la República, que sin duda la tendría anticipadamente participada a su Capitán General, a quien comunicaría sinceramente hasta dónde se pudiesen alargar los arbitrios que el Gran Señor havia fiado de su fidelidad.* A que haviéndole

respondido el intérprete: *No tenía para esto, el Capitán General, comisión alguna y que como no se pondría en nada sin orden del Senado, tampoco haría nada el Senado sin participación y agrado de sus aliados*; le replicó el Bajá: *Que, sin embargo, no dejasse de explicar muy bien sus buenos deseos al Capitán General, asegurándole a él, no perdería la diligencia si saliese como se debía esperar*. Y entregándole dos hermosos pañuelos, el uno curiosamente labrado de oro para que, en su nombre, le presentasse a su General y, el otro, le guardasse para sí, le despidió acompañándole buen trecho hacia el embarcadero, mandando dar diez ducados de oro al Marinero principal de la faluca, y quatro a cada uno de los dos criados que había llevado consigo. Mas si al Bajá le salió mal aquella prueba, no dejó de conducir a confirmar la opinión del mal estado en que se hallaban los infieles y, a los christianos, la esperanza de muchos mayores progressos en la continuación de la guerra.



Habiendo pues, el Capitán General Morosini gastado en lo referido el tiempo **hasta fines de octubre**, partió con la armada de buelta a Corfú con ánimo de imbernar y dar allí catena, para tener el año siguiente más inmediatas al pays enemigo aquellas fuerças. Pero quiso, en este mesmo viage, visitar de passo a la fortaleza de la Preveza y las nuevas obras que, de su orden, la havían añadido y actualmente la constituyen por una de las mejores plazas de Levante. De allí fue a dar una buelta en el golfo cercano del Arta, de quien es la Preveza llave y puesto predominante como, assí mesmo, de suma consecuencia a la seguridad de Santa Maura. Finalmente, prosiguiendo su navegación por la canal que divide la isla de Corfú de la tierra firme del Epiro, como se atreviesse el castillo turco de Gomenize, situado en la propia ribera, a dispararle algunos cañonazos, no sin peligro por estar angosta la canal, determinó castigar sin dilación aquella temeridad que, sin duda, lo era para con un poder tan superior, mandando desembarcar parte de las milicias a este fin, y lo consiguió con dicha muy hermana de las últimas que había experimentado

en la Morea. Pues los bárbaros del presidio apenas vieron diez hombres en tierra que, imitando la vileza de los de Calamata, desampararon la plaza tan ciegos de miedo que no se acordaron de pegar fuego a las municiones. Assí, quedando en poder de los christianos, se aprovecharon brevemente del saco y de todo el ganado de los contornos recogido a su abrigo en considerable multitud, llevando la artillería, las municiones, los mantenimientos y lo demás del botín a la armada. Y, por remate, convirtieron en fuego de alegría al mismo castillo y, dejándole absolutamente inhabitable, passaron adelante a gozar del reposo que en Corfú se les tenía prevenido, con las comodidades de regalos y pagas que, en grandes comboyes (como assí mesmo a los presidios de la Morea) les fueron subministrando de Venecia todo el siguiente imbierno.

No quedando, ya pues, a nuestra Historia qué ver con ellos este año, buelve adonde dejó a los imperiales, cuya suerte bien lejos de franquear un semejante descanso a la mayor parte, los combidava a cultivar y les prometía nuevas Palmas abundantísimas, aun durante el tiempo más riguroso del año. Mas, para seguirles regularmente los vitoriosos passos, convendrá retroceder con la brevedad que permitan lo essencial de la materia y nuestro modo de escribir, a lo acontecido desde principios de la campaña en la Ungría superior, donde por el César governava la guerra el Mariscal de campo General Conde de Schultz, y començava a declinar la fortuna de Emerico Tekeli, poco considerado (por no dezir mal visto del Seraskier Chaytan Bajá), no bastándole tampoco los socorros secretos de algún Potentado de la christiandad a suplir lo que su imaginario Principado no le podía ya subministrar, por necessitar de mucho más para su particular defensa todas las plazas fatalmente vinculadas a su devoción. Y añadiéndose cada día a la desventurada constitución de sus interesses, el destrozo de alguna parte de su gente y la sorpresa, toma o rendición voluntaria de algunos de sus mejores castillos, además de abandonarle frequentemente Cabos, y aun las tropas enteras de su milicia, por no hallar ya con él la codicia de sus sequazes el pasto que antes, y aun obrar en algunos la fuerça de la razón que les afeava una rebeldía tan impía, como únicamente favorable al Tirano de Oriente, y de lo más y mejor de su infeliz Patria, en lugar de bolver por ella quando el Cielo la había movido tantos y tan valiosos auxilios, para la restauración de su antigua libertad.

A la luz de todos estos motivos, y de la disposición que tenían de madurarse más en beneficio de la justicia del César, pareció ocupar lo más

temprano que se pudiesse la porción de sus armas que, a la orden del Mariscal de campo General Conde de Schultz, militaban en la Ungría superior formando algún asedio, cuyo logro estrechasse más sensiblemente que nunca los límites y consumiesse al poder campal de rebelión o, quando menos, bastasse a divertirle y embaraçarle el emplearse junto, o separado, en reforçar los infieles para qualquier intento que les motivasse el asedio de Neuheusel. Muchas eran las plazas que, a título de religión y libertad (pretextos muy ordinarios a los tiranos), tenía la ambición del Cromwel úngaro incorporadas en su partido, pero dos las más principales: Cassovia y Eperies. Aquella grande, fuerte, opulenta y cabeça del Condado de Abavivar, situada sobre el río Kunert, a pocas leguas de los montes Carpacios que dividen la Ungría de la Polonia y la Rusia. Vecindad bien fatal a la quietud de aquel Reyno, pues no faltando al de Polonia (como a otro ninguno grande Estado) espíritus inquietos y amigos de desórdenes dentro y fuera de sus patrias, de allí a costa de dinero extraño y propio, vino a Tekeli el primer fomento de su infidelidad. Dígase más, que a Cassovia la assistía el blasón singular de libre, con grandes privilegios, mientras no estuvo embuelta en la torpe novedad de que hablamos, y reconoció al Emperador por Rey de Ungría. En quanto a Eperies, yaze en el Condado de Sarax, poco distante de los montes Carpacios, y confín de Polonia en la orilla del río Tarbez, bien fortificada y su parage muy oportuno, apoderándose de él los imperiales, assí para antemural de las ciudades obedientes, que llaman de las Montañas, que abundan de minas de oro, plata y cobre, como para passar a los últimos progressos a que se aspirava. Siendo pues, estas dos ciudades, las mejores de toda la parcialidad contumaz, y que más tiempo y más trabajo costaron de reducir, justo será que también nos alarguemos algo más en los lances de su restauración, como quiera que, assí mesmo, fue tan pronta la de todas las demás (si bien algunas de ellas no menos fuertes) que, para representarla en el estilo resumido que seguimos, basta nombrarlas con qualquier ligero apuntamiento de su importancia y calidad.

Provó pues, la de Eperies, este año el primer esfuerço fijo de los cesáreos en un asedio y ataque formal que (en poca diferencia de días que el Duque de Lorena a Neuheusel) la puso el Conde de Schultz, y también halló tal igualdad en la pertinacia de los presidios turco y herege de ambas plazas, que no una sola vez pudo dudar del éxito de su empresa. En efecto, para terminarla con bien fue necesaria toda la eficaz influencia de la vitoria de Strigonia, de la toma de Neuheusel, y de la retirada poco airosa del Seraskier a

la vista de los imperiales del ejército principal, que iban a encontrarle por el camino de Pest, con la separación de sus tropas para restituir con sus Bajás a Agria, Varadin, Temesvar y otras plazas, lo que le había prestado de sus guarniciones para engrossar sus huestes.

Sabida del Duque de Lorena esta última disposición del General otomano, y havida la confirmación no solo de estar executada, pero haverse encaminado personalmente a Belgrado para passar a dar razón al Sultán de sus operaciones o, por mejor dezir, llevarle su cabeça en pago de su infelicidad, propuso S.A. al César lo que tenía premeditado para este lance, previsto mucho antes de su grande comprehensión. Y era reforçar prontamente al ejército de la Ungría superior, y aun formar cuerpos volantes capaces de aprovechar al abatimiento y decadencia conocida de las cosas de Tekeli, aplicar también alguna parte de la gente desocupada al ejército de Croacia y a varios puestos de la Ungría inferior para lo que se pudiesse ofrecer, y embiar a su tiempo a Alemania las demás tropas, destinadas a gozar allí sus cuarteles de invierno. Todo lo qual se le alabó y aprobó en términos de singular estimación, menos el ofrecimiento que assí mesmo hizo de passar al Gobierno de las armas de la Ungría superior, compadeciéndose Su Magestad Cesárea de lo mucho que hasta entonces había fatigado, e insinuándole: *Era su gusto que se detuviesse, con el resto del grueso, en la orilla del Danubio en puesto cómodo a acudir adonde el caso lo pidiesse hasta concluyda la campaña. Y luego, passasse a la Corte a recibir de más cerca las gracias de las nuevas vitorias señaladas que se debían a su disposición y valor.*

Al mesmo tiempo, quedando nombrado el Mariscal de campo General Conde Enea Caprara para sustituir al Conde de Schultz (a quien pesavan ya demasiado sus muchos años) en el mando de las armas de la Ungría superior, passó inmediatamente a Viena a recibir sus instrucciones y tantear, en la mesma fuente de los medios y de las resoluciones, lo que más le pudiesse ayudar al acierto de su nuevo empleo. Entretanto, continuando las nuevas del sitio de Eperies, siempre melancólicas y especialmente las que llegaron **a nueve de setiembre**, de que los sitiados, no obstante, lo que se les había significado de la toma de Neuheusel, liberación y combate de Strigonia, se defendían con desesperada resolución, haviendo últimamente resistido un assalto, con muerte de cinco capitanes y ducientos soldados imperiales. Tuvo S.A. por indispensable no dilatar de una sola hora la marcha a aquella parte de los regimientos de cavallería de Saxonia Lavemburg, de Caprara, Carafa y Guetz,

con los dragones de Magni y los croatos de Lodron, a quien se habían de juntar los regimientos de infantería de Schaftemberg, La Verna y Houschin y otros tres regimientos de Baviera, con artillería e ingenieros, todos a la orden del Conde de Guetz, hasta la llegada de los de Schaftemberg o Caprara, que ambos se aguardaban de la Corte, donde se hallava el primero a la solicitud de lo concerniente a los cuarteles de invierno y, el otro (dígase libremente), a las dependencias de la segunda campaña del mismo año. En poca diferencia de tiempo había de moverse, conforme a lo determinado, el General úngaro Conde Palfi con seis regimientos de caballería la buelta de los ríos Mur y Raab, en la Ungría inferior, con orden de penetrar, si lo permitía la irregularidad del otoño, con número también proporcionado a las contingencias del tiempo y calidad de las expediciones o empresas, a unirse al ejército de Croacia. También quedó ideada, desde entonces, la memorable entrada que después restauró a la cristiandad la gran plaza de Zolnock, y otras, a pesar de las nieves anticipadas con un intolerable frío. A esse mesmo lugar, pertenece (primero que el viento, nunca antes tan próspero de las cosas de la Ungría superior, nos arrebatase la pluma a ellas) la Junta en que durante aquellos días propuso el Duque de Lorena, y se examinó si se fortificarían algunos puestos, y cuáles, en una y otra ribera del Danubio, hábiles a facilitar los disignios de otro año, hablando particularmente S.A. de Vicegrado, Vaccia y Novigrado, lo qual paró en quedar inadmisibile el primero por el estado irreparable, sin gastos inmensos, en que le habían dejado las minas de los turcos con la ruina de las cisternas, de la mitad del recinto del castillo y los más edificios. Lo propio pareció de Vaccia después del último buelo e incendio executado en él por el Seraskier, con lo qual en lugar de restaurarla, se acabó de assolar alguna parte del castillo que había quedado en pie. A Novigrado le embió el Duque a reconocer, encargando la diligencia al Príncipe de Valdeck con algunos ingenieros, por si quiera huviesse forma de assegurar un quartel de caballería úngara para infestar los contornos y avenidas de Pest. Pero, ni aun esto se halló possible con circunstancias que, en el gasto y en el tiempo, no excediessen de mucho al beneficio.

Lo que el Duque de Lorena alcançó a la mesma sazón, muy conforme a su generoso y reconocido ánimo, fue complacerle el César a su representación (como de quien mejor conocía los talentos de los Cabos que militavan a su orden) honrando a los Condes Carafa, Gondola y Taf y, al Barón de Mercy (antes Sargentos generales de batalla), con el cargo de Tiniente de Mariscal de campo general; y al Príncipe de Montecuculi, a los Condes Piccolomini y

Veterani, y al Coronel Heusler con el puesto de Sargento general de batalla, todos para la cavallería. También fueron declarados para la infantería Tinientes de Mariscal de campo generales el Príncipe Luis de Neuburg, los Condes de Schaftemberg, de Souches y de Stadel. Y assí mesmo, Sargentos generales los coroneles Duque de Vitemberg, Conde de Apremont, Conde de Beck y Valicher. Con esto, sin dejar atrás cosa en cuya omisión pueda escrupulizar nuestra puntualidad, vamos a ver el efecto que en los defensores de Eperies hizo mayor que los nuevos antecedentes de las vitorias contra turcos, la noticia del nuevo poder que se apresurava a dar el último golpe a su obstinación. Tan cierto es, que el mal cercano y propio puede más con los mortales que el ageno más remoto.

Manifestose brevemente lo que obrava aquel amago en los ánimos, assí de los soldados como de los ciudadanos, mostrándose **ya entrado el mes de setiembre** algo más remissos en las salidas y otras facciones, dando la propia razón de ello los que, de un día a otro, se passavan de la ciudad al campo. Mas dígase también, no era el movimiento de aquel refuerzo junto con la declaración del nuevo General, estímulo menos vivo en las obligaciones del Conde de Schultz para esforçar, sobre las mesmas fuerças que le assistían, la expugnación de la plaza antes que otro llegasse a partir con él la gloria de la hazaña. Y también hubo opiniones de que este propio deseo fuesse parte que concediesse a los rendidos las condiciones, que presto se dirán, más benignas que se las huviera otorgado otro poder mayor, y aun menos merecidas, después de tantos meses de terquíssima defensa. En fin, tanto pudo el desvelado afán de aquel General, sobre todo con el tormento incessante de la artillería que, **a diez de setiembre**, hechas grandes brechas en los baluartes y daños iguales en muchos de los mejores edificios de la ciudad, se percibieron grandes clamores en ella y, al mesmo tiempo, bajando un Oficial al fosso, instó en que llegasse alguno de los imperiales a oyrle. Lo qual haviéndosele concedido, pidió de parte del Governador *suspensión de hostilidades, ofreciendo saldrían al día siguiente unos ciudadanos y un Capitán a ajustar la Capitulación de la entrega. Pero que primero era preciso huviesse lugar de convocar la Comunidad para deliberar sobre el negocio.* Mas el General Schultz sospechando tiravan a ganar tiempo, que era lo que más repugnava a su intento, les franqueó un solo quarto de hora para poder libremente embiar Diputados, en que no viniendo ellos, sino persistiendo en su primera instancia, se bolvió a las armas peor que antes **hasta las doze del día después**. Entonces, se oyeron repetir en la ciudad los propios clamores que el antecedente, rogando desde la muralla se

desistiese de batir, y que luego saldría un Oficial con dos ciudadanos a tratar de la rendición, embiando el General a la ciudad sujetos iguales en número y calidad, encontrándose unos con otros en el camino. Pero el Conde pretendió que primero saliessen los Diputados de los sitiados y que, quitando de sus torres y parapetos las banderas rojas, sacassen otras de paz en su lugar, lo qual executaron sin réplica, y también él les embió los rehenes que havían pedido. De suerte que, por la tarde (aunque no tan presto que no se arriesgasse algo en la dilación), quedó ajustada la entrega con los capítulos siguientes: *Que el Governador por ser alemán, con los demás oficiales de su Nación, tomaría empleo en el ejército imperial. Que se perdonaría a los soldados del presidio huidos al enemigo, y serían restituidos a su honor, bolviendo a sus primeros regimientos. Los úngaros, que de su voluntad quisiessen assentar plaça, serían admitidos, y los que se inclinassen a bolver a las banderas de Tekeli, lo podrían sin estorvo. Los templos y escuelas se pusiesen en el estado que se havían puesto las de otras plaças restauradas por el Conde de Schultz. A los nobles les fuesse lícito bolver a sus Estados y, renovando el juramento de fidelidad al César, quedarían libres de qualquiera molestia. Persistiese el Magistrado en sus funciones, perdonado de quanto por lo passado pudiesse haver hecho contra el servicio de Su Magestad Imperial. Todos los quales capítulos se remitiessen a Su Magestad Cesárea para que se dignasse de ratificarlos.* Mas (como empezamos a insinuar), mientras se ajustavan, teniendo el coronel Duque de Vitemberg hecho otro Tratado secreto con unos alemanes del presidio, que se havían obligado a entregarle una puerta, comunicado el negocio con el General mismo, vino en el arbitrio por si acaso se rompía el público negociado. Entrados pues, unos ducientos hombres del regimiento de Vitemberg en la ciudad, començaron a saquear algunas casas, aun apoderándose del bagage del Governador. Lo qual haviendo dado motivo a los ciudadanos para abreviar la Capitulación, quedó luego remediado el desorden y se fue cumpliendo recíprocamente lo pactado, sin descuidarse el General en el menor requisito necessario a assegurar la conservación de tan relevante conquista. Mandola a un tiempo guarnecer competentemente, reparar las brechas, allanar la línea y los aproches, desarmar los naturales colocando sus armas en las Casas de la ciudad, con guardia del regimiento del coronel Thim, y recibir el juramento del Magistrado y de la Nobleza. Todo lo qual (menos las reparaciones de la plaza, que no cabían en tanta brevedad), se concluyó los dos días después de la rendición. Observose en todos los reducidos un semblante muy conforme, o bien dissimulado con la novedad, y lo que más admiró en esta parte, fue acudir de propósito el gremio de los Predicantes Luteranos a congratularse del Conde de Schultz, por medio de una oración muy estudiada que le hizo el principal de ellos, de verse

restituidos a la obediencia del César. Pero el Conde, en lugar de beber del engaño, les respondió con rostro y voz desabrida: *Tratassen de contenerse en adelante dentro de los límites de su profesión, predicando la palabra de Dios y la obediencia a su legítimo Rey, sin desmandarse como solían, suscitando alteraciones en los Pueblos.*

Cundió muy apriessa en todo el Pays la voz de este suceso, y con tal descrédito de Tekeli (sobre cuya palabra se había Eperies defendido tanto tiempo embalde), que la constancia de los cassovianos comenzó a titubear. Havía el General Schultz, el día antes de la Capitulación de aquella Plaza, embiado unas partidas de cavallería a explorar si en los contornos de Cassovia, parecía algún grueso de enemigos capaz de inquietarle en su campo. Mas saliéndoles por aquella parte superflua la diligencia, la emplearon en aprovecharse de mil cabeças de ganado mayor que prendieron en las mismas puertas de la ciudad, y le trajeron de buelta a su cuartel sobre essotra de Eperies, donde el General aplicó parte al tren de artillería, que mucho lo necesitava, y lo demás a las tropas. Y como a esta plaga se siguiese tan brevemente a los de Cassovia la noticia de la rendición de essotra ciudad, y en ella el pronóstico de otro rayo semejante que no podía tardar en experimentar, fueron los más cuerdos entre ellos de parecer que, desde luego, se conjurasen y divirtiesen de sus cabeças con la sumisión más tolerable que se pudiese ajustar con los vitoriosos. En efecto, embiaron Síndicos al Conde de Schultz haziéndole proposiciones que se pudieran haver madurado si los más culpados (que siempre son los más pertinaces en su tema), no las corrompieran representando a sus compañeros el mal tiempo que había entrado y la penuria de mantenimientos, que juzgavan suficientes a desviar los imperiales de un nuevo asedio. El qual, aun sin aquellas descomodidades, tenía traza de haverles de durar mucho más que el pasado, por ser Cassovia sin comparación mucho más fuerte que Eperies, y hallarse con presidio más que suficiente, así en el número como en la calidad, a escarmentar una determinación que graduavan de imprudencia. Mas sobre todo se pavoneó su orgullo quando, por un camino jamás imaginado de la ingenuidad alemana, se vieron reforçados de unos setecientos hombres con la persona del Conde Petenhasi, su Cabo, el mayor confidente de Tekeli que, con fineza tan alevosa como inaudita y apenas imaginable, mostrando doblarse a la nueva Declaración, con que después de tomada Neuheusel había la inexhausta clemencia del César amonestado sus vassallos úngaros inobedientes, y ofreciéndoles el perdón, llegó a humillarse con su misma tropa al Duque de Lorena, solicitando reintegrarse por su medio en la cesárea gracia. Hecho pues

el Juramento de fidelidad a S.A. (quién lo leerá sin horror), como se hablasse de sitiar a Cassovia, ofreció y se le acetó el concurrir a la empresa, pero fue a dilatar (quando no a embaraçar enteramente) su logro, entrando con su gente en la Plaza y peleando contra la fe dada, hasta que (como presto se dirá) le trocó Dios el coraçon y le habilitó, no solo para una segunda abolición de sus desvíos. Mas aun, a que (mientras esto se escribe) se usasse de él en executar disignios de todo empeño y confiança, en que se portó y prosigue en portarse con fidelidad y amor.

Entretanto, havía el Conde de Guetz proseguido su marcha y, en su seguimiento con el Conde Schaftemberg (no haviendo el de Caprara buelto aún de Viena), se havían separado **a veinte y dos de setiembre** los regimientos de Picolomini y Hanover, siendo probable que la nueva engañosa de la disposición que havían mostrado los cassovianos de quererse ajustar, ocasionasse el que aquellas primeras tropas se diessen menos priessa en su expedición. Pero finalmente era de la providencia superior, que en poca diferencia de tiempo llegassen el exército primitivo de la Ungría superior y ellos a desengañar a Cassovia de su obstinación, poniéndola sitio formal **a principios de octubre**. Al Conde de Schaftemberg tocaron las primeras disposiciones de la empresa, por haverse ya retirado el de Schultz, y con aquella autoridad embió a los sitiados un trompeta con un papel, en que les intimava acetassen el perdón imperial, diziéndoles primero que entregárselo, *cómo de orden de su General tratassen de admitir en la ciudad gente del Emperador, su verdadero Rey y Señor, que havia llegado a serlo legítimamente desde el día que ellos se agregaron a sus Rebeldes*. Haviéndole ellos dejado acercar a distancia competente, le preguntaron: *Qué recado traía*. Y haviéndole oído con algaçara, le despidieron, encargándole dijese a quien le havia embiado: *No se ballavan de humor de tratar cosa alguna hasta saber bien el suceso del bombardeo de Agria*. Esto era zaherir a los imperiales, si ya no holgarse de que no huviessen conseguido la toma de Agria, en la qual de passo se havían hechado algunas bombas a fin de hazerla, si se pudiesse, inhabitable con un incendio, y obligar al numeroso presidio turco a retirarse al estrecho recinto de la ciudadela para, con mejor ocasión, hazerla otra visita más de propósito. Tan amigos de los infieles los hazía la pasión herege con que servían al tirano, que los otomanos havían graduado de Príncipe de Ungría.

Solo quatro días tardó el Conde Caprara en llegar a exercer su cargo sobre Cassovia, después de tomados los puestos y abierta, **a tres de octubre**,

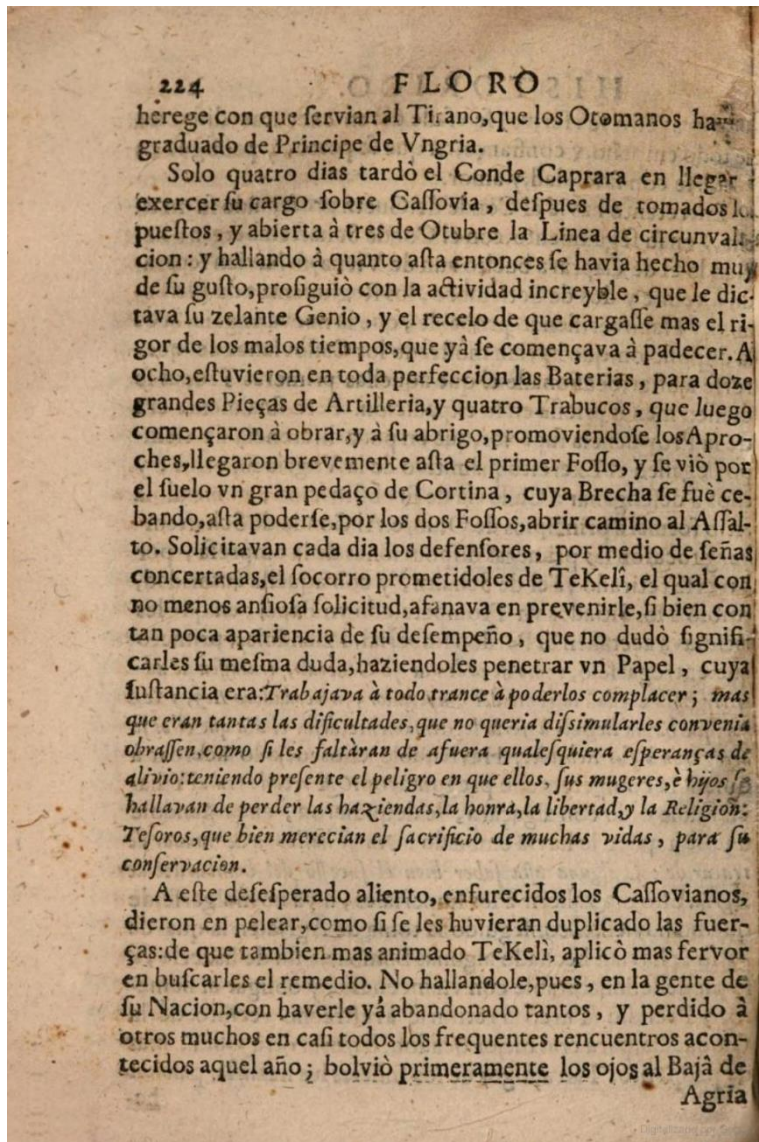
la línea de circunvalación. Y hallando a quanto hasta entonces se havia hecho muy de su gusto, prosiguió con la actividad increyble que le dictava su zelante genio, y el recelo de que cargasse más el rigor de los malos tiempos, que ya se començava a padecer. **A ocho**, estuvieron en toda perfección las baterías para doze grandes pieças de artillería y quatro trabucos, que luego començaron a obrar y, a su abrigo, promoviéndose los aproches, llegaron brevemente hasta el primer fosso. Y se vio por el suelo un gran pedazo de cortina, cuya brecha se fue cebando hasta poderse por los dos fossos abrir camino al assalto. Solicitavan cada día los

defensores, por medio de señas concertadas, el socorro prometidoles de

Tekeli, el qual con no menos ansiosa solicitud, afanava en prevenirle, si bien con tan poca apariencia de su desempeño que no dudó significarles su misma duda, haziéndoles penetrar un papel, cuya instancia era: *Trabajava a todo trance a poderlos complacer. Mas que eran tantas las dificultades, que no quería dissimularles convenía obrassen como si les faltaran de afuera qualesquiera esperanças de alivio, teniendo presente el peligro en que ellos, sus mugeres e hijos, se hallavan de perder las haziendas, la honra, la libertad y la religión. Tesoros que bien merecían el sacrificio de muchas vidas para su conservación.*

A este desesperado aliento, enfurecidos los cassovianos, dieron en pelear como si se les huvieran duplicado las fuerças; de que también más animado Tekeli, aplicó más fervor en buscarles el remedio. No hallándole pues en la gente de su

Nación, con haverle ya abandonado tantos y perdido a otros muchos en casi todos los frequentes rencuentros acontecidos aquel año, bolvió primeramente los ojos al Bajá de Agria (Plaza y presidio turco, el más considerable, y más inmediata a los sitiados, distante apenas catorze leguas ordinarias), llegando



personalmente, con un acompañamiento de quinientos cavallos y el seguro de recíprocos rehenes a representarle: *Que no habiendo diferencia entre su interés y el de la excelsa Puerta, para cuyo servicio tenía juntamente con la vida, los Estados de que le había hecho merced; bien claro estava no poder él padecer daño o pérdida que no recayesse en perjuizio del Gran Señor. Que Cassovia, cimiento principal de la Dignidad a que le había levantado la magnificencia del todo poderoso Emperador del Mundo, estava a pique de perderse si prontamente no se socorría. Que assí, le suplicava y combidava a participar del gran mérito y de la gloria de una acción tan digna de sus obligaciones, disponiendo quanto antes lo más que estuviesse en su mano para executarla, y librarse assí mesmo de la molesta vecindad del mayor poder de los alemanes, que en su actual operación estava bloqueando de hambre, y ya medio sepultado en el lodo de sus trincheas, facilitando uno y otro a tan importante facción sin dar lugar a que, entrado en Cassovia, se rehiziesse de sus trabajos y aspirasse a nuevos intentos de igual detrimento a la causa común.* Nada de lo que decía negó el Bajá, pero tampoco le pudo negar el Rebelde la imposibilidad de concederle su demanda, en ocasión que ni a su presidio le sobraba nada para su propio resguardo, y le talavan cada día los christianos todo el contorno hasta sus puertas, aun no sin amago de un estrecho bloqueo. Desahuciado pues Tekeli por aquella parte, hizo recurso al Bajá del Gran Varadin valiéndose en una carta que le escribió de las mismas razones y ruegos que, con el otro, a que respondió: *Tantearía brevemente lo que pudiesse hazer, y se lo avisaría.* En esto passaron ocho días, que es muy probable gastó el Bajá en consultar al Seraskier sobre el caso, por no faltar a la atención que le debía como a superior, y a la particular amistad que le professava. Y después despachó un propio a Tekeli, lisonjeando en la carta su vanidad con grandes títulos y alabanzas y ofreciendo no solo ayudarle con la gente que le había insinuado, sino con mucha más, si la quisiesse. Y que, hallándose con órdenes recientes del Gran Señor de mucha conveniencia suya, aunque de tales consecuencias que no se podía fiar de la pluma, le embiava Passaporte del qual podía usar con toda seguridad para llegar a verse con él en su mesma Plaça, adonde le aguardava. Arrebatole de contento el misterio de este despacho, ocurriendo su deseo a interpretársele (como después se supo) a resulta favorable a su persona de los malos oficios que, con sus avisos y los agentes y afectos que pagava cerca del Sultán, y del Gran Visir, iba haziendo al Príncipe de Transilvania, culpándole no solo de irresolución, tibieza e inutilidad en servicio de la Puerta, pero aun de inteligencia con la Corte de Viena. Todo lo qual era representar indirecta, aunque inteligiblemente cuánto más justo y mejor fuera conferir aquel Principado a quien, como él, con tanto anhelo, gastos, peligros, y una diversión tan oportuna y provechosa a las armas otomanas, fatigava en obsequio del Sultán. Deslumbrado pues de aquel rayo

de esperança, fácilmente se olvidó la desconfianza con que había ajustado la forma de su abocamiento con el Bajá de Agria, partiendo a Varadin asistido de alguna nobleza y criados, y de un cuerpo de cavallería, más para decoro de su carácter que seguridad de su persona. También, sabiendo el Bajá que se acercaba, salió a recibirle con séquito decente y, después de repetidos abraços y grandes cumplimientos, se dejó el engañado rebelde introducir en la Plaza con ocho solos de los suyos y, aun ya entrado, embelesándole más la urbanidad artificiosa de su huésped, fue llevado a la Sala donde le tenían prevenida la cena con la mayor suntuosidad y regalo que usen los otomanos. Sentados pues todos en buena conformidad, la gozaron hasta los postres, pero tan diversos del principio, como convertidos en grillos y esposas de peso extraordinario, que un tropel de satélites precedidos de un Aga, entraron a hechar a Tekeli, executándolo mientras el mismo Aga *declarava haver venido a ello de orden del Gran Señor y a llevar al preso a oír lo que se dispusiese de él en Andrinópolis*. Pasmados de horror los nobles úngaros de su acompañamiento, en parte donde el querer bolver por él, fuera perderse a sí mismos, bien poco rato los dejó el Bajá, temerosos del propio tratamiento, diziéndoles con semblante sereno *tuviessen buen ánimo, pues dejaba a su arbitrio el irse libres quando quisiessen*. Y llamado aparte al Conde de Petrozchay, Cabo principal de toda la gente de guerra de Tekeli (que, como tal, había venido mandando al cuerpo de cavallería referido), añadió: *Le hacía el Gran Señor merced del Principado, de que acabava de ver despojar aquel hombre* (enseñándole al preso) *y que le prometía, en nombre del Sultán, todo el auxilio de medios y gente que huviesse menester, en la forma y con las calidades que presto se le haría saber, manteniendo entretanto sus úngaros a la devoción de la Sublime Puerta*. Dióle el nuevo Príncipe imaginario las gracias de la que se dignava hazerle el Gran Señor y, como impaciente de irla a merecer, se despidió y salió la misma noche. Mas fue a contar a su cavallería la tragedia que venía de ver y, exortándola a escarmentar en tan raro acontecimiento, la persuadió a acudir desde luego al Conde Caprara y, resignándose a su obediencia, gozar del perdón imperial con las ventajas que la clemencia del César les franqueasse, ocupándose fielmente en su servicio. Llegado el Petrozchay al campo de Cassovia, siendo recíprocamente los ánimos tan bien dispuestos, no hubo dificultad en las condiciones del ajuste. Concluyose en menos de dos días la reducción de todos los inobedientes más cercanos y, consecutivamente, la de los más apartados en tiempo proporcionado a sus distancias. Entregaron, menos la de Mongatz, todas las villas, palancas y castillos presidiados por Tekeli. Unos, a la sola intimación que se les hizo, apoyada del aviso de su prisión. Otros, a las amenazas de ser atacados sin

esperança de socorro, ni tener ya cabeça de Bando por quien pelear. Contáronse entre las primeras plazas de esta calidad, y de mucha importancia para el ensanche y seguridad de los quarteles de invierno, las de Potak, Regenz, Ungvar y Tokay, siendo especialmente esta última, assí por su gran fortaleza de ciudad y ciudadela, aisladas ambas en el ángulo que forma el río Bodrock al juntarse con el Tibisco, y por la fertilidad afamada de su territorio abundantísimo sobre todo en vinos preciosos, cuyo despacho hasta muy adentro de Polonia, Alemania y ambas Ungriás la traen grandes riquezas.

Mas, si la expedición primera de la gente separada del ejército principal en refuerzo del que restauró a Eperies, para hazer lo mesmo en Cassovia, obró con felicidad tan igual a las experiencias y esfuerzo de sus dos últimos directores, los Condes de Schultz y Caprara, no con diferentes auspicios le siguió, **a veinte y ocho de setiembre**, el Tiniente de Mariscal de campo General Barón de Mercy con los regimientos de cavallería del Duque de Lorena, de Dunevald, Gondola, Heusler y Fustemberg; los dragones de Stirum y Castel; los regimientos de infantería de Staremborg, Mansfeld y Neuburg, y la mitad de los de Kayserstein y Metternich. Y además de estas tropas (que serían cerca de diez mil hombres, de cada género la mitad), alguna artillería y trabucos, llevando orden del Duque de costear (a la del Conde Caprara la ribera del Tibisco) por la parte de Zolnock, procurando aquartelarse en ella. Pero como en su propio aliento, y en el de aquellas fuerças, todos veteranos de excelente calidad, se le trasluciessen disposiciones para mucho más, según la decadencia declarada de las cosas de los infieles, no dudó (consultado primero el Mariscal de campo y obtenida su aprobación) resolverse a acometer la mesma fortaleza de Zolnock. La qual determinación fue brevemente cumpliendo y, lográndose tan limpia de sangre christiana como inspirada, sin duda, y guiada del Cielo por las vías siguientes. Havíase anticipado al presidio la fama de lo executado por el Barón de Mercy en su marcha, ganando de passo castillos y lugares fuertes que, en otras guerras, havían costado a los otomanos mucho tiempo y trabajo, de que, y de los otros sucessos de las armas imperiales de este propio año, aturdidos los de Zolnock les fue titubeando y cayendo absolutamente el ánimo y la gana de aguardar un asedio. En este desmayo (como el miedo no ceda a otra pasión alguna en solicitar excusas y exemplos a sus errores), creyble parece el que les ocurriese el de la guarnición christiana de la propia Plaza, que recobrada el año 1550 del poder infiel por el ejército del Rey Fernando, hermano de nuestro Emperador Carlos V, y proveyda de todo para diez años, desampararon el de 1552 los

soldados de diferentes Naciones al Governador, y a la misma fortaleza, atacada del ejército turco que mandava un Mehemet Bajá; exceptuándose de semejante vileza solo cinquenta españoles (los únicos que havía allí), corto número para embaraçarla, pero bastante a lucir el punto de su Patria, ya bien acreditado entre los alemanes (según lo cuenta Geronimo Hortelio, autor alemán, que también refiere lo de Zolnock) desde el sitio puesto a Viena por Solimán, Emperador de los turcos, el año 1529. En cuya ocasión (palabras son del propio Historiador, en su *Cronología Alemana de los sucesos militares de la Ungría*), *se fio de la gente española el puesto de la puerta de Carintia, el más peligroso de todos, por su grande esfuerço y plática en el uso de las armas de fuego*. En conclusión (para el caso que tratamos), apenas divisaron los de Zolnock la vanguardia del Barón de Mercy que, atropellando todos a huir, no solo le abandonaron la mucha artillería, las municiones de guerra y grandes almacenes de bastimentos y forrage que havía en la Plaça, pero a sus haziendas y familias enteras de mugeres y criaturas, desmintiendo con su poltronería el concepto en que estava de inexpugnable. Y en verdad no son pocos los requisitos que, sin mucho encarecimiento, la califican de tal. Es cabeça de un Condado bien dilatado, en situación parecida a la de Tokay, aunque menos sujeta a inundaciones sobre el mismo río Tibisco en la parte que recibe al de Zagiva. Y, donde la naturaleza la dejava accessible a un poder enemigo, abrió el Arte una canal por la qual ambos ríos se dan segunda vez la mano y abrazan a toda la circunferencia de su fortificación. Además de lo que adelanta su possession, el predominio de las armas christianas en el pays infiel la haze estimar más la circunstancia muy considerable en tiempo de paz y de guerra, del puente que tiene sobre el Tibisco, passo único e inevitable, por donde muchos millares de cabeças de ganado mayor vienen anualmente de Transilvania para gran parte de Alemania, y hasta los Estados de la República de Venecia e Italia, de que se cobra un crecido tributo.

Conseguida de los christianos tan estimable conquista, embió Mercy algunas tropas de cavallería tras el Bajá de la Bosnia, que con las suyas se retirava de la Ungría a su gobierno, pero quiso Dios que errassen el intento a que iban para acertar a otro de mucha mayor monta. Y fue prender a un Correo de a pie turco que, con cartas del Governador de Saravás, iba a pedir un pronto refuerço para su Plaza, en falta de que protestava haría lo mesmo que el de Zolnock si los alemanes se le acercassen. Examinado el Correo por el Barón de Mercy, y confrontando en todo su dicho con las cartas, comunicó a sus Oficiales la buena suerte que se les ofrecía y, ponderándoles lo que podía

peligrar en la dilación con que se solicitassen y esperassen las órdenes del Conde de Caprara, vinieron todos en que luego se moviessen las tropas a ver si persistía el Governador de Saravás en su declaración. Dista Saravás de Zolnock unas seis leguas alemanas, con que, repartiendo la expedición en dos marchas, dando a la primera la tarde del mismo día y parte de la noche, cayeron la mañana siguiente a buena hora sobre la población enemiga, cuyas milicias y vecinos, según se le assomavan fueron saliendo, como a buelo, impelidos del miedo, a buscar dónde salvar sus vidas. Pero como también tenga la codicia militar sus alas, no tardó parte de la cavallería imperial en darles alcance y passar más de ducientos a cuchillo, bolviendo bien premiada su diligencia con el oro y joyas de los fugitivos. Es Saravás, conforme la representa la planta que vino de Viena, una fortaleza pentágona o de cinco baluartes irregulares, según la impericia de los otomanos. Pero de fábrica muy sólida y cercada de un gran fosso, que la presta el Kirós, a cinco leguas de donde baja a entregarse el Tibisco y a doze de Giula. Edificáronla a principios de las turbaciones excitadas de Emerico Tekeli y, por tan moderna, no tiene aún (que se sepa) lugar señalado en los mapas. Mas se le darán, sin duda, en el nuevo que el señor Emperador ha mandado hazer del Reyno de Ungría, mereciéndole como otra qualquiera el añadir su possession al Dominio Real christiano de aquel Reyno dos Condados de bien estendida jurisdicción: el Tarantaliense y el Czongradiense. Otras muchas plazas, y puestos ganados en la Ungría superior, nos podrían detener en su descripción, pero como acerca de ellos falta mucho que averiguar en tanta distancia, las suspendemos hasta otra ocasión, como assí mesmo lo que toca a la pertinacia de la Princesa Ragotzi, al assedio de Mongatz, a la liberación de Tekeli, de cuyas materias, tocando ya tanta parte al año corriente de M.DC.LXXXVI, pediremos a Dios nos dé vida y salud para poderlas insertar legalmente, según el fin que tuvieren, en el FLORO de este mesmo año, en que por tantas señas nos promete la divina misericordia nuevas y más capitales vitorias de que alabar su santíssimo nombre, y consagrar (en quanto diere de sí nuestro limitado talento) sus gloriosas memorias a la eternidad.

FIN.

CON PRIVILEGIO

En Madrid. En la Imprenta de Antonio Román.

Año de MDCLXXXVI.

HISTORICO.

231

chē, cayeron la mañana siguiente à buena hora, sobre la Poblacion enemiga, cuyas milicias, y vecinos, segun se le asomaban, fueron saliendo, como à buelo, impelidos del miedo, à buscar donde salvar sus vidas. Pero como tambien tenga la codicia militar sus alas; no tardò parte de la Cavalleria Imperial en darles alcance, y passar mas de ducientos à cuchillo, bolviendo bien premiada su diligencia con el oro y joyas de los fugitivos. Es Saravàs, conforme la representa la Planta que vino de Viena, vna Fortaleza pentagona, ô de cinco Baluartes irregulares, segun la impericia de los Otomanos: pero de fabrica muy solida, y cercada de vn gran fosso, que la presta el Kiròs, à cinco leguas de donde baja à entregarse al Tibisco, y à doze de Giulia. Edificaronla à principios de las turbaciones excitadas de Emerico TeKelî, y por tan moderna, no tiene aun (que se sepa) lugar señalado en los Mapas. Mas se le daràn sin duda en el nuevo, que el Señor Emperador hà mandado hazer del Reyno de Vngria, mereciendole, como otra qualquiera, el añadir su possession al Dominio Real Christiano de aquel Reyno, dos Condados de bien estendida jurisdiccion, el Tarantalienfe, y el Czongradiense. Otras muchas Plazas, y puestos ganados en la Vngria superior, nos podrian detener en su descripcion: pero como acerca dellos falta mucho, que averiguar en tanta distancia, las suspendemos asta otra ocasion, como assi mesmo lo que toca à la pertinacia de la Princesa Ragotzi, al Asedio de Mongatz, à la liberacion de TeKelî, de cuyas materias, tocando yà tanta parte al año corriente de M.DC.LXXXVI, pedirèmos à Dios nos dê vida, y salud, para poderlas insertar legalmente, segun el fin que tuvieren, en el FLORO deste mesmo año, en que por tantas señas nos promete la Divina Misericordia, nuevas, y mas capitales Victorias de que alabar su Santissimo nombre, y consagrar (en quanto diere de si nuestro limitado talento) sus gloriosas memorias à la Eternidad.

F I N.